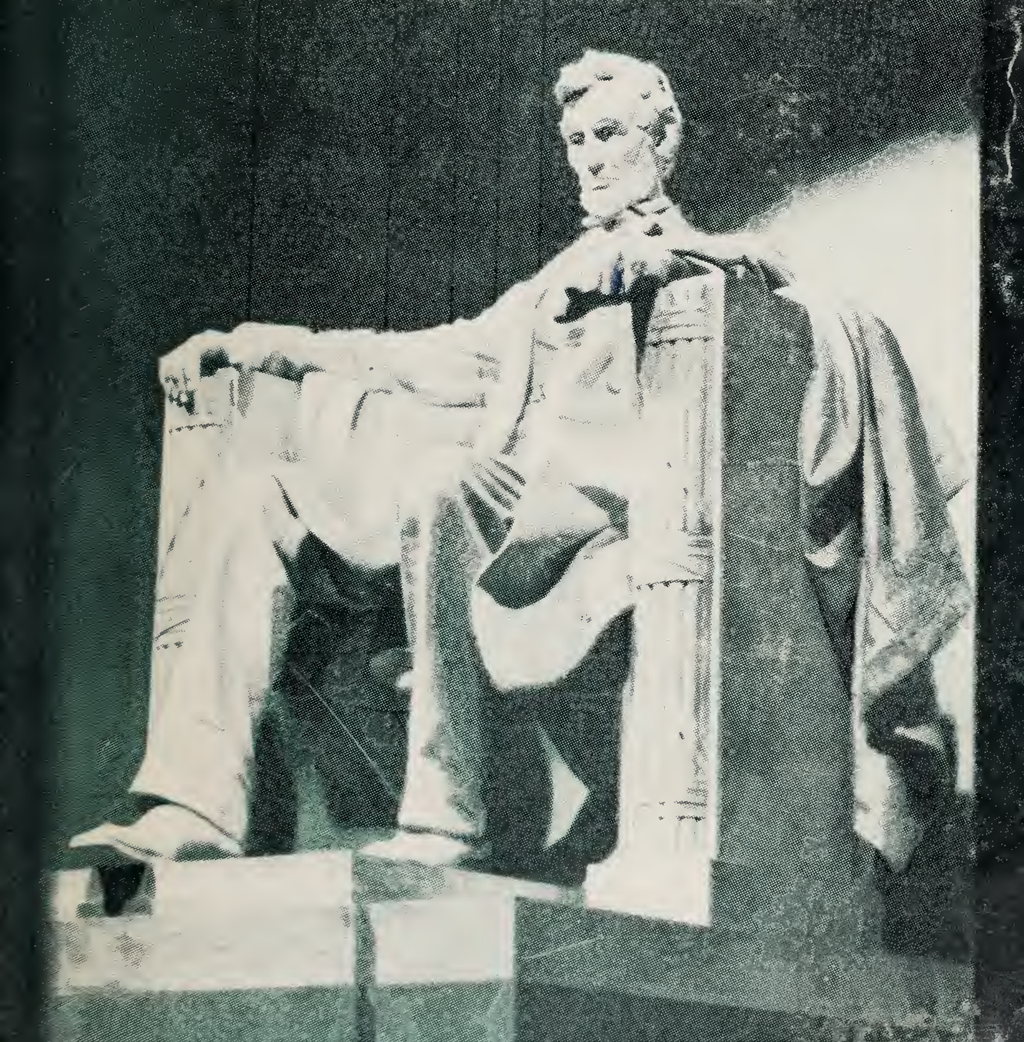
EMETERIO S. SANTOVENIA

LINCOLN

EL PRECURSOR DE LA BUENA VECINDAD





EMETERIO S. SANTOVENIA

El doctor Emeterio S. Santovenia nació en Dimas, caserío ubicado en el término municipal de Mántua, en 1889. En 1910 publicó su primera monografía histórica. Actualmente la lista de sus producciones tiene más de ochenta títulos. En el campo de la historiografía cubana no tiene émulo, ni durante el fecundo siglo diecinueve ni en el actual. En sus libros aborda el estudio de vidas y sucesos relacionados con el proceso histórico de su país y el de personajes vinculados estrechamente con éste.

La obra de Santovenia se caracteriza por la honradez exhaustiva de la investigación, por el primor arquitectónico de la composición y por la calidad de la prosa. Investiga afanosamente, trabaja con método, y después desarrolla su plan a través de un estímulo esmeradamente cuidadoso, diáfano y terso.

En la producción historiográfica de Santovenia hay que destacar sus paralelos de Martí con Bolívar, Mazzini y Sarmiento, sus biografías de Prim y Eloy Alfaro, su *Historia de Cuba*, su ensayo sobre la provincia de Pinar del Río, publicado por el Fondo de Cultura Económica, de México, y sus libros *Bolívar y las Antillas Hispanas*, *Política de Martí*, *Martí, legis-*

(*Conitnúa en la segunda solapa*)

EMETERIO S. SANTOVENIA

LINCOLN

EL PRECURSOR DE LA BUENA VECINDAD



EDITORIAL UNIDAD
LA HABANA
1951

L I N C O L N

EL PRECURSOR DE LA BUENA VECINDAD

EMETERIO S. SANTOVENIA

LINCOLN

EL PRECURSOR DE LA BUENA VECINDAD



EDITORIAL UNIDAD
LA HABANA
1951

IMPRESO EN CUBA
PRINTED IN CUBA

Impresores: UCAR GARCIA, S. A., Teniente Rey 15, La Habana

ÍNDICE

PRESENTACION

Con legítima complacencia estamos presentando la quinta obra que publica la Editorial Unidad, *de la Federación Sindical de Trabajadores Telefónicos de Cuba:* Lincoln, el precursor de la buena vecindad. *Es un sereno y valioso estudio hecho por el doctor Emeterio S. Santovenia, quien nos honra sobremanera al confiarnos su trabajo para darlo a conocer por medio de nuestra editorial. El doctor Santovenia ha dedicado muchos años a estudiar, con efectivo provecho, la vida eximia del gran demócrata Abraham Lincoln, el estadista que aplicó sus relevantes capacidades a normar honradamente las relaciones entre los Estados Unidos y las repúblicas de la América Latina, a fin de lograr el respeto debido a la libertad y la soberanía de todas ellas.*

Nuestra mente se ilumina cuando se nos proporciona la posibilidad de admirar hechos y vidas como los de Lincoln. Precisamente, el propio autor de este libro, siendo Ministro de Estado, confrontó y venció serias dificultades creadas por las extralimitaciones de un embajador de los Estados Unidos que, con su desacertada y abusiva "acción directa", pretendía en Cuba hacer añicos los postulados de la política de la buena vecindad. La enérgica actitud de Santovenia puso coto a los intolerables desafueros de quien estuvo lejos de ser agente de la doctrina interamericana ensayada por Lincoln.

Por todo esto, por cuanto representa Lincoln para nos-

otros, por ser precursor de la buena vecindad, como lo prueba exhaustivamente el autor de este libro con su autoridad de consagrado investigador y Presidente de la Academia de la Historia de Cuba, nos complacemos en dar a conocer la presente obra, luego de haber publicado las biografías de tres grandes cubanos: José Martí, Manuel Sanguily y Juan Gualberto Gómez.

Este continuado esfuerzo de los trabajadores telefónicos, dirigido a propagar luces y difundir amenas e instructivas lecturas, no es festinada propaganda, simplista y tendenciosa, para demostrar altruismo o generosidad. La publicación de cinco obras por la Editorial Unidad, *en veinte mil ejemplares, no es ansia de elaborar pasajera aventura demagógica, y sí de proceder de concierto con una arraigada convicción nuestra, que, desde hace tiempo, hemos dado a conocer en nuestros Consejos y Congresos Nacionales Telefónicos, enmarcada en el deber ineludible de toda organización obrera: elevar el nivel cultural del trabajador para que cumpla integralmente su función social con ilustración que le permita comprender y aquilatar su fuerza y su valor, y pueda entonces intervenir activa y decisivamente en los destinos nacionales.*

VICENTE RUBIERA FEITO,
Secretario General de la Federación Telefónica,
Director de la Editorial Unidad.

La Habana, julio de 1951.

PREFACIO

En los procesos de investigación y reconstrucción historiográficas con frecuencia se da el caso de que la preparación y composición de una obra producen un doble nacimiento: el nacimiento de la que se proyectó y el nacimiento de otra acerca del mismo personaje o del propio asunto que comprende la principal. Me ha ocurrido esto más de una vez. Ahora me refiero a mis trabajos sobre Abraham Lincoln, de los que han salido las páginas que van a continuación de las del presente prefacio.

Durante tres lustros acopié materiales para escribir mi libro Lincoln, *impreso en Buenos Aires. Coetáneo suyo fué otro estudio mío,* Lincoln en Martí, *editado en La Habana. El segundo surgió al margen del primero. Quiero decir que en el curso de las pesquisas previas a la redacción del* Lincoln *acumulé los datos con los cuales hice el* Lincoln en Martí. *A la vez que estas compilaciones fué lograda parte de la que me ha servido para concluir la obra que ahora se publica.*

El contenido de este libro habría podido llevarse a mi Lincoln *únicamente aumentando las dimensiones del mismo en determinados aspectos y rompiendo la*

armonía de su estructura. No es que yo haya dejado de hablar en el Lincoln *de la política de buena vecindad enunciada y practicada por el Presidente en las relaciones de los Estados Unidos de América con los demás pueblos del Hemisferio Occidental. Lo he hecho en forma extensa y reiterada, pero absteniéndome de incluir allí relatos de hechos y circunstancias que hubiesen parecido excesivos y que, en cambio, no deben faltar en una obra consagrada a reflejar efectos del nuevo trato concebido, ensayado y mantenido por Lincoln en el seno de la comunidad de países americanos. Quizá hubiese parecido inadecuado en el* Lincoln *lo que está muy en su lugar en el* Lincoln, el precursor de la buena vecindad.

Resultó inexcusable que, decidido yo a componer un libro distinto de los míos anteriores acerca de Lincoln, no me conformase con los materiales que fuí apartando y reservando al escribir estos volúmenes. Por razones de celo y probidad, fácilmente comprensibles, procuré completar lo conocido y ampliarlo con nuevas investigaciones, llevadas a cabo en Cuba y fuera de Cuba. En este libro presento conclusiones a que he llegado estudiando actitudes de Lincoln y examinando posturas y juicios de personas y muchedumbres atraídas por destellos de su vida y obra. Debo advertir que lo segundo se sobrepone a lo primero. He aquí una de las circunstancias diferenciadoras del Lincoln, el precursor de la buena vecindad *respecto del* Lincoln *y del* Lincoln en Martí.

He aludido a la comunidad de países americanos, y no a la comunidad de repúblicas o estados americanos,

porque en el desarrollo de las ideas suscitadas por Lincoln participaron, con naciones jurídicamente organizadas, meros agregados sociales, aunque, eso sí, movidos por el anhelo de llegar a ser pueblos soberanos. Tal fué el caso de Cuba. Mi patria seguía siendo colonia de una potencia europea cuando su existencia fué estremecida por la epopeya de Lincoln, la que provocó en innumerables hijos de la Isla reflexiones y atrevimientos cuyo recuento ocupa muchas de las páginas siguientes. En una comunidad de países americanos cabían repúblicas y colonias con tal de que las segundas se sintiesen inclinadas a figurar entre las primeras.

Se verá que lo cubano está muy acentuado en lo que puede leerse a continuación. En ello no han influído sólo mi condición de cubano y el fácil manejo de tradiciones y papeles cubanos. Cierto de toda certeza es que en Cuba alcanzó altos niveles la riada lincolniana. Varias fueron las causas de tal fenómeno políticosocial. Señalo tres principales: la cercanía de la Isla a los Estados Unidos, la supervivencia aquí de la esclavitud de las razas de color y la dureza del régimen colonial que criollos talentosos y cultos ansiaban modificar cabalmente en los años en que el soldador de la Unión y emancipador de millones de seres humanos escalaba las cumbres de la grandeza. Por añadidura, en Cuba se comprendió no menos por hijos de la humildad que por aristócratas de la inteligencia el mensaje que había en la cruzada de que Lincoln era apóstol y conductor.

Una de las manifestaciones de la política de buena vecindad nacida en los Estados Unidos con marca lin-

colniana consistió en la conducta de su propio creador en cuanto a Cuba. En la sucesión de los magistrados máximos de la Unión desde Thomas Jéfferson hasta Abraham Lincoln fué éste quien interrumpió el hábito oficial de pretender cerrar la posibilidad de que la Isla llegase a ser una nación libre y soberana. En esta postura fué colocado Lincoln por su arraigada e invariable oposición a toda expansión territorial de la Unión, tan en boga en su tiempo. Imposible era hablar decorosamente de buena vecindad sin soterrar aquellas malas propensiones. A L i n c o l n *cupo en el caso de Cuba, como respecto de los demás pueblos de la América latina, el privilegio de romper una tradición estadinense que era escándalo de su siglo.*

El cubano José Martí, que tanto vió y previó, abarcó en una sola mirada la razón y el alcance de la política de la buena vecindad. En su regla primera se hallaba la obligación para los Estados Unidos, por ser la mayor de las repúblicas americanas en edad, experiencia y poder, de encabezar semejante manera de proceder. Y esencial para la propia Unión era no caer en el delito de burlar la simpatía, sorprender la sencillez o aprovechar el miedo de los pueblos menores. A pautas tan llenas de moral y sabiduría había deparado vida, pasión y lustre Lincoln, el precursor de la buena vecindad.

Cigarral de Turibacoa,
La Habana, año de 1951.

I

POLÍTICA INTERNACIONAL NUEVA

GUERRA DE AGRESION Y GOBIERNO PESIMO

Abraham Lincoln era miembro de la Cámara de Representantes de la Unión, en la época de la guerra de agresión de los Estados Unidos de América contra México, cuando su voz clamó—y clamó como en desierto—para denunciar que aquella lucha armada se había iniciado por el gobierno de su país innecesaria e inconstitucionalmente. Conciudadanos de quien se producía de tal modo lo denostaron con reiteración. Correligionarios y adversarios suyos, en Illinois, en una asamblea popular, acordaron que Abraham Lincoln, apellidado nuevo Benedict Arnold, por haberse declarado contra su patria, fuese olvidado por sus electores para siempre y para todo, excepto para condenarlo.

El ajeno desdén mordió la tierna sensibilidad de Lincoln con ocasión de su recta actitud frente al conflicto bélico por su país llevado al territorio de México. Él vigilaba estrechamente lo que se decía y escribía en relación con los motivos o pretextos aducidos por los

empeñados en justificar la conducta del gobierno del presidente James K. Polk. Fué así como se vió constreñido a dirigirse a Horace Greeley en solicitud de la rectificación de una afirmación hecha en un párrafo editorial de *The New York Tribune.* Este periódico, según Lincoln, había incidido en un error que al representante por Illinois disgustaba, más que por el error mismo, por aparecer que lo prohijaba el diario de Greeley. La carta a Greeley, llena de cortesía, no obtuvo respuesta ni ninguna otra consideración. ¿Acató Greeley la consigna acordada por ciudadanos de Illinois con el propósito de relegar a perpetuo olvido a Lincoln, más amigo de la justicia humana que del egoísmo humano y más inclinado a respetar a una nación vecina de la suya que a aprovecharse de su debilidad para lograr beneficios espurios?

El abogado de Illinois se hallaba de regreso en Springfield, ya sin investidura oficial alguna, en los días en que una expedición guerrera, capitaneada por un general heroico, Narciso López, condujo a Cuba a estadinenses luego hechos prisioneros y fusilados en La Habana por las autoridades que España tenía en la Isla. Su antagonista en más de una cuestión pública, Stephen A. Douglas, dijo públicamente que los Estados Unidos debían exigir a España una satisfacción por aquella matanza. Lincoln discutió este parecer de Douglas. Puesto que los ejecutados en La Habana habían dejado de ser norteamericanos al hacer armas contra un gobierno amigo del de la Unión, era improcedente pensar en demandar reparaciones de España.

La posición de Lincoln no quedó limitada a eso. Sobre sostener que el exterminio perpetrado en la capital de Cuba había sido innecesario e inhumano, declaró enfáticamente que los ajusticiados habían peleado contra uno de los peores gobiernos del Mundo.

EXPLORACION DIPLOMATICA

En México no pudo olvidarse la actitud adoptada por Lincoln en 1848. Benito Juárez y sus seguidores conocieron con regocijo la victoria comicial de aquel que en el Capitolio había levantado su voz para condenar la agresión pautada e impulsada por el presidente Polk. México fué la única nación que congratuló a Lincoln al conocerse su elección como primer magistrado de la Unión. En conformidad con esta felicitación, el gobierno de Juárez dió instrucciones a su representante diplomático en Wáshington para que se trasladase a la residencia de Lincoln y le expresara, en siendo posible, el deseo de estrechar las relaciones entre México y los Estados Unidos.

La visita hecha por Matías Romero a Abraham Lincoln en Springfield constituyó un suceso insólito en las circunstancias que rodeaban el hecho de la elección del abogado de Illinois. El cuerpo diplomático acreditado en Wáshington, en general, se hallaba influído por la gente del Sur que componía la familia oficial de la Unión. El viaje de Romero hasta Springfield debió de interpretarse como señal de que fuera de los Estados Unidos había americanos que vislum-

braban algo nuevo en la exaltación del candidato republicano.

Las conversaciones de Romero con Lincoln y una carta de éste a aquél evidenciaron el acierto con que Juárez había dispuesto que su encargado de negocios en Wáshington efectuara una exploración diplomática en Springfield. Romero habló más que Lincoln. El Presidente, en opinión de su visitante, carecía de una idea clara sobre las dificultades mexicanas. Pero la atención que prestó a su colocutor, la naturaleza de las preguntas que le dirigió y sus afirmaciones acerca de las relaciones entre la Unión y su más cercano vecino meridional dejaron en el legado mexicano la certidumbre de que su país podía esperar de la república del Norte comprensión y justicia. Romero llegó a la conclusión de que Lincoln era un hombre sensato y honrado y que sus palabras se hallaban lejos de las pomposas y hueras usadas por las personas que, educadas en la escuela de la hipocresía política, ofrecían mucho y daban poco.

Lincoln dijo a Romero algo concreto. La república que él iba a presidir y la que era dirigida por Juárez sostenían lamentables controversias desde hacía mucho tiempo. El ciudadano llamado a alojarse en la Casa Blanca el 4 de marzo de 1861 maduraba planes internacionales. Uno de ellos consistía en poner razonable término a las causas de la tirantez de las relaciones de la Unión con México. A su entender, resultaba absurda la enemistad entre las naciones, con mayores veras si eran vecinas.

RECTIFICACIONES ESENCIALES

Hasta los momentos en que Lincoln asumió la presidencia de los Estados Unidos, durante muchos años, la política norteamericana, así la oficial como la de grupos de ciudadanos, había sido agresiva e injusta para pueblos del resto del Hemisferio Occidental. El allanamiento de Nicaragua, donde un aventurero había pretendido restablecer la esclavitud de los indios, y las amenazas contra el Paraguay, adonde había llegado una escuadra de la Unión para exigir la efectividad de la reclamación de un norteamericano por el fracaso de actividades privadas, no eran los únicos casos de escándalo: eran dos ejemplos del menosprecio de los Estados Unidos por la soberanía de las naciones latinoamericanas.

La política de Lincoln se dirigía a fines diametralmente opuestos a los buscados por muchos de sus compatriotas en el período anterior al suyo. Abraham Lincoln no quería imitar a James Buchanan ni en la órbita nacional ni en la internacional. Las rectificaciones por él propulsadas eran esenciales.

Las actividades de Lincoln en los casos de México y Cuba de mediados del siglo habían podido parecer fenómenos aislados y hasta olvidados. Lo que en las postrimerías del segundo tercio de la décimonona de las centurias cristianas llamaba la atención era la conducta entonces presente del primer magistrado de los Estados Unidos. En general, por la índole de sus afanes, merecía el aplauso y la admiración de los hombres honrados y liberales de todas partes. Con referencia

a la América latina, robustecía sentimientos de respeto y solidaridad en pueblos que advertían en el ocupante de la Casa Blanca la decisión de practicar una política internacional a que no estaban acostumbrados los países situados al sur del Río Grande.

II

TAN AMIGOS COMO VECINOS

INGRATO ACOMPAÑAMIENTO

La llegada de Lincoln a la Casa Blanca tuvo por ingrato acompañamiento dificultades nacionales e internacionales que inquietaban a los hombres atentos a la marcha de los principales negocios del Mundo. Las nacionales señalaban el crecimiento de una tirantez que durante muchos años en vano se había pretendido eliminar o disminuir. Las internacionales mantenían recelos y temores en los países de América en que solía poner sus ojos la gente de los Estados Unidos que no se contentaba con la vastedad del territorio de la Unión ni con su prosperidad. La gravedad de las dificultades nacionales no privó a las internacionales de la atención del Presidente.

Con la exaltación de Lincoln a la presidencia de los Estados Unidos coincidió el agravamiento de los excesos de potencias europeas en América. Cupo concluir que el conflicto interno de la Unión era aprovechado por el imperialismo del Orbe Antiguo para precipitar la ejecución de sus planes de agresión en el Nuevo

Mundo. El razonamiento de los codiciosos del otro lado del Atlántico estaba lleno de lógica. A mayores embarazos en el seno de la primera de las repúblicas del Hemisferio Occidental correspondían menores posibilidades de defensa de la doctrina según la cual debía ser América para los americanos. Por supuesto, en concepto de Lincoln lo de América para los americanos no franqueaba en forma alguna la persistencia de la política de los Estados Unidos adversa a la soberanía, a la integridad o a la dignidad de las naciones vecinas.

A Lincoln asistió la buena suerte de poseer profundas convicciones acerca de las pautas internacionales aplicables a las relaciones de su patria con el resto de América. Su actitud de mediados del siglo constituía un precioso antecedente. Durante más de una década él había seguido observando demasías estadinenses, ya en grado de tentativa, ya consumadas, que sólo podían tener por consecuencia el distanciamiento entre los pueblos del universo de Wáshington, Hidalgo, Bolívar y San Martín.

CASOS CONCRETOS

México había sido el principal campo de experimentación para la política de agresión y expansión de los Estados Unidos en la América latina. Además, esa república se hallaba sacudida por conmociones interiores y amenazas exteriores. Las de Europa arreciaban. Las de los Estados Unidos se habían manifestado hasta en vísperas de llegar Lincoln a la Casa Blanca. Lincoln

pautó claramente una nueva conducta de su país para con México. Empezó designando plenipotenciario cerca de Benito Juárez a Thomas Corwin, tenido por uno de los mejores y más sinceros amigos de México en la Unión. Y entre las instrucciones suyas comunicadas por su Secretario de Estado a Corwin figuraron: a) la confesión de que los Estados Unidos no eran ajenos a los errores y prejuicios determinantes del hecho de que las repúblicas latinoamericanas se hallasen distanciadas de la Unión; b) la conclusión de que los pueblos del Hemisferio Occidental debían ser tan amigos como vecinos. Así, con estas palabras, estableciendo una íntima conexión entre la vecindad y la amistad, habló de buena vecindad la diplomacia de Lincoln en el primero de sus documentos destinados a los pueblos americanos de habla española.

Las relaciones entre Wáshington y Bogotá habían dejado de ser cordiales por efecto del tono excesivamente altanero de algunas reclamaciones norteamericanas. Lincoln envió un ministro residente a Bogotá. El Presidente sabía que su predecesor había pretendido ingerirse en contiendas privativas de los colombianos. Su legado recibió el encargo de proceder de acuerdo con el criterio de que pertenecía por entero al pueblo de la Confederación Granadina la facultad de regular sus propios asuntos políticos. Cualquier intento de intervención de los Estados Unidos en los negocios interiores de un país amigo se apartaría del plan de acción del Presidente. A juicio de éste, como oficialmente declaró William H. Seward, su Secretario de Estado, una nación incapaz de sostenerse sin ayuda

extranjera no podría mantener legítimamente su independencia mucho tiempo después de hacerse cliente de otra nación.

Las relaciones entre la Unión y Nicaragua habían llegado a un punto de extrema irritación. Lincoln proveyó a su legado en Nicaragua de buenas armas morales. Su representante diplomático fué instruido por escrito: a) para asegurar al gobierno cerca del cual se acreditaba que era propósito irrevocable de Lincoln tratar a Nicaragua razonablemente, con ánimo justiciero y dentro del más amistoso espíritu, a fin de contribuir a su bienestar y prosperidad; b) para negociar la mejora del tráfico comercial entre los Estados Unidos y Nicaragua en términos que beneficiasen tanto a ella como a ellos; c) para hacer ver al país centroamericano que podía contar con la simpatía y la ayuda de los Estados Unidos en todo lo que las necesitase; d) para procurar que las memorias desagradables de pasadas dificultades fuesen enterradas.

CAMBIO RADICAL

Las reclamaciones oficiales de los Estados Unidos por malas inversiones hechas por ciudadanos suyos en países latinoamericanos eran un semillero de excesos y extravíos internacionales. Los cañones de la Unión se hallaban detrás de las notas diplomáticas. La razón exhibida por el gobierno de Wáshington solía acrecentar el agravio y la desconfianza al sur del Río Grande.

El presidente Lincoln produjo un cambio radical.

Despachó legados con el encargo de expresar y demostrar que el gabinete de Wáshington quería tratar a las naciones vecinas con criterio de igualdad y respeto, cualesquiera que fuesen su tamaño y composición. E inspiró fe en sus intenciones decidiéndose a someter a comisiones mixtas—en la América del Centro, en la Confederación Granadina, en el Ecuador, en el Perú y en Chile—el arreglo de las infortunadas diferencias entre los Estados Unidos y países del resto de América.

TRES PUNTOS SINGULARES

Entre las ideas manejadas por Lincoln para encauzar decorosamente las relaciones interamericanas sobresalieron las concernientes a tres puntos singulares: a) la amistad hemisférica; b) la seguridad exterior de la Unión; c) la preservación del régimen republicano. Lo primero era deseado desde el tiempo de Henry Clay, pero se había hundido en enormes baches. Lo segundo se hallaba impuesto por las negaciones que sufría el pacto federal, origen de la grandeza de los Estados Unidos. Lo tercero constituía una de las razones de ser del sistema político que enraizaba en el Hemisferio Occidental.

La amistad hemisférica era artículo de fe en el pensamiento político de Lincoln. Ningún otro ciudadano de su país había pasado por prueba más dura que la que él sufriera con motivo de su oposición al programa de expansión territorial del presidente Polk. Ni ninguno de sus compatriotas se había mantenido más apegado que él a normas de conducta internacional inspi-

radas en el ansia de crear un ambiente de general confianza.

El gobierno de Lincoln ni siquiera intentó ocultar lo que de riesgoso había para el mantenimiento de la Unión en el predominio de enemigos de ella en cualquier país vecino del suyo. Esto era particularmente cierto respecto de México. Del México presidido por Juárez no podía temer la Unión agresiones o desvíos. Por su parte, en los Estados Unidos conducidos por Lincoln no habría para México sino actos de solidaridad. Así se producía el Departamento de Estado, en Wáshington, al iniciarse la administración de Lincoln.

El régimen republicano era consubstancial con la emancipación de las colonias en América fundadas por Europa. Defender el régimen republicano en América era alejar de la misma las amenazas que afrontaba su independencia. Absoluta era la claridad de las conclusiones lincolnianas en torno a tales peligros.

Las pautas internacionales trazadas por Lincoln desde la Casa Blanca aparecían con caracteres privativos de una revolución. Los Estados Unidos, colocados en apreturas por un conflicto interno sin precedentes, debían hacerse fuertes en sus relaciones con los demás países mediante el respeto recíproco. La vecindad entre ellos y los Estados Unidos había de utilizarse para estrechar su amistad. Este era ya un principio de la política exterior de Lincoln: los pueblos del Hemisferio Occidental se hallaban obligados a ser tan amigos como vecinos.

III

THEODORE PARKER Y JOSÉ DE LA LUZ

ESTAMPA DE UN HOMBRE ANGELICAL

En un caluroso domingo del año de 1859, al mediodía, una dama y un caballero extranjeros, luego de avanzar por tortuosas calles, se detuvieron frente a una casa de la ciudad de La Habana. Allí preguntaron cómo podía llegarse hasta la habitación de la persona cuyo nombre fué pronunciado. Ambos visitantes se dirigieron a un piso alto. En éste encontraron a un hombre angelical, amable y gentil, con grandes ojos oscuros y presencia acogedora. Ellos siguieron una indicación de él, y los tres penetraron en un cuarto que por muebles sólo tenía libros, muchos libros, y sillas, las exclusivamente necesarias para que los presentes se sentasen.

La dama era Julia Ward Howe, poetisa y prosista notable, casada con Samuel Gridley Howe, filántropo de Boston. El caballero, Theodore Parker, ministro protestante y apóstol de la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos de América. El hombre ange-

lical, modestamente alojado en una pieza atestada de libros, José de la Luz y Caballero. Después de intentar en vano ver y apreciar en La Habana algo que se apartase de vicios, miserias y hábitos deplorables, y como la mejor de las compensaciones, la escritora Howe y el reverendo Parker habían recibido la indicación del camino que acababa de conducirlos hasta la morada del varón cortés, sabio e indómito a quien todos los buenos alababan. En este fervoroso lenguaje aludió la Howe al encuentro de ella y Parker con el tierno maestro a quien sus compatriotas llamaban Don Pepe.

"Don Pepe de la Luz—observación de Julia Ward Howe—es cubano por nacimiento y su edad llega a los sesenta años. Heredó fortuna y comodidades, habiendo recibido educación de primera clase, la que ha aumentado considerablemente en el transcurso de los años. Es liberal en política y en religión y hombre de gran razonamiento y de gran corazón. Sin embargo, no interviene en asuntos públicos, y se conforma con hacer estadistas. Como todos los sabios filántropos, ve en la educación la suprema fuente de bienestar para el hombre, y dedica su vida, y hasta cierto punto su fortuna, a este objeto. El edificio en que lo encontramos es una amplia escuela, más bien un colegio, fundado por él mismo y mantenido en gran parte con sus propios esfuerzos. Este colegio está al nivel literario de la Universidad de La Habana; y los graduados de Don Pepe se examinan y reciben sus diplomas en la mencionada institución. Él personalmente rara vez abandona sus paredes; y, aunque tiene casa y esposa en otro lugar y el alto mundo social está abierto don-

dequiera para él, lleva aquí una vida de reclusión ascética, de estudio y de sencillez."

Julia Ward Howe apreció el valor de los viajes y las relaciones internacionales de Luz. Éste conocía a notables hombres de Europa y América y poseía los mejores idiomas. Nada le había hecho perder su propia alma. Los libros acumulados en torno suyo semejaban alfileres clavados en un alfiletero. La sirvienta y su escoba se hallaban lejos de los amados volúmenes. Pero el maestro se encontraba contento y sin molestias en aquel ámbito. El cuadro pintado por la visitante quedó completo con la estampa del mentor: estatura mediana, cuerpo normalmente desarrollado, delgado y agotado, hombros caídos, cara arrugada y ojos sabios, bondadosos y llenos de fuego meridional.

La escritora se percató de que en la visita hecha por ella y Parker a Luz lo más importante para éste era la presencia del enérgico abolicionista. Vió cómo Luz y Parker, pariguales por el corazón, montaron en sus humanitarias preferencias y las cabalgaron hasta fatigarse. A lo largo de la plática de los dos prohombres ella se abstuvo de emitir palabra. Pero sabía que en Luz contemplaba a un varón extraordinario.

ESCLAVITUD Y LIBERTAD

Lo que era y significaba Theodore Parker se hallaba en la órbita de las buenas informaciones poseídas por José de la Luz y Caballero. El cubano conocía los ímprobos empeños del estadinense como propulsor de

soluciones justas. Uno de los más destacados discípulos de Luz, Enrique Piñeyro, escribió:

"El nombre del ilustre abolicionista sólo en voz muy baja podía ser pronunciado entonces en Cuba por temor de excitar la cólera fácilmente excitable de los dueños de esclavos; Luz, que con ansia lo aguardaba, estrechó con júbilo la mano del intrépido reformador que, con la palabra, con la pluma, con esfuerzo personal incesante de más de veinte años, había logrado despertar la patria de vergonzoso letargo y precipitar la hora de la justicia y la redención."

En la conversación entre Luz y Parker se habló de lo que más podía interesar a ambos en relación con las vicisitudes de las partes de la humanidad con las que ellos se hallaban en estrecho contacto. Cuanto a Luz, de los rigores de un régimen gubernativo basado en la intolerancia y de la formación de caracteres vigorosos por medio de la educación. Respecto de Parker, del grave conflicto que en su patria era la esclavitud de las razas de color, alrededor del cual había girado en fechas a la sazón recientes un duelo oratorio, muy conocido y comentado, entre Abraham Lincoln y Stephen A. Douglas.

Mucho habían aleccionado a Luz los golpes morales recibidos del gobierno que España mantenía en Cuba. Le habían enseñado a vivir en paz con todos los hombres. Parker comprendió, oyendo a Luz, que éste podía ser bueno y grande sin estar peleando constantemente con aquellos que no eran capaces de ser ni lo uno ni lo otro. A sus discípulos se refirió Luz después de oír de labios de Parker reflexiones acerca del aire de li-

bertad indispensable para la plena vida moral del hombre. Luz advirtió:

—Tienen mucha capacidad, pero queremos un poco más de ese aire de que usted habla ahora, doctor.

Debió de dolerse con toda el alma el reverendo Parker de que en los Estados Unidos hubiera que batallar aún contra los que se empeñaban en conservar y extender la condición servil de parte de su población. No escasa aflicción tenía que producirle el hecho de que en la colonia de España que era Cuba subsistiese la esclavitud de las razas de color. Parker, tan gravemente enfermo que se veía al borde de la tumba, de sus flaquezas extraía fuerzas para condenar el crimen de lesa humanidad que igualaba la suerte social de Cuba y la de la Unión.

DEFINICION DE LA DEMOCRACIA

Quien dejó escuchar a Luz su juicio sobre la importancia del aire de la libertad también pudo explayarse en relación con el alcance de la democracia. En discursos y sermones Parker venía pugnando por lograr que en su país no se continuase adulterando el sentido de la libertad y de la democracia. Precisamente uno de sus correligionarios en tamaño afán, Abraham Lincoln, solía leer y anotar palabras y conceptos contenidos en impresos de Parker que le mostraba William H. Herdon, abogado asociado a él y amigo del propio Parker. En una oración pronunciada en el Music Hall, en Boston, Parker había dicho:

"La democracia es el gobierno propio y directo sobre todo el pueblo, para todo el pueblo y por el pueblo."

Las palabras de Parker expresivas de su concepto sobre la democracia eran por él aplicadas a lo político y a lo social. A su entender, resultaba improcedente desligar lo social de lo político en la nación que había nacido con una solemne declaración acerca de la igualdad de todos los hombres. La esclavitud constituía un fenómeno social, ciertamente negativo, que influía de modo adverso en la vida política de los Estados Unidos. Parker también había afirmado:

"La esclavitud es una flagrante violación de las instituciones de América—el gobierno directo sobre todo el pueblo, por todo el pueblo, para todo el pueblo."

Las transcriptas frases de Parker eran de aquellas que Lincoln había leído con detenimiento. Sobre ellas había reflexionado. Aun más: el abogado de Illinois, probablemente en los mismos días de su hondo debate público con Douglas en torno a la esclavitud, impresionado por las conclusiones de Parker en el sermón del Music Hall de Boston, había subrayado las palabras que hablaban del gobierno "sobre todo el pueblo, por todo el pueblo, para todo el pueblo". Era evidente que el reverendo Parker tenía sesudos observadores y seguidores, muy en armonía con la trascendencia de sus doctrinas políticas y sociales.

OBSERVACIONES DE JULIA WARD HOWE

La definición de la democracia prohijada por Theodore Parker—el gobierno del pueblo, por el pueblo

y para el pueblo—daba tanta importancia a lo social como a lo político. El ardiente predicador señaló la incompatibilidad entre la esclavitud de las razas de color y la idea de la democracia por él preferida. Esta conclusión debió de ser motivo de sus conversaciones con Julia Ward Howe en el viaje que ambos hicieron hasta Cuba. Ella dedicó muy serias páginas de su libro *A Trip to Cuba* a peculiaridades del trabajo servil en la Isla.

La Howe fijó sus ojos en rostros endemoniados que miraban como si su dureza y crueldad fuesen innatas. La opresión política y la injusticia social, cebada ésta en la población originaria de Africa, andaban juntas. La torpeza y la codicia obraban en estrecha colaboración. Esta armonía diferenciaba el caso de Cuba del de los Estados Unidos. En los Estados Unidos era notoria y violenta la antinomia entre el progreso político y la iniquidad social. En Cuba la explotación en lo social se hallaba sostenida por la intolerancia en lo político. Pero en Cuba, a juicio de la escritora norteamericana, la servidumbre que sufría la gente de color estaba exenta de ferocidades subsistentes en la sección meridional de la Unión.

La compañera de viaje de Theodore Parker observó que el régimen a que estaban sometidos los esclavos de Cuba era menos atroz que el que soportaban los de los Estados Unidos. En Cuba los esclavos no eran vendidos en pública subasta, y no recibían trato tan soez como el empleado en casos similares en algunas regiones de la Unión, y se hallaban en aptitud legal de comprar su libertad o la de sus hijos antes de nacer

o recién nacidos. Quedaba por averiguar si las normas jurídicas relacionadas con los siervos eran en la Isla cumplidas fielmente. Así y todo, los ciudadanos de la nación de Wáshington y Jéfferson habían de sonrojarse en sabiendo que era superior a la de los Estados Unidos la legislación sobre la esclavitud concebida para una colonia de España.

Los reformadores de la Unión no buscaban la atenuación de las brutalidades anejas a la esclavitud: buscaban su total supresión. En este sentido había luchado bravamente Theodore Parker. No era otro el objetivo de la doctrina que exaltaba el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, considerada en flagrante violación mientras hubiese servidumbre humana en la tierra que conquistara su independencia bajo el postulado de la igualdad de todos sus habitantes por el solo hecho del nacimiento.

NUEVOS NEXOS

El cambio de ideas entre Luz y Parker tuvo que recaer en lo de la esclavitud, llevado por el ministro protestante hacia el campo en que habían espigado sus convicciones acerca del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Para el mentor cubano—para aquel que, según la sagaz e intuitiva observación de Julia Ward Howe, se ocupaba en hacer estadistas—el tema suscitado por el predicador norteamericano entrañaba sumo interés. Los elementos de la democracia, de tanto valor en lo social como en lo político, eran

aplicables no menos a Cuba, colonia manchada con esclavos, que a los Estados Unidos, república maculada con el trabajo servil de parte de su población.

El compañero de viaje de Julia Ward Howe no vivió físicamente mucho después de la conversación en que entraron el aire de la libertad y la definición de la democracia como el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Parker se trasladó a Italia en busca de remedio para sus dolencias, y allá expiró antes de que Abraham Lincoln, su concienzudo lector en Springfield, ocupase la presidencia de los Estados Unidos. "Más de una vez—observación de Enrique Piñeyro—pensaría Luz en el modesto túmulo del cementerio protestante de Florencia, donde yacía el apóstol, para deplorar que no hubiese vivido siquiera un año más, que no hubiese visto abrirse la crisis final, consumación de la obra a que se había consagrado y en que había gastado todas las potencias de su ser." A Luz habría sido particularmente grato compartir con Parker las opiniones provocadas por el conflicto bélico que Lincoln necesitó afrontar.

El paso de Theodore Parker por La Habana había creado nuevos nexos entre las ideas de los reformadores de los Estados Unidos y las ideas de los precursores de la transformación políticosocial de Cuba. En la Isla había encontrado Parker al mejor de los hijos de ella entonces influyentes en sus avateres. En el subsuelo moral de esta Antilla, por efecto de la visita de Parker a José de la Luz y Caballero, crecían raíces de principios que en la Unión se hallaban en circulación y alcanzaban sumidad.

IV

LA POETISA CAROLINA CORONADO

EL ETERNO FEMENINO

Carolina Coronado, nacida en Almendralejo, provincia de Badajoz, en las postrimerías del primer cuarto del siglo XIX, empezó a honrar a España desde su adolescencia. El instrumento que tuvo a su disposición para ello fué la inspiración poética. La facilidad con que componía versos desde que supo hablar, y versos laureados, le abrió las puertas de la corte de Isabel II. Su ingreso en reputados círculos intelectuales del Reino se produjo por gracia y efecto de su estro.

Acerca de lo que llegó a ser en las letras hispánicas Carolina Coronado dió expresivo dictamen Juan Valera. Valera escribió que, si se prescindía de Santa Teresa, cuya religiosa inspiración hasta en verso la encumbró sobre las demás, nunca tuvo España tan auténticas y originales poetisas como Carolina Coronado y Gertrudis Gómez de Avellaneda. Ambas descollaban por su indisputable mérito, sin que el crítico atinase a declarar cuál de las dos debía ser preferida. Él creía a la Avellaneda más diestra. En cambio, consi-

deraba a la Coronado más sincera, más espontánea, más original a veces, y siempre más mujer, o menos parecida en cuanto escribía a los hombres poetas, representando, en suma, más distinta y exclusivamente el eterno femenino.

A las vicisitudes políticas de España no fué ajena Carolina Coronado. En días de su juventud, inclinada ella a cantar las glorias de personajes históricos—Isabel la Católica, Hernán Cortés, Carlos V de Alemania, Napoleón Bonaparte—, se dió por enterada de los sucesos que conmovían a Europa. En las *tormentas de 1848,*

—también aquí, Señor, en las entrañas
del solitario monte a los oídos
vienen a resonar voces extrañas,
gritos de guerra y ecos de gemidos—

mostró temores y congojas por lo que ocurría en pueblos que habían creído vivir muy seguros en la posesión de la paz. La Monarquía se hallaba en peligro donde no rodaba por tierra. Las viejas amistades y estrechas alianzas que dieran fuerza y prestigio a grandes potencias entraban en quiebra a la par que desaparecía el sosiego en casas reinantes. El Mundo se encontraba en proceso de graves rectificaciones.

En 1848 se vió España amenazada, más que por la riada republicana que había arrancado a Luis Felipe del trono de Francia y ganaba terreno en el resto de Europa, por un gravísimo conflicto con la Gran Bretaña. Los excesos del legado de Londres en Madrid, sir Henry Lytton Bulwer, incorregible en su afición a inmiscuirse en asuntos de la política interior del reino

de Isabel II, provocaron su expulsión del territorio hispánico. Naturalmente, esto fué tenido por el principio de algo de mayor gravedad para España que las inadecuadas ingerencias del diplomático inglés. En Londres recibió su pasaporte el plenipotenciario español. En Madrid circularon alarmantes rumores. Con insistencia se repetía que la Gran Bretaña, sin declarar la guerra a España, ocuparía La Habana. En tan azarosos momentos Carolina Coronado, en su poema *A Cuba,* exclamó:

¡Oh! ¡cuánta es tu beldad, cuál tu riqueza!
¡Oh! ¡cuánto es tu esplendor, hija de España!
Por eso están los buzos de Bretaña
asomando a tus golfos la cabeza...
Mas no serán ¡oh perla! tu belleza
y tu valor de su codicia extraña;
pues antes que cedérsela al britano
nos tragará contigo el Oceano.

La poetisa, agitada por mil pensamientos, no temía sólo a la codicia de la Gran Bretaña, que, al cabo, podía ser frenada por los Estados Unidos de América. Tanto como aquello, si no más, la inquietaba la presunción de que Cuba fuese arrastrada por la universal ola revolucionaria. Su intuición le permitía advertir que la Isla no se conformaba mansamente con su suerte colonial. Carolina Coronado amonestó así a Cuba:

¡Ay de tu corazón si seducido
pierde la dicha de candor tan santo!
¡Ay si de España el amoroso manto
donde por tantos años has dormido,
loca rasgando tras la voz que miente
te osaras aclamar independiente!

La poetisa rechazó la idea de que Cuba abrigase sentimientos hostiles hacia la Metrópoli. Pretendía ver a la Isla contenta mientras la Península sin cesar lloraba, y tranquila y opulenta en tanto España en las rocas del mar se estrellaba, y serena cruzando el cielo cuando la madre patria sin consuelo moría. En la lira que en 1848 templaba Carolina Coronado no tuvieron eco ni los ayes del negro esclavo ni los clamores del blanco ansioso de libertad política.

En Cuba contaba Carolina Coronado con lectores y admiradores. Un adolescente que componía versos, Juan Clemente Zenea, escribió en 1849 los titulados *A la poetisa española señorita doña Carolina Coronado,* para expresar su ardiente pasión por aquella a quien Dios dotara de genio. La voz de Zenea no era la única que en la Isla se levantaba para cantar a la Coronado. Ya ella había experimentado la necesidad de decir a los vates criollos en su oda *Al Liceo de La Habana:*

¡Gracias! El llanto que al oiros brota
refresca mi semblante y me consuela,
el alma a bordo de mi arpa rota
ya por los mares a encontraros vuela;
al pie de vuestra palma gota a gota
caerá ese llanto que mi fe revela,
y a la sombra feliz de vuestra palma
entre las vuestras vivirá mi alma!

HORATIO J. PERRY

A la hora del noviazgo, cuando muy solicitada había de estar por apuestos paisanos suyos, Carolina Coro-

nado accedió a los requerimientos amorosos de Horatio J. Perry, secretario de la legación de los Estados Unidos de América en España. Por su amistad con la madre de Isabel II y por los elogios que le tributaba a sabiendas de su dudosa moralidad y de su afición a mercadear en esclavos, Perry fué duramente calificado. Al corresponder a las pretensiones de él, Carolina Coronado se rindió—juicio de su sobrino Ramón Gómez de la Serna—al que era "buen catador de mujeres de raza, como buscador de oro en zarcillos, collares y pulseras". Perry tenía exótico aspecto de teósofo, con algo de melena, copiosa barba y largo y puntiagudo bigote. Según Gómez de la Serna, Perry era el diplomático que en la casa del Califa podía vestirse de gran dignatario marroquí y quedar imponente, o el caballero que se parecía al emperador Don Pedro del Brasil en vacaciones.

De la recíproca comprensión de Carolina Coronado y Horatio J. Perry fué muestra acabada la forma en que concertaron su casamiento. Puesto que eran católica y protestante, convinieron en contraer matrimonio mixto. Cuanto a la prole por venir, hubo entre ellos este diálogo, iniciado y terminado por él:

—Nuestro Dios es el mismo.

—Pero ¿y si tenemos hijos?

—¡Ah! Si tenemos hijos, serán educados los varones en mi religión y las mujeres en la tuya.

La solución apuntada por Perry no se ajustaba a la ortodoxia católica, ya que por el Derecho Canónico ambos cónyuges se hallaban obligados a dar garantías de que la prole sería bautizada y educada solamente

en la religión de Roma. Pero el enlace no se malogró. Carolina Coronado y Horatio J. Perry oyeron la lectura de la epístola de San Pablo en dos distintos ritos de la fe cristiana.

INTRIGAS Y MARAÑAS DIPLOMATICAS

Un político turbulento, ciudadano de los Estados Unidos por naturalización, Pierre Soulé, recibió del presidente Franklin Pierce en 1853 el honor de ser designado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la Unión en España. Aunque las instrucciones comunicadas a Soulé por William L. Marcy, Secretario de Estado, tendían a suavizar las relaciones entre Wáshington y Madrid en lo concerniente a Cuba, y se referían a la conveniencia de no perturbar a España en la posesión de la Colonia, y hablaban de la futura independencia de la Isla, Soulé se armó del propósito de negociar la compraventa de la misma. Por supuesto, semejante designio fué motivo de agrias reacciones en España y de enojosas actitudes por parte de las potencias europeas que codiciaban el dominio de la principal de las Antillas. En derredor de esto Horatio J. Perry y su mujer desenvolvieron actividades de índole varia.

Encargado de negocios de los Estados Unidos en España era Perry cuando Soulé llegó a Madrid. Fácilmente se entendieron ambos. Su cordialidad se extendió a Carolina Coronado. Los tres llegaron a intimarse. En 1854 Pierre Soulé fué padrino de bautismo de un hijo del matrimonio Perry-Coronado.

Los excesos de Soulé en Madrid agravaron las relaciones hispanoestadinenses. Hasta invadieron la esfera privada de familias de alta posición en la corte de Isabel II. Pero no pudieron ser imputables al Ministro todos los enredos en que estuvo envuelto su nombre. Pronto la conducta de Perry se deslizó por sendas de deslealtad. En él hubo deslealtad para con Soulé y para con los Estados Unidos. Para con Soulé, por entregarse a la manía de escribir a espaldas suyas a Marcy. Para con los Estados Unidos, por tener al corriente de secretos de su legación al representante diplomático de la Gran Bretaña en Madrid. Hubo otra condenable irregularidad: Carolina Coronado participó en las infidelidades organizadas por su marido a expensas de la fama y los intereses de la patria que ella había adoptado.

Las intrigas y marañas en que estuvo envuelta Carolina Coronado llevaron consigo la importancia aneja a la elevada posición social y a la excepcional significación intelectual de ella, una de las primeras poetisas de España a lo largo de los tiempos. El propio Perry, en carta escrita a Marcy, dió la medida de la preeminencia de su esposa: la consideró la más talentosa, la más popular y la más poderosa mujer de España. Quizá él concibió esta calificación, sin olvidar que el cetro real hispánico era empuñado por Isabel II con máximas prerrogativas, pensando que constituían rara unidad el talento, la popularidad y la influencia de Carolina Coronado.

De España salió sin brillo ni respeto el plenipotenciario Soulé. El secretario Perry no le sobrevivió

mucho en la Legación. El infiel subalterno incidió en el error de dar publicidad a noticias que debían ser mantenidas en secreto. Su cesantía, decretada como bajo los ojos del presidente Pierce, pudo tenerse por consecuencia ineludible de sus d a r e s y t o m a r e s en Madrid. Sin embargo, aquello sirvió de base a interpretaciones y reclamaciones que Carolina Coronado supo administrar de manera inteligente y provechosa.

CARTAS EFICACES

En el triunfo electoral de Abraham Lincoln vieron Carolina Coronado y Horatio J. Perry una excelente coyuntura para lograr la reposición de éste como funcionario del servicio exterior de los Estados Unidos. Tres semanas después de asumir Lincoln la Presidencia escribió la dama al alto magistrado de la Unión. Ella tomó para sí el trabajo encaminado a conseguir que Perry fuese restituído al cargo de secretario de la legación norteamericana en Madrid. E hizo historia de las vicisitudes de la pareja en sus relaciones con los Estados Unidos.

La poetisa informó a Lincoln que llevaba ocho años casada con Perry. Su suerte se hallaba identificada con la de la república bajo cuyo pabellón habían nacido sus hijos. Ella y su marido habían sido agredidos por los enemigos del Norte, que enviaran "al francés Soulé a España para proponer la compra de Cuba o promover una guerra". Soulé había pretendido que Perry—palabras de Carolina Coronado—"hiciese traición a la

República". La prensa de los Estados Unidos había publicado los documentos probatorios de la firmeza, la lealtad y el patriotismo con que Perry defendiera el honor de la bandera de las barras y las estrellas.

Según Carolina Coronado, el presidente Franklin Pierce había empezado sus agresiones contra los republicanos destituyendo a Perry de su cargo de secretario de legación para "complacer a los filibusteros Soulé y Davis". ¿Mencionó a Jéfferson Davis por el hecho de estar éste encabezando la secesión sudista? ¿Quiso así inclinar la simpatía de Lincoln hacia la aspiración de ver repuesto a su marido? A su entender, ella, como buena angloamericana, había defendido en habla española la razón de sus compatriotas los republicanos del Norte, obteniendo de la prensa hispánica el esclarecimiento de la verdad.

Seis años llevaban Perry y su mujer combatiendo por el triunfo de las ideas del Norte: seis años de sufrimientos, con sus hijos, aguardando el día de la reparación. Éste se hallaba presente, al fin, con la victoria de Lincoln. A Lincoln pedía ella, a nombre de sus descendientes, que eran angloamericanos, la reposición del padre en el puesto de secretario de la legación en España como un acto de justicia. Así esperaba ver que, al dejar de ser súbdita de la reina de España para ser ciudadana de los Estados Unidos, no había quedado huérfana, porque América, para hacer justicia a los suyos, si no tenía un soberano, tenía un presidente. En las palabras finales de su epístola a Lincoln la Coronado pidió a Dios que guardase durante muchos años

la vida del encumbrado magistrado para defensa y prosperidad de la República.

El hecho de escribir una carta a Lincoln no era diligencia que por sí sola asegurase el buen éxito del propósito de hacer saber al Presidente su contenido. Carolina Coronado recordó que podía tener un aliado y servidor en el ministro de España en Wáshington. Al cabo, Gabriel García Tassara era su colega en el cultivo de la poesía. Si él no se mostraba indiferente a los infortunios de ella, la dispensaría la merced de trasmitir su misiva a Lincoln. ¿Se negaría a esto? Razones patéticas no faltaban: "Ya no tengo padre! Mis desgracias y sus desgracias aceleraron su fin! No puedo dejar a mi madre." La poetisa recordó al poeta que ella era muy desventurada.

La esposa de Perry apeló a un recurso ingenioso en su comunicación epistolar con García Tassara. En una adición de su esquela, como cosa no premeditada, le expresó que el correo se iba, que ella no sabía inglés y que no tenía quien tradujese su carta para el Presidente. Con esto dió a entender que su marido ignoraba sus gestiones, lo que acaso no era cierto. A continuación vino lo más importante en relación con la misiva dirigida a Lincoln: "Si usted, con su habla graciosa inglesa, quisiere leérsela al Presidente! Usted sabe lo que yo quiero decir." La astucia de Carolina Coronado entreveró su amistad con García Tassara, el halago a éste y el aparente candor de una mujer acongojada por la adversidad enseñoreada de toda una familia. Aquello de la graciosa habla inglesa del legado hispánico ¿se relacionaba con su condición de natural de Andalucía?

Los anhelos expresados por Carolina Coronado a García Tassara fueron satisfechos. García Tassara debió de leer a Lincoln las letras privadas de la mujer de Perry. Evidencia de esto quedó en el hecho de que ambas epístolas, la destinada al Presidente y la enderezada a García Tassara, pasaron al archivo de Lincoln en la Casa Blanca. En la Casa Blanca, entre miles de documentos pertenecientes al ilustre personaje, emprendieron el largo camino recorrido hasta llegar a formar parte de The Lincoln Papers, Division of Manuscripts, The Library of Congress.

El Presidente fué sensible al ruego de la aflicta dama. Por disposición del Ejecutivo, Horatio J. Perry volvió a ocupar el cargo de secretario de la legación de los Estados Unidos en España. La eficacia de las cartas de Carolina Coronado a Abraham Lincoln y Gabriel García Tassara resultó absoluta.

V

LA EPOPEYA DE UN SIGLO

LO MAS NEGRO DE LA ESCLAVITUD

Como uno de los grandes cubanos a través de las edades ingresó José de la Luz y Caballero en la Historia. Lo exaltaron su sabiduría y su virtud. Su magisterio, actividad descollante en su vida, tendió no menos a crear caracteres que a difundir enseñanzas. Sus contemporáneos lo tuvieron por maestro cabal y mentor inefable. Lo mejor de su cerebro y su corazón estuvo dedicado a elevar el nivel moral e intelectual de sus compatriotas.

Luz nació y vivió en una sociedad cuyas posibilidades económicas en no escasa medida se hacían descansar en la subsistencia de la esclavitud de las razas de color. El trabajo servil de esta parte de la población cubana se consideraba por la dominante clase española, y aun por numerosos criollos pudientes, como elemento necesario de toda necesidad para que la Isla no cayese en la ruina. Eran muchos los que sostenían que sin las labores forzadas de la gente de origen africano era imposible cultivar caña y fabricar azúcar. Esta situación

prevalecía en las Antillas hispánicas en los momentos en que estalló la guerra civil en los Estados Unidos, poco más de un mes después de asumir Lincoln la presidencia de la República.

Una frase de Luz tradujo sus conclusiones sobre la cuestión de la servidumbre de las razas de color en Cuba. Él dijo:

—En la cuestión de los negros lo menos negro es el negro.

Lo que pudo parecer un mero juego de palabras distaba mucho de serlo. En este aforismo el eminente educador se refirió a las torpezas e iniquidades que había en la explotación del trabajo de unos hombres —sólo cosas en el derecho colonial—por otros hombres. Más negra que la piel del esclavo era en Cuba la conciencia de toda persona que lo expoliaba sin tregua ni caridad.

Respaldo de la letra y el espíritu de aquel aforismo era la conducta de su autor. Luz afirmó que la introducción de negros en Cuba era el pecado original de los blancos de la Colonia, y consideró justo que la sociedad fuese solidaria o mancomunada en una deuda en que ningún miembro de ella estaba exento de complicidad. Así y todo, a él no alcanzó esta responsabilidad. Heredó esclavos, y le fué dado consignar en sus disposiciones de última voluntad que había procedido de modo que no formase parte de su cuota materna lo que pudiera haberle correspondido por valor de tales siervos, porque siempre había repugnado a sus principios apropiarse del trabajo ajeno.

PALABRAS DEFINIDORAS

La guerra que ensangrentaba a los Estados Unidos desde abril de 1861 se llamó civil en consideración a que se desarrollaba entre dos secciones del país. En el fondo, tenida en cuenta la índole de la fundamental de sus causas, era una guerra social. En ella entraba el viejo pleito sobre la esclavitud de los negros. La gente previsora, de adentro y de afuera, sabía que su desenlace llevaría aparejadas graves determinaciones acerca del trabajo servil.

Porque tenía tanto de social como de civil, o más de social que de civil, la guerra entre el Norte y el Sur apasionó de manera inusitada a las distintas clases de la población cubana. A los dueños de esclavos, porque veían en peligro esta porción de sus patrimonios. A los criollos de ideas liberales y abolicionistas, porque avizoraban circunstancias propicias a sus aspiraciones. A la gente de color, porque casi al alcance de sus ojos se desenvolvían acontecimientos en que estaba envuelta la suerte de su raza.

El primer período de la guerra civil de los Estados Unidos coincidió con aquel en que Luz se iba reponiendo de una extrema enfermedad. Su cuerpo había caído casi en la invalidez. Su mente había sufrido la ausencia de la razón. En la lenta convalecencia la atención del sabio fué atraída por el conflicto bélico de la república vecina. Uno de sus fieles discípulos y auxiliares en el plantel de educación por él dirigido, Luis Felipe Mantilla, le oyó decir:

—Cuando se desenvaina la espada en guerra civil, la libertad corre gran riesgo.

El paciente forjador de caracteres, habitante de un país en el que la libertad sólo era conocida por el anhelo de conquistarla, suspiraba bajo la presunción de que fuese eclipsada en una nación donde mucho había avanzado en lo político. Se discutía entonces su extensión en lo social, y él temía que la fuerza de las armas menoscabase el señorío de los derechos.

El profesor Mantilla ponía excepcional cuidado en escuchar la palabra del mentor. A veces llevaba la conversación por los caminos de sus preferencias. Así, de nuevo se habló de la contienda entre el legítimo gobierno de la Unión, presidido por Abraham Lincoln, y el improvisado gobierno de la Confederación, encabezado por Jéfferson Davis. José de la Luz y Caballero sentenció:

—Esta guerra será la gran epopeya del siglo.

La cláusula fué brevísima. Pero con más palabras no era posible hacer una afirmación más rotunda. Al juicio de la Historia, con su autoridad inapelable, quedaba remitida la rectificación o la ratificación del aserto según el cual la lucha armada que tenía por teatro a los Estados Unidos sería la máxima hazaña de la décimonona de las centurias cristianas.

UN PRONOSTICO

¿Por qué Luz presumió que la conflagración de los Estados Unidos alcanzaría el rango de epopeya de todo un siglo? A tamaña conclusión no pudieron llevarlo las conjeturas acerca de un conflicto civil. En cambio,

debieron de infundírsela las consideraciones suscitadas por una guerra social. Luz pronosticó que de la lucha entre el Norte y el Sur saldría la extinción de la esclavitud en la Unión. Y esta conquista adquiriría el valor de uno de los acontecimientos magnos de la Historia.

Luis Felipe Mantilla, que había oído de labios de Luz profundas sentencias en relación con la guerra que ardía en los Estados Unidos, recibió otro privilegio: el muy conmovedor de ser testigo de los postreros instantes terrenos del venerado maestro. En una frase concebida junto al lecho del agonizante y dirigida a Manuel Sanguily, su parigual en la devoción a Luz, Mantilla expresó:

—¡Cuántos pobres negros revolverán mañana sus baúles buscando algunos trapos negros para asistir al entierro de Don Pepe!

Esto no pudo ser concebido sino con total conocimiento de la existencia de una absoluta compenetración entre el excelso cubano que abandonaba el Mundo y aquellos paisanos suyos, humildes y virtuosos, que sacarían sus más severas vestimentas para concurrir a los funerales del varón justo. Luis Felipe Mantilla sabía medir el alcance de la reputación de José de la Luz y Caballero.

La muerte de aquél que se había adelantado a adjudicar a la guerra civil y social de los Estados Unidos la categoría de grande epopeya de su siglo provocó inmensa congoja en el seno de su pueblo. El acabamiento de José de la Luz y Caballero, ocurrido el 22 de junio de 1862, dejó en llamas a la Unión y en angustia a quien había asumido con sereno valor la tarea

de salvar de la destrucción la obra política de los padres de su patria. El dolor de Cuba y el dolor de Lincoln tenían causas muy disímiles. Sin embargo, en la entraña de ambos dolores latía por igual un sentimiento henchido de piedad: el sentimiento que giraba en torno al destino histórico de una raza que era víctima de la abyección.

LA REVOLUCION DE LINCOLN

José Martí, en quien poderosamente influyeron de consuno José de la Luz y Caballero y Abraham Lincoln, habló de la guerra de éste para señalar su diferencia de la de George Wáshington. Martí dijo:

—La independencia en los Estados Unidos vino cuando Wáshington; y la revolución, cuando Lincoln.

Esta doble definición elevó la calificación de la contienda en que Lincoln intervino. Según Martí, aquello no fué una guerra: aquello fué una revolución.

Una revolución dentro de una nación ya organizada tenía que desembocar en mucho más que en resultados políticos. Indudablemente, los buscaba la de Lincoln, puesto que empeño fundamental suyo era el de mantener la Unión. Pero tan importantes como los resultados políticos debían ser los sociales. Al encadenamiento de los sucesos de la guerra estaba reservado producir el saneamiento moral de la obra de los fundadores de la República. La Declaración de Independencia estaría sólo acatada y cumplida en parte mientras hubiese hombres sometidos al trabajo servil en

un pueblo jurídicamente constituído bajo el dogma de que todos sus hijos salían libres de las manos del Creador.

Estrecha correlación hubo entre la presunción de Luz según la cual la guerra de los Estados Unidos sería la grande epopeya del siglo XIX y el posterior concepto de Martí llamándola revolución de Lincoln. En realidad de verdad, una revolución como la conducida por el reformador de ojos tristes adquiría los contornos de una hazaña inmarcesible.

José de la Luz y Caballero, fuente de inspiraciones transcendentales, iluminó un vasto e intrincado campo histórico cuando previó que la revolución de Lincoln constituiría una de las epopeyas famosas a lo largo de todos los tiempos. Nunca hombre alguno había sido empujado por su destino a afrontar el de toda una raza sometida a la esclavitud en el seno de una república democrática. Tal era la situación de Lincoln en el momento en que Luz dejó escuchar su sabia sentencia, conservada por Luis Felipe Mantilla como una de las finas piezas del tesoro moral del tierno forjador de varones vigorosos y libres.

VI

UNA HERMANA DEL LIBERTADOR BOLÍVAR

MARIA ANTONIA BOLIVAR

María Antonia Bolívar, la hermana mayor de Simón Bolívar, quedó huérfana en 6 de julio de 1792. Un mes después, teniendo ella quince años de edad, se comprometió en matrimonio con Pablo Clemente Francia. Sin expirar aún el de 1792 la adolescente contrajo matrimonio, con grande alivio de su abuelo materno, ansioso de salir de lo que tenía por grave cuidado. De este enlace nacieron dos niñas, Valentina y María Josefa, y dos varones, Anacleto y Pablo Secundino.

La lucha de Tierra Firme por la independencia dividió a la familia Bolívar. María Antonia se mostró ardiente partidaria de la dominación española. Simón pensaba desde su infancia en la emancipación de su patria. La guerra a muerte ahondó el antagonismo político entre María Antonia y Simón. En el período de terrible crueldad, en 1814, María Antonia Bolívar salvó las vidas de los canarios y españoles que pudo esconder en su hacienda de Maracao.

Los reveses de los patriotas de Venezuela situaron a Simón Bolívar en extrema dificultad respecto de su hermana María Antonia. Los defensores de la independencia comprendieron que el éxodo a Oriente era el único recurso capaz de salvarlos del degüello. Simón Bolívar consideró que no debía dejar a María Antonia, no obstante su actitud realista, en manos de bárbaros enemigos de él, "que seguramente la ultrajarían por ser hermana suya". En consecuencia, la obligó a emigrar. "Un teniente y cuatro soldados—versión de Vicente Lecuna—la conducen a La Guaira y la embarcan con sus hijos en una goleta para Curazao". Ella, consternada por compelérsele a abandonar sus lares, contó en su escolta cinco soldados y un cabo. La propia María Antonia reconoció la prudencia con que obró Simón al alejarla de Caracas: "El apellido de Bolívar era y debía ser un objeto de odio y abominación para la España y los españoles, porque el más fatal destino había conducido a un hermano a ponerse a la cabeza de las facciones que proclamaban la independencia." En la involuntaria peregrinación acompañaron a María Antonia Bolívar sus hijos y su marido. De él escribió ella:

"Mi marido, don Pablo de Clemente, debe contarse en el número de aquellos hombres muertos hace mucho tiempo para la sociedad y sus semejantes. Los frecuentes ataques de paroxismo e insultos epilépticos le han reducido a tal estado de invalidez y perturbación de las facultades intelectuales que le constituyen en una total incapacidad de atender a sus obligaciones, ni desempeñar deber alguno público ni privado; cuya

desgracia, demasiado notoria para los habitantes de Caracas, le ha hecho representar el papel de una máquina en las convulsiones de Venezuela."

En Curazao promovió María Antonia Bolívar diligencias para obtener que se le admitiese con sus más próximos deudos en Caracas, en la Caracas dominada por los realistas. Entonces demostró que entre sus favorecidos y favorecedores descollaban los canarios. Algunos de éstos, llamados a testimoniar acerca de su conducta, depusieron en el sentido de que era una fiel vasalla de Fernando VII. Ella misma, en un alegato salido de su pluma, preguntaba: "¿Cuánto sería el escándalo para el presente siglo, en que reina la humanidad guiada por el genio de la filosofía, ver autorizados con las leyes un destierro perpetuo y una confiscación de bienes respecto de unos infelices que en nada han faltado y que ni aun pueden ser acusados de imprudencia, imbecilidad ni flaqueza, sólo porque un pariente o un hermano se ha estrellado en los errores más detestados por las mismas leyes?" Bajo los auspicios de una conciencia sana e irreprensible, según sus palabras, ella no cesaba de tocar todos los resortes honestos, regulares y decentes situados a su alcance para restituirse a Caracas. El hecho de llevar el apellido Bolívar, sin más ni más, ¿podía servir de apoyo a los decretos negativos de su regreso al hogar?

En 1816, hallándose aún en Curazao la hermana de Simón Bolívar, se efectuó el matrimonio de Valentina Clemente Bolívar con Gabriel Camacho. El cambio de estado civil de la mayor de las hijas de María Antonia Bolívar pudo crear otra dificultad en la familia, pues

Camacho era partidario de la independencia de Venezuela y poseía condiciones de inteligencia y carácter como para no someterse a los dictados de su suegra. Gabriel Camacho se hallaba más próximo al tío que a la madre de su consorte.

EN LA HABANA

A despecho de sus instancias para regresar a Caracas, María Antonia Bolívar tuvo que seguir sufriendo el destierro. De Curazao se trasladó a Cuba, con lo que contrarió la voluntad de su hermano ilustre, empeñado en mantenerla alejada de lugares dominados por los españoles. En La Habana se hallaba cuando obtuvo reiterada atención de la España de Fernando VII. En 30 de septiembre de 1817 la Audiencia de Caracas—de la que era miembro José Francisco Heredia, el padre del gran poeta cubano José María Heredia—resolvió levantar el embargo trabado contra los bienes de María Antonia Bolívar. En 5 de mayo de 1819 el Rey la concedió pensión de mil pesos anuales. En 24 de junio de 1820 esa asignación fué duplicada. Como razón para otorgar tales mercedes se exhibió la soberana voluntad de aliviar la triste suerte que experimentaba la alta dama por efecto de su conducta y heroísmo. Su heroísmo, de sobra era sabido, consistía en mostrarse acérrima defensora de la soberanía de España en Venezuela.

La vida en el ostracismo, la enfermedad e invalidez de su marido y la adolescencia de sus hijos menores

fueron motivos de constantes amarguras para la hermana mayor del Libertador en el tiempo de su residencia en La Habana. Por otra parte, aunque ella abrigase ideas políticas contrarias a las que arraigaban en su país, siempre resurgía la verdad del afecto fraterno. La nostalgia del hogar patrio afligía su corazón. Por invencible inclinación, soñaba con volver a Venezuela.

Para Simón Bolívar constituía una pesadilla la presencia de María Antonia en Cuba, que era baluarte y granero de quienes combatían fieramente la causa de que él era máximo conductor. Según el sentir del Libertador, ella, viviendo entre enemigos de él, deshonraba su apellido. Al cabo, ambos hermanos coincidían en el deseo de que la expatriada regresase a Tierra Firme.

"Después de la batalla de Carabobo—información de Vicente Lecuna—el gobierno de los Estados Unidos, en conocimiento de que María Antonia quería trasladarse a su ciudad natal, le envió una fragata de guerra que la condujera con toda seguridad de La Habana a La Guaira. Los mares en esa época todavía estaban cruzados de corsarios que podían capturarla si se hubiera trasladado en un buque corriente. El gobierno de los Estados Unidos siempre fué benevolente con nuestros países."

El pasaje de María Antonia Bolívar de La Habana a La Guaira costó mil quinientos pesos. El Libertador los satisfizo en una libranza que envió a Anacleto Clemente. Además, el preclaro hermano le asignó mesada de cien pesos. No pudo ser traducido en formas

más explícitas el perdón de las rebeldías de ella otorgado por el poderoso organizador de la independencia sudamericana.

Anacleto Clemente gozaba de la confianza de su tío insigne. Éste lo tomó de confidente para aliviar su corazón de las pesadumbres que le había causado la conducta política de María Antonia. El regreso de ella, sus medios de vida en Caracas, la muerte de su marido y la situación de los suyos ocuparon el pensamiento del Libertador. Una carta de Simón Bolívar datada en Guayaquil el 29 de mayo de 1823 y dirigida a Anacleto Clemente empezó y terminó así:

"Hoy he recibido cuatro cartas tuyas entre las cuales me anuncias la llegada de tu madre a Caracas, lo que he celebrado mucho porque no anduviese deshonrando mi nombre, porque vivía entre españoles pudiendo haber seguido el ejemplo de su hermana Juanica, que prefirió todo a la vergüenza de vivir entre los enemigos de su nombre [...] A tu madre dale memorias de mi parte y no le enseñes esta carta, para que no vea lo que al principio he dicho, pues nada sacamos con aumentar las causas de dolor. Ya sabía la muerte de tu padre: dime cómo ha venido tu hermanito y para qué sirve. Dile que me escriba una carta para ver cómo piensa y para ver qué puedo hacer por él."

Así quedó cerrado el período de desavenencias entre Simón y María Antonia Bolívar. Ella volvió a su patria, y en su definitiva viudez no pudo decir que le faltase el apoyo de su ínclito hermano. Él experimentó no disimulada dulcedumbre ante el regreso de la primogénita de su casa, y nunca evidenció mejor el pro-

fundo sentido que daba a la caridad cristiana que cuando se cuidó de no aumentar con tardíos reproches las causas de infinitos dolores.

INFORMACIONES Y ENCARECIMIENTOS

A poco de regresar María Antonia Bolívar a Caracas hubo en la familia una novedad feliz. Del matrimonio de Valentina Clemente y Gabriel Camacho nació, en 22 de junio de 1824, en Caracas, Simón Camacho Clemente. El nieto de María Antonia apretó los lazos de afecto existentes entre sus mayores por la línea ascendente y por la colateral. Su nombre de pila habló claramente del aprecio de sus padres al más ilustre de sus tíos. ¿Era éste el ahijado a quien el Libertador enviaba besos, conjuntamente con saludos para Valentina Clemente, en letras enderezadas a Gabriel Camacho?

El claro talento de María Antonia le permitió asumir el papel de consejera política de Simón Bolívar, a despecho de la ojeriza de él a la intervención de las mujeres en la cosa pública. Dictámenes de ella recayeron en asuntos de la mayor importancia, como eran los proyectos de invasión de Cuba y las tentaciones monárquicas dirigidas al Libertador.

En la época en que el pensamiento de Bolívar giraba con insistencia en torno a la necesidad o conveniencia de atacar a España en Cuba él recibió informaciones y advertencias de la hermana suya que había vivido en La Habana. Este hecho la daba aparente autoridad para opinar. La viuda de Pablo Clemente pidió al Libertador que no pensase en trasladarse a La Habana

sin hablar con ella o sin dejar arreglados los negocios de la República. Con referencia a la Isla le escribió:

"Allí no hay más que bloquear y a los dos meses o tres se entrega irremediablemente porque hasta la leña y carbón se traen del Norte. Nada más que azúcar y café hay allí y ni se da nada más, aunque se siembre. Sus habitantes son de espíritu traicionero y los negros y de color son sin comparación peores que los nuestros y es un número muy considerable."

No se produjo María Antonia Bolívar ni con exactitud ni con justicia al hablar a su hermano de los recursos naturales de Cuba y de la condición moral de su población. ¿Había estado ciega en La Habana? ¿Eran tan ingratos sus recuerdos del destierro que la conducían a imputar graves defectos en general a todos los criollos y en particular a las más humildes clases sociales de la Isla? Más en lo cierto y en lo prudente estuvo cuando discurrió acerca de la introducción de la institución monárquica en la América libre. El Libertador leyó estos encarecimientos fraternales:

"Mandan ahora un comisionado a proponerte la Corona. Recíbelo como merece la propuesta, que es infame y parto de las potencias de Europa a ver si concluyen con nuestra existencia miserable a manos de los partidos; pero di siempre lo que dijiste en Cumaná el año de 14: que serías Libertador, o muerto. Ése es tu verdadero título, él, el que te ha elevado sobre los hombres grandes, y el que te conservará las glorias que has adquirido a costa de tantos sacrificios. Detesta a todo el que te proponga corona, porque ése procura tu ruina. Acuérdate de Bonaparte e Iturbide y de otros muchos

que no ignoras; estoy bien satisfecha de tu modo de pensar, y te creo incapaz de permitir semejante cosa, pero no puedo menos que declararte los sentimientos de mi corazón por el interés que tengo en tu felicidad."

De ninguna otra persona pudo recibir Simón Bolívar consejos más sanos que los que conoció de María Antonia en relación con proyectos monárquicos en la América que él libertaba y organizaba en naciones. Tales consejos estuvieron dictados por entrañable devoción. La hermana se apoyaba en firmes convicciones. Contemplaba en el prócer los enormes méritos y aptitudes que lo habían elevado al pináculo de la fama. Apreciaba que su reputación descansaba principalmente en el hecho de haber adelantado su carrera al servicio de la institución republicana, la misma que ella repudiara en la época de la guerra a muerte en Venezuela. Y comprendía que hacerlo rey o emperador era precipitarlo en descrédito y ruina irreparables.

AFECTOS E INTERESES

En la familia del Libertador solían aparecer entreverados los afectos y los intereses. Los afectos eran tan vigorosos que habían subsistido en medio de profundos antagonismos políticos, como ocurriera en el caso de las relaciones entre Simón y María Antonia. Los intereses que entraban en conflicto provenían de sus mayores. Quien ya era el principal entre los suyos deseó que esos intereses, en armonía con sus afectos, fuesen cuidados por algunos de sus deudos.

Desde antes del regreso de María Antonia Bolívar

de Cuba era Anacleto Clemente apoderado del Libertador. Pero Anacleto Clemente llegó a perder la confianza necesaria para tener a su cuidado intereses cuantiosos. Su propia madre escribió que él adolecía, entre otros vicios, del "de jugar lo suyo y lo ajeno, en términos de ser un objeto despreciable para los ojos de los sensatos y sin ningún crédito entre los comerciantes". Triste reflexión materna respecto de Anacleto Clemente: "Podía avergonzarse de ver el ejemplo de moderación y juicio que le da su hermano siendo más niño, pero el talento Dios lo da a quien quiera." El Libertador acabó por compartir la opinión de María Antonia, a quien instruyó: "Antes te he dicho que no quiero que Anacleto tenga el mayorazgo, sino que tú misma lo manejes, porque en manos de este loco se pierde." María Antonia Bolívar llegó a ser apoderada del hermano ilustre. Pero este mandato se transformó en fuente de hondas contrariedades para el mandante por efecto de la conducta de la mandataria.

El Libertador cifraba las mejores esperanzas de un porvenir económico sosegado para sí en la riqueza de minas en cuyo manejo intervenía María Antonia Bolívar, su apoderada. Ésta era depositaria de una gran confidencia: "Yo lo que quiero con las minas es venderlas, de modo que tenga el dinero en Inglaterra." María Antonia no procedió en forma satisfactoria para los intereses de Simón, quien llegó a una lamentable conclusión: "Parece que Antonia está empeñada en enredarlo todo, para si acaso yo me muero quedarse con las minas." Ya él le había suplicado: "¡Por Dios! Antonia, no me hagas sufrir más con tus temeridades:

sustítuye el poder y salgamos de este asunto." La persona escogida para recibir la sustitución del mandato era también de la familia. Era Gabriel Camacho, el yerno de María Antonia. El consorte de Valentina Clemente Bolívar tenía, a juicio de su preclaro tío político, las ventajas deseables para atender asuntos espinosos.

Gabriel Camacho merecía toda la altísima estimación que le tuvo Bolívar. Ora en la esfera de los negocios públicos, ora en la órbita de los intereses privados, siempre se condujo con ejemplar pulcritud. El Libertador pudo ponerlo bajo la protección del general José Antonio Páez en términos que constituyeron la más enaltecedora credencial. Una probidad absoluta llevó a Camacho, cargado de familia, a una situación miserable. Pretensión de Bolívar: "favorecer del mejor modo a este honrado ciudadano y antiguo patriota, cuya desgraciada suerte nos debe interesar, tanto más cuanto que sus cualidades de honradez, actividad y exactitud, unidas a su conocimiento en negocios de todo género, nos prometen el mejor desempeño del que se le confiera". Camacho había descendido de una gran fortuna a una extrema penuria a causa de su pureza. Tan convencido estaba de ello el Libertador que tenía confiados al pobre y virtuoso Camacho todos, todos sus asuntos e intereses.

SIMON CAMACHO

Simón Camacho Clemente, hijo de Gabriel y Valentina, nieto de María Antonia Bolívar, pariente pró-

ximo del Libertador, reunió en sí condiciones semejantes a algunas de las excelentes que adornaron a sus mayores. Inició la carrera de hombre público en Venezuela, descollando en encumbradas posiciones del Estado. Trastornos políticos de mediados del siglo XIX lo obligaron a alejarse de su país. Como su abuela materna, tomó la vía de las Antillas. Acabó por establecerse en los Estados Unidos de América, donde su pluma, aguda y brillante, se ejercitó en la expansión del conocimiento de asuntos capitales del Hemisferio Occidental.

Dos seudónimos usó Simón Camacho: *Peter Hicks* y *Nazareno.* Con ambos fué corresponsal neoyorquino de importantes periódicos de la América hispana. Sus escritos ilustraron las páginas del *Diario de la Marina,* de La Habana, durante muchos años.

En 1853 Stephen A. Douglas, rival político de Abraham Lincoln en Illinois, y Pierre Soulé, empeñado en que Cuba fuese adquirida por los Estados Unidos de América, no ocultaban sus propensiones conquistadoras. *Peter Hicks* discurrió en torno a la expansión territorial de la Unión. Simón Camacho dijo de Douglas: "La expansión territorial se le presentó de nuevo con toda la propiedad posible y repitió que el país iba creciendo de un modo tan rápido que no bastarían para contenerlo las barreras de los tratados. Mr. Douglas no se halla a sus anchas en el vasto espacio que ocupan los Estados Unidos: se necesitan para el gigante nuevos territorios, y, si la Constitución no autoriza para garantizar el que jamás se anexe a Cuba, tampoco autoriza, en su concepto, para que se comprometan los

Estados Unidos a no anexar a Centro-América o a México." El corresponsal del *Diario de la Marina* en Nueva York observó que los demagogos "de la escuela del gigantuelo Douglas, de Pierre Soulé y del capitán Rynders" no daban cabida en sus cabezas a las versiones según las cuales el presidente Franklin Pierce se oponía a toda tentativa ilegal de agregar a los Estados Unidos ciertas posesiones de naciones vecinas y aliadas.

En la jerga política de los Estados Unidos preferida por Simón Camacho figuraron las expresiones *fire-eaters* y *rail-splitter.* Con la primera se refirió a los demagogos tragafuegos del tiempo de los escándalos internacionales de Pierre Soulé. Con la segunda aludió al título de rey de los raja-tablas dado a Abraham Lincoln por habérsele atribuido la propiedad de un aserradero. En el año en que Lincoln asumió la presidencia de los Estados Unidos escribió *Nazareno:* "No hay peor moro que un cristiano renegado, ni más terribles lincolnistas que los amigos que combatieron al rey de los raja-tablas." El resobrino de Simón Bolívar solía hablar de hombres y cosas norteamericanos con punzante ironía.

El libro *Cosas de los Estados Unidos,* publicado por *Nazareno* en Nueva York, recogió escritos evidenciadores de la predilección que el nieto de María Antonia Bolívar tenía por Cuba, con cuya vida se hallaba familiarizado. En relación con las Pascuas en la Isla, él exclamó: "Aquellos eran tiempos, camarada!" En esto debió de encontrarse mezclada la memoria de la talentosa abuela. En uno de los artículos de costumbres

coleccionados en el mentado volumen apareció este epígrafe:

> A La Habana me voy,
> te lo vengo a decir,
> que me han hecho sargento
> de la guardia civil.

La presencia de la prosa de Simón Camacho en la prensa habanera estaba llamada a despertar la atención de los observadores del conflicto bélico entre el Sur y el Norte de los Estados Unidos. Lo que ocurría en la gran república era gigantesco por todos conceptos. Difícilmente podía un hombre dotado de inteligencia y cultura extraordinarias—uno de los buenos escritores de las Américas—, por añadidura deudo del libertador Bolívar, ser testigo indiferente de una de las tragedias políticas y sociales que más ensangrentada llevaban la Tierra.

VII

PRIM Y MÉXICO

HORAS GRAVES PARA AMERICA

Durante gran parte del siglo XIX Europa vigiló con aviesas intenciones las vicisitudes de las naciones americanas. Las potencias de allende el Atlántico que habían tenido o tenían intereses coloniales en este lado de la vasta mar a duras penas se conformaban con su suerte adversa. Por resentimiento y por ambición, cedían a los impulsos que las llevaban a pretender reconquistas territoriales, abusos de poder o pagos de obligaciones de dudosa legitimidad. Aunque solían no entenderse entre ellas en sus lucubraciones antiamericanas, semejante cadena de sucesos llegó a tener excepciones.

En el año de 1861, el del desencadenamiento de la guerra civil en los Estados Unidos, concluyeron la Gran Bretaña, Francia y España una convención, firmada en Londres, a fin de exigir de México absoluta protección para las personas y haciendas de sus súbditos y pronta satisfacción de obligaciones de pago que la República había contraído con las potencias coligadas. El acuerdo

empezó a circular con una denominación amenazante para un pueblo materialmente débil, como entonces era México en relación con la capacidad bélica de las mencionadas monarquías: Triple Alianza. La Triple Alianza, so color de que las altas partes contratantes eran víctimas de procederes ominosos en América, tenía por objetivo desarrollar una vigorosa acción contra el país que presidía Benito Juárez.

Las horas que corrían, las de 1861, eran graves para América. Siempre la parte latina de este medio globo había adolecido de insuficiencias provenientes del coloniaje, no obstante haber poseído fuerzas lo bastante aptas para lograr la independencia de casi todo su territorio. La otra América, la de habla inglesa, pasaba por la más terrible de las pruebas a que pudo ser sometida su perdurabilidad, pues una contienda armada que adquiría caracteres sin precedentes era la última expresión de la discordia entre las dos principales secciones geográficas en que aparecían divididos los Estados Unidos. En tales circunstancias el concierto de los gobiernos de Londres, París y Madrid respecto de México poseía aspectos de una agresión premeditada con conocimiento de la inferioridad física de la víctima y con notorios alevosos propósitos.

La ejecución de los planes concluídos en Londres por la Gran Bretaña, Francia y España comprendió la organización de expediciones armadas destinadas a invadir el territorio mexicano. La reina de España puso a la cabeza de la expedición salida de la Península al general Juan Prim, uno de los primeros militares y políticos de la Península. El militar había cosechado en

abundancia laureles dentro y fuera de la Nación. El político exhibía aptitudes y ambiciones que lo apartaban de la mediocridad. La designación recaída en Prim produjo extrañeza: se vió contradicción entre públicas expresiones de él adversas a la intervención armada de España en México y su nueva función de representante de la Reina, así en lo militar como en lo diplomático, sobre el suelo de la República. A los hechos quedó reservado descubrir lo que en aquello había de verdad y de sinceridad. Por el momento se hallaba en el ámbito reservado de una conferencia privada lo que Prim manifestó a Carl Schurz, plenipotenciario de los Estados Unidos en España, explicando su pensamiento respecto de lo que Europa debía hacer y dejar de hacer en México y mostrando sus simpatías por puntos de vista del gobierno de Lincoln.

LA TRIPLE ALIANZA Y LINCOLN

La Tripe Alianza pretendió que sus responsabilidades en lo de México fuesen compartidas por los Estados Unidos, a los que invitó a sumarse a los planes trazados en Londres. Los representantes diplomáticos de España, Francia y Gran Bretaña en Wáshington, al comunicar al Secretario de Estado de Lincoln el contenido de la convención de Londres, invitaron a la Unión, que tenía contra México reclamaciones insatisfechas, a adherirse al proyecto de utilizar la acción bélica para lograr adecuadas reparaciones. Como escribiendo bajo la inspiración y los ojos de Abraham Lincoln, contestó William H. Seward a los legados europeos.

En cuatro puntos fueron concretadas las opiniones de Lincoln acerca de la actitud de la Gran Bretaña, Francia y España en visible hostilidad a México. El Presidente dejó flotando en unas preguntas muy serias su concepto sobre la legitimidad o ilegitimidad de la conducta de la Triple Alianza. Los Estados Unidos tenían reclamaciones pendientes contra México, pero el Presidente se oponía a demandar su efectividad por el procedimiento que había elegido la Triple Alianza, entre otros motivos, porque México era vecino de la Unión y estaba regido por un gobierno similar al de los Estados Unidos en sus principales fases. La Unión había ofrecido a Juárez su cooperación para solventar en lo justo los créditos cuyo pago requerían los monarcas europeos. El Presidente esperaba que los poderes coligados no abriesen en México el camino a futuras conquistas, patrocinadas por cualquier potencia, sin excluir a los Estados Unidos, ni pretendiesen emplear su influencia para coartar o lesionar el libérrimo derecho del pueblo de México a escoger la forma de su gobierno.

A principios de 1862 los europeos aliados contra México se hallaban presentes en el territorio de esta república americana. Tropas españolas, británicas y francesas habían desembarcado con designios no puestos en claro. Naturalmente, aquello más inspiraba alarma que confianza. El primer trimestre del nuevo año discurrió entre tanteos, dudas y recelos. Ya en abril se vió que la situación requería rápido tratamiento, sobre todo cuando en el seno de las legaciones europeas asomó la cabeza el plan francés de imponer

a México una monarquía, con un archiduque austriaco como emperador. A Prim cupo la responsabilidad de una grave iniciativa. Se negó a que el ejército bajo su mando secundase semejante proyecto, y, para la mejor eficacia de su actitud, por sí y ante sí—no había tiempo para consultar con Madrid—, ordenó la retirada de sus tropas del suelo mexicano y las condujo sin dilación hasta La Habana.

La conducta de Prim en México, sobre salvar a España de enormes quebrantos materiales, morales y políticos, coincidió con lo esencial de las miras expresadas por Lincoln. A semejanza de Lincoln, Prim entendió que las potencias europeas no debían intentar conquistas armadas en América y que constituía una torpeza pretender la eliminación del régimen republicano en un país que no daba señales veraces de apetecer cambio de tal magnitud.

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Mucho distaba Prim de participar del desdén con que los más de sus compatriotas y los más de los hombres de estudio de Europa miraban la aptitud militar de los Estados Unidos de América. Conocía la energía y la actividad de los ciudadanos de la Unión. Conocía su topografía, a su entender, la más bella, la más espléndida, la más desahogada por su horizonte sin límites, por sus inmensos ríos y por sus amplias bahías. Conocía, en fin, el esfuerzo gigantesco que la patria de George Wáshington había consumado para emanciparse. Todo esto le bastaba para comprender que allí

se juntaban la savia, la riqueza y el valor por una nación requeridos para ser grande.

La información que Prim poseía sobre las posibilidades y realidades de los Estados Unidos acució su deseo de visitarlos. Su regreso a La Habana, tras la retirada de México, le ofreció la oportunidad de satisfacer este deseo. En la capital de Cuba determinó dirigirse a Nueva York. En Nueva York dejó a su familia y encaminó sus pasos hacia la ciudad de Wáshington. En su séquito figuraron el brigadier Milans del Boch y el periodista Juan Pérez Calvo.

En Wáshington fué Prim atendido y guiado por Gabriel García Tassara, el ministro plenipotenciario de Isabel II cerca del gobierno de Lincoln. Entre ambos conspicuos españoles debió de producirse algún diálogo punzante en torno a los Estados Unidos. Sus ideas no concordaban. Mientras Prim tenía para la gran república expresiones admirativas, que se complacía en reiterar, García Tassara observaba y juzgaba a los estadinenses con invencibles reservas y pensaba y decía que toda la capacidad militar de ellos podía ser reducida a la nada por un ejército hispánico de treinta mil hombres.

COSAS DEL ESPIRITU

En compañía de García Tassara llegó Prim al despacho de Seward. Al Secretario de Estado fué posible así cambiar ideas, vis a vis, con el hombre que había precipitado en México una solución que satisfacía a los Estados Unidos y se adecuaba a fundamentales in-

tereses de toda América. Aunque agentes y soldados de Napoleón III continuaban en territorio de la república presidida por Juárez, y nocivas a ésta eran sus miras, ya había cesado la acción conjunta de tres potencias europeas en detrimento de una nación que con ellas sólo habría podido medir sus fuerzas espirituales, tan grandes como clara era la justicia de su causa.

Seward hizo la presentación de Prim a Lincoln. El encuentro de estos dos hombres tuvo que ser grato para ambos. En sus vidas y hechos había algo de común. En ambientes tan diversos como el de la Europa occidental y el de la América inglesa, en circunstancias disímiles, el uno súbdito de una monarquía y el otro ciudadano de una república, Prim y Lincoln mostraban hasta dónde era capaz de llegar el poder de la voluntad individual en hallándose al servicio de altos empeños. A mayor abundamiento, formaban parte de sus ideas las estrechamente relacionadas con el trabajo dedicado al progreso y a la felicidad de hombres y pueblos. En el lenguaje del espíritu Lincoln y Prim se entendían con facilidad.

Por supuesto, la conducta de Prim en México se adecuaba más a las convicciones de Lincoln que a las de Seward. Sólo bajo la inquebrantable decisión de Lincoln habían cesado los afanes de Seward en pro de la expansión territorial de los Estados Unidos con menoscabo del patrimonio de sus vecinos. Lo hecho por Prim en México era nuevo motivo de recíproca atracción para él y para Lincoln. Estaba clara la comunidad de sus pensamientos en negocios públicos de

vital interés para la paz en el Mundo y para la seguridad de la institución republicana en América.

La conversación de Prim con Lincoln se desenvolvió, ciertamente, como una de las cosas del espíritu propicias a coincidencias felices. El héroe y estadista español quedó de modo profundo impresionado ante la sencillez y bondad con que lo recibió el conductor de una de las naciones que más excitaban su admiración. El General tuvo por seguro que el recuerdo de las deferencias con que lo honró el Presidente viviría siempre en su alma.

VIII

LA PRIMERA NACIÓN DEL MUNDO

EL EJERCITO DEL POTOMAC

Los propósitos de Juan Prim al decidirse a visitar los Estados Unidos no se habían limitado a dejar satisfecho el deseo de conocer algunos aspectos meramente externos del país y de estrechar la mano de Abraham Lincoln, que tanta atención iba despertando entre los observadores de fuera de la Unión. Examinar de cerca los progresos de ésta, aunque fuese de manera rápida, era ensanchar la esfera de bellos conocimientos. Hablar con el jefe constitucional de la mayor de las repúblicas, aun cuando la plática durase poco tiempo, era adquirir nuevos elementos para comprender cómo andaban juntas la sencillez y la grandeza que Dios hizo posibles en el hombre. Prim también nutrió la aspiración de contemplar directamente la organización de uno de los ejércitos que mantenían una guerra magna y, de serle posible, presenciar una batalla.

En 1862 el ejército del Norte más numeroso era cabalmente el que más cerca se hallaba de Wáshington: el del Potomac. Lo mandaba George B. Mc

Clellan. Su objetivo inmediato era Richmond. Tomar la capital de los Estados Confederados equivalía a asestar doble golpe al Sur: derrotar las tropas conducidas por Robert E. Lee y desalojar al gobierno presidido por Jéfferson Davis. Prim supo con alegría que se le franqueaba el anhelo de encontrarse en el seno de miles de hombres armados y prestos a entrar en acción.

Militar se había hecho Prim desde abajo, desde la condición de soldado, por efecto de las luchas civiles de España, pero también por arranque de su corazón. Había llegado a la cumbre de la milicia hispánica merced a actos heroicos, señalados por los títulos nobiliarios con que la Corona lo recompensó. Su entusiasmo por la carrera de las armas lo llevó a observar cómo fuera de España se peleaba y a ver maniobrar en simulacro tropas francesas, británicas, italianas, austriacas, rusas, turcas y prusianas. El visitante del ejército del Potomac no era un mero aficionado atraído por la curiosidad: era un conocedor cabal de la formación técnica de masas de combatientes y del arte y de la ciencia de moverlas sobre el campo de batalla.

Por el Fuerte Monroe entró Prim en el Potomac. La presencia de este bastión lo puso en contacto con la solidez de las construcciones militares de la Unión y con la abundancia de la artillería del más grueso calibre de que estaban provistas. Como semejantes obras y su inmenso material no podían ser improvisados, era evidente que la República no tenía descuidada su defensa. Podía parecer cierto un abandono de tal naturaleza. Pero la verdad era que la Unión, por su organización sin precedentes, contaba con medios que,

ante una guerra pavorosa, le permitían hacerle frente en condiciones difícimente igualadas por grandes potencias que de manera permanente invertían sumas enormes en el mantenimiento de arsenales y tropas.

Ya en dirección del cuartel general del Potomac, situado a pocas millas de Richmond, halló Prim un pelotón de caballería. De éste se destacaron dos oficiales jóvenes, encargados de saludarlo en nombre de McClellan y de ponerse a sus órdenes. El caudillo español se sintió complacido de que el General en Jefe lo hubiese hecho recibir y escoltar por el conde de París y el duque de Chartres. El monárquico liberal reflexionó en torno al hecho de que en aquella región, asiento de la democracia republicana, él pudiese ver de simple capitán y ayudante de un general americano al conde de París, nacido en las gradas de un trono y llamado a ceñir la corona de Francia, si uno de sus mayores no la hubiese perdido olvidando que en el siglo XIX la fuerza de los reyes estaba en el amor de sus pueblos, y no en la condición de su familia ni en el lustre de su cuna.

REVISTA MILITAR

El ejército del Potomac se componía en el momento en que Prim lo visitó de ciento diez mil hombres, cuatro mil caballos y quinientas piezas de batalla. El espectáculo de semejante muchedumbre de combatientes, todos perfectamente equipados, fué un regalo para el héroe español. Los generales lo recibieron como a

antiguo camarada. Le mostraron sus posiciones y las de los confederados, cuyas avanzadas se distinguían fácilmente. Por lo demás, el hombre habituado a encarar la muerte en el campo de la pelea pensó, contemplando a jefes, oficiales y soldados, en la gloria cruenta que aguardaba a muchos de ellos, abrazados a su bandera y fieles al deber patrio.

McClellan quiso que Prim revistase treinta mil hombres y cuatrocientas piezas. Estas tropas recibieron al visitante en orden de parada y lo saludaron con sus banderas. Él aceptó tamaño honor para su patria y para su soberana, pues no le pareció lícito admitirlo para sí. Después de aquello, como para que no le quedase nada importante por ver, acarició la esperanza de presenciar la proyectada arremetida del ejército del Potomac contra Richmond. Sin embargo, esta merced, más que de los hombres, dependía del tiempo, y el tiempo, lluvioso en exceso, imposibilitó un ataque general dentro de término próximo.

A la revista militar en el Potomac se añadieron las facilidades dadas a Prim para que examinase cuanto allí existía organizado y en pie de guerra. El General calificó de trabajo de romanos el llevado a cabo. Visitó parques y talleres ambulantes, observó el sistema de encadenar el ganado de la numerosa artillería y recorrió las grandes guardias y los puestos avanzados. Todo lo encontró correcto, no inferior a lo que, al cabo de una larga campaña, permitían los rigores de un sol que fundía a los hombres y consentían las lluvias torrenciales que destruían todo.

El militar que había dirigido y presenciado manio-

bras en simulacro y batallas famosas en Europa y Africa apreció cómo las tropas de los Estados Unidos eran disciplinadas y guiadas con sujeción a reglas generales establecidas por Federico II de Prusia y desarrolladas y simplificadas por Napoleón I de Francia. En esto lo mejor de América se ajustaba a lo mejor de Europa. La diferencia entre lo mejor de Europa y y lo mejor de América se hallaba en otros elementos descubiertos por la capacidad técnica y la agudeza política de Prim.

SUPERIORIDAD NORTEAMERICANA

No por inclinación a halagar a quienes lo habían recibido con inusitados honores, sino con el anhelo de enseñar y advertir, Prim señaló la supremacía militar de los Estados Unidos. Hizo esto cuando ya se hallaba lejos de la Unión. Habló con pasión, con la pasión inherente a la admiración despertada por lo grandioso, mas sin apartarse de la verdad.

Las observaciones y conclusiones de Prim acerca de la aptitud del pueblo regido por Lincoln para tomar las armas y manejarlas en defensa de su patrimonio políticosocial quedaron expuestas con no menos sencillez que precisión. Él consideró que a todos, pero mayormente a quienes tentase el deseo de entrar en guerra con los Estados Unidos, convenía conocer lo que sus ojos habían visto y su sentido de la realidad había aquilatado en medio de la contienda entre el Norte y el Sur.

La importancia militar de los Estados Unidos había sido desconocida por Europa, con la excepción de la Gran Bretaña, hasta que estalló la guerra entre el Sur y el Norte de la República. Europa venía creyendo que esta nación, con menos de un siglo de edad, no prestaba atención sino a los mercaderes, ocupándose mucho en acrecentar su comercio para incrementar su riqueza, sin cuidarse en lo más mínimo de su defensa militar. A la formación de tal concepto contribuía el hecho de que al extranjero llegado a un puerto o a una ciudad de la Unión no era dado ver gente armada en servicio ni brillantes paradas, tan frecuentes en Europa. Igual creencia procedía de la escasa marina de guerra norteamericana. Los que juzgaban así—advertencia de Prim—ignoraban que en los Estados Unidos, como consecuencia de su organización en lo político y lo administrativo, cada ciudadano empleaba el tiempo, la inteligencia y la fortuna en lo que más le acomodaba, de manera que con la misma libertad fabricaba máquinas de guerra y ornamentos de iglesia, y que, por efecto de este sistema de vida, cuando el Gobierno necesitaba buques, armas y municiones—careciendo de arsenales, fundiciones y talleres costosísimos, como los de Europa—acudía a la industria particular y ésta lo proveía de cuanto le era menester, en cantidad y con rapidez sorprendentes, acordes con una capacidad productiva rayana en lo fabuloso.

A juicio de Prim, como de todo entendido en asuntos bélicos, la importancia de una nación en tiempo de guerra debía medirse por el número de las tropas que le era posible mantener bien armadas, bien equi-

padas y bien alimentadas. Siendo así la verdad, la primera de las potencias del Mundo era la presidida por Lincoln. Prim confesó que él no conocía otra que pudiese sostener millón y medio de hombres sobre las armas, gastando en las atenciones militares cuatro millones de dólares diarios, sin acudir a empréstitos extranjeros. Soldados, cañones, fusiles, material, buques y dinero brotaban a raudales del seno de este pueblo, de las entrañas de su vida pujante.

ADVERTENCIAS PROFETICAS

De la experiencia adquirida por Juan Prim en la nación pautada por el carácter, la sabiduría y la misericordia de Abraham Lincoln salieron advertencias proféticas. Estas fueron naturales en varón de las calidades del que en México acababa de salvar a España de extremos reveses y en Europa señalaba las condiciones únicas mediante las cuales podían los reyes conservar su fuerza. El poderío alcanzado por la Unión bajo la presidencia de Lincoln, sin hacer armas ni emplear procedimientos abominables contra vecino alguno, habilitó a Prim para emitir juicios de valor permanente.

Cuando Prim habló de los Estados Unidos no olvidó que los mismos se hallaban envueltos en un pavoroso conflicto. Llegó a aceptar la posibilidad de que la secesión triunfante del pacto federal. Aun en este caso, presentado como hipótesis, vencedores y vencidos formarían un solo cuerpo para la defensa de comunes

intereses bajo el señorío de la Doctrina de Monroe. En siendo del Norte la victoria, se produciría mejor el resultado previsto. Lo cierto y fundamental era que aquellos que en el fragor de la contienda se detestaban furiosamente, una vez concluida la guerra, se sentirían unidos con no menor fuerza que la requerida para que no se malograsen los principios que les habían inspirado la creación de un pueblo casi maravilloso.

Una advertencia final dirigió Prim a sus contemporáneos: ¡ay de la potencia europea que viniese a América a luchar con los Estados Unidos! En realidad, tal advertencia no tendría limitaciones ni en el tiempo ni en el espacio. La pujanza adquirida por la nación que Lincoln soldaba y saneaba, dotada de reservas materiales y espirituales inagotables, había entrado en la Historia, como quiso y vaticinó el egregio emancipador, para influir decisivamente en los máximos destinos humanos.

IX

CUBANOS EN GETTYSBURG

ESPIRITUS GEMELOS

Federico y Adolfo Fernández Cavada nacieron en Cuba, en la ciudad de Cienfuegos, en 1831 y 1834, respectivamente. Fueron hijos del español Isidoro Fernández Cavada y Díaz de la Campa y de la norteamericana Emilia Houard Gatier. Quedaron huérfanos de padres en 1839. La madre se los llevó a Filadelfia, donde ellos recibieron educación primaria y enseñanza superior.

El padre de Federico y Adolfo Fernández Cavada había sido uno de los españoles que en Cuba se consideraran felices bajo el mando de Miguel Tacón, el gobernante intolerante para con los criollos y autoritario en sus relaciones así con insulares como con peninsulares. A despecho de tal antecedente y del constituído por su alejamiento de la Isla en la infancia, Federico y Adolfo Fernández Cavada se sintieron cubanos, muy cubanos, apenas poseyeron capacidad para reflexionar. Decisivamente debió de influir en la creación de semejante actitud la madre, mujer de vigo-

roso carácter, moldeadora del de cada uno de sus hijos, a quienes pudo recordar que la patria de ellos no era la del extinto progenitor, ni la de ella y de su segundo esposo, el banquero estadinense Samuel Dutton. Los Fernández Cavada amaron a Cuba con el beneplácito de Emilia Houard Gatier.

A los diecisiete años de su edad, en el de 1848, revuelto el Mundo y minada Cuba por ideas y movimientos revolucionarios, Federico Fernández Cavada escribió versos patrióticos. Los tituló *Plegaria.* En ellos, luego de sentar que

morir, por ser libre, no es morir,
aun marchita, la flor de tierna edad,
vivir, siendo esclavo, no es vivir,
de la esclavitud nació la libertad,

recordó el suplicio de Hatuey y dijo de sí propio:

O, Dios! que en el suelo cubano
sangrar pueda mi angustiado pecho,
y no descanse mi enojada mano
hasta que el yugo de tirano sea deshecho!...
Malvado soy si mi plegaria ofende;
no es digno el brazo inerte de piedad,
que el mío amor patrio enjendre;
pues merece el patriotismo, Libertad.

En su *Plegaria* dejó Federico Fernández Cavada prueba escrita de su posición ante el destino del país donde él había empezado a ver la luz del Sol. Los versos del adolescente tradujeron claros pensamientos y sentimientos. De su brazo había de esperar Cuba esfuerzos heroicos. En sus ideas la libertad aparecía

fuertemente unida a la patria. ¡Qué mujer tuvo que ser aquella que, natural de Filadelfia y alejada de las Antillas, favoreció en sus hijos el crecimiento de convicciones tan profundas como las que Federico Fernández Cavada puso de manifiesto en las hojas de un cuaderno de manuscritos íntimos!

Entre Federico y Adolfo Fernández Cavada no hubo diferencias por razón de sus caracteres, muy enteros en los dos. En Federico la inquietud y la intrepidez quizá se exhibieron más que en Adolfo. Federico solía aparecer agitado por anhelos de viajes, aventuras y dilatados horizontes intelectuales, como al trasladarse al istmo de Panamá con el propósito de ocuparse con la dirección de trabajos públicos o al ampliar su capacidad académica de ingeniero con estudios y prácticas de arquitectura y pintura. Pero ambos cedían a inclinaciones y desasimientos de la misma índole. Un ejemplo inequívoco: el ingreso del uno y del otro en el ejército federal cuando Abraham Lincoln necesitó preservar la integridad de los Estados Unidos por medio de las armas. Los espíritus de Adolfo y Federico Fernández Cavada eran gemelos.

En la primera semana del conflicto bélico entre el Sur y el Norte entró Adolfo Fernández Cavada en el servicio militar de la Unión, alistándose por término de tres meses en el cuerpo de artillería de Pennsylvania. No pudo acompañarlo en aquel momento Federico, obligado a acatar la voluntad de médicos y amigos que consideraban incompatibles su mala salud y la actividad guerrera, pero no mucho después, en julio de 1861, el cuasi convaleciente sentó plaza de oficial entre los vo-

luntarios que se organizaban en Filadelfia. La conducta de los dos cubanos se halló a la altura de los sacrificios del Estado, el que, bajo la influencia directa de Simón Cameron, respondía admirablemente a los requerimientos de Lincoln en la lucha armada, como había contribuido a su exaltación presidencial en la entonces reciente contienda electoral.

EL PRESIDENTE

De los servicios de Adolfo Fernández Cavada fué quedando puntual constancia en un cuaderno llevado por sí mismo. Lo inició en 19 de abril de 1861. Aunque su compromiso estaba limitado a tres meses, su actividad armada fué prorrogándose en la medida en que su concepto de la responsabilidad le hacía comprender la necesidad de continuar peleando bajo el pabellón de los Estados Unidos. En su diario de campaña consignó Adolfo Fernández Cavada noticias sobre los movimientos de las tropas de que formaba parte y referencias a otros sucesos de importancia en su vida.

Al cabo de los primeros ocho meses de su condición castrense, en diciembre de 1861, Adolfo Fernández Cavada experimentó intensas alegrías. El oficial vió cómo su regimiento era enaltecido con la insignia de colores que le presentaron funcionarios del Estado. Ciudadanos de diversos parajes de Pennsylvania acudieron al campamento para compartir alborozos con los hombres de guerra. Entre los visitantes figuraron la madre del combatiente y Samuel Dutton, quienes acudieron a abrazar a los dos hijos, a la sazón juntos. A mediados

de 1862 Adolfo estaba afligido por encontrarse enfermo Federico. Pero las dolencias de éste, aun siendo pertinaces y serias, no le impedían pelear.

En febrero de 1863 Adolfo Fernández Cavada fué designado miembro de la Corte Marcial General. Él se sintió satisfecho de ser juez en este tribunal militar, "algo nuevo e interesante", según escribió. La Corte Marcial demandó de su parte intensa actividad. Por lo demás, tal nombramiento dió la medida de la consideración merecida por quien lo recibió.

En vísperas del segundo aniversario del estallido de la guerra Lincoln quiso revistar las fuerzas mandadas por George G. Meade, en las que militaba Adolfo Fernández Cavada. Durante varias horas hubo grande espectáculo militar. Adolfo Fernández Cavada cabalgó hasta el cuartel general de Meade para participar en los movimientos realizados en honor de quien por la Constitución era el Comandante en Jefe. Lincoln pudo cerciorarse de la excelencia del ejército del Potomac contemplando ochenta mil hombres armados. El cubano que vió todo aquello se sintió dichoso por estar cerca del sencillo varón que ascendiera de la humildad a la más encumbrada posición oficial de los Estados Unidos.

REMISION DE PENA

Federico Fernández Cavada tenía una brillante carrera militar. Se inició como oficial reclutador en contacto con Oliver Wilson Davis. Mereció el aprecio de David B. Birney, jefe calificadísimo. Trabajó como

ingeniero, sirviéndole de mucho sus conocimientos en dibujo y topografía. Ejecutó exploraciones en globos, los llamados ojos del ejército del Potomac. Acompañó a John Pope en la campaña del verano de 1862. Peleó bajo las órdenes de George McClellan en Antietam. En el otoño de 1862 descolló en el empleo de teniente coronel del regimiento número 114 de voluntarios de Pennsylvania. Participó en la batalla de Fredericksburg, tan adversa para la Unión. Asistió a la derrota de Chancellorsville, donde fueron sus superiores jerárquicos el mayor general Joseph Hooker, los brigadieres generales David B. Birney y Charles K. Graham y el coronel H. T. Collins. En diciembre de 1862 Federico Fernández Cavada se hallaba herido.

Entre Birney y Collins no existía buenas relaciones de amistad. La que Birney dispensaba a Federico Fernández Cavada era cordial. Esto debió de influir en la ojeriza de Collins hacia Fernández Cavada, a quien aquél llegó a acusar de haber observado mal comportamiento en la batalla de Fredericksburg. Por su parte, la conducta de Collins en Chancellorsville estuvo sujeta a investigación por jueces militares.

Las imputaciones hechas por Collins a Federico Fernández Cavada pasaron en el ejército del Potomac al conocimiento de la Corte Marcial General. En 16 de febrero de 1863 Hooker elevó la causa al Comandante en Jefe. En un corto dictamen el General expuso dos circunstancias atenuantes, si no eximentes, una transitoria y otra permanente. La transitoria consistía en la naturaleza del caso llevado ante la Corte. A la permanente deparaba valor la probada buena reputación in-

herente a un heroico soldado de la Unión. Y Joseph Hooker esperaba que el Presidente dejase sin efecto la sentencia.

Por sí mismo supo Lincoln de los autos contra Federico Fernández Cavada. Los examinó detenidamente. Leyó la opinión de Hooker. Apreció la significación del hecho de que un americano de las Antillas, con educación universitaria y con excelente hoja de servicios en las armas de la Unión, estuviese por el mantenimiento de la misma batallando inteligente y heroicamente. En 20 de mayo de 1863, autorizadas con su firma, el Presidente escribió las dos palabras necesarias para declarar remitida la condena que una pasión mal dirigida había pretendido echar sobre Federico Fernández Cavada.

BATALLA EN GETTYSBURG

Federico y Adolfo Fernández Cavada volvieron a juntarse a mediados de 1863. Los acercó la enorme concentración de tropas federales producida en Pennsylvania para hacer frente a una imponente masa de soldados bajo el inmediato mando de Robert E. Lee, el gran jefe de los ejércitos confederados. En 1º de julio de 1863 los dos cubanos nacidos en Cienfuegos empuñaban las armas en el campo de Gettysburg.

Adolfo Fernández Cavada empezó el 1º de julio a conocer la intensidad del choque provocado por Lee. En un momento en que intervenia en un reconocimiento del terreno supo de un llamamiento procedente del general Daniel E. Sickles para que se acudiese a Gettys-

burg, donde los federales peleaban con enorme desventaja. En la tarde y en la noche de aquel día él se vió en medio de una "gran masa de hombres batallando por avanzar". No le cabía duda alguna de que estaba participando en una trascendental función de guerra.

Durante el 2 de julio pasó Adolfo Fernández Cavada por trances gravísimos. Luego de observar cómo las columnas rebeldes concentradas en Gettysburg oscilaban entre impetuosas arremetidas y tambaleantes actitudes, oyendo él un fuego de artillería como jamás lo creyera posible, su caballo fué herido y le cayó encima. A duro esfuerzo el jinete pudo salir de semejante apuro. Recibió auxilio de su ordenanza. Deambuló entre muertos y heridos en número incalculable. La reunión con sus camaradas le descubrió nuevos horrores de una lucha en la que temblaban los cerros, envueltos en neblina de fuego, y parecía el aire lleno de cascos de metralla reventando con horrísono estruendo, y era posible observar la marcha de los proyectiles en el espacio.

Los riesgos y sobresaltos aumentaron el 3 de julio. En un rudo encuentro en el viejo cementerio de Gettysburg el caballo que montaba Adolfo Fernández Cavada quedó inutilizado por una bala. La nueva cabalgadura del oficial cubano le descubrió un hecho doloroso, pues era la de su hermano Federico, acerca de cuya suerte había varias versiones, todas graves, desde la que lo daba por herido hasta la que lo tenía por prisionero de los confederados. Un casco de cañón alcanzó ligeramente en el pecho a Adolfo. Pero lo peor estuvo compensado con creces por el desenlace final de la batalla.

En la noche del 3 de julio, según las notas de Adolfo Fernández Cavada, Lee falló, sus tropas no se atrevieron a otro ataque y ya sólo les quedó la alternativa de perecer o retirarse.

De las noticias circulantes en el campo de Gettysburg relativas al cubano que era teniente coronel del regimiento número 114 de voluntarios de Pennsylvania tuvo confirmación la que lo consideraba prisionero. El general Charles K. Graham y su subalterno Federico Fernández Cavada fueron capturados. A ambos esperaba pésimo destino: sus aprehensores juzgaron que su condigno encierro se hallaba en Libby, la sórdida e inhumana prisión de Richmond, en el corazón de los Estados Confederados.

En los contradictorios sucesos que para Federico y Adolfo Fernández Cavada hubo en la batalla de Gettysburg el que más había de contar era el que por el momento decidía la suerte entre el Norte y el Sur. En su cuaderno de campaña Adolfo escribió: "4 de julio, día doblemente amado de la victoria de la libertad sobre la esclavitud en los campos de Gettysburg." En aquellos mismos momentos, en el aniversario de la Declaración de Independencia, Lincoln anunció al pueblo que las armas del Potomac acababan de cubrirse de gloria con un grandioso triunfo para la causa de la Unión.

LA PRISION DE LIBBY

La prisión en Libby constituía poco menos que un tormento, así por las condiciones antihigiénicas del es-

tablecimiento como por las privaciones a que eran sometidos los recluídos en el mismo. El inquieto genio de Federico Fernández Cavada se revolvió contra todo aquello en la única forma en que podía hacerlo: él ocupó su mente y sus manos con algo útil. Su fidelísimo amigo Oliver Wilson Davis dijo de Fernández Cavada: "Empleaba las largas horas de su cautiverio escribiendo pasajes de la vida en la prisión e ilustrándolos con dibujos hechos a lápiz. Como no había estancos en el penal donde obtener el papel, se vió precisado a escribir y dibujar en los márgenes de los periódicos o en cualquier pedazo de papel que cayese en sus manos." Estos manuscritos eran ocultados por Fernández Cavada y por sus compañeros en zapatos y calcetines, pues sus custodios se hallaban obligados a no permitir en Libby la existencia de semejante material literario y artístico.

A principios de 1864 Federico Fernández Cavada quedó en libertad. Logró llevar consigo lo que había escrito y dibujado en Libby. Sin pérdida de momento ordenó todo aquello para entregarlo a una imprenta de Filadelfia. Era la historia de sus experiencias en la famosa prisión de Richmond.

En Cuba se supo de la actividad de Federico Fernández Cavada en las filas de la Unión. Con interés se siguió su suerte, sobre todo después de la batalla de Gettysburg. En La Habana quienes simpatizaban con su conducta mostraron inusitada satisfacción al conocer que él había recobrado la libertad. El diario *El Siglo* publicó:

"Nuestros lectores saben, porque lo hemos anunciado oportunamente, que el joven D. Federico Cavada, coronel del regimiento número 114 de zuavos de Pennsylvania, cayó prisionero en la batalla de Gettysburg el 3 3 de julio de 1863, después que la fuerza que mandaba había protegido heroicamente la retirada de una batería federal y quedado reducida a 70 hombres. Pues bien: este bizarro oficial fué conducido a Richmond y encerrado en la célebre prisión de Libby, donde ha permanecido hasta ahora, que, con motivo del canje de oficiales prisioneros habido entre el Norte y el Sur, se le ha puesto en libertad. Alegrémonos."

El empleo de Federico Fernández Cavada era el de teniente coronel. Fué el que él puso en la portada de su libro *Libby Life: Experiences of a prisoner of war, in Richmond, Va., 1863-1864.* Estas páginas evidenciaron que en sí reunía condiciones nada comunes de escritor y artista el héroe—por los estadinenses apodado *The Fire King*—que había nacido en Cuba y que por muy suyo lo tenía Cuba.

ESTADO DE LA OPINION CUBANA

Después del cautiverio en Libby pasó Federico Fernández Cavada por nuevos quebrantos. El cuerpo siguió débil, atacado por la mala vida de la prisión. El espíritu se rebeló contra injustas versiones, propaladas por personas a él desafectas. Dolor hondo—reflejado en versos suyos—le produjo la muerte del general David B. Birney, en cuyo estado mayor figurara con

brillantez en las filas activas de la Unión. Oliver Wilson Davis le tendió su mano en instantes de infortunio y confusión. Una conversación de Fernández Cavada con William H. Seward desembocó en el nombramiento de cónsul de los Estados Unidos en Trinidad recaído en aquél. El héroe volvió así a Cuba.

A principios de 1865 Federico Fernández Cavada, desde Cuba, escribió a Oliver Wilson Davis una carta muy instructiva acerca del estado de la pública opinión en la Isla. En ésta él encontró en franco desarrollo ideas políticas y sociales influídas por los acntecimientos cuyo máximo conductor era Abraham Lincoln. Fernández Cavada discurrió sobre diversos puntos de la existencia cubana:

1. La opinión pública en Cuba estaba ocupada muy seriamente con el examen de los sucesos que conmovían a la Unión. Aunque el observador no había carecido de información respecto de la preparación de muchos de sus coterráneos para apreciar los asuntos de la República, llegaron a sorprenderlo los tamaños alcanzados en la esfera social por la excitación que causaba el conflicto entre el Norte y el Sur.

2. El elemento abolicionista no se hallaba en Cuba limitado a aquellos que no tenían esclavos. Grandes usufructuarios del trabajo forzado de los negros figuraban entre los prosélitos de la nueva fe. La extinción de la servidumbre de las razas de color en el Hemisferio Occidental era aceptada como una inevitable consecuencia de su abrogación en los Estados Unidos.

3. La esclavitud en Cuba, tan cerca de la libertad

políticosocial triunfante en los Estados Unidos, no podría mantenerse intacta.

4. La población de color de la Isla no se encontraba tan atrasada como indicaban los llamados bandos de buen gobierno expedidos por las autoridades coloniales.

5. La idea de que a los blancos era imposible laborar en los campos de Cuba perdía terreno rápidamente. Esto constituía un factor favorable a la aceptación del principio de que era un hecho social inexcusable la abolición de la esclavitud.

Tal era el interés de muchos cubanos en torno a los negocios públicos regidos por Lincoln que Fernández Cavada dudaba de que en la Unión aquél fuese más intenso que en la Isla. El entusiasmo y la pasión de los partidarios de los federales no se ocultaban ni disimulaban ante la influencia oficial de los adictos a los confederados. Si Cuba era geográficamente parte de América—reflexionaba Federico Fernández Cavada—, ¿por qué había de continuar perteneciendo políticamente a Europa? Esta deducción se hallaba enlazada de manera estrecha con la evidente inclinación de los criollos hacia la causa de Lincoln. Para el nacido en Cienfuegos que había peleado en Antietam, Fredericksburg, Chancellorsville y Gettysburg existía relación directa entre los objetivos que alcanzaba la causa del Norte y las limpias y altas aspiraciones de los mejores hombres de su Antilla.

HEROES EN GRANDES BATALLAS

Los hijos de Emilia Houard Gatier alistados entre los

voluntarios de la Unión alcanzaron la categoría de héroes en grandes batallas. Ellos fueron combatientes en hazañas bélicas de dimensiones casi inauditas. Ciertamente, la recia matrona pudo pensar que no había trabajado en vano tratando de moldear caracteres capaces de afrontar con valentía graves decisiones humanas.

Gettysburg resultó uno de los puntos más salientes en la cruenta lucha por la preservación de los Estados Unidos y por su saneamiento social. En aquel campo de batalla se hallaron sometidos a durísima prueba los intereses y valores colectivos tutelados por Lincoln. De haber triunfado allí Lee, el destino de la Unión habría sido precipitado hacia el abismo. Puesto que ocurrió lo contrario, la Unión quedó a salvo y en el camino de la victoria definitiva. Con razón coincidieron en optimistas pareceres, emitidos el 4 de julio de 1863, Abraham Lincoln y Adolfo Fernández Cavada.

Los cubanos presentes en la batalla de Gettysburg contribuyeron al doble empeño de conservar la creación política de los padres de la patria estadinense y sanearla moralmente. Al triunfar la libertad de la esclavitud en el ensangrentado campo, como anotó uno de aquellos antillanos, los Estados Unidos alcanzaron un nivel superior, el mismo a que habían aspirado los más sinceros de los fundadores firmantes de la Declaración de Independencia. ¿Pudieron acaso abrigar Federico y Adolfo Fernández Cavada una pretensión mayor que la apuntada?

La madre de los dos héroes cubanos que combatieron

en Gettysburg había laborado útilmente. El material humano salido de sus entrañas fué sensible a las ansias por ella disciplinadas. En la historia de los Estados Unidos ellos adquirieron posiciones propias. Y merecieron bien de la causa que tuvo por máximo inspirador y ejecutor a Abraham Lincoln.

X

EVITACIÓN DE UNA GUERRA

ANTE LA GUERRA SECESIONISTA

La comunicación que la poetisa española Carolina Coronado estableció con Abraham Lincoln tuvo dos consecuencias: una inmediata y otra mediata. La inmediata consistió en la reposición de Horatio J. Perry como secretario de la legación de los Estados Unidos en España. La mediata se manifestó en la cooperación que, merced a ese hecho, prestó la famosa escritora a la Unión.

Fuese exacta o inexacta la información que ofreció la Coronado a Lincoln acerca de los motivos de la cesantía de su marido, decretada por la administración de Pierce, lo cierto fué que la gestión de Perry produjo saludables efectos para la preservación de la Unión. Él entró en funciones de encargado de negocios al volver a la Legación. Ora por sus propios esfuerzos, ora por los de su esposa, Perry ganó muchas buenas voluntades españolas para los negocios públicos dirigidos por Lincoln.

El primer plenipotenciario destinado por Lincoln a

la corte de Isabel II, Carl Schurz, se sintió feliz teniendo a su servicio en España a Perry. Llamó verdadero tesoro a este secretario, por sus prendas intelectuales y por su larga experiencia en el ambiente hispánico. Consideró afortunado para Perry su enlace matrimonial, conocida la alta personalidad de Carolina Coronado. Tuvo por cierto que Perry, aun siendo privilegiada su posición social en Madrid, jamás cesó de anhelar por los Estados Unidos. Celebró la actitud adoptada por Perry al llegar a España las noticias relativas al estallido del conflicto bélico que conmovía a su país, pues buscó ansiosamente la oportunidad de hacer algo provechoso para el gobierno de Lincoln. A juicio de Schurz, en aquellos momentos Wáshington encontró, para la posición que asignó a Perry, al hombre mejor preparado, quien, por añadidura, hablaba y escribía el castellano con tanta propiedad y corrección como el inglés.

Por natural inclinación de su romántico espíritu, la poetisa abrazó fervorosamente la causa de Lincoln. No sólo la sirvió exponiendo razones y reiterando encarecimientos cerca del trono hispánico: la sirvió también con sus prestigios intelectuales y sus relaciones sociales. Cualesquiera que fuesen las posturas políticas de Perry y el grado de sinceridad de su conducta respecto del conflicto entre el Norte y el Sur en su patria, la disposición de su esposa en favor de los intereses federales, vinculados en Abraham Lincoln, resultó un suceso resonante en la península ibérica.

Carolina Coronado de Perry era en 1863 una de las mejores amistades de los Estados Unidos de América en

Europa. Pensamiento y acción de ella se alzaron en medio de ignorancias e incomprensiones para ilustrar y persuadir. Usó armas no comunes: las armas privativas del eterno femenino señalado por Juan Valera y de su exquisito talento poético. Su sensibilidad estuvo en actividad para honor y beneficio de la integridad de la Unión y de la redención de millones de seres humanos.

CONFLICTO INTERNACIONAL

Entre Madrid y Wáshington se suscitó un serio conflicto en derredor de la jurisdicción marítima de España en Cuba. Madrid pretendió extenderla a seis millas. Wáshington se aferró a limitarla a tres millas. La controversia tuvo inusitada importancia porque esa zona era utilizada por los barcos de los Estados Confederados para burlar la persecución de la armada de los Estados Unidos. Las autoridades de la Isla se empeñaron en favorecer a los rebeldes del Sur dando a su jurisdicción marítima mayores dimensiones que las consagradas por las normas jurídicas aducidas por la Unión.

A mediados del año de 1863 aumentó la tirantez entre España y los Estados Unidos con motivo de sus diferencias en relación con la jurisdicción marítima de Cuba. Los buques de guerra de la Unión penetraban en la zona de seis millas, que España fijaba, y hasta en la de tres, que los Estados Unidos señalaban. Ello llevó al plenipotenciario de Isabel II cerca del gobierno de Lincoln a hacer severas representaciones. El gabinete

de Madrid abandonó el procedimiento de sostener sólo en teoría lo de la jurisdicción de seis millas ante la evidencia de que a nada satisfactorio conducía su propósito de llegar a un arreglo amistoso, basado en el reconocimiento de la igualdad de jurisdicciones. El ministerio hispánico, en conformidad con dictamen emitido por el Consejo de Estado, dió a su legación en Wáshington las instrucciones que llevaron a Gabriel García Tassara a expresar a William H. Seward en 9 de agosto de 1863 que a la expiración del término de dos meses, contados desde esa fecha, fuerzas navales de España obligarían a respetar en las aguas de Cuba el límite de seis millas, determinado por las leyes acerca de la jurisdicción marítima en los dominios de la Reina.

Se hallaba lejos de la intención de Lincoln la posibilidad de que aceptase, sin más ni más, la amenaza española. El Presidente y sus consejeros apoyaban su actitud en intereses fundamentales de los Estados Unidos. Los confederados obraban dentro de un claro sistema de piratería. Carecían de puertos libres de bloqueo efectivo. No disponían de buques fabricados, armados y tripulados por ellos en la parte que dominaban. Se valían de los obtenidos, artillados y avitualados en naciones neutrales. Despojaban en alta mar bajeles de los Estados Unidos. Y encontraron campo de acción y fácil refugio en las inmediaciones de Cuba. Lincoln pensó que lo único que procedía por su parte era someter la controversia al estudio de una comisión mixta de las dos potencias o al arbitraje internacional.

El peligro de guerra entre España y los Estados Uni-

dos se agitó en Madrid y en Wáshington en los meses de agosto y septiembre de 1863. La grave situación tuvo que ser despejada en la corte de Isabel II. Allá trabajó afanosa y fructuosamente Horatio J. Perry, en funciones de encargado de negocios de la Unión. Gestiones personales suyas o por él dirigidas lograron que personajes tan disímiles por sus ideas y aspiraciones como el duque de Montpensier, cuñado de la Reina, miembros del Clero, poseedores de enorme influencia, y Nicolás María Rivero, jefe de los demócratas españoles, presionasen en las esferas regias, directa o indirectamente, hasta ver disipada la amenaza del conflicto bélico prenunciado en la nota de 9 de agosto de 1863 enderezada por García Tassara a Seward.

El satisfactorio resultado de las actividades desarrolladas por Perry en Madrid para evitar una guerra entre su patria y la de su mujer no fué debido a él únicamente. No menos que él, si no más, se afanó Carolina Coronado por serenar los ánimos y enervar los efectos de intrigas preñadas de riesgos extremos. La poetisa quiso avanzar, y avanzó, por vías secretas, cuasi misteriosas, lo que le deparó la condición de eficaz agente de la paz internacional.

INFORMACION Y JUICIO DE PERRY

Horatio J. Perry nunca fué omiso en el elogio de las aptitudes intelectuales y morales de Carolina Coronado. En la época de Pierre Soulé las ponderó por lo alto escribiendo a William L. Marcy. En los momentos de

contar sus propias glorias a William H. Seward, por haber conjurado el riesgo de una guerra entre España y los Estados Unidos, no pudo olvidar los servicios prestados por la poetisa en circunstancias excepcionales.

En una larga nota, estrictamente privada y confidencial, Perry amplió la información por él suministrada a Seward acerca de los acontecimientos desenvueltos con su intervención en la corte de Isabel II para eliminar el peligro de un conflicto armado a causa del uso y abuso de la jurisdicción marítima de Cuba. En esta ocasión el diplomático estadinense pidió permiso al Secretario de Estado, y desde luego lo tuvo por concedido, para mencionar, si no públicamente, por lo menos de manera oficial, en simple acto de justicia, a una persona que había hecho más eficaces servicios a la Unión, en instantes de crítica importancia, que los que rindieran en parecidas oportunidades muchos de los estadistas de la República. Perry escribió:

"Me refiero a mi noble y abnegada esposa, y deseo decir con toda claridad que sin su ayuda, incomparable y hecha de todo corazón, habría sido imposible que yo u otro norteamericano hiciese lo que yo he obtenido aquí.

"Su reputación literaria y su fino talento atraen hacia ella a los hombres superiores de todos los partidos y los colocan a mi alcance; sobre todo su penetrante y certero juicio del carácter de los hombres y de los sentimientos y las pasiones que los animan hacen que su devota cooperación sea de inapreciable importancia.

"Nunca le he pedido ayuda en servicio alguno, por delicado que sea, en que haya fracasado.

"Sus relaciones con la infanta-duquesa de Montpensier y su influencia con la Reina misma me han sido del mayor valor, especialmente su manejo del Clero, que es un elemento con el que, debo confesarlo, nada hubiese podido yo hacer por mi cuenta y que me ha resultado de suprema utilidad en este caso."

A cambio de tan eminentes servicios, solicitó Perry que el nombre de Carolina Coronado fuese debidamente recordado mediante el aprecio de Seward y de Lincoln. El Presidente, al conocer la información de su encargado de negocios en Madrid, pudo refrescar en su memoria la carta de la poetisa que le había leído y entregado García Tassara y que él había atendido reponiendo a Perry como funcionario del servicio exterior de los Estados Unidos. Y debió de sentirse satisfecho de haber prestado oídos a las súplicas de una mujer acongojada por desgracias íntimas.

SUPERIORIDAD RECONOCIDA

Que Carolina Coronado era un mujer superior, y más aun en circunstancias difíciles, estuvo fuera de toda duda. Pero esto no fué lo único que se exhibió en torno a sus singulares prendas de mente y carácter. No menos notable que tal hecho fué el constituído por la espontaneidad y la reiteración con que su esposo reconoció su superioridad. Horatio J. Perry se sintió dichoso poniendo por encima de sus méritos los de su dueña y señora.

En la tirantez a que llegaron las relaciones entre

España y los Estados Unidos en 1863, en la controversia alrededor de la jurisdicción marítima de la potencia europea en Cuba, Carolina Coronado prestó a la paz de su patria con la de Lincoln los eficacísimos servicios que Perry tuvo buen cuidado de destacar ante la consideración de los máximos gobernantes de la Unión. Perry estimó tales servicios superiores a los que la República recibiera de grandes estadistas en circunstancias graves. Apenas si pudo hacerse más alto elogio de la mujer talentosa y habilísima que había dado a conocer a Lincoln el fervor con que dejara de ser súbdita de la reina de España para ser ciudadana de la democracia norteamericana.

El representante diplomático de los Estados Unidos en España fijó la medida de las tareas rendidas en beneficio de la Unión por Carolina Coronado en la crisis internacional de 1863. Apreció su ayuda tan decisiva que sin ella, sin esa ayuda, amorosa e incomparable, a él habría sido imposible, como imposible hubiera sido a cualquier compatriota suyo, lograr en Madrid lo que él había obtenido. Y lo obtenido por él era nada menos que la evitación de una actitud agresiva por parte de España que hubiese desembocado, ineluctablemente, en una guerra de consecuencias incalculables para los intereses colectivos conducidos por Lincoln.

Pocas veces el talento de una mujer fué empleado en afanes de alta política con tan feliz éxito como cuando la esposa de Horatio J. Perry puso sus luces en acción para ayudar a evitar una guerra entre España y los Estados Unidos. La que tamaño esfuerzo consumó, notabilísima en el cultivo de la poesía, cedió a impulsos

que cada vez la aproximaban más a lo que Lincoln defendía y representaba. Lo de 1863 no constituyó un caso aislado. En la vida de Carolina Coronado la obra del grande emancipador iba marcando huellas profundas.

XI

VECINDAD Y AMISTAD

CANTO A LINCOLN

El entusiasmo de Carolina Coronado por Lincoln y por lo que Lincoln representaba en el empeño de sanear y hermosear la condición humana no pudo dejar de exhibirse mediante su aptitud poética. Ella dijo que no era literata, que hizo versos desde que supo hablar y que cesó de hacerlos desde que aprendió a callar. Pero no negó que fuesen suyos los tonos que de tiempo en tiempo se escuchaban como sordos ecos del arroyo subterráneo en el silencio de la noche. Tales tonos se escapaban de su resignada y silenciosa alma contra su propia voluntad. La que había mostrado capacidad para cultivar la poesía civil alabó la proeza de unión política y reforma social consumada por Lincoln.

Palabras de la Coronado explicaron su postura respecto del sencillo ciudadano que había ascendido a la posición más encumbrada de su país. La aparición de Lincoln hirió su imaginación de manera que, sin pensarlo y sin quererlo, ella prorrumpió en ardorosas exclamaciones. Su canto al Presidente fué una descarga

anímica determinada por la aflicción que la producía la aspérrima lucha de un varón magnánimo en oposición a las fuerzas del mal, desencadenadas en horas de extrema dificultad para la estabilidad de una nación.

De los versos por Carolina Coronado dedicados a exaltar la actividad hazañosa de Lincoln hablaron españoles e hispanoamericanos. Entre éstos figuraron redactores del diario habanero *El Siglo.* Entre aquéllos descollaron vecinos de Barcelona. Los cubanos hablaron de "la célebre poetisa doña Carolina Coronado, autora de una excelente oda dedicada a Abraham Lincoln". Los catalanes tomaron la mencionada oda como venturosa coyuntura para solicitar de la escritora la ejecución de obra de mayor monta.

CARTAS CATALANAS

Cataluña fué una de las regiones de España donde mejor prendió el sentimiento favorable a los afanes redentores de Lincoln. La idiosincrasia de este país de la península ibérica explicó en parte la inclinación de hijos suyos hacia el emancipador. El resto fué hecho por la fuerza de las doctrinas y actividades del mismo alterador.

En 1863 un grupo de catalanes elevó a Lincoln sus congratulaciones con motivo de los progresos de las soluciones políticas y sociales propugnadas por el Norte en la brega para sofocar la secesión a que aspiraba el Sur. Esas congratulaciones salieron de Barcelona en una carta autorizada por centenares de firmas

de amantes de la libertad. Ellos procuraron que en América se supiese cómo se pensaba en España respecto de negocios públicos de interés universal conducidos por el presidente de la Unión. Para los liberales de aquende el Atlántico era consolador y alentador que en Europa se abriese camino el reconocimiento de las excelencias de la causa por la cual peleaban y morían muchedumbres de hombres.

Los firmantes de la carta salida de Barcelona con destino a Lincoln se enteraron con regocijo de cómo Carolina Coronado de Perry contemplaba el conflicto que ensangrentaba el territorio de los Estados Unidos. Y quisieron aprovechar la admirable disposición de la poetisa para afirmar y expandir sus ideas y convicciones. Sabían que en España la codicia levantaba obstáculos para entorpecer la divulgación de actitudes como las de ellos. De ahí que pretendiesen que en la sociedad hispánica se alzara una voz pura y vibrante que, desarrollando su influjo en el seno de las familias, atrajese todas las simpatías.

Los catalanes atentos a lo que ocurría en los Estados Unidos escribieron a Carolina Coronado una carta por el estilo de la que ellos habían enviado a Lincoln. Se sintieron movidos por la profunda y cordial admiración que les inspiraba la poetisa. Conocían sus versos, pensamientos y propensiones. De manera particular llamaba la atención de los firmantes de la epístola salida de Barcelona en octubre de 1863 con destino a la Coronado la adhesión de ella a la nueva cruzada americana en pos de la libertad humana.

EXHORTACION

Los barceloneses que se dirigieron a Carolina Coronado se refirieron al canto de ella a Lincoln. Este canto les había permitido conocer el tierno corazón de la poetisa y de la madre, dispuesto a corresponder a los más suaves afectos y capaz de acendrar las ideas de patria y fraternidad.

Por allá abundaban los indiferentes y los que por debilidad caían bajo las fuerzas del mal. ¿Por qué no había de procurarse atraerlos al buen camino? Semejante mudanza advendría en oyendo los omisos y descarriados la voz dulce de la madre, la voz inspirada de la poetisa, la voz sincera de la matrona, la voz enérgica y enardecida de la sacerdotisa de los libres. ¡Qué cúmulo de consuelos, esperanzas y virtudes podían todos prometerse!

El prodigio concebido dependía de la voluntad de la mujer de letras a quien estaba enderezada la exhortación de los catalanes. Ella disponía de enormes recursos. Sentía. Amaba. Infundía nobles pasiones. Fácil le era mostrar, por un medio no empleado en la exaltación de los valores lincolnianos, cuán digna esposa era del ciudadano libre y cuán digna hija era de España.

¿Cómo era posible a la Coronado satisfacer los deseos de hombres libres de Barcelona? Ellos mismos le indicaron lo que ella debía hacer. ¿Por qué ella no escribía un libro acerca de los hechos y las tendencias de la guerra que mantenía en llamas a los Estados Unidos de América? Mientras tantos envilecían las altas dotes de

la inteligencia, prostituyéndose ante cualquier dignidad envuelta en oropeles, ella podía enaltecer el nombre de España en páginas trascendentales. La poetisa era exhortada a ilustrar las mentes, conmover los corazones y acalorar las imaginaciones. Sus bellas producciones tenían un destino superior: hacer que los hombres se amasen entre sí.

Los postulantes de Barcelona no buscaban encomios para Lincoln o para los Estados Unidos. Velaban por la honra de España. La honra de España se hallaba vinculada en la solidaridad que la nación descubridora del Nuevo Mundo mostrase con el mismo por efecto de sucesos que asombraban a los pueblos civilizados. Ni derechos humanos ni lagos de sangre eran recordados para obtener de la cantora de Lincoln que prestase un nuevo servicio a España. Le bastaría saber que los proletarios le agradecerían profundamente la doctrina que encerrase el libro pedido y lo conservarían como tesoro de la educación de sus hijos.

PALABRAS ESCLARECEDORAS

Carolina Coronado acusó el recibo de la fervorosa carta de los catalanes. Sus palabras fueron esclarecedoras. La poetisa apreció el elevado valor de la adhesión de sus admiradores de Barcelona al ingente empeño conducido por Lincoln.

La Coronado vió que con sus votos se confundían los de los catalanes. Unos y otros, en un haz, volarían a América, y en América serían acogidos amorosamente

por sus hermanos. Por éstos no debían temer los anhelantes de su victoria.

El Norte triunfaría. Esto expresó Carolina Coronado a los catalanes cuando los invitó a oír lo que acababan de decir el diplomático William H. Seward y el sabio Charles Summer. El Norte triunfaría. El Cielo protegería su justicia. La victoria de la Confederación sería la victoria de la injusticia, la ruina de la civilización y el imperio de la barbarie. El Norte triunfaría.

La cantora del gran presidente echó una mirada al pasado para reforzar sus conclusiones acerca del tiempo que corría. Dios no había elegido a Colón para crear un hemisferio de desgracias. Si en América llegaba a prosperar la iniquidad, Europa, que enviara un genio a los mares para hacer brotar del seno de ellos un orbe nuevo, coronándolo de gloria, procuraría abismarlo en los propios mares para evitar su ignominia. La idea abismal no era nueva en Carolina Coronado en relación con América. ¿No se recordaba que en 1848 anunció que antes de permitir que Cuba pasase a ser de la Gran Bretaña el Océano se tragaría a la isla antillana? Pero tamaño cataclismo no había ocurrido ni sobrevendría.

La misiva de la Coronado a sus amigos catalanes fué datada en Madrid el 1º de enero de 1864. Razón tenía ella para esperar que el Cielo protegiese al Norte. El año que se iniciaba había de ser testigo de acontecimientos propicios a los ideales y sucesos tutelados por Lincoln. La poetisa debió de pensar que los progresos de la causa de su predilección eliminaban la necesidad de escribir un libro sobre los hechos y las tendencias

de la guerra en que se debatía la integridad de los Estados Unidos de América.

LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD EN CUBA

La fe de Carolina Coronado en el triunfo del Norte llevaba en sí el júbilo anejo a la desaparición de la condición servil de parte de la población de los Estados Unidos. Su imaginación se exaltaba ante la sabiduría y la firmeza con que Lincoln armonizaba la conservación de la Unión y la abrogación de la esclavitud. Mucho había meditado él sobre la injusticia sufrida por la raza africana en la cuna de la declaración de que todos los hombres salían iguales y libres de las manos del Creador. El desenvolvimiento de la contienda bélica le había permitido iniciar el empeño de limpiar a la Nación de lo que era su pecado original. El encadenamiento de los antagonismos entre el Sur y el Norte ya no podía culminar sino en la consolidación del pacto federal bajo el señorío de la libertad humana.

Carolina Coronado enlazó la extinción de la esclavitud en los Estados Unidos con su abrogación en Cuba, colonia de España. Puesto que ella era española, puso especial interés en propugnar la idea de que el ejemplo que daba Lincoln fuese seguido por políticos y gobernantes hispanos. Otra razón militaba en favor de la redención de los siervos que había aún en las Antillas: la vecindad existente entre éstas y los Estados Unidos. ¿Sería posible mantener en Cuba la esclavitud en desapareciendo de la Unión?

En la mente de la Coronado debió de enraizar algo

parecido al concepto que Lincoln tenía de la vecindad, por él tan íntimamente relacionada cn la amistad. La poetisa comprendió que la amistad entre los Estados Unidos y Cuba, aun siendo Cuba posesión política de España, andaría mal en conservándose la población de color de la Isla en situación social distinta de aquella que el emancipador norteamericano deparaba a la raza africana en la Unión.

Carolina Coronado observó con alborozo los avances de la abolición de la esclavitud en la Unión. Los aplaudió. Los consideró como la alborada de una vida justa en América. Los quiso ver reproducidos en Cuba para honor y purificación de España.

La romántica soñaba, pero soñaba sin hallarse exenta de las inquietudes provenientes de la realidad de la vida. En sus sueños se transportaba a la España cuyo advenimiento anunciaban los ansiosos de romper seculares cetros y avanzar por la senda de la libertad. En su visión del futuro advertía que, para mengua del afán derrocador de una dinastía, en los dominios ultramarinos de España existían aún esclavos. ¿Cómo podía haber siervos bajo la dominación hispánica después de la triunfal pelea? Bajo el título *A la abolición de la esclavitud en Cuba* escribió Carolina Coronado:

Si libres hizo ya de su mancilla
el águila inmortal los africanos,
¿por qué han de ser esclavos los hermanos,
que vecinos tenéis en esa Antilla?

¿Qué derecho tendrás, noble Castilla,
para dejar cadenas en sus manos,

cuando rompes los cetros soberanos
al son de libertad que te acaudilla?

No, no es así: al Mundo no se engaña.
Sonó la libertad, bendita sea!
Pero después de la triunfal pelea,
no puede haber esclavos en España.
O borras el baldón que horror inspira,
o esa tu libertad, pueblo, es mentira!

Quien así amonestaba a la España que rompía cetros seculares se hallaba definitivamente afiliada al partido de la abolición universal de la esclavitud. Correligionarios suyos veía en cuantos lo eran de Lincoln en ideas sociales.

En su poesía *A la abolición de la esclavitud en Cuba* la autora del canto al ínclito emancipador deparó hondo sentido a las actitudes hispánicas en torno al propio repúblico. Con acierto se habían dirigido a ella hombres levantinos en solicitud de nuevas expresiones acerca de la más sangrienta de las guerras americanas. La extremeña Carolina Coronado compartía las ideas de los vascongados de Bilbao y de los catalanes de Barcelona que loaban la obra políticosocial de Abraham Lincoln, quien por caminos paralelos conquistaba los títulos de redentor de siervos y precursor de la buena vecindad. En tanto el precursor de la buena vecindad hablaba un lenguaje desconocido antes de él en el Nuevo Mundo, en considerable parte saneado por sus esfuerzos, el redentor de siervos suscitaba admiración en el Orbe Antiguo.

XII

RAÍCES DE LA ORACIÓN DE GETTYSBURG

EL GOBIERNO DEL PUEBLO, POR EL PUEBLO Y PARA EL PUEBLO

En su primer mensaje al Senado y a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, fechado en 4 de julio de 1861, Lincoln no se limitó a exponer la situación de la guerra entre el Sur y el Norte. Muy en armonía con el contexto de su discurso inaugural, procuró ahondar en las presumibles consecuencias de la contienda que ensangrentaba a la Nación. Los rebeldes al gobierno de la Unión habían impuesto al país un gravísimo dilema: inmediata disolución o sangre. Pero este dilema abrazaba mucho más que la suerte de los Estados Unidos:

"Preséntase a la familia humana la cuestión de saber si una república constitucional, o la democracia—un gobierno del pueblo por el mismo pueblo—, puede o no puede mantener la integridad de su territorio contra sus enemigos internos."

En lo del gobierno del pueblo por el propio pueblo definición de la democracia, se halló presente el con-

cepto del sermón de Theodore Parker leído y subrayado por Lincoln en 1858. El apego a pensamientos que juzgaba felices, propios o extraños, constituía una de las fuerzas mentales manejadas por el Presidente. Los analizaba. Los anotaba. Los retenía en su memoria. Los adicionaba al sistema de ideas y aspiraciones que contribuía a hacer de él un estadista. Parker había hablado del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Lincoln se hallaba familiarizado con esta expresión de solidaridad políticosocial.

La breve oración pronunciada por Lincoln en la consagración del cementerio nacional de Gettysburg, por el alcance y la significación a ella aparejados en el espacio y en el tiempo, fué objeto de repetidos cuidadosos estudios. Uno de éstos recayó en la letra y el espíritu de la afirmación de que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, con la ayuda de Dios, no desaparecería de la Tierra. El precedente inmediato de semejante frase, con tan dichosa fortuna usada en Gettysburg, radicaba en el primer mensaje de Lincoln al Congreso.

Lo que Lincoln dijo en Gettysburg entró en la órbita de lo imperecedero. Las pocas palabras por él emitidas allí merecieron en el curso de numerosas décadas creciente atención. William E. Barton, autor de excelentes obras acerca del inmortal emancipador, consagró a la corta oración un volumen de casi trescientas páginas: *Lincoln at Gettysburg. What he intented to say; what he said; what he was reported to have said; what he wished he had said.*

En la acuciosa investigación de los antecedentes his-

tóricos de la oración de Gettysburg acudió Barton a fuentes situadas a lo largo de unos veintitrés siglos. En momentos comprendidos en tan dilatadísimo lapso hubo referencias al gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Esto resultó lo más movido en el análisis de los probables orígenes de las frases constitutivas de uno de los principales discursos salidos de labios humanos.

INFLUENCIA PREDOMINANTE

En un recuento de lo remoto a lo próximo, la definición de la democracia como el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, antes de Lincoln, fué emitida por Cleón, John Adams, John Marshall, James Monroe, Daniel Webster y Theodore Parker, a quienes cupo adicionar dudosamente al autor de una introducción de la Biblia de Wycliff, seguramente a un ciudadano suizo de apellido Schintz y probablemente a otros escritores y políticos. Por supuesto, las autoridades más calificadas fueron las de aquéllos de quienes Lincoln tuvo conocimiento.

Cleón, curtidor, demagogo y sucesor de Pericles, dijo a los hombres de Atenas, en 420 años antes de Jesucristo, que él estaba a favor de una democracia que fuese capaz de dar el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo. Adams deparó el carácter de verdad inconcusa a la manifestación de que el gobierno de los Estados Unidos se hallaba hecho por sus ciudadanos, para ellos mismos y por ellos dirigido. Marshall sostuvo que el gobierno de la Unión era del pueblo,

emanado del pueblo, con sus poderes concebidos por el pueblo y ejercidos directamente por el pueblo y para provecho del pueblo. Monroe se refirió, hablando del presidido por él, a un gobierno fundado por el pueblo, administrado por el pueblo y mantenido por el pueblo. Webster definió el gobierno de su patria como el del pueblo, hecho para el pueblo y por el pueblo y responsable ante el pueblo. Parker emitió las expresiones según las cuales el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, democrática cifra de las instituciones de América, debía aplicarse a lo político y a lo social.

Con razón apuntó Barton que Cleón pudo haber tomado de otro ateniense—quizá Pericles, cuyas palabras sobre la tiranía el curtidor sabía repetir diabólicamente—la idea de la democracia fundada en el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. ¿De quién la obtuvo Lincoln? Acaso no ignoraba la versión de Cleón. Conocía las opiniones políticas de Adams, Marshall, Monroe y Webster. Con toda seguridad se hallaba enterado de lo expresado por Parker, cuya frase referente al gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo había subrayado.

El reiterado uso por Lincoln de la definición de la democracia como el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo debió de ser producto de sus reflexiones acerca de las conclusiones de Parker. La influencia predominante en él, respecto de las más estudiadas palabras de la oración de Gettysburg, tuvo que ser la del apóstol de la abolición cuyos sermones y discursos había leído con el particular interés evidenciado por el subrayado advertido en los vocablos famosos.

HERMOSA TRABAZON

El hecho de que Lincoln tomase de Theodore Parker un concepto sobre la democracia vertido antes de la visita del pastor protestante a José de la Luz creó una hermosa trabazón de ideales. ¿Mencionó Parker en su conversación con Luz los términos de su sermón en el Music Hall de Boston? ¿Manifestó Luz a Parker su conformidad con fundamentales pensamientos en torno al régimen político y a la organización social de los pueblos de América? En siendo afirmativas las respuestas a estas interrogaciones, crecieron en Cuba raíces de la oración de Gettysburg.

El trato personal entre Parker y Luz resultó fugaz, pero intenso, como tenía que ser por efecto de la similitud de sus corazones. De aquel trato quedaron dos testimonios durables: el de Julia Ward Howe y el de Enrique Piñeyro. Ambos escritores trasmitieron preciosas noticias sobre la recíproca estimación del predicador norteño y del educador antillano.

Julia Ward Howe penetró con rara agudeza en la capacidad creadora que hubo en Luz. Admiró sus timbres intelectuales y morales. Calibró su grandeza en un medio viciado por la opresión política y por la iniquidad social. Aquilató el mérito de su obra educativa. Llegó a más: llegó a una conclusión definitiva cuando expuso que Luz era un hacedor de estadistas. Esta conclusión no pudo ser superada por ninguno de los cubanos contemporáneos de Luz a quienes era posible preciarse de cabales conocedores de su apostolado.

Enrique Piñeyro se mostró digno discípulo de Luz

al trazar en apretada síntesis el elogio de Parker. En conformidad con este suceso raigal se produjo uno de inusitadas dimensiones. Piñeyro fué, entre cuantos cubanos vivieron en el tiempo de Lincoln, el que más seria y persistentemente estudió la génesis, el desarrollo y la culminación de los acontecimientos políticos y sociales dentro de los cuales se salvó la Unión y fueron emancipados millones de mujeres y hombres. Los apellidos de Parker, Luz, Lincoln y Piñeyro quedaron enlazados bajo el signo de los ideales democráticos que adquirieron universalidad merced a las palabras pronunciadas por el Presidente en Gettysburg.

La ausencia de originalidad por parte de Lincoln en las palabras relativas al gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no restó trascendencia a su famosísima oración. Originalidad hubo en lo esencial. Lo esencial fué la voluntad, heroica y triunfante, de que tal clase de gobierno no desapareciese de la Tierra. Por lo demás, la sinceridad con que Lincoln acogió, mantuvo y difundió ideas de valor eterno les depararon altura semejante a la profundidad de sus raíces, y, como advirtió Carl Sandburg, lo mejor de aquellos vocablos estuvo siempre en las largas sombras por ellos proyectadas, de las que brotó el misterio del hombre consagrado a causas místicas.

HIMNO DE BATALLA

La talentosa mujer que había presenciado el intercambio de simpatías e ideas entre Theodore Parker y José de la Luz participó en unas y otras. La guerra

civil y social que Lincoln necesitó encarar permitió a Julia Ward Howe prestar nuevos servicios a la Unión en la lucha del Norte para salvar el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

Desde el primer año de la guerra de secesión Samuel Gridley Howe, notable cirujano, trabajó para los ejércitos de la Unión. Lincoln le confió la dirección de la Comisión Sanitaria, entonces creada. Esto y un deseo expuesto por John A. Andrews, gobernador de Massachusetts, para que se inspeccionara la salud de las tropas del propio Massachusetts destinadas a la defensa de la capital federal, llevaron al doctor Howe, a su esposa, al gobernador Andrews y al reverendo James Freeman Clarke, pastor de la iglesia de Howe, a la ciudad de Wáshington. En visitas hechas a campamentos militares del Potomac los personajes procedentes de Massachusetts vieron danzar y oyeron cantar *John Brown's Body.* Esta tonada había sido adoptada como marcha por el maestro de la banda del duodécimo regimiento de Massachusetts. En uno de aquellos viajes Clarke preguntó a Julia Ward Howe:

—¿Por qué no escribe usted algo bueno para esa inspirada tonada?

—A veces—respondió ella—he deseado hacerlo.

En la noche del día en que se produjo este diálogo Julia Ward Howe meditó largamente acerca de los trabajos y privaciones de los soldados que peleaban por el mantenimiento de la Unión. Desde la habitación que ocupaba en un hotel observó con atención concentrada las fogatas de los campamentos de Virginia. Luego concilió el sueño oyendo cómo soldados

que desfilaban por las inmediaciones de su alojamiento cantaban *John Brown's Body.* En la mañana siguiente, al despertar, la poetisa tenía en la mente algunos de los versos que de ella solicitara el pastor Clarke. Por si se le olvidaban, tomó una hoja de papel y escribió palabras que hablaban de la gloria de la llegada del Señor vista por sus ojos, saliendo Él del viñedo donde había uvas almacenadas. Y ya no levantó la mano. Al cabo de largo rato mostró a su esposo y a quienes lo compañaban todo un canto de guerra. Era el canto titulado *Battle Hymn of the Republic.*

El *Battle Hymn of the Republic* se publicó. Unos de los que lo aprendieron de memoria fué Charles Cardwell McCabe, capellán de un regimiento de voluntarios de Ohio. McCabe fué capturado en Winchester, Virginia, y confinado en Libby, la prisión de Richmond. A Libby llevó un negro la noticia de la victoria de los federales en Gettysburg. Los prisioneros, llenos de entusiasmo, se agruparon y cantaron el *Battle Hymn of the Republic,* probablemente bajo la dirección de McCabe.

En 2 de febrero de 1864 el capellán McCabe narró en el salón de sesiones de la Cámara de Representantes, en Wáshington, lo ocurrido en Libby al saberse el triunfo de los federales en Gettysburg y cantó el *Battle Hymn of the Republic.* Abraham Lincoln se hallaba presente. A la vez que rodaban lágrimas por sus mejillas, conmovido por los acentos del himno que compusiera Julia Ward Howe, el Presidente pidió a McCabe en alta voz:

—¡Cántelo otra vez!

XIII

IMPOPULARIDAD

LIBROS FUNDAMENTALES

En lo publicado acerca de Lincoln entraron los enjundiosos libros de James G. Randall, profesor de Historia de la Universidad de Illinois. Su *Lincoln the President,* dos gruesos volúmenes, hizo luz sobre la política oficial del claro varón que necesitó encarar y debelar la secesión. Su *Lincoln, the liberal statesman* ahondó en varias fases de la vida del gobernante excepcional.

Randall exhibió en *Lincoln, the liberal statesman* mucho de lo que de grandeza y miseria se desarrolló en torno al héroe civil. Entre lo más ominoso figuraron ciertos juicios y expresiones acerca de Lincoln provenientes de compatriotas suyos.

Siempre se leyó con dolor lo que en más de una ocasión dijo Edwin M. Stanton juzgando a Lincoln. De labios de Stanton habían salido palabras según las cuales él no se asociaría a un "maldito estrafalario, simio de largos brazos", como llamó al abogado de Illinois. Y el hombre de la barba perfumada, político

de enormes energías, llegó a ser—por puro patriotismo, parejo a la generosidad y nobleza del Presidente—Secretario de la Guerra de la Unión durante casi toda la lucha secesionista.

INJURIAS Y CALUMNIAS

Peores majaderías e insultos que los procedentes de Stanton sufrió Lincoln en la época de su presencia permanente en la Casa Blanca. En *Lincoln, the liberal statesman* apareció un capítulo titulado *The unpopular Mr. Lincoln.* El profesor Randall señaló cómo el soldador de la Unión fué objeto de soeces contumelias y diatribas en momentos en que estaba dando lo mejor de su existencia para conservar intacta la Nación y redimir a millones de seres humanos. El mencionado capítulo del libro de Randall fué comenzado con estas frases:

"Todo el mundo está familiarizado con Lincoln el emancipador, el autor del discurso de Gettysburg, el eterno orador de la democracia. Pocos están enterados de Lincoln el cinocéfalo, el imbécil, el trapo húmedo, el mulo de Kentucky."

Lo recordado por Randall reflejó opiniones corrientes en los Estados Unidos en tiempo de la presidencia de Lincoln. Así y todo, aun admitiendo que en ciertas zonas del pueblo norteamericano Lincoln no llegó a ser popular cuando lo dirigía, sus ideas y procedimientos habían arraigado en las conciencias de sus conciudadanos al afrontar él una nueva prueba electoral. Por supuesto, esto no eliminó el sistema de injurias y ca-

lumnias de que era víctima el prohombre por parte de muchos de sus compatriotas. Sobre su nombre continuaron lloviendo dicterios e injusticias casi sin precedentes.

En los embates de las parcialidades políticas, cuando se hablaba de Lincoln, solían exhibirse sin recato ni consideración los excesos de sus adversarios. Éstos llegaron a llamarlo "viejo charlatán de Springfield" y decir que era Lincoln un caballo y McClellan un caballero. Sólo con entereza y misericordia heroicas podía el adalid triunfar de tanto desvarío.

Lincoln, tan próximo a Jesús por sus ideas y hechos, pudo repetir la frase a que dieran lugar galileos incomprensivos y envidiosos. A semejanza de Jesús, Lincoln debió de llegar a la conclusión de que él no era profeta en su tierra. Para incontables norteamericanos de su época, aun para una parte de sus seguidores, Lincoln dejaba bastante que desear en cuanto a capacidad de estadista.

EN LOS PAISES DE HABLA CASTELLANA

Fuera de su tierra el juicio sobre Lincoln como conductor de los destinos de ella y servidor de supremos intereses humanos distó de parecerse a la opinión de los norteamericanos que discutían su idoneidad y dudaban de su probidad. Cosa singular fué que España y los países hispanoamericanos apareciesen a la cabeza del movimiento que exaltaba a Lincoln frente a las negaciones que se manifestaban en los Estados Unidos. En países de habla castellana Abraham Lincoln fué

popular mientras no parecía serlo en su patria, sumida en una de las más sangrientas luchas bélicas de que había memoria.

La opinión prevaleciente en ciertos sectores de España respecto de la guerra civil de los Estados Unidos discrepó de las actitudes adoptadas por las demás potencias europeas en relación con la pavorosa contienda. Rafael María de Labra dijo: "Europa miraba con ojos de simpatía a los sudistas (nosotros los españoles fuimos una excepción no olvidada en América), e Inglaterra llegó a considerarlos como beligerantes y se hizo cómplice de su causa autorizando la construcción y las correrías de los corsarios." Pudo observarse enorme disparidad entre muchos de los españoles que no habían salido de Europa y los que residían en América. En ciudades principales de la Península la admiración hacia Lincoln creció y se manifestó con firmeza, a despecho de las antinomias existentes entre la institución monárquica y la republicana y entre el régimen de igualdad humana propugnado por el gobierno de los Estados Unidos y la condición servil de parte de la población ultramarina de España.

Liberales de España y de los países organizados en su antiguo y casi extinguido imperio colonial en América dieron reiteradas señales de llevar vida honrada y poseer convicciones sanas al exponer sus modos de pensar acerca de Abraham Lincoln. Lo admiraron en su lucha por conservar entera la nación que presidía y por dejarla libre de las impurezas de una institución de lesa humanidad: admiraron su capacidad para amar y redimir. Y tales ideas fueron expresadas y difun-

didas ampliamente en tanto se pretendía en los Estados Unidos desconocer la misericordiosa grandeza del egregio conductor de un pueblo cuya aptitud para subsistir se hallaba sometida a extrema prueba.

Puesto que España conservaba la iniquísima esclavitud de las razas de color en sus colonias, estaba claro que quienes elogiaban a Lincoln, emancipador de millones de negros, desafiaban la malquerencia de los primates y privilegiados de la política hispana. En España y en Cuba plumas viriles y probas escribieron frases sustanciales a fines de 1863 sobre el prohombre que salvaba la Unión y abolía el trabajo forzado de parte de la población de su país.

Los juicios respecto de Lincoln y su obra lanzados a la publicidad en tierras de habla española reflejaron estados de conciencia colectivos. En realidad, el espacio era un factor propicio a la adecuada consideración de los altos méritos y virtudes del singular emancipador. Lo que sus compatriotas en general no veían lo apreciaban con exactitud espectadores foráneos, sobre todo aquellos cuyas ideas fundamentales coincidían con las del sereno alterador. Bien podía hablarse de la popularidad de Lincoln en los países que usaban el idioma de Cervantes.

ESTOICISMO

El poder de resistencia frente a males del cuerpo fué siempre una virtud suprema en el hombre, mayormente cuando detrás de ello no se escondió deseo alguno de aparentar superioridad. El mismo poder, el poder de

resistencia, aplicado a dolores del espíritu, y a dolores punzantes, tuvo que ser en todo momento expresión de máxima fortaleza. Este fué el caso de Lincoln, del Lincoln que reunía en sus manos la mayor suma de las facultades anejas a la potestad política, cuando su nombre era blanco de las invenciones de bastardas pasiones.

El estoicismo de Lincoln fué lo único que pudo embotar las suspicacias y maledicencias contra él concebidas y dirigidas en momentos de extrema dificultad nacional. Su serenidad frente a ajenos excesos llegó a lo sumo. Podía él enflaquecer y adquirir el aspecto de un anciano trabajado en demasía. Pero su ánimo se mantenía enhiesto en medio de un avispero de pasiones.

Para un hombre honrado a carta cabal, como lo fué Lincoln antes y después de asumir la presidencia de los Estados Unidos, no pudo haber amargura mayor que la producida por quienes lo trataban con notoria injusticia. Los llamados a apreciar con exactitud los tamaños de sus sacrificios, porque veían y tocaban la magnitud de las complicaciones y de los reveses de la existencia nacional, se hallaban lejos de emitir unánimes votos de cívica solidaridad. Con uso y abuso de las libertades privativas de una nación democrática, sin reparar en lo que de ex abrupto había en ello, al Jefe del Ejecutivo enderezaban dardos envenenados todos los enemigos y no pocos de los que se presentaban como amigos de sus ideas. En las agresiones menos graves obraban la incomprensión y la impaciencia. En las otras agresiones, en las exentas de piedad, entraban sentimientos que no resistían un sereno examen.

Lo que Lincoln necesitó soportar a compatriotas suyos fué de lo peor a que se vió obligado en el tiempo en que dirigía los destinos de la Unión. ¿Formó esto parte de la prueba a que el Cielo lo iba sometiendo a su paso por la Tierra? Ciertamente, la impopularidad de Lincoln—o, por mejor decir, cierta impopularidad del Presidente—, desconocidas la caridad y la capacidad del triste por quienes lo atacaban, no constituyó la mayor de sus desventuras. La mayor de sus desventuras consistió en el empeño con que por otros se pretendía hacerle creer que él no estaba dando de sí lo más y lo mejor para salvar a su pueblo de la detracción y la ruina.

XIV

POPULARIDAD

VOCES ESPAÑOLAS

Un periódico de España, que veía la luz pública en Bilbao con el título de *Irurak-bat,* publicó a fines de 1863 un extenso artículo relativo a Lincoln y América. Su autor, si había nacido allende el Atlántico, era uno de aquellos europeos que estaban convencidos de que constituía un mundo nuevo el de Colón. Aun más: al analizar la personalidad de Lincoln, legítimo hijo de este medio globo, evidenció hallarse en el dominio de una profunda penetración. Los lectores del *Irurak-bat* pudieron recrearse ante algunas verdades, tan bellas como sorprendentes:

"Mr. Lincoln no es sólo uno de los ciudadanos más insignes de su época, sino que es casi un principio, una idea, el símbolo de una transformación inmensa.

"Mr. Lincoln es el patriarca simbólico de la familia cristiana, el anciano del hogar, según las exigencias más excesivas de nuestra mente, hambrienta de contemplar grandes virtudes; es también la figura típica

del ciudadano democrático llamado por el destino a presidir una crisis histórica.

"Buen padre de familia, excelente amigo, abogado popularísimo, defensor constante y justo de los derechos públicos, representante del pueblo, que jamás ha transigido con su deber, magistrado supremo por último de un gran pueblo, que había alcanzado una suma inaudita de riqueza y poderío, inflexible en el cumplimiento y en la ejecución de las leyes; vedle hoy, lo mismo que hace tres años, tranquilo como el justo, convencido y radiante como el que ha tenido vislumbres del triunfo definitivo de la justicia, sereno, jovial, incansable en la labor, sin que le doblegue la inmensa pesadumbre del fardo político que carga sobre sus espaldas, imparcial y justiciero entre los bandos que se disputan con encarnizado furor la supremacía política, implacable con la justicia, enérgico con la rebelión, respetando con puritana legalidad la Constitución, pero apelando a medidas extraordinarias para salvarla, no dando oídos a pretensiones ilegales ni excesivas de amigos ni enemigos, y exigiendo de todos, por todos los medios que autoriza la necesidad de la salvación pública, así de los ciudadanos como de los partidos y de los Estados, los sacrificios que la patria reclama."

El periódico de Bilbao que divulgó estas conclusiones no era mero eco de aislados juicios. En otros lugares de España había grupos y hasta muchedumbres de mujeres y hombres que así pensaban y hablaban. En Madrid existían sectores sociales de entidad que simpatizaban con Lincoln y su causa. En Barcelona formaban legión los humildes que alzaban sus voces

con el propósito de loar la obra del nuevo redentor. ¿Permitía la distancia a unos y otros medir la enorme estatura moral de Lincoln con precisión de que carecían aquellos norteamericanos que, como recordó James G. Randall, no tenían para el repúblico sino denigrantes epítetos?

OPINION CUBANA

Desde La Habana observaba con inusitada atención los sucesos de los Estados Unidos un conspicuo escritor. Francisco de Frías, conde de Pozos Dulces, no perdía oportunidad alguna para reflejar su parecer y el parecer de los liberales de Cuba acerca del conflicto norteamericano. Manifiesta era, y él no trataba de ocultarla, su inclinación hacia Lincoln y hacia lo que Lincoln significaba y defendía. Sus opiniones llegaron por vías oficiales a Wáshington, donde se las tuvo en alta consideración.

No era un secreto para Pozos Dulces la tragedia que en el orden personal más íntimo sufría Lincoln. Lo contempló vejado y desconocido. Como obedeciendo a una rebeldía de su noble espíritu, el ilustre periodista escribió palabras concluyentes en relación con los prestigios y la gloria de quien en Gettysburg acababa de emitir palabras que exaltaban valores humanos eternos.

Fué pocas semanas después de hablar en voz alta Lincoln en el cementerio nacional de Gettysburg cuando Pozos Dulces publicó lo que pudo quedar desde entonces como juicio exacto sobre el hombre que estaba sentado en la silla que había ocupado George

Wáshington. En momentos en que los adversarios de Lincoln—no ya los del Sur, sino los del Norte, y con éstos no pocos de los que militaban en las filas de sus parciales—exacerbaban las heridas morales a él inferidas, el cubano Frías escribió:

"Nuestras miradas se fijan hoy en el presidente Lincoln, ese hombre desconocido, calumniado y escarnecido, que de leñador se ha elevado al primer puesto de aquella gran nación, en momentos tan críticos y tan solemnes cuales no se volverán a presentar nunca para poner a prueba el temple y la energía de una grande alma. Íntimamente penetrado de los deberes que le imponía el juramento de conservar intactas la Constitución y la Unión, cerró los oídos a toda otra sugestión que no fuera el logro de esos sagrados objetos. Sólo así se explica que se haya hecho la víctima expiatoria de todas las inculpaciones, de todas las invectivas y calumnias que amontonaron sobre sus hombros, no sólo separatistas y demócratas, sino hasta sus propios amigos, secundados todos en esa faena por la malquerencia de los gobiernos europeos. Impertérrito en medio de tantos injustos clamores, no cediendo un ápice a pesar de los más desconsoladores reveses, firme siempre en su propósito y con la confianza que dan la conciencia del deber cumplido y la justicia de su causa, le hemos visto lleno de fe, sin desmayar un solo instante, a fin de defender y conservar ileso el sublime legado de otro grande hombre, como él puesto a prueba y como él también triunfante al fin de las circunstancias y de los hombres.

"Nadie es profeta en su tierra, dice el adagio vulgar,

pero el hombre de ánimo esforzado, el hombre de abnegación y de patriotismo que consagró toda su energía y todas sus potencias al servicio de su país y al triunfo de una idea justa, despreciando las oposiciones y resistencias de todo género conjuradas en su daño; ese hombre, decimos, conquista inevitablemente su verdadero puesto en la posteridad, y las nuevas generaciones sin distinción de patria ni de bandera le colocarán al fin en su elevado y merecido pedestal.

"Tal nos parece la suerte reservada al presidente Lincoln... No queremos echarla de profetas ni en la propia ni en la extraña tierra, pero se nos figura que el nombre de Lincoln está destinado a ocupar una página gloriosa en el libro de los grandes hombres, y que, a semejanza de ese otro nombre imperecedero, Wáshington, su lugar en la Historia está ya fijado por cuantos no se dejan deslumbrar por las pasiones de partido ni por las miserias del momento presente."

No podía ser más notorio el contraste entre el juicio emitido por el conde de Pozos Dulces y aquellas expresiones recogidas en *Lincoln, the liberal statesman* por el profesor Randall. Mientras compatriotas suyos tenían a Lincoln por cinocéfalo, imbécil, trapo húmedo y mulo de Kentucky, o algo peor, si algo peor era posible decir, el reformista cubano se adelantó a expresar un juicio que parecía atrevido, más propio de los tiempos por venir que de aquel que corría. Los párrafos trazados por la vigorosa pluma del director de *El Siglo,* aunque él no aspirase a dárselas de profeta, tenían la pretensión de constituir una sentencia. En realidad, lograron el valor de un vaticinio.

NEGROS DE LA HABANA

Los estados de opinión de que los periódicos *Irurak-bat* y *El Siglo* se hicieron eco en sus exaltaciones lincolnianas tenían hondas raíces en España y en Cuba. Con nobles exhortaciones salidas de grupos obreros de Barcelona corrían parejas las actitudes de personas de color de La Habana. Seres humildes de ambos lados del Atlántico, lejanos observadores de la conflagración norteamericana, coincidían en ansiedades y gratitudes alrededor de Lincoln y sus empeños regeneradores.

Lo de los negros de La Habana adquirió matices admirables. Cuando en sus canciones expresaban el deseo de que Lincoln siguiese avanzando, porque él era la esperanza de ellos, mostraban la existencia de una solidaridad humana nueva. Gente de razas oprimidas y expoliadas durante siglos clamaba por la prosecución de uno de los empeños más arduos y altos desarrollados en la Tierra.

Un observador de la situación políticosocial de Cuba, Antonio María de Zea, escribió a Gabriel García Tassara, ministro de España en los Estados Unidos, para comunicarle sus inquietudes sobre el porvenir de la Isla. El informador veía empeorando día por día el estado de esta Antilla. Notaba síntomas y hechos alarmantes para España. En distintas poblaciones cubanas los adversarios del régimen colonial trabajaban en el suelo y en el subsuelo. Sobre la población de color de La Habana ofreció esta noticia:

"Los negros van hoy día a la llegada de cada buque que procede de este país, y se informan con gran inte-

rés del estado de la guerra, de la abolición de la esclavitud, hablan de Mr. Lincoln, y todos sus actos les halagan, como es fácil comprender."

El nombre y la personalidad de Lincoln habían conseguido llegar hasta muchedumbres de corazones. Fuera de los Estados Unidos tenía dimensiones populares la admiración despertada por el innovador de ojos tristes. La postura de los negros de La Habana decía mucho. Y con los negros de La Habana participaban de la devoción a Lincoln los blancos en quienes era cierto el amor a la convivencia humana sin restricciones ni excepciones.

VATICINIO CONFIRMADO

Frente a la impopularidad de Lincoln en los Estados Unidos, manifestada en las infortunadas formas recordadas por un historiógrafo tan serio y concienzudo como James G. Randall en su libro *Lincoln, the liberal statesman,* se alzaba la popularidad de Lincoln en países de habla española, mayormente en Cuba, todavía entonces tierra de esclavos. La impopularidad de Lincoln, reinante en la Unión, era consecuencia de estados pasionales, injustamente concebidos y torpemente expresados. La popularidad de Lincoln, evidente en Cuba, procedía de una equilibrada apreciación de hechos y circunstancias que tenían dimensiones históricas.

Al cabo, la posición de Abraham Lincoln en la vida de su pueblo sólo sería comparable a la de George Wáshington, como vaticinó en 1863 el conde de Pozos

Dulces en un periódico de La Habana. Para muchos la grandeza de Lincoln ya no tendría parigual en su país, lo que también previó el eximio escritor cubano. La popularidad de Lincoln en Cuba se hallaba justificada en la misma medida en que era falsa e injusta su impopularidad en ciertas zonas de la población norteamericana.

FUNDAMENTOS SOLIDOS

Cuando el cubano Francisco de Frías escribió palabras destinadas a reconocer públicamente la grandeza de Lincoln interpretó pensamientos y sentimientos de los pueblos latinoamericanos. Notorio era el contraste entre esa manera de discurrir y la predominante en los Estados Unidos, en el propio país del hombre juzgado. El periodista pretendió columbrar el destino reservado a Lincoln. Seguramente pareció aventurado su dictamen. Pero el opinante creyó que su juicio no era fruto de febril alucinación ni reflejo de excesiva admiración. ¿Provenía su vaticinio del conocimiento de la capacidad de crear, de la capacidad de perdonar y de la capacidad de amar que constituían virtudes cardinales del repúblico? ¿Adivinaba el cubano que en diciembre de 1863 escribió que el nombre de Lincoln pertenecía, y con gloria, a todos los tiempos?

Penetración profunda hubo en el juicio publicado en La Habana sobre Lincoln en momentos en que los Estados Unidos empezaban, no más, a comprender al hombre que había hablado brevemente en el cemen-

terio nacional de Gettysburg. Pero no faltaban fundamentos sólidos para formar tan alta opinión. Estos fundamentos tenían relación directa y estrecha con pueblos de la América latina.

XV

LECTURAS DE UN HIJO DE ESCLAVOS

UN VIENTRE LIBRE

En el partido de Sabanilla del Encomendador, en la isla de Cuba, vivían en el año de 1854 "los pardos Fermín Gómez y Serafina Ferrer, criollos, esclavos del ingenio *Vellocino,* propiedad de los herederos del señor don Francisco E. Abreu". Ambos esclavos estaban casados entre sí. Cuando ella se halló embarazada, pensando con su marido en el futuro estado social del feto que llevaba en sus entrañas, los dos llegaron a reunir hasta la cantidad de veinticinco pesos. Con este dinero compraron la libertad del que sería su hijo.

Dentro de las normas jurídicas vigentes en Cuba a mediados del siglo XIX, el hecho consumado con el pago de veinticinco pesos efectuado por Fermín Gómez y Serafina Ferrer a los dueños de la fábrica de azúcar *Vellocino*, en el que aquéllos vivían esclavos, era un vientre libre. Se llamaba un vientre libre porque el ser humano por venir quedaba excluído de la ignominia del trabajo servil.

Serafina Ferrer alumbró felizmente. El fruto de su

vientre fué varón. El sacerdote católico que lo bautizó le puso por nombre Juan Gualberto. En la inscripción llevada a uno de los libros de la iglesia parroquial de Santa Ana se expresó que los padres del neófito "entregaron antes del nacimiento del niño la cantidad de veinticinco pesos por su libertad". De este modo apareció entre los hombres Juan Gualberto Gómez.

PERIODICOS, REVISTAS Y LIBROS

Los padres de Juan Gualberto Gómez no sabían leer ni escribir. Ellos eran hombre y mujer llenos de virtud. Así como se habían ocupado en lograr que su hijo naciese exento de la obligación de trabajar para otros bajo el signo de la fuerza, que simbolizaban látigos y cadenas, prestaron atención a la necesidad de educarlo. Quisieron librarlo de la ignorancia. Aspiraron a que él contase con elementos de vida muy diferentes de los que acompañaban sus pasos, los pasos de ellos, por la Tierra.

Cortísima edad tenía Juan Gualberto Gómez cuando sus mayores empezaron a mostrar interés por conocer las vicisitudes de la lucha que ensangrentaba a los Estados Unidos. Puesto que ellos no podían saber por sí mismos lo que se publicaba en letras de molde, pensaron que los conocimientos del hijo, aunque rudimentarios, atenuarían su ignorancia. Fermín Gómez y Serafina Ferrer deseaban hallarse informados del desenvolvimiento de una lucha guerrera en la que, según sus noticias, se discutía la esclavitud de su raza. En sus

oídos sonaba el nombre de Abraham Lincoln. Se les decía que este hombre, de origen humilde, llevado a la más alta posición oficial de la gran república de habla inglesa, inspiraba fe y confianza a la gente honrada que soñaba con la abolición del trabajo servil.

Lo poco que había aprendido Juan Gualberto Gómez —se hallaba aún en la infancia—era utilizado por sus padres para ir conociendo lo que había pasado y pasaba en los Estados Unidos. Ciertamente, esto fué logrado no sin sacrificio por parte del niño. El tiempo que él empleaba en leer en voz alta para satisfacer los deseos de sus progenitores era restado a su descanso y recreo. De sus propios labios salió este relato:

—Yo sabía leer, tenía muy pocos años, mis padres no sabían y yo era el lector de mis padres. Ellos buscaban los periódicos, las revistas, los libros; y al principio eso representaba algo para mí como un castigo: a la hora en que los demas niños jugaban, yo tenía que leerle a mi padre la batalla de Bunker Hill, la derrota del general Miller, cómo era el general Grant o cómo era el programa del presidente Lincoln; lo que significaba la política emancipadora de ese hombre frente a la actitud de los Estados Confederados.

La empresa resultaba difícil para el impúber. Por su misma narración pudo saberse que aquella clase de lectura tuvo valor de penitencia sólo al principio. Luego él debió de sentirse en su elemento, no obstante los pocos años de su edad, enterándose de las noticias procedentes del Norte. Así y todo, no era fácil para una mente infantil llegar a las interpretaciones y explicaciones apetecidas por el padre de Juan Gualberto

Gómez, las que comprendían puntos de toda la historia de los Estados Unidos.

UNIVERSALIDAD

En auxilio del hijo de esclavos entregado a lecturas lincolnianas en Cuba apareció un extranjero. Juan Gualberto Gómez informó:

—Yo tenía, o mejor dicho, mi padre tenía un hombre de raza blanca, un alemán, que nos explicaba al dedillo todo lo que significaba esa política de los Estados Unidos en su lucha por la abolición de la esclavitud.

El niño iba robusteciendo su saber con tan idónea ayuda. Las lecciones orales del teutón amigo completaban las insertas en periódicos, revistas y libros.

Era de ver cada una de aquellas escenas en que se reunían Fermín Gómez, su tierno hijo y el alemán que los ilustraba acerca de importantes sucesos de los Estados Unidos. Éste llevaba la voz esclarecedora. El esclavo del ingenio *Vellocino* preguntaba, insistía en la indagación, repetía observaciones. El niño, inteligente y curioso, como alelado mientras oía al extranjero cordial, no perdía una sola palabra. Al cabo de cada sesión los tres se sentían satisfechos por haber discurrido en torno a cosas grandes, llamadas a gravitar en los destinos humanos.

Inusitada significación tenían los sencillos y modestos cambios de ideas en que participaba Juan Gualberto Gómez en su infancia, en las horas en que con su padre se aprovechaba de las informaciones histó-

ricas, políticas y sociales suministradas por un generoso alemán. La humilde tertulia reflejaba las dimensiones de la conflagración estadinense. No se trataba sólo de una lucha entre dos secciones de la mayor de las repúblicas. En los campos de la América del Norte se discutían, a sangre y fuego, nuevos rumbos del Mundo. En un rincón de Cuba se hablaba seriamente de tamaño acontecimiento.

Estaba clara la universalidad del empeño en cuyo centro se destacaba la figura del magno emancipador. Como cosa de prodigio se exhibía en las Antillas su influencia. Y no era de lo menos trascendente lo de las lecturas lincolnianas de un hijo de esclavos.

XVI

PROYECTOS CRIMINALES

AZOTES EN CUBA

En el siglo XIX la viruela y la fiebre amarilla descollaron entre las epidemias que frecuente e intensamente diezmaban la población cubana. Ambas enfermedades, endémicas en la Isla, constituían azotes implacables. Atacaban y mataban en la medida de las deficiencias higiénicas. Sus víctimas procedían de todas las clases sociales.

El primero cronológicamente de los grandes médicos de Cuba, Tomás Romay, dedicó especiales estudios, observaciones y ensayos a la fiebre amarilla y a la viruela. En el combate contra ésta sobresalió, no ya en Cuba, sino en América. A principios del siglo inició y llevó adelante la aplicación de la vacuna en La Habana. En sus trabajos recorrió todo el país. En días de dudas e incredulidades científicas, y a veces afrontando las burlas y contumelias de envidiosos e ignorantes, llevó a cabo sus experiencias hasta en sus hijos. El buen éxito respecto de la vacuna contra la viruela fué el premio condigno por él recibido. Respecto de

la fiebre amarilla, sus desvelos no lograron resultados definitivos.

En las postrimerías del segundo tercio de la centuria XIX se tenía por cierto que la fiebre amarilla, no menos que la viruela, se trasmitía por el mero contacto. Estaba muy lejos de adquirir autoridad de convicción científica la verdad, entonces oculta, de que era un insecto el deletéreo agente de la propagación de la terrible enfermedad.

En los Estados Unidos de América se conocía la gravedad de la fiebre amarilla. La ciudad de Nueva Orleáns, por ejemplo, era visitada anualmente por la mortífera epidemia. Este hecho permitía a médicos de la Unión conocer de cerca las conclusiones corrientes acerca de la trasmisión de la exterminadora enfermedad. Los facultativos estadinenses no abrigaban hesitación alguna acerca de que la fiebre amarilla podía ser adquirida por una persona mediante el uso de ropa que hubiese usado una víctima de la peste.

PLAN SINIESTRO

La guerra secesionista iniciada en los Estados Unidos a raíz de la exaltación de Abraham Lincoln a la presidencia de la República se desarrollaba con bravura nada común. La fratricida lucha se distinguía por el heroísmo creciente tanto en una parte como en la otra. Generalmente se mantenía con sujeción a las leyes bélicas obedecidas por los pueblos civilizados. Por excepción, el extravío se manifestaba de vez en cuando. Entre la gente del Sur, más en pacíficos simpatizantes

que en abnegados combatientes, solía discurrirse en torno a la adopción de medidas alevosas para reducir a la impotencia los designios de Lincoln.

Muy particularmente contra Lincoln apuntaban aquellos adversarios suyos—por añadidura desconocedores de lo que en el estadista había de misericordia y fraternidad—que rumiaban insanos propósitos. En 1863 empezó a tener vida un proyecto enderezado a introducir en las zonas geográficas dominadas por el legítimo gobierno de la Unión gérmenes de destrucción humana que podían alcanzar, sin excluir al propio Lincoln, a enorme parte de su población.

El director visible del proyecto fué un fanático del Sur, el doctor S. P. Blackburn, quien se movió en vasta área del exterior: en aguas del Atlántico y en tierras del Canadá, de las Bermudas y de las Antillas. A mediados de diciembre de 1863, en Toronto, estrechó amistad con Godfrey J. Hyams, otro adicto a la secesión. Los presentó el reverendo Stewart Robinson, predicador de Louisville, Kentucky. Blackburn y Hyams hablaron de un trabajo que probablemente culminaría en el aniquilamiento del Norte, así en su población desarmada como en su ejército. El trabajo, que prometía riquezas a Blackburn y Hyams, consistía en introducir en la Unión cierta cantidad de ropa—levitas, pantalones, camisas y piezas interiores—, conducirla a Wáshington y Norfolk, distribuirla hasta donde se pudiese en la parte del Sur dominada por el Norte y venderla en remate. Poco importaba el precio a que se expendiese. Lo esencial sería salir de tal mercadería en horas de la noche o en días calurosos.

El plan era siniestro, puesto que la ropa de referencia estaría infestada de viruela y fiebre amarilla. Solamente cabía en cabezas perturbadas por el fanatismo. La presentación hecha por el predicador y la personalidad del instigador debieron de impresionar a Hyams en favor del intento atroz. Pero sin duda lo ablandó, y lo llevó a aceptar la criminal proposición, la perspectiva de recibir una crecida suma de dinero. En sus oídos sonaron números altos. Blackburn habló de conseguir géneros para la reventa proyectada por valor de un millón de dólares, dijo que el gobierno confederado había asignado setecientos mil para pago de servicios y prometió por los suyos a Hyams la séptima parte de esta cantidad.

UNA MALETA PARA LINCOLN

En mayo de 1864 Blackburn se hallaba en La Habana. Aquí adquirió tanta ropa de vestir que con ella llenó una maleta y ocho baúles. Toda esa ropa fué guardada en los baúles y la maleta después de ser pasada por focos infecciosos de viruela y fiebre amarilla.
Mientras el plan de Blackburn progresaba en Cuba el reverendo Robinson, aún en el Canadá, se sintió tocado por el arrepentimiento. Pero su arrepentimiento era más aparente que real: en manifiesto deservicio de su ministerio, él mismo cuidó de establecer contactos entre Hyams y otros colaboradores de Blackburn.

Blackburn pasó de La Habana a Halifax. Terminó

la travesía alrededor del 12 de julio de 1864. En Halifax lo esperaba Hyams. Éste quedó encargado de recoger en el muelle del vapor los ocho baúles y la maleta procedentes de La Habana. Sin dilación los condujo a su posada. Inmediatamente después informó de ello a Blackburn, que dirigía todos los movimientos.

El jefe de la perversa combinación preguntó a su auxiliar si deseaba llevar la maleta a los Estados Unidos y enviarla por expreso a Wáshington. La valija iría acompañada de una carta para Lincoln, pidiéndole que aceptase aquello como regalo. Hyams rehusó asumir la responsabilidad de acercar al primer magistrado de la Unión lo que, en opinión del propio Blackburn, contenía gérmenes de sobra para matar alevosamente.

Para la ejecución del siniestro plan dirigido por S. P. Blackburn era esencial lo metido en la maleta por él sacada de La Habana. Ante la negativa de Godfrey J. Hyams respecto del transporte de la valija, cuyo manejo era sin duda peligroso, el propio Blackburn la tomó y la llevó a su posada. Los alborotados agentes del Sur pretendían producir en la parte del país dominada por el Norte una hecatombe mediante la propagación de terribles enfermedades: la viruela, que la vacuna sólo atenuaba en cuanto al número de los atacados, y la fiebre amarilla, que seguía como aguardando la obra del genio capaz de evitar su trasmisión en masa.

Los fanáticos que no se conformaban sino con llevar adelante un procedimiento más enérgico y efectivo que el refuerzo de cien mil hombres en el ejército de Robert E. Lee, según palabras de Blackburn, se empeñaban en

asestar tremendo golpe a la causa del Norte en la persona de Lincoln. Ellos creían que, de llegar al Presidente la ropa acomodada en la maleta sacada de Cuba, pasaría a mejor vida la muy preciosa que dirigía la defensa de la unidad nacional plasmada por los fundadores de la República.

Aunque Hyams no se atrevió a pasar la frontera del Canadá y de los Estados Unidos con la maleta destinada a Lincoln, continuó cumpliendo el compromiso principal contraído con Blackburn. De acuerdo con instrucciones de éste, borró las marcas en español que tenían los baúles y contrató con el capitán de la barca *Halifax* el transporte de tales bultos de Halifax a Boston y su introducción clandestina en la Unión. Cinco días fueron necesarios en Boston para encontrar el momento propicio al desembarque. Hyams despachó los efectos para Filadelfia, luego los trasladó a Baltimore y por último dejó una parte en Wáshington y entregó el resto a un vivandero que se obligó a abrir un mercado en algún lugar del Sur ocupado por tropas del Norte.

EL GRAN BAUL NUMERO DOS

El doctor S. P. Blackburn dijo a su cómplice Godfrey J. Hyams que las piezas de ropa colocadas en la maleta y los ocho baúles habaneros habían sido infestadas cuidadosamente por él y por otras personas ocupadas con el sucio negocio que se desarrollaba. Hyams comprendió que la valija dedicada a Lincoln estaba infestada de viruela y fiebre amarilla. Descubrió más: des-

cubrió que el gran baúl número dos, especialmente destinado a la ciudad de Wáshington, contenía material peligrosísimo, apto, según Blackburn, para engendrar la muerte a distancia de sesenta yardas de las víctimas. El gran baúl número dos fué entregado sobre el 12 de agosto de 1864 por Hyams, con el falso nombre de *J. W. Harris,* a unos comerciantes comisionistas de la capital federal.

En tanto Hyams se movía en los Estados Unidos con los baúles portadores de letales gérmenes extraídos de Cuba, enfrascados él y sus correos en la fea tarea de esparcir la muerte a mansalva, Blackburn prosiguió trabajando en el exterior con la misma perniciosa finalidad. En Bermuda buscó Blackburn más ropa inficionada. Continuaba pensando que el desarrollo de su proyecto tendría más importancia que el aumento de las tropas del Sur con cien mil soldados. Y llevaba la frente traspasada por la idea de que a él correspondía la misión de despoblar regiones dominadas por el gobierno de los Estados Unidos, exterminar su ejército y eliminar a Lincoln.

Entre los bultos despachados en La Habana por Blackburn se destacaban la maleta preparada para Lincoln y el gran baúl número dos. La primera equivalía a un dardo envenenado. El segundo tenía para los criminales que lo manejaban el valor de una máquina infernal.

¿CABALLEROS DELINCUENTES?

No fueron los nombres del doctor S. P. Blackburn,

del reverendo Stewart Robinson y del desdichado Godfrey J. Hyams los únicos que se entreveraron en la conspiración para asesinar a Abraham Lincoln y diezmar a los estadinenses bajo el gobierno del Norte por medio de ropa infestada con viruela y fiebre amarilla. Con los mentados aparecieron otros ciudadanos, que se llamaban caballeros al servicio de la causa del Sur. Al Sur no podía ser imputado un crimen tan horrendo como aquel cuya preparación tuvo por principal animador al malaventurado ciudadano que estuvo en La Habana y en las Bermudas en 1864 entregado al miserable empeño de acopiar gérmenes de enfermedades infecciosas con el propósito de exterminar a compatriotas suyos de quienes discrepaba por razones políticas y sociales. Ello fué, no más, concepción y trabajo de gente desquiciada por los peores extravíos.

La suerte corrida por la maleta con ropa infestada para Lincoln fué poco menos que vigilada por Hyams. Por muy seguro tuvo él que la valija había llegado a la Casa Blanca. Naturalmente, le era difícil, si no imposible, conocer el camino seguido por las peligrosas piezas de vestir en el seno de la Mansión Ejecutiva. En cambio, iba sabiendo que todo aquello no producía los siniestros efectos esperados por Blackburn. De haberlos causado los gérmenes que el avieso doctor creía adheridos a la ropa importada de Cuba, no habría podido ocultarse la grave noticia. Y no circulaba ni el más ligero rumor acerca de la alteración de la salud del Presidente y de sus allegados.

En una de las conversaciones de Hyams con individuos enterados del siniestro plan de Blackburn aquél

fué felicitado por haber regresado al Canadá y estar haciendo su fortuna. A mayor abundamiento, le fué anunciada la probabilidad de llegar a ser un caballero. ¡Triste concepto de la hombría de bien! Por lo demás, nunca apareció la riqueza con cuyas promesas Blackburn ilusionó a Hyams. La vuelta de éste al Canadá lo desengañó por completo. Ya podía reflexionar sobre la total frustración de las nefandas tentativas de Blackburn.

FRACASO

Ni el ejército del Norte fué destruído por el plan de Blackburn, ni los estadinenses gobernados desde la ciudad de Wáshington desaparecieron, ni Lincoln sucumbió por efecto del contacto con ropa infestada en La Habana. Todo siguió igual, excepto el estado de la guerra. En lo de la continuidad exhibida en el mismo año de 1864, el de la inocuidad de las maquinaciones de Blackburn, se contó la reelección de Lincoln como presidente de los Estados Unidos. Cuanto a lo otro, a lo de la contienda armada, avanzaba por la senda de la victoria la causa del Norte.

La presencia de Cuba en la trama urdida por Blackburn respondió a bien conocidos hechos. La Isla se hallaba en la esfera de influencia de la lucha bélica entre federales y confederados. Éstos pretendieron en lo que de vida llevaba la sangrienta contienda aprovecharse de la Antilla mayor para burlar medidas dictadas por Lincoln. Aquéllos excitaron en los liberales de Cuba francas simpatías por la causa que de consuno

representaban la conservación de la Unión y la emancipación de las razas de color.

Cuba no fué sino un elemento pasivo en las inicuas actividades desarrolladas por Blackburn en La Habana. En puridad de verdad, los habitantes de la Isla que veían con desasosiego los progresos de la causa de Lincoln no compartían propósitos tan absurdos como los que animaban al grupo de estadinenses cuya cabeza visible era Blackburn. Aquéllos podían anhelar la derrota del Norte en la guerra que amenazaba la integridad de la Unión, pero se hallaban lejos de querer participar en una acción enderezada a consumar una alevosía contra el Presidente.

Habría constituído un desafuero el hecho de que de la América latina hubiesen salido elementos destructivos de la existencia de Lincoln. Un hado benigno impidió que tamaño desmán ocurriese. El fracaso del plan de Blackburn, que en La Habana adelantara mucho con prescindencia de la voluntad de los habaneros, alcanzó el nivel de las sanas y justas intenciones del estadista que aspiraba a que los Estados Unidos fuesen tan amigos como vecinos de los demás pueblos del Hemisferio Occidental.

XVII

FIRMEZA

COINCIDENCIA

El caso de México, invadido por tropas europeas y sometido a un ensayo monárquico, puso a prueba la buena ley de las ideas interamericanas de Lincoln. Las notas autorizadas por Seward expresaban las opiniones de Lincoln, renuente a admitir la subyugación de la vecina república a soluciones sobre las cuales no se hubiese pronunciado claramente su pueblo y contrario a todo proyecto tendiente a llevar las armas de la Unión al territorio mexicano. Las ideas del Presidente eran expuestas con no menos claridad y hasta con mayor franqueza en la esfera privada.

En un coloquio sostenido por Lincoln con John M. Thayer este general le preguntó qué había del ejército francés en México. El interrogado levantó los hombros y frunció las cejas. Inmediatamente después dijo palabras esclarecedoras. Él no se hallaba por completo atemorizado, pero la perspectiva de las cosas le desagradaba. Napoleón III se había aprovechado de los embarazos de los Estados Unidos con motivo de la

guerra civil, y llevaba adelante el establecimiento de una monarquía en México con desprecio total de la Doctrina de Monroe. La política del opinante, la política de Lincoln, procuraba atender sólo a una dificultad a la vez. Por consiguiente, aplazaba su acción decisiva para el momento en que los federales triunfasen y restauraran la Unión. Cuando esto ocurriese, notificaría a Luis Napoleón que ya era hora de que sacase las tropas galas de México. Y él, Lincoln, esperaba que entonces, al retirarse de América las huestes del Emperador de los Franceses, los mexicanos arreglarían a Maximiliano.

Unas semanas después de hablar Lincoln así, en el seno de la intimidad, Benito Juárez dirigió una carta privada a Pedro Santacilia. Sin conocimiento de las palabras oídas por Thayer, Juárez expresó como deseo de México uno suyo absolutamente concordante con las miras del Presidente de los Estados Unidos.

HECHO Y SINTOMA

Lo de México tenía para la administración de Lincoln especial interés. Guardaba similitud con lo de la parte hispánica de Santo Domingo, pues mientras ésta se hallaba de nuevo detentada por la monarquía española México era allanado por la Europa que pretendía imponerle un imperio, a cuya cabeza aparecía un miembro de la casa de Austria. Por añadidura, en lo de México se encontraba presente la vecindad con los Estados Unidos. Lejos seguía Lincoln de ver el territorio mexicano como una deseable adición del

estadinense, insistente proclividad de conciudadanos y hasta predecesores suyos a lo largo de varios lustros. Sus miras eran otras. Eran las miras de quien conservaba intactos los principios según los cuales él debía procurar la subsistencia y el progreso de la democracia republicana en América.

Una fuerte razón asistía a los que rechazaban el cambio de régimen político en México. Consistía en el hecho de que la patria de Hidalgo y Morelos no se había manifestado partidaria de sustituir la institución republicana por la monárquica. Lincoln creía, y lo creía sin reservas mentales, que el pueblo del suyo separado por el Río Grande prefería la República a la Monarquía. De la República, presidida por Benito Juárez, era el gobierno mexicano con representación diplomática acreditada en Wáshington. En vano la Monarquía, encabezada por Maximiliano de Austria, aspiraba a que los Estados Unidos la reconociesen como expresión de la voluntad de la mayoría de los ciudadanos de la nación vecina.

La América latina observaba con ansiedad la actitud de Lincoln ante la situación de México. Esta actitud tenía excepcional valor no menos como síntoma que como hecho. Como hecho, porque cerraba el paso a la pretensión de que el imperio de Maximiliano adquiriese prestigio y solidez mediante el asentimiento de las repúblicas americanas. Como síntoma, porque se veía con claridad que Lincoln no cejaba en el afán de contribuir a la absoluta conservación de la soberanía de las naciones del Nuevo Mundo.

NEUTRALIDAD SIGNIFICATIVA

En el mensaje anual presentado al Senado y a la Cámara de Representantes en diciembre de 1864 Lincoln informó cuidadosamente acerca de las relaciones de los Estados Unidos con las repúblicas latinoamericanas. Aquéllas eran en extremo satisfactorias. Por su naturaleza, distaban de las de cuatro años atrás tanto como entre sí los polos terrestres. La cordialidad internacional ocupaba el lugar de que otrora se enseñorearon la desconfianza y el resentimiento causados por las demasías de la Unión con detrimento de sus vecinos.

El Congreso pudo recordar, al oír palabras oficiales de Lincoln, que los Estados Unidos se hallaban en fecunda armonía con Nicaragua, Costa Rica, Colombia, Venezuela, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Paraguay, El Salvador, Haití y México—el México de Juárez—. La Unión permanecía, frente a la contienda franco-mexicana, estrictamente neutral. Esta neutralidad no quería decir igualdad en el tratamiento con los mantenedores de la República y en la postura respecto de los empecinados en afirmar el Imperio. El legítimo gobierno de México, para Lincoln, era el republicano.

En Santo Domingo no había cesado la lucha entre los ganosos de resucitar la República y los decididos a ser súbditos de Isabel II. A fines de 1864 Lincoln tenía semejante brega por esencialmente civil. Su opinión difería por completo de la de España. Según España, eran piratas los barcos que auxiliaban a los independientes de Santo Domingo. Según Lincoln, eran corsarios esos barcos. La autoridad moral de Lincoln se

inclinaba hacia los dominicanos que peleaban por el triunfo de la libertad republicana en su patria.

Discretamente, pero con creciente fervor, se contemplaba desde Cuba la firmeza con que Lincoln conducía la política interamericana de la Unión. Los liberales de la Antilla mayor continuaban admirando en el Presidente al claro varón cuyo ministerio estaba llamado a precipitar mudanzas fundamentales. Los Estados Unidos seguirían siendo tales en su integridad, seguramente con renovado vigor, después de la pavorosa guerra que Lincoln iba ganando. La esclavitud de las razas de color en su territorio era ya un infortunado suceso del pasado. La conducta de la patria de Wáshington y Jéfferson en sus relaciones con los demás pueblos de América se basaba en una concepción nueva: en la concepción de la buena vecindad.

CRITERIO INVARIABLE

El pensamiento y la acción de Lincoln respecto de México fueron hasta el fin leales a las normas trazadas en aquel anuncio de una amistad tan estrecha como la vecindad. Un mediador oficioso, Francis P. Blair, ideó que podía precipitar el fin de la guerra civil mediante un plan enderezado a trasladar tropas del rebelde Sur a México para combatir contra las del Imperio. Jéfferson Davis estaba dispuesto a acogerse a esta solución. Lincoln se mantuvo tan firme y entero como antes en su oposición a invadir, aun en son de ayuda a la república de Juárez, el territorio de la misma. Su perspicacia le permitía seguir advirtiendo que tras la pre-

sencia de las armas de los Estados Unidos en México reaparecería en ellos la ambición de dominio a costa del país vecino.

Lincoln habló de una amistad que tenía por base la vecindad y por objetivo la convivencia internacional. No bastaba ser vecino: había que ser también amigo. Este buen vecino, exhibido en cada pueblo de América, empezando por el más poderoso, debía ser principio y sostén de la honra y prosperidad de todo un medio globo. La palabra y la conducta de Lincoln fueron sillares de la buena vecindad. Entre sus mejores títulos se hallaba el de precursor de tamaña doctrina.

XVIII

MISIÓN DE UN SECRETARIO

LA MIRADA DE LINCOLN EN CUBA

A lo largo de la guerra de secesión de los Estados Unidos de América con frecuencia fijó Lincoln su mirada en Cuba. A esto era invitado por la adhesión de hijos de la Isla a los ideales que él defendía paciente y heroicamente y por su conocimiento de lo que encerraba un país tan cercano del suyo. ¿Abrigó algún propósito sólo comunicado a persona de su intimidad en relación con la Antilla mayor?

De haber existido alguna secreta intención acerca de Cuba en la mente de Lincoln, no pudo responder a torpes ambiciones. En su conducta era dado advertir dos claras conclusiones respecto de Cuba. La primera, presumible, se refería al orden social de la Isla: quien abatía la esclavitud y elevaba al rango de personas a millones de víctimas de la nefasta institución en su patria se sentía constreñido a anhelar su extinción en el resto del Mundo y especialmente en un país vecinísimo de la Unión. La segunda, ostensible, tocaba al estado político de la principal de las Antillas: entre todos los

presidentes de los Estados Unidos en el siglo XIX, en cuanto a Cuba, se distinguía él por no haber manifestado jamás deseos de anexarla a su nación.

UNA MISION SECRETA

En los momentos en que la contienda civil se aproximaba aceleradamente a su fin, y con su fin a la victoria del Norte, se dirigió a Cuba uno de los más íntimos colaboradores de Lincoln: su secretario John G. Nicolay. ¿Cómo vino Nicolay a la Isla? ¿Trajo alguna misión oficial? ¿En qué consistía ésta? ¿La desarrolló el legado?

En los últimos días de marzo de 1865 quedó terminado en Wáshington el programa de un corto viaje del Subsecretario de la Marina y diez o doce amigos, mujeres y hombres, invitados por él. Uno de éstos era John G. Nicolay. De la capital federal todos se trasladaron por ferrocarril a Baltimore. En Baltimore embarcaron en el cañonero *Santiago de Cuba,* en el que se habían improvisado unos camarotes. El buque avanzó por el Atlántico con rumbo a Cuba. Hubo buen tiempo hasta el Cabo Hateras. Después el aire se hizo tan fuerte y la nave se movió tanto que todos los pasajeros se marearon y decidieron detenerse en Charleston. La ciudad que había escuchado el primer disparo de la guerra civil exhibía los tristes efectos de la lucha que se aproximaba a su término: cuatro años de cruenta batalla, sin haberse acometido ninguna reparación, habían causado ruinas por dondequiera, y lo que estaba en ruinas yacía desierto. Cuando la mar se sosegó, con

ánimo mejor los ocupantes del *Santiago de Cuba,* éste volvió a la navegación de altura, puesta la proa a la más occidental de las Antillas.

John G. Nicolay, alemán por nacimiento y estadinense por inclinación y adopción, era algo más que uno de los secretarios particulares de Lincoln: era uno de los hombres que gozaban de la absoluta confianza del Presidente. Según David C. Mearns, profundo conocedor de las actividades de Lincoln, Nicolay viajaba hacia Cuba en misión oficial. En cartas a su novia, Therena Bates, para nada se refirió Nicolay al carácter oficial de su salida del territorio de los Estados Unidos. Este silencio era perfectamente explicable. El Jefe del Ejecutivo pudo enviar a Cuba a su fiel auxiliar con encargo tan delicado que debía mantenerse en lo estrictamente confidencial. Así lo imponía la naturaleza de las relaciones entre la Isla y la Unión. Acaso se halló en juego el deseo de satisfacer alguna curiosidad del Presidente en relación con el porvenir inmediato de los grandes intereses políticos y sociales colocados bajo su dirección.

De la presencia de Nicolay en Cuba quedaron los relatos contenidos en los manuscritos suyos conservados por la que luego fué su esposa. En lo que él dejó de poner sobre el papel debió de hallarse lo esencial de su misión. La ignorancia en que esto se sumió pudo ser efecto natural de los acontecimientos que sacudieron la vida de los Estados Unidos en días de su ausencia.

EN LA HABANA Y MATANZAS

A La Habana arribó el *Santiago de Cuba* en la primera decena de abril de 1865. El nombre del cañonero norteamericano tuvo que llamar particularmente la atención aquí. No era para menos tratándose de un barco que conducía al Subsecretario de la Marina de la Unión y que se denominaba como una de las principales ciudades de la Isla. ¿Por qué se había enviado a la Antilla mayor esta unidad de guerra? ¿Por qué se había escogido una que recordaba a una población tan cubana? A estas preguntas de los habitantes de la posesión española no era fácil que ellos se respondieran. Pero en el terreno de las presunciones cabían desde las más elementales hasta las más graves. De nuevo eran excitados a reflexionar los amigos y los enemigos de la causa de Lincoln que abundaban en la Isla.

Las bellezas físicas y la benignidad del clima encantaron a Nicolay en Cuba. En los días del mes de abril durante los cuales se detuvo en La Habana él no se sintió libre, pero sí aligerado, de la inquietud que lo acompañaba por lo que había dejado atrás al partir hacia la Antilla mayor. En La Habana estaba el Domingo de Ramos del año de 1865. Entre los sucesos y espectáculos que atrajeron su atención descollaron las peleas de gallos, las corridas de toros y la conducción de un reo al garrote. Así y todo, sus ojos apenas se apartaban de las manifestaciones de un fenómeno social permanente en Cuba, ya agonizante en los Estados Unidos: la esclavitud de unos hombres en provecho de otros hombres.

Donde más detenidamente el secretario de Lincoln observó las relaciones entre blancos y negros fué en Matanzas. Encontró esta ciudad, aunque más pequeña, mejor que la de La Habana. Él y sus acompañantes, en siete volantas, escoltadas por jinetes criollos, visitaron, al cabo de un sombreado camino, la casa de vivienda de un enorme cafetal. Les fué dado ver pequeñas frutas rojas de la rica planta, logradas entre naranjos. Unos treinta esclavos, provistos de cuchillos, sacudieron matas de naranjas, pelaron muchas de éstas y las ofrecieron a los norteamericanos. El espíritu de indagación de Nicolay pudo más que la satisfacción producida por aquellas obsequiosidades. Él supo cómo los sujetos al trabajo servil eran albergados en barracones—siniestros ergástulos—, tratados por férreos mayorales y precipitados en la muerte prematuramente.

CREYENTES EN EL MISMO DIOS

Nicolay vió en Cuba iniquidades que le hicieron recordar las que Lincoln había querido extinguir e iba extinguiendo. Muy cerca de los barracones de esclavos halló una construcción que, más que casa, parecía jaula, en la que se hacinaban unos cien párvulos de color, completamente desnudos, que extendían brazos y manos en actitud suplicante, quizá pidiendo justicia divina, ya que para ellos la humana no existía. Negros y blancos, hombro con hombro, se arrodillaban y oraban, creyentes en el mismo Dios, como en el mismo Dios, según la expresión de Lincoln, adoraban en los Estados Unidos los partidarios de la esclavitud y los

que luchaban por extirpar la horrenda institución. Nicolay meditó mucho en torno a una igualdad espiritual en absoluto reñida con las desastrosas condiciones de vida que eran impuestas a los siervos en los ingenios azucareros, donde el bárbaro capataz agredía con fuerte látigo la carne y con duros denuestos el espíritu del expoliado.

Mientras era Nicolay un nuevo testigo de las hermosuras naturales y los horrores morales de Cuba cruzaban su frente los pensamientos que le suscitaba la tragedia nacional encarada por Lincoln. Las tropas del Norte, compuestas por blancos y negros, estrechaban los postreros cercos contra los caudillos civiles y militares del Sur, y triunfaban en ciudades y marjales, y precipitaban el señorío de la razón sobre la insania, y anunciaban la aurora de aquella igualdad de que en vano había hablado durante un siglo la Declaración de Independencia. La imagen del guía de ojos tristes y corazón magno, velando por la suerte de todos sus conciudadanos, de todos sus semejantes, así en la adversidad como en la victoria, no se apartaba del cerebro de su secretario ausente, el que había venido a Cuba y en Cuba observaba los desafueros del egoísmo de unos hombres a costa del infortunio de otros hombres.

XIX

ESPAÑA

AIRES DE ULTRAMAR

Esporádicamente se habían manifestado en España intensas simpatías por Lincoln y su causa en los años de la guerra que en los Estados Unidos daba señales de aproximarse a su fin al comenzar la primavera de 1865. La situación de España, metrópoli de colonias antillanas, no carecía de interés para la Unión. Esto se tenía presente en el orden material de las relaciones internacionales. En el orden espiritual era de apreciarse la significación de opiniones circulantes en una monarquía europea.

En abril de 1865 España vivía en profunda agitación políticosocial. Los despilfarros de Isabel II desencadenaron en Madrid trastornos de inusitada magnitud. Un artículo escrito por Emilio Castelar y publicado en el periódico *La Democracia,* de Madrid, con el título de *El Rasgo,* agrió a los ministros de la Reina, y sirvió de cabeza de un proceso enderezado a privar al elocuente orador de su cátedra universitaria, e instruyó al pueblo hispano acerca de inalienables derechos, y culminó en

la jornada de la noche de San Daniel, como se denominó un sangriento choque de la fuerza pública con la gente que se arremolinaba y gritaba en calles y paseos con el propósito de hacer oír sus protestas contra los excesos dinásticos y gubernamentales. En medio de toda esta agitación llegaron a Madrid aires de Ultramar. Eran los aires que levantaran en Petersburg y Richmond las tropas federales, capturando estas plazas y precipitando la rendición de Lee.

En Madrid recibió Horatio J. Perry la noticia de la derrota de Lee por medio de un telegrama procedente de Queenstown, Irlanda. El representante diplomático de la Unión en España hizo desplegar la bandera de su país en el balcón de la Legación y trasmitió la feliz nueva a los periódicos de Madrid y a todos los cónsules y agentes consulares de los Estados Unidos en España. Las palabras de Perry fueron elocuentes:

"Richmond, tomado. El ejército de Lee, aniquilado. La rebelión, concluida. ¡Loor a Dios!"

Los aires de Ultramar depararon cierta consolación a españoles hondamente conturbados por adversidades nacionales. El encargado de negocios de los Estados Unidos en Madrid percibió los sentimientos de alegría producidos por la noticia de que acababan de lograr un triunfo definitivo los esfuerzos bélicos inspirados por Lincoln. En España se veía con alborozo que habían estado en lo cierto aquellos peninsulares, pertenecientes a las diversas capas sociales de la Península, que se adelantaran a saludar en el Presidente a un gran conductor de fundamentales intereses humanos.

CORTESIAS Y FERVORES

A la legación de los Estados Unidos en Madrid afluyeron expresiones de naturaleza varia con motivo de la victoria del Norte. Cortesías y fervores se manifestaron en la casa diplomática de la Unión en la capital de España. Aquello era como para llenar de alborozo al marido de Carolina Coronado.

El presidente del Consejo de Ministros, el de Senado, el del Consejo de Estado y otros hombres de altos oficios dejaron saber a Perry el contento que les producía el conocimiento de la consolidación de la máxima de las repúblicas del Mundo. No dejó de haber antinomia entre las expresiones de algunos de esos personajes acerca de los recientes avances de la causa de Lincoln y la actitud que adoptaban en el manejo de la cosa pública. Ramón María Narváez, duque de Valencia y jefe del Gobierno, por ejemplo, significó su satisfacción por la derrota confederada cuando acababa de regresar de los funerales de Antonio Alcalá Galiano, fallecido en medio de la tormenta levantada por las violentas medidas del Gabinete, del que el extinto formara parte.

Políticos de fuste se dieron por enterados con alegría de lo ocurrido en Richmond. En el coro de las voces más sinceras no era posible que faltase la de Juan Prim, el heroico y popularísimo general que con Lincoln había coincidido en el tratamiento de los asuntos mexicanos desde el punto de vista internacional y que a Lincoln había visitado en Wáshington en momentos difíciles para las armas del Norte. En las congratulaciones salidas de labios de Prim se renovó su entusiasta

adhesión a las aspiraciones políticas y sociales defendidas por Lincoln.

Periódicos de la Península habían estado al lado de la Unión así en los días adversos como en los prósperos. De nuevo estos papeles exhibieron su compenetración con los campeones del progreso político y de la justicia social en los Estados Unidos. Perry aprovechó la coyuntura ofrecida por la captura de Richmond para comunicar a *La Democracia* y a *La Discusión* sus sentimientos de gratitud. A *La Democracia,* por la fe, la constancia y el acierto con que desde su aparición había sabido apreciar los principios, las peripecias y las consecuencias inevitables de la gran lucha que militarmente tocaba ya a su fin. A *La Discusión,* por la penetración, la claridad y la exactitud con que desde los comienzos de la guerra había observado los acontecimientos a través de las nubes que oscurecían el horizonte estadinense y por haber sostenido en proféticos artículos la buena causa mientras muchos dudaban y los estadistas europeos erraban.

Tan conmovedora como notoria fué la actitud del pueblo madrileño ante la victoria de Lincoln. Perry juzgó que el júbilo más visible era el de ese pueblo. En circunstancias azarosas, cuando el gobierno de Narváez arrollaba a los adictos a la libertad y a la democracia, la gente llana de Madrid encontraba lenitivo para su aflicción cívica en la contemplación de la bandera de la república que lograba afirmar sus principios políticos y sanear sus valores morales.

Lo que para la España liberal significaban los sucesos bélicos de Petersburg y Richmond—triunfo militar de

Grant y esplendor político de Lincoln—quedó expresado por el periódico *El Comercio de Barcelona.* Este papel público habló por la democracia barcelonesa. Otra vez los catalanes que se consideraban hombres libres se sintieron felices alabando a Lincoln. *El Comercio de Barcelona* insertó en lo más preferente de sus páginas las líneas así redactadas:

"Richmond ha sucumbido. Nuestros pronósticos, así como nuestras esperanzas, se han realizado. En el último baluarte de los esclavistas ondea la bandera de la Unión, agujereada por las balas de los rebeldes, pero gloriosa y triunfante, acogiendo bajo sus pliegues a los heroicos defensores del derecho y de la libertad.

"¡Gloria a Lincoln! ¡Gloria al varón ilustre, al probo ciudadano que, luchando con indomable constancia, ha sabido sacar incólume el estandarte de la Unión, borrando la negra mancha que lo afeaba!

"La gran república vuelve a florecer con más brillo que antes, purificada por el hierro y el fuego. La esclavitud ha desaparecido para siempre, sin que pueda mancillar con su letal aliento el suelo virgen donde crecen y se extienden las frondosas ramas del árbol de la libertad.

"La democracia barcelonesa saluda con toda la efusión de su alma este glorioso acontecimiento, que pone término a una lucha fratricida, felicitando a los héroes que han sabido inmortalizar su nombre derramando su sangre en obsequio de la humanidad.

"¡Gloria a Lincoln! ¡Gloria al varón ilustre, al probo ciudadano, cuya indomable constancia ha borrado la

fea mancha que empañaba el brillo de la Unión Americana!"

Las cortesías y los fervores exhibidos en España con motivo del victorioso avance de las armas del Norte giraron en torno al nombre de Lincoln. Lo que en la nación hispánica se decía y repetía acerca de la integridad de los Estados Unidos, limpios ya de la mancha de la esclavitud de la raza africana, era trasunto de una opinión universal. En aquellas expresiones podían los hombres libres de todas partes, así como los que aspiraban a serlo, ver fieles reflejos de sus mejores anhelos.

VOCES DEL PUEBLO

La fe de los españoles en la virtud de la libertad solía fortificarse aplaudiendo la obra de Lincoln. Esto no ocurría solamente en grandes ciudades, como Madrid y Barcelona. Desde lugares apartados, respecto de los cuales no era fácil sospechar la existencia de maduros estados de opinión en relación con acontecimientos del exterior, y del exterior lejano, se observaba lo que ocurría en los Estados Unidos. La ciudad de Elche, en la provincia de Alicante, ofreció una prueba magnífica de semejante solidaridad al conocerse allí la captura de Richmond

Numerosos ciudadanos de Elche satisficieron ansias de sus espíritus cuando decidieron dirigirse a Lincoln para congratularlo por el aniquilamiento de los empeñados en arruinar a la Unión. Escribieron al Presidente. Pusieron sus firmas al pie de un fervoroso

mensaje. Enviaron a la legación de los Estados Unidos en Madrid, para que fuese remitida a la Casa Blanca, en Wáshington, esta epístola:

"Ciudadano: Los últimos triunfos alcanzados por los valientes soldados de la libertad del esclavo contra los traficantes de carne humana han colmado nuestros corazones del júbilo más inmenso.

"El telégrafo nos comunica la toma de Richmond, la destrucción del ejército de Lee, la soberbia victoria de Grant, y que la rebelión es concluída.

"Ante hechos tan gloriosos y decisivos para el porvenir de la humanidad, ante el triunfo de la civilización sobre la barbarie, de la igualdad sobre la casta, ante la salud y la gloria de la gran república, nuestro silencio es imposible, y elevamos al que representa tan gran pueblo la más entusiasta felicitación.

"Hoy que la desgraciada España se halla sumida en una reacción espantosa; hoy que los enemigos de la libertad entre nosotros ocupan las más elevadas esferas y arrancan una por una las trabajosas conquistas que salieron incólumes del fragor de una devastadora guerra civil que ha venido a ser improductiva para la causa del pueblo; hoy que los grandes oradores de la libertad hallan obstruído el paso a la tribuna; hoy que la ciencia gime abofeteada en el rostro de varones dignísimos; hoy que la prensa se halla amordazada de una manera violenta; hoy que vuelven a repetirse entre nosotros escenas sólo vistas cuando el soldado extranjero deshonraba nuestro suelo y escupía la frente del honrado y valiente pueblo español: hoy es altamente consolador para nosotros, que tenemos fe y esperanza en el por-

venir y no dudamos de la justicia de Dios, ver que la libertad no sucumbe, que el progreso hace su jornada constante, y que nos ha cabido en suerte ver destruída la bárbara esclavitud, y que haya sido un pueblo democráticamente regido el que ha llevado a cabo la empresa más grandiosa de la Historia.

"El pueblo y el ejército que tantos sacrificios han hecho en defensa de tan justa causa han merecido bien de la humanidad. Y el Presidente de la República llamado por la Providencia a dirigir tan gran pueblo en momentos decisivos y supremos vivirá siempre en la memoria de los venideros, que bendecirán su nombre mientras exista la justicia en la Tierra.

"¡Loor a Abraham Lincoln, a Grant, al pueblo y al ejército!

"Dispense el primer ciudadano de los Estados Unidos que hayan molestado su atención los últimos soldados de la democracia española, que ruegan a Dios que conserve su preciosa vida para bien de la libertad."

Voces del pueblo fueron las que elevaron entusiastas españoles de Elche en alabanza de Lincoln. Estos liberales de la península ibérica sentían en sí mismos el dolor producido por el vilipendio del derecho, a la sazón hollado en el seno de una monarquía caída en decadencia y descrédito. Pero tenían fe en la justicia de Dios, bajo cuya protección Lincoln había avanzado durante cuatro años erizados de extremos peligros. Veían a la civilización triunfante de la barbarie en América. Sentíanse renacer ante la destrucción de la esclavitud de millones de humanos. Advertían que era un pueblo democráticamente regido el que daba cima

a la más grande empresa de la Historia. Y esperaban el advenimiento de la hora de su redención política.

Había algo profundamente profético en el mensaje de los españoles de Elche a Lincoln. Según ellos, tenía ganada la eternidad el nombre del primer magistrado llamado por la Providencia a dirigir a un pueblo magno en momentos supremos y decisivos. Él viviría en la memoria de los venideros mientras existiese justicia en la Tierra.

EMILIO CASTELAR

En los momentos en que por Europa circulaban las primeras noticias del aplastamiento de los Estados Confederados de América era Emilio Castelar uno de los hombres públicos más notables y populares en España. A su condición de eminente intelectual—profesor universitario, escritor insigne y orador grandilocuente—acababa de añadir los lauros correspondientes a un político que, por defender la libertad y el decoro de su país frente a los excesos de la dinastía borbónica, se veía exaltado por muchedumbre de compatriotas. Bajo la impresión producida por las nuevas procedentes de la Unión escribió Castelar un artículo, titulado *La caída de Richmond.* Lo publicó en *La Democracia,* uno de los periódicos madrileños que no habían ocultado sus simpatías por la causa de Lincoln. Sus frases constituyeron un fervoroso canto a la lucha contra las fuerzas del mal.

El Norte había vencido al Sur. Esto, a juicio de Castelar, era tanto como el hundimiento de la república

púnica, la república infame, la república de los esclavos. Sobre sus ruinas se alzaba la república democrática, la república de los libres, la república que sacaba triunfante la fuerza del derecho. Semejante éxito no había sido puesto en duda por él, hombre de ardiente fe, sabedor de que la libertad estaba en el espíritu, a semejanza de Dios en el Cielo, y de que el progreso era eterna ley de la vida terrenal. El Sur había sido roto por el brazo de un magistrado que representaba la igualdad humana.

La victoria del Sur hubiese sido la derrota moral de la democracia en el Mundo. La democracia hubiera demostrado su incapacidad política para sostener los lazos privativos de las nacionalidades y su incapacidad social para resolver el problema de la esclavitud. Este juicio de Emilio Castelar se halló emparentado con las ideas de Theodore Parker y Abraham Lincoln acerca del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

El escritor hispánico parafraseó la opinión de un historiador norteamericano según la cual los Estados Unidos constituían un sistema político que alcanzaba a todas las naciones civilizadas. De los Estados Unidos era ya el primer lugar en la práctica y en la defensa de la igualdad entre los hombres. Esta democracia era saludada por los pensadores de Europa, quienes, atónitos, veían cómo la sociedad podía vivir sin los antiguos privilegios y cómo quedaban vencidos los plantadores empecinados en subordinar toda justicia y toda libertad al mantenimiento de sus traíllas de negros, más desgraciados que las bestias, últimos restos de las castas sobre las cuales se alzaron los poderes opresores.

La infamia negadora de la Declaración de Independencia había debido concluir. Si no hubiese bastado para concluirla la luz de la libertad, habría venido la electricidad de la libertad. "Vino—añadió Castelar—la guerra. Y un hombre humilde, antiguo leñador, que había respirado el aliento de la Naturaleza en aquellos bosques vírgenes donde la igualdad natural brilla sin artificio y donde Dios se revela en toda su fuerza creadora; un hombre sencillo, modesto, ajeno a las artes de la guerra, sin un gran genio, pero con un gran corazón, se puso al frente del primero entre todos los pueblos de la Tierra; y extendió su mano desarmada sobre la cabeza del esclavo." Castelar invitó a subir con la memoria a las más altas revoluciones de la Historia. Podían imaginarse verdaderas hazañas. Los latinos, a las puertas de Roma. Los plebeyos, a las puertas del Imperio. Los cristianos, a las puertas de los templos clásicos. Los pueblos modernos, a las puertas de los palacios de los reyes absolutos. Así y todo, no hubiera habido idea de lo que significaba y de lo que valía una revolución como la acaudillada por Lincoln, que había levantado a los hombres tenidos por menos que las fieras a la igualdad fundamental con la más noble y orgullosa de todas las razas del Mundo.

Las convicciones políticas y sociales de Castelar se exaltaron ante la grandiosidad de la obra de Lincoln. Ya no volverían a verse en los Estados Unidos estos degradantes espectáculos: el rostro de un hombre cruzado por el látigo de otro hombre, la pobre negra despojada del hijo de sus entrañas para conducirlo a un mercado, el alma humana convertida en rueda de una

máquina agrícola o industrial, la sucesión de iniquidades heredadas como una enfermedad constitucional de las sociedades antiguas. La democracia, entregando al Mundo millones de siervos convertidos en hombres, demostraba que en su seno estaba la justicia. "Obra inmensa—palabras de Castelar—, obra que parecía reservada para muchas generaciones y que ha concluído un solo hombre." No era el entonces presente día de pensar en las consecuencias que podía traer a América y a Europa un enorme triunfo de la democracia. Era día de sentir, día de orar. Era día de consagrar una conmovedora victoria y de alabar a Dios.

IDEAS SIN FRONTERAS

Las actitudes puestas de manifiesto en España con motivo de la caída de Richmond encerraban extraordinaria significación. Los liberales de España hablaron y obraron por los liberales de todo el Mundo cuando se consideraron partícipes en la victoria de las armas del Norte y loaron la proeza del Comandante en Jefe, subrayando el hecho de que éste, el tierno Abraham Lincoln, hubiese ascendido tan magníficamente de la extrema humildad a la máxima grandeza. El suceso de Richmond era apreciado y exaltado en la redondez entera de la Tierra.

Del sentir de la España liberal, acaso más que del propio, fueron bella imagen las palabras con que Horatio J. Perry cerró la nota dirigida a William H. Seward para darle a conocer las manifestaciones de regocijo y admiración debidas al pueblo hispánico con

ocasión de la victoria del Lincoln. Perry rogó a Seward que besase el patrio suelo, sobre el cual el Mundo había ganado una batalla. Y pidió que el nombre de Dios fuese alabado.

Los laboriosos españoles que en la ciudad de Elche escribieron un mensaje con destino a Lincoln vieron mucho más que acontecimientos terrenales. Comprendieron el alcance de una proeza singular. La enlazaron con lo mejor de los siglos. Y de sus mentes salió la conclusión de que el nombre del ínclito manumisor, viviendo en la memoria de los venideros, sería bendecido mientras no desapareciese del corazón humano el sentimiento de la justicia.

El eco alcanzado por los avatares estadinenses en España, y no menos que en España en los demás pueblos civilizados, dió la medida de la obra de Lincoln. Ciertamente, él había nutrido ideas sin fronteras. Eran ideas de valor universal y eterno.

XX

EL ÚLTIMO SACRIFICIO

EL REGRESO

La visita de John G. Nicolay a Cuba no pudo prolongarse por muchos días. Cualesquiera que fuesen los móviles que lo condujeron hasta la mayor de las Antillas, ellos no podían ser más importantes que los intereses que seguían en conflicto en los Estados Unidos. Era cierto que la secesión se hallaba poco menos que debelada y que las dos principales consecuencias de tal acontecimiento consistían en el mantenimiento del pacto federal y en la abolición del trabajo servil de parte de la población. Pero la reconstrucción nacional alcanzaba ya en Lincoln y sus mejores comprendedores y colaboradores una consideración en nada inferior a la prestada a la política de la guerra civil. De limitado valor sería el desenlace de ésta en no hallándose acompañada de un vasto concierto de voluntades al servicio de una sólida paz moral sobre la totalidad del territorio de la Unión. Nicolay debió de presumir que su vuelta a Wáshington coincidiría con la persistencia de enormes responsabilidades públicas no menos que con la presencia de nuevas indescriptibles alegrías.

Con razón pudo esperar Nicolay que su regreso de Cuba a los Estados Unidos le depararía intensos alborozos. Él había contemplado a Lincoln en posesión de la verdad de que sus mejores anhelos, los consagrados a dejar libres de cadenas a los negros y de infamias a los blancos, estaban a punto de triunfar para siempre. De las costas de la Isla se alejó el lealísimo secretario con la certidumbre de que encontraría al Presidente inundado de gozo inefable.

El *Santiago de Cuba,* a su regreso de la Isla, puso a sus pasajeros y tripulantes en contacto con Port Royal. Allí unos y otros se enteraron de la captura de Petersburg por las tropas federales tras gloriosa batalla. Después avanzaron hasta Hilton Head, donde asistieron a un mitin consagrado a exaltar la abolición de la esclavitud. De las mil personas presentes sólo veinte o treinta eran blancas. William Lloyd Garrison, el que consideraba la constitución de los Estados Unidos como documento infamante en cuanto sancionaba la propiedad de esclavos, pronunció un ardoroso discurso. Un viejo predicador negro, llamado Donogan, esclavo desde su nacimiento hasta hacía muy poco tiempo, dejó escuchar una elocuente oración, en lenguaje y con pronunciación que hubiesen dado crédito insigne a cualquier hombre de tez mucho más clara que la de él, uno de aquellos que tenían a Lincoln por padre y redentor.

Charleston gozaba de la alegría de la paz ganada con la victoria. Nicolay conoció al arribar al famoso puerto la noticia de la capitulación de Lee, descrita en perió-

dicos de Nueva York llegados por mar. Barcos profusamente adornados con banderas y gallardetes conducían a una muchedumbre de personas al Fuerte Sunter, teatro cuatro años atrás del aciago cañoneo ordenado por el Sur y recinto entonces de emociones intensísimas. El amigo de Lincoln que volvía de Cuba participó en los transportes de alegría y en las manifestaciones de profundo respeto que provocó, en una audiencia de honorables ciudadanos, negros y blancos, la presencia de Henry Ward Beecher, el eminente propulsor y celador de los limpios ideales y esfuerzos del soldador de la Unión y emancipador de millones.

El creciente júbilo exhibido en Charleston se hallaba lejos de ser presagio de un anonadante dolor colectivo. Parecía que todo se desenvolvería ya en los Estados Unidos, y al cabo en el Mundo entero, bajo el signo de la justicia cabal. Era verdad que aquella fraternidad humana proclamada y alabada en la Declaración de Independencia tenía un servidor y conductor ínclito, exento de malas pasiones, desconocedor del odio y allegado de todos sus semejantes, sin excepciones ni distingos. Lo que había escrito la mano de Thomas Jéfferson, y había sido divulgado baldíamente al parecer durante tiempo demasiado largo, contaba en abril de 1865 con un ejecutor fidelísimo, sin ira ni desprecio para nadie, con amor y caridad para todos.

NOTICIAS DEL ASESINATO DE LINCOLN

John G. Nicolay vió hechos y escuchó palabras en Charleston, junto al Fuerte Sumter, que lo conmo-

vieron. La ascensión de la bandera de las barras y las estrellas hasta el tope del asta, después de cuatro años de sangrienta lucha, simbolizó la resurrección de la vida plena de los Estados Unidos de América, tal como Lincoln había ansiado con todas las potencias de su indómito espíritu. La grandilocuencia de Henry Ward Beecher se exhibió para congratular a Lincoln porque Dios le había conservado la salud y la existencia bajo el afligente peso de un pavoroso conflicto bélico y le permitía contemplar salvado el pacto federal, ya limpio de la mancha del trabajo servil. ¡Cuán lejos del pensamiento del honrado secretario del Presidente se halló entonces la presunción de que lo dicho por Beecher, tanto como acción de gracias al Cielo dirigida, era alabanza que al estadista y redentor no sería dado conocer en lo que le quedaba de su paso por la Tierra!

La noticia del absurdo atentado de que Lincoln fué víctima poco después de las veintidós horas del 14 de abril de 1865 y su consecuencia, la muerte del héroe, en la mañana del día siguiente, salió al encuentro de Nicolay en el Cabo Henry. Los pasajeros del *Santiago de Cuba* saboreaban aún las delicias de lo visto y oído en Charleston cuando, en la noche del 16 de abril, un piloto subió a bordo para dirigir la entrada del buque en Hampton Roads y dió incompletos informes acerca del asesinato del Presidente.

El efecto que las primeras nuevas del trágico suceso produjeron en Nicolay fué, como tenía que ser, agobiante. Lo ocurrido había sido tan inesperado, tan súbito y tan horrible que resultaba casi imposible admitir que fuese un hecho consumado. Nicolay supuso

que lo del acabamiento de Lincoln era uno de los muchos infundios circulados con motivo de la guerra civil. Desgraciadamente, la llegada a Point Lookout lo sacó de dudas y esperanzas. Era el amanecer del 17 de abril. Las fúnebres detonaciones de los cañones y las banderas a media asta hablaban con aturdidora elocuencia. Luego, ya en tierra, en un periódico de Wáshington, de dos días antes, Nicolay leyó la relación de los pormenores del siniestro acontecimiento.

EXIGENCIA DE LA PROVIDENCIA

Pocos pudieron sentir tan en lo íntimo de sus corazones como Nicolay sintió en el suyo el dolor causado por la desaparición de Lincoln. Sus reflexiones y expresiones se sucedieron con tono patético. No reflejaron únicamente el estado de ánimo de quien conocía perfectamente la grandeza del mártir: reflejaron también la situación espiritual de millones de mujeres y hombres aflictos por un crimen de lesa humanidad. El secretario de Lincoln que acababa de regresar de Cuba expuso:

"Estoy tan abatido por esta catástrofe que casi no sé qué pensar ni escribir. Precisamente cuando las armas de la Unión habían logrado una victoria decisiva sobre la rebelión se ha extinguido la sabia y constante dirección de la Nación a lo largo de la borrasca de los pasados cuatro años, y el destino de la Nación cae otra vez en riesgo e inseguridad. Mi propia fe en el futuro no se ha quebrantado aún por este triste acontecimiento, pero ¿acaso el país se mantendrá tan paciente

y esperanzado como cuando sentía sus intereses resguardados en manos de Lincoln?"

La aflicción de Nicolay crecía en intensidad. Él admitía la gravedad de la catástrofe moral que sufría la Unión. La Unión, por el solo hecho de la muerte de Lincoln, entraba en una dura etapa, quizá tan aspérrima, aun bajo el reinado de la paz, como la clausurada con el triunfo de las armas sostenedoras del pacto federal y de la abolición de la esclavitud. Ministros de todas las creencias religiosas y mantenedores de las más disímiles opiniones políticas y sociales hablaban y escribían en exaltado y justo encomio de las acrisoladas y excepcionales virtudes del caído, a la vez llenas de sentido humano y rayanas en divinas misericordias. Nicolay sintetizó así su juicio acerca de la excelsitud de Lincoln:

"Parece ser que la Providencia ha exigido de él el último y único sacrificio adicional que podía hacer por su país: morir por su causa. Los que de nosotros lo conocimos interpretamos bien su muerte, ciertamente, como señal de que el Cielo lo consideraba digno del martirio."

Era difícil, si no imposible, decir más con tan pocas y hasta con más palabras. Lincoln había hecho lo mejor por la salvación de su patria y por el decoro de todos los en ella nacidos. Ya no podía intentar empeño alguno que estuviese fuera de los límites de las ideas y los acontecimientos debidos a su mente y a su corazón. El sacrificio de su vida constituía el único servicio que a la Unión era posible esperar de él, y su vida fué sacrificada en el momento en que los Estados

Unidos renacían a la posibilidad de un magno destino. El Cielo, para enseñanza que la Tierra debía acatar y seguir, consideraba digno del martirio al varón justo y eminentísimo, y la palma del martirio le fué otorgada por el Cielo a modo de complemento de una vida temporal consagrada a exaltar y hermosear la dignidad y la fraternidad humanas.

CALLADA TRISTEZA

En escasos días pasó el fiel Nicolay por diversas sensaciones, enlazadas con la vida y el martirio de Lincoln. En Cuba adquirió conocimientos y experimentó satisfacciones por efecto de la misión oficial secreta proveniente de la voluntad de su amado jefe. En el trecho de la Isla a los Estados Unidos punzaron su corazón las noticias relativas a la inmolación del libertador de millones. En este amargo trance su pluma trazó uno de los elogios más tiernos y exactos de cuantos, por millares, se emitieron sobre aquel que acababa de pasar de lo temporal a lo eterno como supremo entre iguales.

Una reprimida angustia descolló en todo lo relacionado con los funerales de Lincoln en la ciudad de Wáshington. Otros señalaron las dolorosas exaltaciones que se sucedían. John G. Nicolay prefirió apuntar lo que de callada tristeza había en la capital federal en los instantes en que él avanzó desde el *Santiago de Cuba* hasta la Casa Blanca. Esto comunicó Nicolay a Therena Bates:

"No puedo describirte la sombría atmósfera que pa-

recía caer sobre la ciudad. Mientras llegábamos hasta aquí desde el astillero vimos casi todas las casas cerradas y con crespones fúnebres y a grupos de hombres parados indiferentemente en las esquinas. La Mansión Ejecutiva estaba oscura y silenciosa casi como la propia sepultura. El recogimiento, la tristeza y el dolor se reflejaban en todos los rostros como bajo pesado y siniestro terror, como si todavía fuese a suceder otra gran calamidad destinada a oprimir y derrotar a todos."

Así fué el duelo de Lincoln, y no sólo en su patria, sino en todos los pueblos donde iba conociéndose la inmensa desgracia que acababa de privar de su hombre máximo a una nación salvada de total ruina. No hubo lengua de país civilizado que no fuese usada para enaltecer y reverenciar al presidente mártir. La universalidad de su obra había llevado su fama hasta remotas tierras. Ciertamente, él era ciudadano del Mundo.

TAREA INCONCLUSA

En medio del universal dolor producido por el asesinato de Lincoln fué para Cuba un privilegio sentimental el hecho de que en la hora de la absurda alevosía regresase de la Isla a los Estados Unidos un fiel amigo del misericordioso amigo de los hombres. Semejante hecho dió ocasión a que un eximio conocedor del pensamiento y la acción de Lincoln escribiese, aun bajo los efectos de ineluctable aturdimiento, palabras lapidarias, aquellas que hablaron del significado de su muerte y que la tuvieron por señal de que el Cielo lo consideraba digno del martirio.

El desplome de Lincoln pudo ser la causa de que la naturaleza y el alcance de la misión oficial de Nicolay en Cuba quedasen ignorados. Si del Presidente había sido la iniciativa del secreto encargo, sólo el Presidente hubiera debido conocer los resultados de la visita de uno de sus secretarios a la Antilla mayor. Su ingreso en las edades, anunciado en el instante en que expiró, dejó inconclusa una tarea que quizá estaba relacionada con alguna de sus ideas fundamentales.

El precursor de la buena vecindad en América, por la índole de los principios privativos de esta política, fué enemigo de intrusiones de los Estados Unidos en los asuntos internos de otros países. La misión de uno de sus auxiliares íntimos en Cuba tuvo que ser concebida y llevada adelante con superiores miras, mantenidas en riguroso secreto. ¿Apreció el legado lo que para los cubanos representaba Lincoln? Esto también quedó en secreto, acaso porque, muerto Lincoln, en su prestigioso agente influyó principalmente el deseo de descubrir el poso de sencilla sabiduría e ilimitada misericordia que hubo en su claro mentor.

Ya desde el tiempo en que alentaba sobre la Tierra empezó a ser Lincoln el primero de los estadinenses en los corazones cubanos. Este suceso, producto de la limpieza de su proceridad, surgió con la marca de la fraternidad lincolniana. Quien afirmó su doctrina en la que había definido la igualdad humana como una gracia de Dios fué desde temprano admirado y amado en tácita armonía por mujeres y hombres y ancianos y niños de las diversas clases sociales en un país donde era absoluto el dominio de las discriminaciones. La

altura y profundidad de la vida y obra de Lincoln hicieron en Cuba el milagro de afinar sentimientos y clarificar pensamientos llamados a ser los soportes de la Nación, alzada con todos y para el bien de todos, concepción equivalente a la del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

XXI

POLÉMICA HABANERA

NOTABLE ENTRE CONTEMPORANEOS

En momentos en que el cadáver de Abraham Lincoln se hallaba caliente aún, el 15 de abril de 1865, la mano de un periodista escribía en la ciudad de La Habana palabras graves sobre los negocios públicos de los Estados Unidos de América. Las ponía en el papel para entregarlas en seguida a la imprenta, de la que saldrían al cabo de contadas horas. Estaban destinadas a ver la luz pública como editorial del *Diario de la Marina.* El hecho de que en Cuba se deparase semejante preferencia a un asunto foráneo, y no por simpatía a la causa de Lincoln, evidenciaba una vez más el matiz de ciertas opiniones concebidas en la Isla alrededor de la conflagración que se extinguía en la república de habla inglesa.

El redactor del editorial del *Diario de la Marina* dedicado a la situación norteamericana se refirió a la cesación de la guerra entre el Norte y el Sur. Observó que de paz se hablaba acá y allá. De paz hablaban los de por allá que la deseaban. Al número de éstos per-

tenecía en primer término Lincoln, al decir de sus amigos y a juzgar por algunos de sus actos. Pero el periodista se expresó con reticencia. A su entender, por lo que ofrecía "la historia pública de este hombre público, ya notable entre los contemporáneos", no faltaría quien viese motivos de duda acerca de sus intenciones. En forma indirecta, atribuyendo a criterio ajeno lo que era producto del suyo, dió a entender que debían aceptarse con reservas los anuncios de que el Presidente se había manifestado ansioso de que el vasto país regresase a la normalidad, exhibiéndose él sin malicia para nadie, con caridad para todos.

La reticencia del periódico que ponía en duda la sinceridad del Presidente era hija de sus propios sentimientos políticos, adversos a la Unión. En el editorial que consagró a lamentar el asesinato de Lincoln aquel impreso aludió a sus "reflexiones sobre el porvenir de lo que fué la república de los Estados Unidos". Esta afirmación descubría claros deseos. Considerar extinguida la Federación cabalmente cuando ya se habían rendido los disidentes era mostrar una exacta imagen de anhelos que, aunque frustrados, seguían alimentados por gente mal avenida con las grandezas de la América republicana.

Tres diarios de La Habana reflejaban posiciones diferentes entre sí en lo relativo a la guerra dentro de la cual Lincoln había salvado a la Unión. La postura de *El Siglo* era harto conocida y había sido apreciada con gratitud en Wáshington. La *Prensa de La Habana,* con tendencias liberales dentro del marco español, se ufanaba de que su director, Juan Pérez Calvo, hubiese

tenido la buena suerte de tratar a Lincoln y admirar de cerca su austeridad. El *Diario de la Marina,* como se estaba viendo en abril de 1865, traducía la manera de pensar de los que en Cuba sostenían inflexiblemente el régimen colonial.

PETER HICKS

Corresponsal del *Diario de la Marina* en Nueva York era Simón Camacho, quien seguía usando el seudónimo *Peter Hicks.* Según el propio *Diario, Peter Hicks,* poseedor de bellas aptitudes como escritor, había dado cumplidas pruebas de su imparcialidad en las informaciones comunicadas a Cuba acerca de la lucha entre federales y confederados. *El Siglo* reconocía los méritos intelectuales de *Peter Hicks.* Lo reputaba sin rival en la facilidad y el modo de decir, en la rapidez de expresión y en la facundia inagotable. Pero lo tachaba de apasionado en su tendencia a exhibir más los defectos que las virtudes de un pueblo que la humanidad respetaba y admiraba.

En una correspondencia contentiva de noticias de la muerte de Lincoln y sus consecuencias inmediatas, correspondencia escrita, en Nueva York, a primera hora del 15 de abril de 1865, *Peter Hicks* aseguró: "Nunca Mr. Lincoln ha tenido más adeptos que en este momento de suprema desgracia." Tales palabras expresaron algo más que una realidad palpable. En los instantes en que *Peter Hicks* emitió el categórico juicio no era fácil apreciar si lo que predominaba era la adhesión al Presidente o la consternación por el ho-

rrendo crimen. Luego, ya en la tarde, el periodista informó: "La agitación es inmensa. Los bancos, los almacenes, las tiendas, la aduana, todo está cerrado, y los frentes de varias casas y edificios públicos se ven cubiertos de colgaduras de luto. [...] El oro, que se vendía ayer a 146, ha llegado hoy hasta 164, pero se dice que "por pudor" los especuladores han suspendido las operaciones." La objetividad de las últimas frases estaba clara.

En la sección *Mesa Revuelta* de *El Siglo* se juzgó severamente el hecho de que se dijese que los agiotistas norteamericanos habían paralizado "por pudor" sus actividades. Además, se estimó que semejante broma, fuera de lugar, retrataba al autor de la frase. La publicación de ésta por el *Diario de la Marina* y la forma en que la censuró *El Siglo* ponían al descubierto los encontrados pareceres de ambos periódicos en relación con el conflicto políticosocial que mantenía aún conmovidos a los Estados Unidos.

Aunque los dos diarios se refirieron con reiteración a los merecimientos y a las aptitudes de *Peter Hicks* y al origen y sentido de la expresión en que se hizo referencia al pudor de los especuladores, la polémica habanera recayó en una cuestión fundamental. *El Siglo* acusó al *Diario de la Marina* de haber tratado con desdén y hostilidad la causa y la personalidad de Lincoln. El *Diario* reaccionó contra las imputaciones de *El Siglo*.

INTERPRETACIONES Y EXPLICACIONES

En el fondo de las discrepancias entre periódicos habaneros a raíz del acabamiento de Lincoln se hallaban las más opuestas opiniones políticas de la Isla, en cuanto a lo exterior no menos que respecto de lo interior. La pugna venía de muy atrás. Se había exhibido durante la guerra de secesión de los Estados Unidos. Adquirió sumidad cuando el diario dirigido por el conde de Pozos Dulces insistió en poner de relieve la conducta de su antagonista.

Diversas imputaciones dirigió *El Siglo* al *Diario de la Marina.* Lo acusó de haber sido enemigo sistemático de Lincoln, tratándolo siempre de medianía. Le afeó que no tuviese siquiera una expresión de congoja ante una gran calamidad sufrida por un pueblo que se encontraba con España en paz y en las mejores relaciones de cordialidad. Le vituperó que aprovechase la ocasión de tamaña desgracia para insultar la aflicción de ese pueblo recordando enojosos vaticinios sobre el castigo de inmensas culpas. Trajo a colación las equivocaciones en que había incidido su adversario por efecto del afán de pintar en ruinas a una nación que, a despecho de la guerra, no había abandonado la senda de los progresos materiales y morales, como lo reconocían hasta sus enemigos europeos. El papel reformista machacó en lo de la inconveniencia de los pronunciamientos de su rival referentes a Lincoln.

El *Diario de la Marina* rechazó las acusaciones de *El Siglo.* Negó que tuviese autoridad para hacerlas quien se había declarado por una de las parcialidades

beligerantes en los Estados Unidos con inexplicable ardor. Defendió la capacidad y el proceder de su corresponsal en Nueva York, del que dijo que con verdad y colores propios había pintado las victorias y las derrotas de los confederados y con caústica agudeza había delineado los acontecimientos ribeteados de ridículo. Cuanto a los juicios del periódico sobre Lincoln, su redactor exhibió la recién emitida afirmación de que el Presidente era "ya notable entre los contemporáneos", lo que, ciertamente, apenas bastaba para atenuar el cargo de haber sido su enemigo sistemático, sobre todo teniendo presentes el momento y la reticencia con que fué reconocida tal preeminencia.

La polémica habanera suscitada por la muerte de Lincoln avanzó con creciente acrimonia. Las interpretaciones y explicaciones ensayadas resultaron contraproducentes. *El Siglo* advirtió que la omnisciencia no se alcanzaba con pertenecer a la redacción del *Diario de la Marina.* El *Diario de la Marina* dijo que no era *El Siglo* el llamado a dar lecciones de prudencia y decoro.

EL RESOBRINO DE BOLIVAR

De *Peter Hicks* expresó *El Siglo* que podía "figurar en la lista de los distinguidos escritores americanos" y que por su talento y estilo merecía ser algo más que corresponsal del *Diario de la Marina.* Cualquiera que fuese la intención de este aserto, *El Siglo* era justo al reconocer que Simón Camacho, resobrino del liberta-

dor Bolívar, juntaba en sí excelentes prendas intelectuales.

El diario de Pozos Dulces dió demasiada importancia a una frase que Camacho había reproducido sin avieso propósito ni deseo de faltar al respeto debido a la memoria de Lincoln. Pero el mayor empeño del periódico cubano no estaba en juzgar eso: estaba en demostrar que el corresponsal neoyorquino había querido desacreditar al pueblo de los Estados Unidos con motivo de la guerra de secesión. Y disparó dos dardos envenenados. El primero, dirigido al *Diario de la Marina,* consistió en la afirmación de que sin las correspondencias de *Peter Hicks* el periódico hubiese aparecido pálido y desprovisto de interés, no por falta de ilustración de sus redactores, sino por el estrecho y monótono programa a que estaba sujeto. El segundo, enderezado a Camacho, radicó en la observación de que los escritos de éste obtenían un efecto contrario al que buscaban, puesto que al criticar a los Estados Unidos incidentalmente iban dando a conocer su organización políticosocial, sus recursos materiales y su adelanto intelectual. *El Siglo* dijo que era de admirar la astucia y flexibilidad con que se pretendía hacer pasar por moneda de buena ley lo que se hallaba muy lejos de serlo. Y confesó que prefería ver a *Peter Hicks* en posición distinta de la que, tal vez a pesar suyo, había tomado en una pendiente resbaladiza.

O por la censura concreta de que fué objeto con motivo de la frase que hablaba del pudor de unos agiotistas en presencia de la muerte de Lincoln o por la discusión de conceptos suyos relativos a los Estados

Unidos, Simón Camacho se consideró gravemente ofendido por *El Siglo.* Así lo dejó saber en carta privada que dirigió al conde de Pozos Dulces. Se estimaba honda y gratuitamente injuriado, porque las comillas por él puestas en la cláusula debatida indicaban con claridad que las usadas eran las propias palabras de los hombres codiciosos que habían cerrado su lonja.

Mucho dolió a Camacho que el Conde hubiese extremado su celo lincolniano contra quien no le era desconocido. Camacho había tenido el honor de ser presentado y altamente recomendado al director de *El Siglo* por un amigo de ambos, muy querido y venerado por él. La ofensa estaba agravada por la expresión de que el prohijador de la discutida frase, en el retrato a que ésta equivalía, se mostraba como una cara burlona asomada al postigo del *Diario de la Marina* para dar cuenta de algo que pareciera gracioso. El agravio era tanto mayor cuanto más digna resultaba para él la persona que se lo infería.

Unas palabras de Simón Camacho elevaron el nivel de la polémica. Era cierto que Pozos Dulces le había prodigado elogios. Pero ¿qué le importaba ser alabado como escritor si como hombre se le juzgaba capaz de hacer lo que por el retrato se veía? A ser buen escritor —confesión honrosísima para el lastimado— él prefería no ser mal hombre.

A términos claros redujo Camacho la situación creada por *El Siglo* al interpretar torcidamente su reseña periodística acerca de la muerte de Lincoln. El ofendido corresponsal pretendió que Pozos Dulces restableciese la verdad. Entre los lectores del diario cu-

bano abundaban los que enaltecían al escritor venezolano con prodigalidad. Y él lamentaba que lo viesen a la siniestra claridad que *El Siglo* arrojaba sobre quien no lo afrentara ni había dado motivo para que se le creyese caído en la degradación de reírse cuando describía un crimen atroz y universalmente execrado.

UN PARRICIDIO

A la polémica habanera iniciada por la crítica de *El Siglo* a la frase de *Peter Hicks* relativa al cierre de una lonja de especuladores en horas siguientes a la del deceso de Lincoln, en medio de un duelo universal, quiso poner término la epístola de Simón Camacho al conde de Pozos Dulces. Camacho escribió palabras en las que aparecieron entreveradas la dignidad herida y la ternura esclarecedora.

Pozos Dulces debió de admitir como de ley inmejorable una sentencia feliz de Simón Camacho. Éste rehusó entrar en las controversias periodísticas que se hallaban de moda en La Habana. En cambio, insistió en pedir que se levantase el anatema de que era víctima. Meditó. Sopesó razones y sinrazones. Concibió expresiones. Llegó a la conclusión de que para juzgar la muerte del presidente Lincoln se necesitaba tener un gran corazón y ser hijo de una buena madre. Hubiese sido injusto suponer que el Conde no coincidía con Camacho en la aceptación de tamaña verdad.

Una buena madre fué para Lincoln algo así como un don celestial. De la que lo llevara en las entrañas él pensó y dijo cosas enternecedoras. Sobre las pra-

deras de Illinois avanzaba, absorbido por graves memorias e inquietantes presunciones, cuando interrumpió su diálogo con William H. Herdon para implorar:

—Dios bendiga a mi madre; a ella debo todo lo que soy o espero ser algún día.

En descargo de cuanto lesivo a su honra pudo creerse, Simón Camacho exhibió una certera y profunda afirmación suya. Sin sospechar siquiera que en La Habana se dudase de su probidad mental, sumido en reflexiones alrededor del asesinato de Lincoln, dió forma a una frase lapidaria, lo suficientemente expresiva como para alejar de su nombre y fama toda mala hesitación. Él escribió y publicó que aquel gran crimen era un parricidio.

XXII

ESPARTACO FELIZ

CONMOCION UNIVERSAL

La súbita muerte de Abraham Lincoln estremeció al Mundo. Hasta en países de allende el Atlántico que se habían manifestado hostiles a la obra humana del caído alcanzaron dimensiones insólitas las manifestaciones de pesar por el terrible suceso. Ya el gran lidiador y reformador pertenecía a la inmortalidad de la Historia, como había previsto el conde de Pozos Dulces. Y sus contemporáneos de todas las partes de la Tierra coincidían en reconocer la fecundidad de su vida y la trascendencia de su obra.

El óbito del emancipador de millones fué tenido por el alto precio que los Estados Unidos pagaban por la extinción del estado servil de parte de su población. Fuera de la Unión, no menos que en la Unión misma, se entendió que la enorme e irreparable pérdida afectaba a toda la humanidad. La desaparición de entre los vivos de quien dejaba insigne ejemplo de amor a sus semejantes tenía que ser llorada, y lo fué, por cuantos seguían creyendo en la posibilidad de sanear

y mejorar los valores morales. En todas las lenguas de los pueblos civilizados se habló y escribió para exaltar la memoria de Lincoln.

Era natural que los pobres de la Tierra se sintiesen movidos a expresar admiración, respeto y gratitud hacia Abraham Lincoln, apóstol y mártir a los ojos de todos los desheredados y oprimidos. Lo singular era que los poderosos también participasen en el póstumo universal homenaje. En puridad de verdad, las expresiones de dolor no reconocieron fronteras territoriales ni estuvieron encerradas en determinadas esferas sociales. Hasta los potentados del Mundo fueron tocados por la aflicción proveniente de la tragedia que sacudía a los Estados Unidos de América.

INFORTUNIO Y CONGOJA DE AMERICA

América, toda América, sintió que el nuevo infortunio era muy suyo. Desde México hasta la Argentina, de océano a océano, la congoja colectiva tuvo expresiones tan conmovedoras como significativas. Ya por solidaridad humana, ya por gratitud, ya por comprensión hemisférica, la América latina exhibió con elocuencia el dolor que le causaba el tránsito del gran ciudadano del Norte entre lo temporal y lo eterno:

1. Haití—la república que se había hallado excluída de la comunidad internacional reconocida por los Estados Unidos y con la que Lincoln estableció relaciones diplomáticas, iniciadas en términos justos y humanos—expresó que el asesinato de su egregio amigo, cuya efigie era venerada en incontables hogares de

su territorio, levantaba una ola de dolor y condenación.

2. La América del Centro—algunas de sus repúblicas habían sufrido las consecuencias de los excesos de conquistadores y aventureros de los Estados Unidos con anterioridad al advenimiento de Lincoln a la Presidencia—, al recibir la noticia del trágico fin del ínclito emancipador, recordó su administración como la más amistosa y benévola para con sus débiles gobiernos.

3. Venezuela reconoció que por el óbito de Lincoln se hallaba de luto la democracia y se afligía el corazón de todo republicano honrado y previsor.

4. Colombia observó que por encima de las lágrimas provocadas por la inmensa desgracia aparecía la sombra de Lincoln, símbolo del perdón y de la esperanza.

5. Panamá—el estado de Panamá, uno de los Estados Unidos de Colombia—declaró que la muerte de Lincoln constituía una calamidad para el Mundo entero.

6. Perú dijo que la caída de Lincoln conmovía a toda América.

7. Chile vió cómo las madres enseñaban a la generación naciente a bendecir a Lincoln, tenido por el más preclaro de los redentores que los siglos habían visto después de Jesús.

8. México dispuso que sus funcionarios y empleados públicos y los miembros de sus fuerzas armadas llevasen luto durante nueve días en memoria de aquel que había trabajado por la completa libertad de todos sus semejantes y había respetado plenamente la soberanía de la República.

9. Argentina promulgó una ley para que sus ciudadanos llevasen luto por el acabamiento terrenal de

Lincoln y puso a una población el nombre de quien, por haber hecho posible que la justicia humana recobrase fuerza y lustre, gozaba de la inmortalidad de la Historia.

10. Cuba, colonia de España aún, evidenció su aflicción y su compenetración con la obra del redentor y mártir en los versos de sus poetas, en lo que La Habana llamó el luto de Lincoln y en la compra de la libertad de todos los niños nacidos esclavos el 4 de julio de 1865, obra de filantropía debida a Juan Bruno Zayas Jiménez en memoria del emancipador.

En medio de las altas expresiones de dolor y solidaridad contenidas en este decenario de la fe y el fervor hemisféricos hubo otras no menos reconocedoras de los valores políticosociales con razón atribuídos por la América latina a la existencia y obra de Lincoln. Espartaco feliz lo llamó Domingo F. Sarmiento, el genial prohombre de la Argentina. En la política del prócer inmolado aquilató el chileno Benjamín Vicuña Mackenna el auge de la concepción ecuménica de la vida sobre la superficie terráquea. Un niño, de doce años de edad, nacido en La Habana, José Martí, tembló y lloró al saber de la muerte de Lincoln, sin conocerlo, sin conocer un ápice de su grandeza, pero adivinándola.

ACCION REFLEJA

En España, metrópoli de tierras americanas, la muerte de Lincoln causó dolor. Con razón se dijo en el Parlamento que ante tamaño infortunio no podía

guardar silencio la nación que por Cuba y Puerto Rico era vecina de los Estados Unidos. La Reina, el presidente del Consejo de Ministros, el Congreso de los Diputados y el Senado expusieron ostensiblemente su solidaridad sentimental con la Unión.

Isabel II quiso que el Primer Ministro, Ramón María Narváez, expresase al representante diplomático de los Estados Unidos el pesar de ella y del Gobierno por el atentado de que Lincoln había resultado víctima. El duque de Valencia visitó a Horatio J. Perry con la indicada finalidad. Pudo haber en aquello más o menos convencionalismo y el uso de inevitables lugares comunes. Sin embargo, era innegable la especial situación de España, por ejercer soberanía sobre Cuba y Puerto Rico, respecto de la inmensa desgracia que afligía a la gran república.

Manuel Lasala usó de la palabra en el Congreso de los Diputados para referirse al acabamiento de Lincoln. Advirtió que, a su entender, debía partir de los bancos de la oposición liberal al gobierno de S. M. la iniciativa enderezada a significar la condolencia suscitada por la irreparable desgracia. "Un país que había sido grande en la paz—palabras de Lasala—no ha sido menos grande en la guerra; en esa guerra, tal vez la más titánica que narre la Historia, no parece sino que para que tuviera tan inmensa pirámide de cadáveres gran coronamiento era menester que cayera bajo la bala de un asesino el cadáver del Presidente de los Estados Unidos." El Congreso de los Diputados adoptó el acuerdo de asociarse al dolor de la Unión.

En el Senado el conde de Vistahermosa levantó su

voz para hablar de la aflicción de España por el infausto suceso de la ciudad de Wáshington. Esa aflicción aumentaba al recordarse que la pacificación lograda en los Estados Unidos, con la preservación de los mismos, se debía a los esfuerzos, a la constancia y a la habilidad con que Lincoln condujera los acontecimientos. El Senado, según frases de su presidente, interpretó los sentimientos de todos los españoles de Ultramar y de la Península uniéndose a la universal congoja suscitada por el asesinato del primer magistrado de la democracia norteamericana. Aquello de los españoles de Ultramar estaba aludiendo claramente a los habitantes de las colonias antillanas.

Por acción refleja, fácil de comprender, la España oficial se adhirió al duelo motivado por el tránsito final de Lincoln. La España oficial se hallaba dirigida por gente de ideas reaccionarias. Pero en la Península y en Ultramar había liberales con capacidad suficiente para promover y conseguir la adopción de actitudes reconocedoras de lo que para el bien del Mundo significaba el trabajo terrenal de Lincoln.

CUBANOS Y PUERTORRIQUEÑOS

Madrid era lugar de residencia de numerosos cubanos y puertorriqueños. Había en la capital de España una brillante juventud, en no escasa medida consagrada a estudios universitarios, procedente de las dos Antillas hispánicas. Hombres que pensaban más en el porvenir que en el presente procuraban sacar de éste enseñanzas y fuerzas para empeños colectivos de grande aliento.

A lo largo de un mes cubanos y puertorriqueños residentes en Madrid se abstuvieron de hacer pública manifestación de sus opiniones en relación con la muerte de Lincoln. Creían que el dolor verdadero era amigo del silencio. Creían esto otro: creían sentir el dolor que los abrumaba tanto más vivamente cuanto más callaban.

Llegó un día en que los cubanos y puertorriqueños que se hallaban en Madrid no pudieron seguir en silencio respecto de la desventura que afligía a los Estados Unidos. Y resolvieron dirigirse por escrito al presidente Andrew Johnson. Habían contenido sus impulsos anímicos y dejado de dar forma a la emoción más violenta que conmoviera sus vidas. El puro sentimiento entraba en calma y la razón empezaba a dominar. Ellos cumplían un gran deber, sagrado para todo espíritu generoso, sacratísimo para quienes eran jóvenes y eran americanos. Les interesaba cuanto se refería a la gran república, tan estrechamente unida por el cambio de productos y de ideas a sus dos islas. Y la acompañaban en sus horas de luto, como silenciosamente la habían acompañado en sus recientes días de gloria.

Los antillanos que en la capital de España redactaron un fervoroso mensaje para el sucesor de Lincoln pensaban en lo que éste había hecho y en lo que ellos debían animar y llevar adelante. Sus palabras se apartaron de la condición de mero trámite de respetuosa simpatía hacia una nación sumida en duelo. En realidad, expusieron ideas y aspiraciones fundamentales:

"Hombres, lloramos a Lincoln: la alevosía que le ha

privado de la existencia terrenal repugna al corazón del hombre; enemigos de esa infamia social que con el nombre de esclavitud manchaba la tierra de libertad, como mancha el suelo querido en que nacimos, experimentábamos con Lincoln la santa emoción que él sintió al ver terminada su inmensa tarea; cubanos y puertorriqueños, caminando por destino providencial hacia el porvenir de América, nos hemos estremecido con la última convulsión del grande hombre; espíritus amantes del bien y de la libertad, que es su expresión política, hubiéramos lamentado inconsolablemente la ausencia eterna de aquel espíritu fuerte que nos daba el consuelo de ver garantizada la libertad, al menos en la tierra que engrandecía con su grandeza, si nosotros no supiéramos que la muerte mata el organismo, no a la esencia; que ha matado a Lincoln, no a su alma, que era el alma del pueblo de gigantes que supo gobernar."

Los firmantes del mensaje de cubanos y puertorriqueños a Andrew Johnson creían en el valor de la continuidad de las fuerzas morales. Seguros estaban de que la obra de Lincoln no se malograría. George Wáshington no había estado sólo en la hora de fundar los Estados Unidos. No era posible admitir que caería en el abandono y el olvido el contenido de la revolución social dirigida por Abraham Lincoln para sanear y completar el magno esfuerzo de los constructores de la Unión.

Entre los que reflexionaban así figuraban hombres en quienes era natural la inquietud por lo que ellos mismos llamaron el porvenir de América: Tristán Me-

dina, Eugenio María de Hostos, Ramón Pérez Trujillo, Juan Ignacio de Armas, Eugenio Rayneri y Antonio Angulo y Heredia. Con cabal concepto del valor de las palabras, conocedores de lo que les quedaba por hacer, cubanos y puertorriqueños escribieron que ellos caminaban por destino providencial hacia el porvenir de América. Y, con el anhelo de que se rindiese el mejor de los homenajes al inmortal emancipador, solicitaron del sucesor de Lincoln en la presidencia de los Estados Unidos que fuese digno de América.

JUSTICIA RETRIBUTIVA

Tanta exaltación y tanto dolor tenían sus raíces en sentimientos de justicia retributiva. Abraham Lincoln, desde la presidencia de los Estados Unidos, en días los más tormentosos de la existencia de la Nación, había enunciado una política interamericana nueva: la política de la buena vecindad. Había proclamado enfáticamente, a través de documentos oficiales no destinados a la publicidad—por consiguiente, indubitadas expresiones de sinceros propósitos—, que entre los Estados Unidos y los demás países del Hemisferio Occidental debía haber una amistad tan estrecha como estrecha era su vecindad. Y su conducta había inaugurado un género de relaciones internacionales destinado a acendrar el principio de la igualdad jurídica y moral de todos los pueblos del mundo de Wáshington, Bolívar y San Martín, desde la pequeña república de Haití hasta la gigantesca por él salvada de la detracción y la secesión.

XXIII

ELEGÍAS

ALCANCE DEL LUTO DE LINCOLN

En el luto de Lincoln, que fué ostensible en Cuba, participaron las más diversas clases sociales. Las pasiones que habían creado en la Isla dos bandos en relación con el conflicto bélico de los Estados Unidos dejaron de chocar al ocurrir la absurda muerte del emancipador. La verdad fué que, quién más, quién menos, en formas distintas, pero coincidentes, todos los que hablaron del Presidente lo hicieron en términos de lamentación por el desgraciado acontecimiento y de respeto para la memoria de la víctima ilustre.

Poetas de Cuba pusieron pensamiento y sentimiento en la expresión de las sensaciones causadas por el acabamiento de Lincoln. Fuera de los Estados Unidos, sobre el haz de la Tierra, ningún otro país aventajó a la Antilla mayor en cuanto a composiciones en verso dedicadas a deplorar el infausto suceso. En el curso de varios meses, numerosos vates de la Isla exhibieron la intensidad de su dolor por una pérdida que afectaba a hombres y pueblos.

El hecho de ser Cuba posesión de España, por añadidura con parte de su población sometida a la esclavitud, influyó en las dimensiones adquiridas por el luto de Lincoln en la Colonia. La trágica caída del redentor de millones de siervos ofreció oportunidad a la gente liberal para revelar su inconformidad, aunque en forma velada, respecto de los males político-sociales imperantes en la Isla.

La actitud de los poetas de Cuba que lloraron la ausencia definitiva de Lincoln tomó varias direcciones. Hubo composiciones que pudieron pasar por la censura regia y ser publicadas. Y las hubo condenadas a soportar las limitaciones de la circulación clandestina. La línea divisoria entre unas y otras estuvo constituída por la esclavitud. Insertar en un periódico insular un concepto contrario a la esclavitud equivalía a violar uno de los dogmas del régimen colonial. Era posible hablar de Abraham Lincoln, y hasta exaltar su vida y lamentar su muerte, pero la licencia no alcanzaba a tanto como para mencionar su hazaña emancipadora.

AUTORES Y PERIODICOS

Autores de elegías a Lincoln publicadas en Cuba —recordados por el orden cronológico de la aparición de sus producciones—fueron Isaac Carrillo y O'Farrill, Casimiro Delmonte, Luis Victoriano Betancourt, Juan Clemente Zenea, Alfredo Torroella, Saturnino Martínez y Miguel Jerónimo Gutiérrez. Las composiciones de los cinco primeros quedaron insertas en el diario *El Siglo,* de La Habana. En otro periódico habanero, el

semanal *La Aurora,* vieron la luz los versos de Saturnino Martínez. Los de Miguel Jerónimo Gutiérrez circularon en *La Epoca,* de Villaclara.

La preponderancia de *El Siglo* respecto de las expresadas inserciones tenía clara explicación: el diario dirigido por el conde de Pozos Dulces se había señalado por su predilección hacia la causa cuyo más alto representante era Lincoln. La participación de *La Aurora* en los homenajes a la memoria del egregio emancipador reflejó la afinidad entre la obra del reformador y la condición social de los sostenedores de este periódico semanal: muy natural era que los artesanos de Cuba considerasen a Lincoln como a uno de los de su clase. *La Epoca* mostró una verdad satisfactoria: el luto de Lincoln, lejos de estar limitado a La Habana, era sentido en distintos lugares de la Isla.

Con excepción de Saturnino Martínez, los expresados poetas eran cubanos. Casi todos, que ya gozaban de buen concepto en los círculos literarios, estaban llamados a destacarse en la lucha por la independencia patria. Saturnino Martínez había nacido en España. Era "líder obrero de su época, autor de muy notables poesías" y uno de los hombres "más inteligentes, activos y llenos de buena voluntad con que ha contado la clase trabajadora en Cuba", según conclusión del muy autorizado José Rivero Muñiz. Y *La Aurora,* "periódico semanal dedicado a los artesanos", se estrenaba como "publicación de esa clase que los obreros tuvieron en Cuba". Martínez debió de sentirse movido a escribir versos acerca de Lincoln para *La Aurora* por lo que en el mártir hubo de apóstol de los oprimidos.

SILENCIO EN TORNO A LA ESCLAVITUD

La censura oficial no daba paso a expresión alguna que pudiera tenerse por condenatoria de la institución de la esclavitud. Esto fué evidente con motivo de las expansiones poéticas originadas en Cuba por la noticia de la muerte de Lincoln. Tan grave como ese hecho resultó el haberse malogrado la publicación de elegías escritas por los eximios poetas Joaquín Lorenzo Luaces y Francisco Sellén.

Aurelio Mitjans, en su *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba,* alabó la posición de Luaces "en el seno de la sociedad, interesándose por sus ideales, por sus luchas, por sus alegrías y dolores" y "condenando crímenes, pregonando victorias y excitando a combatir por la libertad y el progreso". Por la mente del bardo desfilaron la corrupción de Babilonia, la grandeza y decadencia de Atenas y los estremecimientos de Roma. "Más tarde—afirmación de Mitjans—es el asesinato infame del patriota Lincoln." Y, con referencia a la silva *Abraham Lincoln,* de Luis Victoriano Betancourt, el crítico la consideró "inferior a una análoga de Luaces". Dos veces Mitjans afirmó que Luaces había escrito con motivo de la muerte del presidente mártir.

De Sellén dijo José Martí que "loaba a Lincoln en la oda rebelde de su juventud". Dijo Martí más de Sellén: dijo que a la prisión "lo llevó su fama de cubano fiel, de cantor de Lincoln". Dos veces aseveró Martí que Sellén estaba entre los poetas que expresaron

su admiración hacia la vida y obra del redentor de esclavos.

A despecho de lo asegurado por Mitjans y Martí y de la autoridad de ambos, ni de Luaces ni de Sellén conoció la posteridad poesías impresas acerca de Lincoln. La razón de la inconformidad entre el dicho reiterado y la omisión notada pudo estar en la explicación dada por Antonio S. de Bustamante y Sirvén en el elocuente discurso que consagró a la memoria de Luaces:

"Viviendo entre esclavos, debiera encontrarse en sus versos frecuente alusión a los dolores de la servidumbre y frecuente invocación de las grandezas de la libertad humana; pero no cabe tomar como una falta absoluta de sentimiento o de carácter esta omisión curiosísima, porque nuestros poetas estaban severamente entregados a la censura oficial, y la servidumbre perpetua era uno de los fundamentos más arraigados de la prosperidad económica y uno de los postulados más intangibles de la organización política. Y en las combinaciones oscuras de intereses que fomenta de continuo la realidad, hubo un período lastimoso de nuestra historia en que andaban o parecían andar de acuerdo el egoísmo local y el interés metropolítico en el intento de suprimir cuanto pudiera crear un peligro para el bienestar común."

Con el silencio impuesto alrededor de la esclavitud era incompatible la aparición de la silva de Joaquín Lorenzo Luaces y la oda de Francisco Sellén relativas a Lincoln en los periódicos que se publicaban en Cuba bajo el absolutismo colonial. Luaces y Sellén debieron

de tocar la cuestión del trabajo servil, sin duda la tocaron. Luaces se enardecía en reflexionando acerca de las grandes injusticias sociales, como observó Mitjans. Sellén hasta sufrió persecución a causa de sus versos a Lincoln, según la versión de Martí.

Naturalmente, la silva de Luaces y la oda de Sellén en torno a Lincoln fueron conocidas con cierta amplitud. Sin esto no hubiese podido ser comparada la primera con la que escribió Luis Victoriano Betancourt, ni habría llevado la segunda a su autor a la cárcel. En una época de intolerancia y de falta de libertades la vía clandestina suplió el cauce lícito. Los cubanos, y hasta los adversarios de los cubanos, en las postrimerías del segundo tercio del XIX, leyeron en copias manuscritas, pasadas de mano en mano a guisa de explosivos cívicos, las poesías que Luaces y Sellén compusieron en alabanza de Lincoln.

REGLA Y EXCEPCION

Lo ocurrido con la silva de Luaces y la oda de Sellén dedicadas a Lincoln fué la excepción confirmatoria de la regla. El hecho no constituyó excepción porque la censura oficial permitiese la publicación de esas composiciones, ya que no hubo condescendencia alguna: constituyó excepción porque la intolerancia gubernativa careció de medios para evitar su circulación en copias clandestinas. Tal era la única manera de difundir escritos alusivos a la abolición de la esclavitud.

La regla seguía en pie. De concierto con ella, los versos relacionados con la muerte de Lincoln insertos

en los periódicos de Cuba no mencionaron su hazaña emancipadora. Los encargados de la censura regia en la Isla se ciñeron a las normas, escritas y no escritas, que vedaban toda manifestación adversa a la servidumbre perpetua de unos hombres en provecho de otros hombres.

Las elegías a Lincoln publicadas en Cuba respondieron a la inspiración de sus autores. Éstos cedieron en lo subalterno para adelantar en lo esencial. Lo subalterno consistía en la referencia a lo inhumano anejo a la esclavitud. Lo esencial era demostrar ostensiblemente que en la Isla había gente capaz de apreciar la grandeza del reformador.

ESCOLLOS EN EL ABSOLUTISMO COLONIAL

Los poetas que en Cuba se empeñaron en publicar sus versos relativos a la muerte de Lincoln aguzaron el ingenio para exaltar la gran figura sin tropezar con la rigidez de la censura oficial. Extremo cuidado pusieron en no mencionar la abolición de la esclavitud. Llevaron sus ideas por sendas no vedadas dentro del absolutismo colonial.

Los escollos en el absolutismo colonial quedaron a un lado, porque era imposible arrollarlos o pasar por encima de ellos. Los bardos cuyas elegías a Lincoln aparecieron en periódicos de la Isla loaron méritos y virtudes del presidente mártir que a simple vista carecían de relación con la extinción de la servidumbre humana en los Estados Unidos. Por de contado, el prócer había dejado ancho campo donde era posible

labrar. De su vida existían magníficos ejemplos de amor y grandeza con prescindencia de los inherentes a la redención de toda una raza.

En las odas de Juan Clemente Zenea y Alfredo Torroella asomó, no más, la idea alusiva a la tarea del abolicionista. En tanto Zenea encomió al

amigo fiel del libre y del valiente,
padre inmortal de la esperanza humana,

Torroella se refirió a quien había removido obstáculos tan enormes como históricos:

¡Ah! no lloréis, campeones decididos,
porque el apóstol fiel se inmortalice;
dulce lluvia vendrá que fertilice
los campos por la sangre enrojecidos.

Los poetas de Cuba no tuvieron recato en la expresión del duelo motivado por el óbito de Lincoln. Los versos de Zenea dieron el tono de la congoja cubana ante la caída del redentor de hombres y soldador de su nación. La noticia de que el venerable varón, más que herido y tinto en sangre, estaba perdido para los pueblos civilizados inundó de pena la Isla. Zenea escribió:

No se dirá jamás que en mis hogares
hubo fiesta ese día
y a la traición se le pagó tributo;
antes bien se dirá que en los pesares
que un pueblo entero en su infortuno pasa,
hubo un eco de amor y simpatía
en una humilde casa
y una familia se vistió de luto.

EL PATRIOTA

Los cubanos apreciaron con exactitud lo que de acendrado patriotismo había en los magnos afanes de Lincoln. Él batalló por mantener intacta la obra de los fundadores de la República en lo político y por sanearla en lo social. Su sabiduría y su agonía se manifestaron sin tasa en la faena de conciliar, adelantar y hacer triunfar esas aspiraciones. Como un romano de la antigüedad, alcanzó la gloria de morir por su patria para vivir eternamente en la memoria de ella. Isaac Carrillo y O'Farrill cantó:

> Rápido el viento enfurecido zumba,
> revuelto el mar estrepitoso brama,
> tiembla la playa que sus olas hiere,
> y sobre el mármol de su triste tumba
> el genio altivo de la gloria exclama:
> "¡Dichoso aquel que por su patria muere!"

Sentido semejante al de la estrofa de Carrillo puso en una de las suyas Casimiro Delmonte. Éste consideraba dichoso a Lincoln porque en su caída legaba

> gloria y felicidad al patrio suelo.

El amor cívico que ardía en los pechos de los vates cubanos que pretendieron unir sus nombres al muy augusto de Lincoln era elemento propicio a la exaltación del mismo sentimiento en el emancipador de millones de siervos. Con ser inmensa la pasión de éste por la libertad de todos sus conciudadanos, reconociendo como tales a cuantos vivían bajo el cielo de su país, él no olvidó jamás su deber de conservar y her-

mosear la creación política que había nacido con la denominación de Estados Unidos de América. El más cabal y profundo concepto del decoro humano se ajustó en Lincoln al más perfecto y hondo apego a su patria.

EL SOLDADOR

El patriotismo de Lincoln se exhibió amplia y totalmente en aquello que de él hizo el soldador de los Estados Unidos. Casimiro Delmonte lo llamó campeón de la verdad, refiriéndose al tesón con que defendiera la integridad del pacto federal. A la Unión dirigió Delmonte su estro para celebrarle

> que hasta el pueblo del Sur hoy eterniza
> al hijo tuyo sin mostrarse odioso...

Luis Victoriano Betancourt tuvo por consolidada la obra unificadora de Lincoln. Ya el coloso podía acogerse a eternal descanso. Con seguridad análoga a aquella con que él había gobernado el bridón de la guerra, los Estados Unidos avanzarían en la reconstrucción propia. El poeta dijo al mártir:

> Ni temas que tu pueblo
> equivoque el camino
> que otro tiempo marcaste a tu tierra,
> que no distante el pabellón divino
> de la bella hermandad, resplandeciente,
> marcará su destino
> a la región de Wáshington valiente.

En una estrofa expresó Alfredo Torroella su juicio

acerca de las potencias de Lincoln en la faena de salvar a su nación. Por ángel lo tuvo. Este ángel, que

> sembró la Unión que el enemigo bando
> indómito arrancó con furia insana,

envuelto en transparente nube, a las regiones celestiales subía pidiendo a Dios la paz americana.

EL PATRIARCA

Varios poetas de Cuba—Luis Victoriano Betancourt, Juan Clemente Zenea, Alfredo Torroella y Saturnino Martínez—coincidieron en dar a Lincoln el título de patriarca. El concepto se acomodó a la realidad. Bien merecía ser tenido por patriarca aquel que, por su sabiduría y caridad, había logrado ejercer suma autoridad moral en su pueblo.

Patriarca de América lo apellidaron Betancourt y Martínez. Fué cosa notable la conformidad en esta conclusión de un cubano que llevaba en el pecho intenso fuego patrio y de un español que entreveraba las muestras de su intelectualidad con su trabajo manual. Mientras Luis Victoriano Betancourt repetía, despidiendo a Lincoln,

> ¡adiós! te dice el mundo americano,

Saturnino Martínez, destacando el hecho de que Lincoln hubiese sido atacado en Viernes Santo, cuando

> muerto estaba el Señor del Cristianismo,

apostrofaba:

> Pueblos...! naciones...! mundo...! de rodillas!

Patriarca del pueblo llamó Zenea a Lincoln. En Zenea concurrían especiales circunstancias para apreciar la magnitud de las tareas humanas de Lincoln. En los Estados Unidos, en el Sur y el Norte, había vivido el poeta cubano, perseguido en su patria por los custodios del régimen colonial. Conocía las entrañas del conflicto afrontado por el emancipador. A ciencia cierta procedía al reconocer en Lincoln la prominencia correspondiente a un patriarca del pueblo. Lincoln era el primero de los patriarcas de su pueblo.

La oda de Torroella repitió el pensamiento de la de Zenea respecto de la condición de patriarca del pueblo presente en Lincoln. Torroella contempló al pueblo rodeando a su patriarca:

> Acude el pueblo en torno del Patriarca
> y del rasgado pecho
> oye el lento latido,
> ansioso de beber junto a su lecho
> del padre fiel el último gemido.

LO ETERNO

Resumió las actitudes de los poetas de Cuba que a Lincoln reverenciaban uno que cultivaba, bajo la apariencia de una serenidad infinita, el más puro ardor cívico. Miguel Jerónimo Gutiérrez, nacido y avecindado en la parte central de la Isla, en la región de Las Villas, escribió un soneto con motivo de la muerte del

Presidente. Estos versos enfocaron lo eterno en la obra del mártir. El cubano que nutría la disposición al sacrificio heroico, pensando en grandezas patrias y humanas, proclamó:

Para encerrar su gloria y bendiciones
no le bastaba un mundo, y en su anhelo,
águila audaz, enderezara el vuelo
de otro mundo más ancho a las regiones.

Cual insigne varón entre varones,
en su marcha triunfante para el Cielo,
sus frentes le abatieron hasta el suelo
Césares, Alejandros, Napoleones.

Un genio al suyo igual, que del Altura
ya le aguardaba en el dintel postremo
le recibió con celestial ternura.

Wáshington era, que en su gozo extremo,
de brazo le tomó con gloria pura
para mostrarlo al Hacedor Supremo.

XXIV

FUGITIVOS

RETALIACION, NO: CARIDAD

En la conferencia celebrada a bordo del *River Queen,* en Hampton Roads, entre Abraham Lincoln y William H. Seward, altos dignatarios de los Estados Unidos, y Alexander Hamilton Stephens, John A. Campbell y Robert Mercer Taliaferro Hunter, en representación de los Estados Confederados, hubo un momento de extremo embarazo. Fué cuando el Presidente condujo la plática al escabroso terreno de las responsabilidades criminales de los instigadores y propulsores de la secesión, ya tan próxima a la debelación. Sus palabras, según Carl Sandburg, sonaban como una condena. Tras un momento de silencio, cargado de las más graves presunciones, Hunter dijo:

—Señor Presidente, si nosotros entendemos bien a usted, usted piensa que nosotros, los de la Confederación, hemos cometido una traición, que somos traidores a su gobierno, que hemos perdido nuestros derechos y que somos sujetos destinados al verdugo.

¿Eso no es, poco más o menos, lo que implican sus palabras?

—Sí—respondió Lincoln—. Usted ha expuesto el asunto mejor de lo que yo lo hubiese hecho. Esa es la verdad.

Una nueva pausa interrumpió el diálogo. ¿Cómo salir de semejante dificultad? Hunter se recobró. Con una sonrisa amable, como queriendo convertir en chanza una expresión de severidad, replicó el antiguo senador de la Unión y prohombre del separatismo:

—Bien, señor Lincoln. Nosotros sabemos que no nos ahorcarán mientras usted sea Presidente, si nos portamos bien.

Nunca se dijeron palabras más ajustadas a la verdad que las de Hunter destinadas a quitar importancia al dictamen de Lincoln que hablaba de sancionar a traidores a la Unión. En instantes gravísimos de la guerra, compelido por la amenaza del Sur contra prisioneros de color, el Presidente había decretado represalias. Pero aquello quedaba atrás. A la vista de la reanudación de la paz, seguro ya de la victoria de su causa, el reformador llevaba en la cabeza la idea de sustituir cualquier intento de retaliación con el señorío de la caridad. Con caridad para todos, sin malicia para nadie, esperaba acelerar la reconstrucción de los Estados Unidos, así en lo moral como en la material.

HACIA EL SUR DEL SUR

Con reiteración meditó Lincoln acerca de la suerte que cabría a Jéfferson Davis. La verdad era que el

presidente de los Estados Unidos no deseaba que el de los Estados Confederados cayese prisionero de las tropas del Norte. A esto se refería cuando recordó una vieja experiencia, de la época de su infancia, en torno a un coatí cautivo, para concluir:

—Ahora, si Jeff Davis y sus compañeros huyeran, la cosa marcharía bien.

Llegaron los días de suma adversidad para el Sur. La caída de Richmond en poder de los soldados de Grant obligó a Davis y su gobierno a mucho más que a abandonar la capital de la Confederación: necesitaron emprender la retirada. Así se inició la marcha de los separatistas hacia el sur del Sur. Sin embargo, en la mente del jefe civil de la secesión no entraba el proyecto de salir del territorio de los Estados Confederados, largo y ancho, aunque sometido a férreo hostigamiento.

Después de la rendición de Lee adquirieron Davis y sus consejeros una triste condición: la condición de fugitivos. Fugitivos eran en los momentos, alrededor del 20 de abril de 1865, en que deliberaban en Charlotte, Carolina del Norte, acerca de la posibilidad de lograr una paz a satisfacción y beneficio tanto del Sur como del Norte. En Charlotte los alcanzó la noticia del asesinato de Lincoln. ¿Habría caridad para todos sin la presencia del que la había anunciado, en acto solemne, al iniciar su segundo período presidencial?

LA ATRACCION DE CUBA

Charlotte fué un hito importante en la retirada hacia

el sur del Sur. Los componentes del gobierno confederado comprendían que les esperaban sucesos infortunados. Como observó Rembert W. Patrick, desde Charlotte las jornadas de Davis y sus compañeros no correspondían a una fuga: correspondían al designio de "esperar corriendo" la captura.

Para la familia Davis era riesgoso formar parte de la columna que esperaba ser capturada. Por determinación de los más responsables, la esposa y los hijos del presidente de la Confederación viajaban con precedencia al grupo de funcionarios. Los cocheros quedaron instruídos para abstenerse de decir algo que identificase a esas personas. La curiosidad de paisanos situados en el trayecto daba ocasión a diálogos como éste:

—¿Quién es esa dama?

—La señora de Jones.

—¿De dónde vienen ustedes?

—De más arriba.

—¿A dónde van?

—Un poco más abajo.

En relación con el proyecto de salir del país, la negativa de Davis no era compartida por gente muy principal de su séquito. La discrepancia más notable fué aquella a que dió lugar la actitud de Judah Philip Benjamín, uno de los miembros del gabinete de Davis. Benjamín contestó a quien lo interrogaba acerca del lugar adonde pensaba dirigirse.

—Al lugar más lejos de los Estados Unidos, aunque me lleve al medio de la China.

Naturalmente, la responsabilidad de Jéfferson Davis

era mayor que la de cualquiera de sus ministros. A lo sumo, él aceptaba retirarse a un paraje del trans-Misisipí. Tomar un buque en la costa, nunca. Se le señaló la facilidad con que podía eludir las patrullas de la caballería federal y embarcar con rumbo a Cuba. Hasta le fué posible oír nombres de puertos de la Isla de fácil accesibilidad para bajeles salidos del litoral meridional de su patria.

La inclinación de algunos fugitivos hacia Cuba estaba ampliamente justificada. La cercanía de la Isla al territorio de la Confederación dió relieve extraordinario a la Antilla mayor en torno a las violaciones del bloqueo decretado por Lincoln contra el Sur. Momentos hubo en que España y los Estados Unidos se hallaron abocados a una ruptura de hostilidades a causa de la frecuencia con que eran visitadas las aguas cubanas por barcos confederados. El conocimiento de sucesos entonces tan recientes ponía a Cuba en la ruta de los vencidos por Lincoln.

INSISTENCIA SOBRE CUBA

Los allegados políticos de Jéfferson Davis se percataban de que la seguridad personal de su jefe se agravaba por horas. Consecuentemente, insistían en el deseo de aprovechar a Cuba para poner a salvo al presidente de la Confederación. Llegaron a concebir un plan. Propusieron a Davis que, vistiendo el uniforme de un soldado y con un solo acompañante, se acercase a la costa de La Florida y embarcara con destino a Cuba. Para atenuar el efecto de esta indicación,

añadieron que desde la Isla podría dirigirse al Río Grande. Davis se mantuvo inconmovible en su postura:

—No dejaré el suelo de la Confederación mientras haya un regimiento confederado sobre él.

Lo previsto tenía el fundamento deparado por el hecho inconcuso de que la Unión ya había triunfado de la Confederación. En una mañana del mes de mayo, en tierra de Georgia, Jéfferson Davis fué sorprendido por una tropa de caballería del Norte. En vano quiso escapar. En el instante de mayor aprieto él tomó una capa de agua de su esposa y ésta le echó una manta sobre la cabeza y los hombros, lo que dió pie para que luego se dijese, erróneamente, que estaba disfrazado de mujer. Lo cierto fué que ocurrió lo que Lincoln había deseado que no ocurriese.

La captura de Jéfferson Davis, consumada en tanto sus más cercanos adictos la esperaban corriendo, tuvo como consecuencia ineluctable la dispersión de ellos. Los que habían sido miembros del gabinete de Richmond se ocuparon en adoptar medidas capaces de alejar el peligro de que ellos cayesen en manos de la victoriosa gente del Norte.

El asesinato de Lincoln había obstruído la probabilidad de que la liquidación de la guerra se llevase a cabo con aquel sentido de infinita caridad que hasta sus adversarios reconocían en las intenciones y los procederes del Presidente. Los vencidos fueron dominados por serios temores. Los fugitivos de Richmond buscaron orientación en el vasto Sur con el propósito de

huir del territorio patrio. Para algunos de ellos Cuba seguía siendo punto de atracción y campo de seguridad.

MIEMBROS DE UN GOBIERNO EXTINGUIDO

Toda esperanza de una paz negociada quedó perdida para el Sur por la forma aplastante en que la ofensiva del Norte se desarrolló al iniciarse la primavera de 1865. La muerte de Lincoln constituyó un nuevo elemento contrario a los sueños de los vencidos separatistas, no porque el presidente mártir hubiese estado propicio a concesiones extemporáneas, sino porque su absurda inmolación creó sentimientos en nada favorables a los adictos a la causa de la secesión. Por si faltaba algo para determinar la ruina total del bando acaudillado por Jéfferson Davis, la captura de éste advino en momentos en que sus principales seguidores vivían en el más absoluto desaliento.

Tanto se había discurrido entre los seguidores conspicuos de Davis sobre la conveniencia de seguir la fuga por mar que la imagen de Cuba no se apartó de sus mentes. Les parecía que la Isla los invitaba a navegar hacia ella. Ciertamente, los invitaba. Y el convite les llegaba, más que por efecto de la cercanía geográfica, por cierta afinidad política.

El elemento oficial de Cuba, procedente de la península ibérica, no había dejado de exhibir sus simpatías por los Estados Confederados. A los españoles que mandaban en la Isla, acérrimos defensores de la subsistencia de la esclavitud de las razas de color, la doctrina de la secesión había ofrecido dos esperanzas. Una había

descansado en la creencia de que perduraría la servidumbre de la población negra. Otra había estado envuelta en la convicción de que desaparecería la primera de las potencias de América, fuerte valladar con que tropezaban nuevas ambiciones europeas en el Hemisferio Occidental, tan pronto como quedase definitivamente escindida.

De los principales personajes adscritos a la situación que había presidido Jéfferson Davis tres optaron por librarse de la amenaza de ser aprehendidos en su patria trasladándose a Cuba. Fueron ellos John Cabell Breckinridge—asistido de John Taylor Wood, coronel confederado—, Judah Philip Benjamín y Robert Toombs. El rango de estos ciudadanos deparaba importancia a sus movimientos, sobre todo cuando los mismos se hallaban rodeados de circunstancias excepcionales.

JOHN CABELL BRECKINRIDGE

Como Abraham Lincoln y Jéfferson Davis, en Kentucky nació John Cabell Breckinridge. Éste fué vicepresidente de los Estados Unidos, candidato a la presidencia de la República en lucha con Lincoln y Secretario de la Guerra en los Estados Confederados. De su doctrina formaba parte aquella de John C. Calhoun según la cual un dueño de esclavos podía transportarlos a cualquier parte de la Unión. La evidencia de que no había obtenido votación suficiente para suceder en la Casa Blanca a James Buchanan sirvió al Sur de aviso para decidirse por la aventura de la secesión. Por temperamento, más que por la función que tuvo en el

gabinete de Davis, Breckinridge fué hombre de guerra.

En la hora del desastre del Sur se mostró Breckinridge partidario de negociar la terminación de la guerra. Activamente intervino en las gestiones realizadas alrededor del convenio Johnston-Sherman, frustrado por desaprobación del gobierno de Wáshington. Fué uno de los que aconsejaron a Davis que tomase pasaje para Cuba. Cuando su jefe cayó prisionero de soldados del Norte, fija en su mente la idea de buscar escapatoria hacia el exterior, desenvolvía un plan enderezado a despistar a la caballería federal que andaba en persecución de él y de los que habían sido sus colegas en el rectorado de la Confederación.

La noticia de que Davis había sido capturado no dejó en el ánimo de Breckinridge duda alguna sobre la necesidad en que se hallaba de salir de su patria. Breckinridge se dirigió a La Florida, donde se le juntó el coronel John Taylor Wood, que había logrado escapar de los federales al ser aprehendido Davis. "Las aventuras de Breckinridge y Wood—escribió Rembert W. Patrick—fueron tales como para avergonzar la imaginación de un autor de novelas." Los dos fugitivos recorrieron gran parte de la Península, esguazando ríos caudalosos y rindiendo jornadas erizadas de peligros. En La Florida, después de intentar en vano trasladarse a las Bahamas, lograron embarcar con destino a Cuba.

JUDAH PHILIP BENJAMIN

Un historiógrafo estadinense encabezó uno de los ca-

pítulos de un libro suyo así: *Judah Philip Benjamín: Jack-of-All-Trades.* Estas palabras no expresaron todo lo que Judah Philip Benjamín, venido al Mundo poco más de dos años después de Lincoln, era a juicio de sus contemporáneos. Su personalidad atraía opuestas sentencias, ora de alabanza, ora de condenación. Por haber nacido de linaje judío y por los desenfados que ponía en la defensa de la esclavitud, mereció que otro político lo tuviese por "hebreo con principios egipcios". Contrajo matrimonio con una católica de origen francés. Representó a Louisiana en el Senado de la Unión. Naturalmente, cayó del lado de los Estados Confederados, en cuyo gobierno ocupó las secretarías de Justicia y de Estado. Algunos lo apellidaron "cerebro de la Confederación". Otros, menos benévolos, lo calificaron de "genio del mal". Su capacidad de trabajo rayaba a tanta altura como su extraordinario talento.

En días de la postrera crisis de los Estados Confederados se mostró Benjamín partidario de continuar la lucha. Luego emitió la desesperada expresión que descubría su intención de huir hasta el corazón de la China. A orillas del río Savannah inició las diligencias tendientes a no dejarse atrapar por fuerzas federales. Usó disfraces. Al día siguiente de la captura de Davis un amigo lo vió "viajando en un ligero carruaje como un caballero francés". Con los ojos ocultos detrás de los espejuelos, el rostro cubierto por espesa barba y el cuerpo envuelto en larga capa, se dificultaba reconocer al turbulento personaje. Pero todo era tan exagerado que uno de sus amigos le hizo ver que esto más com-

prometía que aseguraba su libertad. Entonces utilizó vestimentas de campesino, dijo y repitió que procuraba adquirir tierras en La Florida, obtuvo una carreta y un caballo, pasó por caminos escasamente frecuentados, navegó en un pequeño bajel hasta las islas de Bimini, tomó allí uno consignado a Nassau, naufragó, fué rescatado y devuelto a Bimini, volvió a embarcar para Nassau a mediados de 1865 y consiguió llegar por esta vía a Cuba.

ROBERT TOOMBS

Por hombre de ambición—hombre de Estado ambicioso de gloria—fué tenido Robert Toombs, nacido en Georgia y coetáneo de Lincoln. En el gobierno presidido por Jéfferson Davis ocupó las secretarías del Tesoro y de Estado. Un inglés, ávido de conocer cómo trabajaba el gabinete de Richmond, preguntó a Toombs:

—¿Dónde puedo encontrar el Departamento de Estado?

—En mi sombrero, señor, y el archivo, en el bolsillo de mi saco.

Esta respuesta dió la medida del juicio de Toombs acerca del gobierno de los Estados Confederados de América. Él consideraba mucho más importante prestar atención a la lucha armada que a la organización de instituciones concebidas para tiempos de paz. Sentía predilección por cosas filosóficas y artísticas y no olvidaba su doble condición de abogado y político. Pero la guerra era la guerra, y Toombs acabó por tomar el

camino que lo condujo al campo de la pelea. Estaba desligado de lo civil de la administración confederada, y era general de las huestes secesionistas, al ocurrir el colapso del Sur. Mucho empeño puso en facilitar la manera de que su presidente pudiese escapar.

Llegó el instante en que Toombs necesitó ocuparse de su fuga. Sabía él que los del Norte lo contaban entre los caudillos del Sur. Resolvió no dejarse capturar vivo. Mientras soldados federales trataban de allanar su residencia en Georgia y su esposa los entretenía a la entrada de la casa, en la noche del 12 de mayo de 1865, el General salió por una puerta trasera y huyó hasta una finca cercana. Durante meses, a caballo, anduvo y desanduvo caminos de Georgia, siempre en busca de seguridad. Una indagación de su mujer acerca de si sería perdonado en entregándose a las autoridades de la Unión dió por resultado una expresa orden de arresto contra el fugitivo. Esto lo obligó a redoblar sus diligencias para salir del país. Se dirigió a la costa de Alabama. En Mobile, el 4 de noviembre de 1865, consiguió pasaje en un barco que zarpaba hacia Cuba.

TRANSITO Y DESTINO

Los fugitivos de la guerra de Lincoln que se dirigieron a Cuba encontraron asilo en la Isla. De mucho les valieron las simpatías de las autoriddes de la Colonia por la perdida causa del Sur y sus antecedentes personales. Las atenciones y los agasajos recibidos por Breckinridge en la Antilla mayor probaron hasta qué

grado llegaba la estimación que él y sus correligionarios alcanzaron de los funcionarios españoles. En La Habana hubo para él agasajos compensadores de las dificultades sufridas para salir del territorio de los Estados Unidos. Con referencia a su traslado de Cárdenas a La Habana y a su estada aquí, Rembert W. Patrick escribió:

"El gobernador general español de Cuba facilitó un carro especial de ferrocarril para que condujera a Breckinridge hasta La Habana. En la capital cubana el ex funcionario de un gobierno derrotado recibió una sincera bienvenida."

La presencia de los encumbrados personajes del Sur en Cuba debió de revivir las encontradas pasiones nacidas en torno al pavoroso conflicto cuya más alta figura fué Lincoln. El tránsito de ellos por la Isla constituyó una nueva demostración de la importancia de la vecindad de esta Antilla a la primera de las naciones del Continente. Por lo demás, su estancia duró sólo el tiempo necesario para tomar orientaciones y determinaciones.

Breckinridge se trasladó de Cuba a Inglaterra. De aquí pasó al Canadá. En Toronto se reunió con su esposa y sus hijos. Al cabo, regresó a Kentucky.

Benjamín no llegó al centro de la China, desmintiendo así palabras suyas pronunciadas en lo más aciago del desplome de los Estados Confederados. De La Habana partió con destino a Inglaterra, donde procuró rehacer su vida. Jamás volvió a los Estados Unidos: esto sí que hasta cierto punto equivalía a internarse para siempre en el continente asiático.

Toombs viajó desde Cuba hasta Francia. Por la vía del Canadá regresó a los Estados Unidos. En la ciudad de Wáshington visitó al presidente Andrew Johnson. Se abstuvo de recuperar la ciudadanía de la Unión. Alguien del Norte creyó muy natural preguntarle qué razón tenía para no pedir al Congreso que le otorgase perdón. El viejo general del Sur respondió:

—¿Perdón de qué? Yo todavía no los he perdonado a ustedes.

No era Toombs el único que así pensaba. Pensaban como él los otros ciudadanos que habían acompañado a Jéfferson Davis en el gobierno de los Estados Confederados de América.

Los fugitivos que no se consideraron seguros sino en Cuba llevaban en sí muy arraigada la convicción políticosocial que los había empujado a iniciar una horrenda guerra entre hermanos. Los nombres de John Cabell Breckinridge, Judah Philip Benjamín y Robert Toombs quedaban entre los de aquellos que, aun aceptando los hechos consumados—la intangibilidad del pacto federal y la abolición de la esclavitud, máximos empeños de Abraham Lincoln—, seguían creyendo en la legitimidad de su causa.

XXV

FUNERAL Y TUMBA EN LA HABANA

PROSA Y POESIA

Prosistas y poetas cubanos pusieron sus talentos al servicio de la exaltación de la personalidad de Abraham Lincoln. La muerte del Presidente fué coyuntura excepcional para que hombres de fino pensamiento y elevada conciencia mostrasen sus juicios acerca de aquel que no había relegado el cumplimiento de primordiales deberes para con sus semejantes ni aun en los días de extremas dificultades en el manejo de inmensos intereses públicos. Esta lealtad a la ley de su espíritu, limpio de malas pasiones, le aseguró la fraternidad de cuantos vivían apegados al anhelo de mejorar y hermosear la condición humana.

En Cuba pudo verse cómo de entre los mejores cultivadores de la prosa y la poesía fueron destacándose los empeñados en poner de manifiesto los dones que de Lincoln hicieron uno de los escogidos a lo largo de las edades. Un solo nombre, el del conde de Pozos Dulces, dió la medida del interés despertado en los

escritores de Cuba por la hazañosa labor políticosocial de Lincoln. En el tiempo en que la fama del Presidente adquiría universalidad Pozos Dulces era el primero de los periodistas de Cuba. Cuanto a los bardos de la Isla, fué lícito llegar a una conclusión igualmente enaltecedora. Casi todos los que compusieron elegías a Lincoln se hallaban en el número de los más inspirados y brillantes.

En la varia exhibición de sentimientos admirativos hacia la virtuosa y fecunda existencia de Lincoln hubo en Cuba algunos singulares. Ya se conocían las manifestaciones de solidaridad humana de la prensa periódica, la copiosa producción poética, el luto llevado por personas de las diversas clases sociales de La Habana y la compra de la libertad de los niños de las razas de color en la Isla nacidos esclavos el 4 de julio de 1865 en póstumo homenaje al grande emancipador. A todo esto se añadió la tarea de compositores para quienes Lincoln dejaba en el Mundo enseñanzas de valor perenne.

En La Habana hubo funeral y tumba de Lincoln. Los hubo por obra de intelectuales que experimentaron la necesidad de expresar su dolor en forma ostensible. Ellos reflejaron sus sentimientos en piezas musicales a que dieron títulos alusivos a las exequias y al sepulcro del lidiador cuyo espíritu había hallado hospedaje franco y durable en la conciencia cubana.

FUNERAL

En *El Siglo,* de La Habana, apareció el 20 de sep-

tiembre de 1865 una noticia de interés para los lincolnianos. En una nota titulada *Marcha Fúnebre* se avisó que circulaba una pieza musical relativa a Lincoln. El diario que dirigía el conde de Pozos Dulces tuvo por cierto que esa nueva era grata a sus lectores.

La pieza *Funeral del Presidente Abraham Lincoln* fué obra del maestro D. M. Estas iniciales, seguramente, correspondían a un autor cuidadoso de no verse comprometido ante las rígidas autoridades de la Isla, imbuidas del propósito de no permitir la divulgación en letras de molde de expresión alguna, aunque fuese artística, que pudiera ser recibida con demasiado entusiasmo por la gente liberal de la Colonia. El maestro D. M. quiso armonizar su fervor por el ilustre desaparecido con la conveniencia de ponerse a recaudo de los excesos de funcionarios españoles.

Las características de la pieza *Funeral del Presidente Abraham Lincoln* fueron dadas a conocer como para excitar el interés público. Se hallaba elegantemente impresa en un pliego de papel marquilla, folio mayor. Era una marcha regular para piano. Se advertía que el autor había concebido y terminado una composición musical destinada a ser tocada en salones sociales y en casas de familias más o menos pudientes.

Se completó la información acerca de la pieza alusiva a las exequias de Lincoln señalando los puntos de la ciudad de La Habana donde aquélla podía ser adquirida: una barbería, un café, una imprenta, una librería, dos almacenes de efectos musicales y una casa afamada de la calle del Obispo. Estos establecimientos se encontraban ubicados en lugares muy frecuentados

y en centros comerciales de la capital de la Isla. Al fácil alcance de los devotos de Lincoln quedaban los ejemplares de una obra artística consagrada a la terrenal glorificación del mártir.

TUMBA

La Tumba de Lincoln fué el título escogido para una canción cubana puesta en circulación a fines de septiembre de 1865. Su letra y música fueron escritas, respectivamente, por Antonio Sellén y Francisco Valdés Ramírez. Se imprimió en La Habana. Tuvo un expendedor exclusivo: el almacén de música de Edelman y Cª, sito en la casa número 23 de la calle de la Obrapía. Cada ejemplar se vendió a medio peso.

Los avisos periodísticos en relación con *La Tumba de Lincoln* contuvieron juicios encomiásticos para esta canción. *El Siglo* informó que era cosa digna de oírse, según decían personas competentes en la materia. En una de las entregas de *Camafeos,* que se publicaba en La Habana, *Gil Blas* recomendó la nueva pieza musical a sus numerosos lectores.

Quienes se refirieron públicamente a la canción *La Tumba de Lincoln* apenas pasaron de expresiones laudatorias. De la intención o del sentido de ellas nada dijeron. Pero detrás de semejantes alabanzas se ocultaban las profundas simpatías inspiradas por la magnanimidad de una vida que ya era tenida por paradigma de virtudes fundadoras. Otra significación no poseía aquello de dedicar una creación melódica al paraje donde yacían los restos materiales del hombre que ha-

bía salvado a su pueblo de mortal escisión y precipitado la redención de millones de esclavos.

El lenguaje de *El Siglo* se acomodó al disimulo a que obligaba la censura regia a los periodistas liberales de Cuba. El sesudo diario habanero quiso que el aviso de la aparición de la pieza musical sirviese de recomendación a los aficionados. ¿De qué aficionados se trataba? ¿De los aficionados a oír canciones? ¿De los aficionados a recordar a Lincoln? Bien pudo pensarse que éstos eran los aludidos. A ellos, innumerables en la Isla, debía interesar especialmente saber que contaban con la facilidad de poseer un nueva manifestación de la devoción popular hacia el estadista ultimado por injustas iras.

Lo de recomendar la composición musical de Antoni Sellén y Francisco Valdés Ramírez fué tenido presente por *Gil Blas*. El seudónimo *Gil Blas* era usado por José Socorro de León, director, editor, administrador y repartidor de *Camafeos,* poeta que gozaba de popularidad ganada con versos jocosos y bedel de la Universidad de La Habana. *Camafeos* destacó la noticia de la existencia de la mentada canción, la cual se tomó "el trabajo de recomendar *Gil Blas* a sus numerosos suscriptores". Ciertamente, la atención cubana era orientada hacia el conocimiento de una obra llevada a cabo para enaltecer la memoria de Lincoln.

SELLEN Y VALDES RAMIREZ

Se dijo en 1865 que la letra de la composición musical *La Tumba de Lincoln* era "original del modesto

poeta D. Antonio Sellén". Antonio Sellén, como su hermano Francisco al concebir su oda a Lincoln, satisfizo una necesidad espiritual propia cuando escribió la canción a que puso música Francisco Valdés Ramírez en loor del estadinense más amado en Cuba. Sellén y Valdés Ramírez juntaron sus apellidos en una colaboración que se halló muy en armonía con ideas que habían enraizado en la Isla.

Ya era Antonio Sellén algo más que un modesto poeta. En el tiempo que corría él no se encontraba entre los bardos cubanos oscuros o rezagados. Había realizado labor digna de atención y aplauso. También se distinguía como animador de nobles iniciativas literarias. A su personalidad iba dando relieve su amor a la libertad y su respeto hacia los que la defendían. Ésa fué la vibración que pudo observarse en el soneto que a raíz de la muerte de Lincoln dedicó a Ulysses S. Grant. En el invicto general del Norte admiró Antonio Sellén el hecho de que su aureola no fuese semejante a la de Alejandro o a la de César. La aureola que circundaba la sien de Grant haría surgir, espléndida y fecunda, la santa causa que el error ahuyentaba. A Grant y a Lincoln se refirió Antonio Sellén así:

Como el noble adalid sereno avanza,
y con tu esfuerzo indómito los lazos
de la justicia y la igualdad afianza;

hora que armando la traición sus brazos
mira la patria muerta su esperanza
y gime el corazón hecho pedazos.

Los antecedentes de Francisco Valdés Ramírez eran

los de un intelectual transido de inquietudes. En el Seminario de La Habana y en la Universidad de Oviedo cursó estudios eclesiásticos y jurídicos. Los abandonó para hacerse escritor jocoso. Puso sus entusiasmos al servicio del teatro. Acabó por ser autor de danzas, guarachas y canciones, que alcanzaron inusitada popularidad. De él fué la música de *La Tumba de Lincoln.*

POSO SENTIMENTAL

Una de las verdades que en Cuba florecieron con motivo de la muerte de Lincoln fué aquella a que dió vida el poso sentimental a cuya formación contribuyeron los talentos de numerosos cultivadores de las artes y las letras. La pasión por el justo, nacida en los días en que él estuviera entregado a la vigilia y a la batalla, creció ante la noticia del horrendo suceso del teatro *Ford* de la ciudad de Wáshington. La admiración se trocó en dolor. Y del dolor salieron producciones durables.

Era innegable que en el fondo de las expresiones de solidaridad sentimental suscitadas en Cuba por el tránsito final de Lincoln había firmes convicciones políticas y sociales. La condición colonial de la Isla regía muchas de las actitudes de sus hijos, así de los más modestos como de los mejor equipados mentalmente. Cuando en un periodista, un poeta o un compositor asomaba la cabeza la propensión a enaltecer a un hombre hecho famoso por sus servicios a la libertad y a la justicia, cualesquiera que fuesen el lugar y la época de

sus proezas, podía descubrirse allí el deseo de buscar alivio para dolencias espirituales.

Significativo era que en La Habana de 1865, bajo el régimen colonial, hubiese poetas y músicos dados a la tarea de componer, imprimir y divulgar producciones artísticas como las tituladas *Funeral del Presidente Abraham Lincoln* y *La Tumba de Lincoln.* No menos notable era que entre tales autores apareciesen algunos distinguidos por el favor popular y por la crítica serena. Igualmente llamativo era que publicaciones de carácter cubano se ocupasen en señalar la existencia de tales obras de arte y en recomendarlas a sus lectores. Todo esto resultaba claro exponente de la fuerza que tenían en una población privada de libertades los ecos del esfuerzo y del sacrificio a ellas consagrados en ámbito foráneo.

Las producciones musicales dedicadas a Lincoln en Cuba constituyeron un tributo singular a su gloria. Vieron la luz pública con espontaneidad. Circularon para consuelo de tristes. Y merecieron la consideración debida a creaciones impolutas.

XXVI

LA SOMBRA DEL EMANCIPADOR

OPINIONES OPUESTAS

En Cuba se proyectaba la sombra de Abraham Lincoln, desde antes de su muerte, según los sentimientos políticos y sociales del observador. De cómo vieron su desaparición los cubanos inclinados al progreso y los españoles aferrados a la intransigencia quedaron pruebas fidedignas. Un niño nacido en La Habana, Rafael Montoro, empezó a conocer el sentimiento de la libertad oyendo hablar del triunfo y del acabamiento de Lincoln. Un escritor hispánico dado a narrar acontecimientos históricos de España y de Cuba, Justo Zaragoza, dijo que la caída del Presidente produjo el estruendo de la de un gigante, señaló la agonía de un gran pueblo y precipitó el exterminio de los restos latinos de la primitiva raza colonizadora en los pueblos integrantes de los Estados Unidos de América. La idea de Montoro estaba clara. La de Zaragoza indicó que para él y para lo que él defendía el auge de los principios salvados por Lincoln constituía un desastre.

Los estudiosos de la situación colonial de Cuba no

podían ocultar sus inquietudes ante los hechos históricos de que Lincoln fuera insigne capitán. Fermín Figuera, en un análisis de la cuestión social de la Isla, reconoció que después del paso de Lincoln por la presidencia de los Estados Unidos, con sus enormes consecuencias, Cuba y Puerto Rico no podían continuar sin fundamentales mudanzas. No admitir esta verdad era comprometer de manera grave la dominación de España en ambas Antillas y hasta la existencia de ellas como tierras privilegiadas. El juicio de Figuera se refería directamente a la institución de la esclavitud de las razas de color.

Gabriel García Tassara, el ministro de España cerca del gobierno de los Estados Unidos, se veía con frecuencia solicitado por la consideración de conflictos propensos a perturbar la vida colonial de Cuba. En sus funciones de excelente diplomático observaba cuanto podía influir en la suerte de la Isla. Los temores de insurrecciones de negros en el Sur, por él no compartidos totalmente, lo llevaban, sin embargo, a meditar acerca de posibles alteraciones de la paz pública en la Unión y de sus peligrosas consecuencias en las posesiones que España conservaba en América.

En el cúmulo de opiniones opuestas a que daba ocasión la obra emancipadora dirigida por Lincoln sobresalían las de García Tassara. El legado español pesaba y medía propensiones y amenazas corrientes en los Estados Unidos y fuera de ellos, y, por necesidad ineluctable, las relacionaba con los intereses políticos y sociales de su patria en Cuba. A fines de 1865 él recogió y comentó noticias que denunciaban la preparación de

un plan—no ignorado por las sociedades abolicionistas de la Unión—enderezado a desencadenar una revolución de los emancipados del Sur con propósitos de dominación sobre sus antiguos dueños y acelerar la liberación violenta y rápida en las comarcas donde existía aún la esclavitud.

EL TRABAJO NEGRO

En una nota enviada por el ministro de España en Wáshington al capitán general de Cuba en 29 de diciembre de 1865 quedaron de manifiesto las inquietudes que la sombra de Lincoln proyectaba respecto de Cuba. García Tassara calificó de graves los riesgos que para las Antillas hispánicas engendraba una política social que era consecuencia directa de la revolución de Lincoln. Él admitía que esto en ciertas clases aumentaba el interés en sostener la organización político-social que España había dado a Cuba y Puerto Rico, organización que, a su juicio, era la única capaz de protegerlas contra los males que ellas tenían fundamento para temer. Pero advertía el crecimiento y la fuerza que, por efecto de las apuntadas novedades, iban adquiriendo los elementos de perturbación que los mal hallados con el régimen colonial tendían a explotar, a juicio del diplomático, sin ningún género de consideración o de remordimiento.

En las confidencias de García Tassara a Domingo Dulce se explicó que el gobierno presidido por Andrew Johnson resistía a las pasiones radicales, trataba de prevenir trastornos y hacía lo posible por contener

dentro de la Unión la propaganda y la conspiración de los abolicionistas. El plenipotenciario se hallaba seguro de que los Estados Unidos no favorecerían ni directa ni indirectamente empresa alguna que se encaminase a llevar la propaganda y la conspiración raciales fuera de su territorio. En el Sur se desarrollaba la reconstrucción permitiendo o tolerando a los blancos que se organizasen para su defensa y disminuyendo y licenciando las guarniciones negras. Tropas del Norte coadyuvaban en la tarea de producir la seguridad general.

La gran cuestión en los Estados Unidos era la que García Tassara llamaba "organización del trabajo negro". En este punto los poderes públicos de la Unión no habían encontrado el sistema adecuado, ni habían adoptado medidas que pudiesen servir de escuela o modelo. Era de recordar la inquietud de Lincoln ante la presunción de que sobrevendría semejante dificultad en consolidándose el pacto federal y extinguiéndose la esclavitud de las razas de color.

En realidad, ocupaba las vigilias de García Tassara todo lo que podía redundar en daño o perjuicio de la dominación de España en las Antillas. La sombra de Lincoln era visible en cuanto influían sus ideas y hechos en ideas y hechos cubanos. De la certeza de este acontecimiento apenas era posible dudar. Lo que en Cuba se conocía de la guerra civil y social recién desarrollada en los Estados Unidos justificaba las desazones del diplomático español.

SEWARD ANTES Y DESPUES DE LINCOLN

Una de las proezas de Lincoln radicó en la capacidad y eficacia con que frenó los impulsos imperialistas de su Secretario de Estado. El pensamiento político de William H. Seward en el tiempo de la presidencia de Lincoln, respecto de las relaciones interamericanas, en nada se pareció al expuesto y propagado por él antes de la llegada de Lincoln a la Casa Blanca.

En la campaña presidencial de Lincoln emitió Seward ideas muy propias acerca de la expansión territorial de los Estados Unidos. Según él, la potencia que debían llegar a ser éstos comprendería lo más y lo mejor de América, ya por absorción de los vecinos septentrionales y meridionales, ya por influjo sobre las repúblicas que en el Nuevo Mundo conservasen su independencia. La ciudad de México estaba llamada a ser la capital del imperio deseado por Seward. Entre estas ambiciones y las intenciones de Lincoln sobre las relaciones de su patria con el resto de América había una distancia abismal.

El Seward del gobierno de Lincoln necesitó atemperar sus miras en política exterior a las del Presidente. En 1º de abril de 1861 Lincoln dió a Seward, por provocación de éste, una lección definitiva acerca de lo que en la comunidad internacional debía ser, y fué, la conducta de los Estados Unidos bajo la jefatura del propio Lincoln. Después llegaron los momentos en que la Unión habló un lenguaje nuevo a las demás naciones americanas: el lenguaje de la buena vecindad que Lincoln empleaba desde hacía mucho tiempo

—desde mucho antes de hallarse su país en guerra intestina—y que logró que su Secretario de Estado usase mientras él fué máximo magistrado.

García Tassara conoció al Seward de Lincoln y al Seward de Johnson. El Seward de Johnson volvió a ser el Seward anterior a Lincoln: un partidario decidido de la expansión territorial de los Estados Unidos. Y, por uno de los fenómenos frecuentes en la Historia, Seward, enemigo de la esclavitud, pero tan amigo de la expansión territorial de la Unión como enemigo de la esclavitud, llegó a crear con la España que mantenía el trabajo servil en sus colonias y con los esclavistas de Cuba corrientes de amistad y simpatía no menos fuertes que ostensibles.

En diciembre de 1865 supo García Tassara que Seward pensaba realizar un viaje de salud por aguas meridionales de los Estados Unidos y llegar a La Habana. Al comunicar esta noticia al capitán general de Cuba, con el ruego de que se dispensase buena acogida al Secretario de Estado, el Ministro se refirió a la particular amistad que Seward dispensaba a España y a la complacencia con que la consideraba y calificaba como a una de las grandes potencias. En 21 de enero de 1866, en un barco de guerra estadinense, arribó Seward al puerto de La Habana. Se alojó en el *Hotel d'Almy*, adonde acudió Dulce a saludarlo, anticipándose a los deseos del recién llegado de ir a la Capitanía General. Seward devolvió en seguida la visita de Dulce. En la tarde del día siguiente Dulce ofreció una comida a Seward y su séquito, a la que también asistieron autoridades principales y personas distinguidas de la Isla.

Después de la cena Dulce y Seward fueron a un teatro. En 23 de enero el Secretario de Estado se hizo a la mar. El Capitán General se sintió feliz expresando que la comprensión y la armonía más cordiales reinaron entre él y Seward en La Habana.

La visita de Seward a Cuba dió oportunidad a nuevas manifestaciones de los anhelos separatistas crecientes en la Isla. El Secretario de Estado—información de Justo Zaragoza—pudo saber que en la Antilla mayor "se conspiraba descaradamente contra el dominio de España". Esto, que era adverso al juicio y deseo de Seward, amigo de los esclavistas insulares, se exhibía ante sus ojos como para sacarlo de un error.

ACCION ECOICA

La respuesta de Domingo Dulce a la nota de García Tassara relativa a los riesgos a que se hallaban abocadas las Antillas españolas con motivo de la propaganda abolicionista fué a la vez cortés y cortante. Cortés, porque el Capitán General agradeció al Ministro los informes suministrados. Cortante, porque le significó que abrigaba absoluta confianza en que continuaría inalterable la tranquilidad pública en Cuba. La brevedad de la contestación entrañó cierto desabrimiento por parte de la primera autoridad de la Isla.

Ya se hallaba en curso el año de 1866. Cubanos notables, aquellos que no habían ocultado su compenetración con el pensamiento y la actividad de Lincoln, seguían prendados de la esperanza de obtener de España reformas liberales para el mejor gobierno de la

Colonia. La pacífica propaganda llevada a cabo con tales miras inducía a Dulce a creer que se hallaba lejos o que carecía de ambiente toda tentativa de alteración del régimen. Su error era semejante al sufrido por Seward cuando éste suponía que los esclavistas antillanos podían vivir confiados en la inmutabilidad de sus intereses a despecho de la vecindad de una nación que acababa de librarse del oprobio del trabajo servil de parte de sus habitantes.

En Cuba se realizaba un esfuerzo colectivo encaminado a conciliar las legítimas aspiraciones de los hijos de la Isla y la conservación en ella de la soberanía de España. Mas esto tenía los caracteres de un trámite postrero dentro de la evolución. Era difícil que los procuradores de libertades públicas quedasen con los brazos cruzados si una nueva burla metropolitana frustraba sus afanes de progreso.

La acción ecoica de Lincoln era una verdad en el seno de la sociedad cubana. Poderosamente influía en el pensamiento político de los naturales del país el hecho de que en una nación cercana y en una hora reciente se hubiese decretado de un plumazo la abolición de la esclavitud de millones. La sombra del emancipador protegía aspiraciones sociales y políticas llamadas a culminar en una transformación raigal.

XXVII

ESTAMPAS

JUAN BAUTISTA CASAZA

Allá por el año de 1859 o el de 1860 llegó a Cuba, procedente de los Estados Unidos de América, un italiano de cerca de cincuenta años de edad. Traía consigo un organillo y un mono, de los que se servía para ganarse la vida. Juan Bautista Casaza, que así se llamaba el forastero, recorrió las jurisdicciones de La Habana, Cienfuegos y Trinidad tocando el organillo y haciendo bailar al mono. Cuando su modesta empresa le iba produciendo para acopiar algún dinero se le murió el adiestrado simio. Este percance lo constriñó a vender el instrumento musical para regresar a los Estados Unidos.

En 1862 Casaza volvió a Cuba. Visitó La Habana y la jurisdicción de Colón. Con anuencia de mayorales o encargados, en zonas azucareras, vendió a blancos y negros estampas de la Pasión de Jesús y retratos de generales norteamericanos. El interés de los cubanos por la guerra civil que ensangrentaba a la vasta república fué avivado por las fotografías de sus principales

peleadores, de cuyas proezas el italiano debió de hablar pintorescamente. Año y medio duró la segunda visita de Casaza a Cuba.

De nuevo arribó Casaza a Cuba en diciembre de 1867. Vino con el propósito de reanudar las actividades de vendedor ambulante. En 7 de mayo de 1868 el gobernador político de La Habana le concedió carta de domicilio, la que lo habilitó para establecerse en cualquier lugar de la Isla. La carta de domicilio valía por cinco años, con todas las gracias y franquicias expresadas en real cédula de 21 de octubre de 1817. Al cabo de los cinco años el interesado debía solicitar la naturalización española o salir del país. Aunque en el mentado documento oficial se consignó que Casaza era labrador, su lícita ocupación era la ya conocida de expendedor de láminas. En 1868 éstas consistían en mapas y estampas. En el surtido de estampas las había de santos, de generales de los Estados Unidos y de Abraham Lincoln. El humilde comerciante las recibía de Francisco Muss, residente en Nueva York.

La reiterada presencia de Casaza en esta Antilla ¿tenía por objetivo algo más que el expendio de estampas religiosas y fotografías de personajes célebres? Sus actividades ostensibles pudieron encubrir propósitos y hechos ilícitos en el orden político anejo a la Colonia. Por lo menos, en los años de sus visitas a Cuba la paz pública se hallaba rodeada de recelos y amenazas: recelos por parte de las autoridades españolas y amenazas provenientes de la inconformidad creciente entre los criollos.

INFLUENCIA POSTUMA

Tres años después de la muerte de Lincoln seguía en Cuba sintiéndose la influencia de su obra y de su nombre. Como había ocurrido durante casi toda la guerra de secesión de los Estados Unidos y en los meses que siguieron al asesinato del grande emancipador, en la Isla se encontraban divididas las opiniones acerca de su obra. El amor y el temor a lo de Lincoln eran factores morales y políticos que intervenían en la vida cubana. Amor a lo de Lincoln había en la población nativa, así blanca como negra. Temor a lo de Lincoln existía en los habitantes de la Isla nacidos en España, no menos en los dedicados a actividades privadas que en los ocupantes de oficios públicos.

Los usufructuarios de las granjerías coloniales no cesaban de husmear en torno a todo lo susceptible de ser estímulo de conspiraciones y rebeldías. No se hallaban en juego solamente las ideas enderezadas a producir la cesación de la soberanía de España en Cuba o un cambio radical en las maneras de manejar los negocios públicos. La esclavitud de las razas de color en las Antillas hispánicas era un hecho expuesto a extremos trastornos. Su subsistencia continuaba siendo una iniquidad en medio de repúblicas limpias de semejante mancha. Natural era que las autoridades de Cuba viesen dondequiera propensiones subversivas.

El modesto italiano Juan Bautista Casaza creyó en 1868 que tendrían buena acogida en Cuba estampas de hombres y sucesos sobresalientes en la entonces reciente guerra civil de los Estados Unidos. Una de

Lincoln, reverenciado por negros emancipados, rotas a sus pies las cadenas que los habían aherrojado, le pareció excelente artículo para el consumo cubano. Una cosa estuvo fuera de toda duda: Casaza sabía que en esta Antilla contaba con admiradores el autor de la hazaña liberadora.

LAMINAS PELIGROSAS

En la mercadería de Casaza en 1868 llamó la atención de alguien en La Habana la consistente en estampas de Lincoln. Sólo había vendido dos o tres cuando "un caballero a quien no conocía le hizo entender que estaban prohibidas la venta y circulación en esta isla de las citadas estampas". El anónimo caballero se hallaba bien informado del alcance de las suspicacias e intolerancias coloniales. El advertido se abstuvo de proseguir el expendio de las peligrosas láminas en La Habana.

Con algo menos de dos docenas de estampas de Lincoln se trasladó Casaza a la ciudad de Sancti Spíritus. Allí estaba en junio de 1868. No obstante la indicación por él recibida y atendida en La Habana respecto del expendio de tales láminas, en Sancti Spíritus lo continuó. Fácilmente vendió seis o siete de ellas a blancos y negros de la localidad.

Alguno de los que en Sancti Spíritus adquirieron o vieron adquirir del vendedor ambulante italiano estampas de Lincoln dejó saber este hecho, por inocente imprudencia o con maliciosa intención, a agentes de la autoridad colonial. La noticia, que pudo ser delación, prendió en campo abonado. El país estaba mi-

nado por una inconformidad tan general y arraigada que rayaba en la disposición favorable a radicales actitudes, y Sancti Spíritus era una de las jurisdicciones en las que recaían graves sospechas oficiales.

Con la presencia de Casaza en Sancti Spíritus coincidió la de Carlos de Castro y Camó, comisario del primer distrito de la ciudad de La Habana y encargado de la persecución de malhechores en aquella jurisdicción. Lo de malhechores tenía amplitud mayor que la presumible. Malhechores eran en el lenguaje de los sostenedores del régimen colonial no sólo los autores de delitos comunes: también lo eran los inclinados a remover el estado de cosas imperante en lo social y lo político.

El comisario Castro tuvo conocimiento de la actividad de Casaza por el teniente de gobernador de Sancti Spíritus. Este funcionario, el más importante de la ciudad y su jurisdicción, reunía en sí atribuciones militares, civiles y judiciales: era el señor de la comarca. A él fué elevada la denuncia de que "un extranjero italiano" vendía estampas alusivas a la "liberación de la esclavitud". Por pronta providencia, la autoridad local ordenó la recogida de las láminas que consideraba peligrosas y la detención del expendedor.

SEÑORIO DE LA ARBITRARIEDAD

El comisario Castro se hallaba en Sancti Spíritus para perseguir malhechores. Casaza lo era, a los ojos del régimen colonial, por dedicarse a la venta de estampas referentes a la extinción de la esclavitud en los

Estados Unidos. Por consiguiente, el funcionario del primer distrito de La Habana recibió con beneplácito el oficio del teniente de gobernador que, sin más ni más, tuvo por averiguado y cierto que el expendedor italiano era autor de un delito contra la seguridad de España en Cuba. Casi tres y medio siglos atrás allí mismo, en Sancti Spíritus, por conatos de comunidad entre los colonizadores castellanos, el intrépido y cruel Vasco Porcallo de Figueroa había juzgado que España se encontraba en peligro. El peligro nuevo consistía en que unas láminas norteamericanas podían excitar las ansias de libertad de los esclavos de las razas de color.

A la cabeza del proceso incoado por Castro contra Casaza quedó la expresión de que éste incidía en delito expendiendo estampas o retratos que representaban la emancipación de esclavos proclamada por Abraham Lincoln. Lo que el vendedor ambulante había escuchado de labios de un desconocido en La Habana no era una opinión sin fundamento. A juicio de agentes del régimen colonial, era ilicito en Cuba poner en circulación manifestaciones gráficas de la extinción del trabajo servil.

Un hecho aceptado universalmente como altísimo exponente de la justicia humana era en Cuba tenido por elemento de perturbación en dándosele a conocer por medio de estampas. Quienes en Sancti Spíritus ocuparon las que portaba el humilde italiano Casaza y privaron a éste de libertad obraban con arreglo a normas que iban poniendo término a la paciencia de los hijos del país aspirantes a vivir bajo pautas de civi-

lización y respeto a la dignidad humana. En Cuba se había exaltado públicamente la personalidad de Lincoln. ¿Por qué se disputaba punible la expresión gráfica de un hecho glorioso?

A mediados de 1868 en Cuba se endurecían los procedimientos inventados para detener el avance del país por la senda de los progresos sociales y políticos. El amor y el temor a lo de Lincoln influían en la nueva reacción. ¿Hasta dónde se llegaba en semejante exceso? La causa seguida contra Juan Bautista Casaza, por la tenencia y el expendio de estampas lincolnianas, respondió al estado de inseguridad moral en que veían el régimen colonial sus propios custodios.

PROCEDIMIENTO DRASTICO

En la noche del 10 de junio de 1868, en el *Hotel Cubano,* en la ciudad de Sancti Spíritus, fueron ocupadas al italiano Juan Bautista Casaza dieciséis estampas representativas de la emancipación de esclavos por Abrahm Lincoln, presidente de los Estados Unidos de América. Horas después, a las doce del día 11, Casaza quedó detenido. Quienes realizaron los expresados actos policíacos consideraban que la tenencia de aquellas láminas constituía delito previsto y penado en la legislación colonial.

Las diligencias procesales iniciadas contra Casaza fueron pasadas por el teniente de gobernador de Sancti Spíritus a Carlos de Castro y Camó, comisionado para la persecución de malhechores en esa jurisdicción. De entrada se consignó que el acusado vendía estampas

subversivas. Estas consistían en las que, ocupadas en el *Hotel Cubano,* representaban a Lincoln emancipando esclavos por efecto de la proclama que había empezado a regir el 1º de enero de 1863 en los Estados Unidos.

Las actuaciones de Castro apenas duraron un par de días. En 13 de junio de 1868 el comisario del primer distrito de La Habana trasladó la sumaria al teniente de gobernador de Sancti Spíritus. Este funcionario terminó fácilmente los trámites a su cargo: en 25 de junio de 1868 elevó la causa al gobernador superior civil de la Isla y le anunció la salida de Casaza por cordillera hacia La Habana.

TRIBUNAL MILITAR

El traslado de Casaza de Sancti Spíritus a La Habana fué lento. De Sancti Spiritus se le sacó en 26 de junio de 1868 con rumbo a Trinidad. De Trinidad se le condujo al vapor *Cienfuegos* con destino a Batabanó. De Batabanó se le llevó por tierra a la cárcel de la ciudad de La Habana. La sumaria se hallaba en La Habana el 30 de junio. Casaza, el 17 de julio. Ya el acusado estaba bajo la jurisdicción directa de la Comisión Militar, el famoso tribunal que daba a la Colonia el aspecto de plaza sitiada permanentemente.

Toda la pesquisa a que se vió sometido el vendedor ambulante de nacionalidad italiana detenido en Sancti Spíritus giró en torno a las estampas alusivas a la liberación de esclavos en los Estados Unidos. El nombre de Casaza se hacía sospechoso porque él había sido sorprendido vendiendo láminas con el retrato de Lincoln.

La representación gráfica de los efectos de la magna carta de emancipación producía miedo entre las autoridades de la posesión española que era Cuba, tierra que continuaba siendo asiento de la trata africana y de la esclavitud de las razas de color. Custodios y usufructuarios de la Colonia no abandonaban la idea de la perpetuidad del trabajo servil en la mayor de las Antillas.

Los funcionarios públicos de Cuba solían andar mal en ortografía de apellidos. El comisario Carlos de Castro y Camó, que intervino en la sumaria instruída a Juan Bautista Casaza, puso, en vez de Lincoln, Linconhei. En esas mismas actuaciones el apellido del acusado fué escrito de cuatro maneras: Casasa, Caizaza, Cazzasa y Casaza.

EL LEVITICO

El contenido de cada una de las estampas ocupadas a Casaza en Sancti Spíritus, y tenidas por subversivas, representaba a Lincoln, de pie, con la mano derecha en alto y la izquierda acariciada y besada por un hombre de color, en tanto que una madre, negra también, con un niño en brazos y otro junto a ella, contemplaba al egregio emancipador, a cuyas plantas aparecían rotas unas cadenas. La leyenda de la lámina se refería al decreto de libertad de los esclavos aplicado desde el 1º de enero de 1863 y recordaba el Levítico, XXV, 10. La estampa fué hecha en Nueva York, en la calle de Nassau número 152, por Currier e Ives. La proclama de emancipación había sido firmada por

Lincoln, en circunstancias dramáticas e históricas, como culminación de un largo diálogo del ínclito reformador con Dios.

La mención del Levítico, XXV, 10, en la estampa de Lincoln circulada en Cuba en 1868, fué resultado de madura reflexión. En el Monte Sinaí el Señor habló así a Moisés: "Y santificarás el año quincuagésimo, y anunciarás remisión para todos los moradores de tu tierra; pues es el año del jubileo. Cada uno recobrará su posesión y cada cual se restituirá a su antigua familia." La Biblia era el gran libro de Lincoln, fuente inagotable de inspiración para el triste. José Martí percibió en la palabra de Abraham Lincoln aroma fuerte de la selva bíblica. En el hecho que fué la celebérrima proclama emancipadora hubo también aroma fuerte de la selva bíblica. A partir de entonces existió aroma fuerte de la selva bíblica tanto en el hecho como en la palabra del redentor de millones de hombres.

SOBRESEIMIENTO

Desde que en La Habana se juntaron Casaza y la sumaria contra él instruída se produjeron diligencias, dictámenes y oficios acerca del relieve penal de la tenencia de las estampas lincolnianas. ¿Constituía tal tenencia delito de infidencia? ¿Correspondía el conocimiento del hecho al Juzgado de Guerra? ¿A qué nuevos trámites se hallaba sujeto el asunto?

En el engranaje oficial de la Colonia llegaban hasta la Capitanía General casi todos los negocios de importancia, aunque ésta fuese escasa. La sumaria relativa

a Casaza no escapó a la regla centralizadora, y a la Capitanía General fué elevada aquélla. En 9 de agosto de 1868 el auditor de guerra del Estado Mayor informó que la tenencia y el expendio de las estampas ocupadas a Casaza no entrañaban delito y que las diligencias debían ser archivadas. El día 18, por haber aprobado ese dictamen el Capitán General, el brigadier-presidente de la Comisión Militar sobreseyó la causa.

Dos meses llevaba privado de libertad el vendedor ambulante de origen italiano detenido en Sancti Spíritus. Las estampas alusivas a la extinción de la esclavitud en los Estados Unidos le habían acarreado daños y perjuicios. Los daños eran mayores que los perjuicios. Para un hombre de su edad, sumido en la indefensión y el desamparo, las molestias de la prisión preventiva se reflejaban no menos en lo físico que en lo moral. Tanto quebranto tenía que conducirlo a dolorosas y perturbadoras conclusiones.

Al cabo, todo parecía zanjado satisfactoriamente para el acusado. Cualquier observador se hallaba en condiciones de considerar que el dictamen del auditor de guerra del Estado Mayor de la Capitanía General y el consiguiente sobreseimiento dictado por el brigadier-presidente de la Comisión Militar abrirían las puertas de la cárcel de La Habana felizmente al pobre Casaza. Hasta se le podía tener por bien servido, ya que la experiencia adquirida en el enojoso trance lo dejaría preparado para ser más prudente en el desarrollo de sus actividades en Cuba y verse libre de desagradables incidentes con los agentes de la autoridad colonial.

OBITO

En los momentos en que el brigadier-presidente de la Comisión Militar firmaba el sobreseimiento de la causa contra Juan Bautista Casaza ya había ocurrido algo tan grave que dejaba esa providencia privada de todo valor. En efecto, el 17 de agosto de 1868, víspera de la fecha de tal sobreseimiento, el comisario de entradas del Hospital de San Felipe y Santiago comunicó al instructor de la causa contra Casaza que éste, ingresado allí media semana antes, acababa de fallecer. El óbito ocurrió a las doce del día. Setenta y cinco minutos después ya había noticia oficial del desgraciado hecho agregada a las actuaciones.

Según la costumbre de la época, no se llevó a los autos de la sobreseída causa certificación médica acerca de la muerte de Casaza. El lugar del testimonio facultativo fué ocupado por las diligencias relativas a la identificación del cadáver. Empleados del Hospital testificaron que el fallecido era un individuo ingresado en el establecimiento a las dos y media de la tarde del 14 de agosto de 1868 con los nombres y apellido de Juan Bautista Casaza.

La falta de testimonio médico dejó a la merced de los declarantes la determinación de la causa de la muerte de Casaza. En las informaciones salidas del Hospital de San Felipe y Santiago hubo contradicción. Se dijo que Casaza había ingresado bajo un acceso de fiebre palúdica. Sin embargo, el comisario del Hospital aseguró que su padecimiento había consistido en

viruela hemorrágica. A esas afirmaciones, discrepantes entre sí, quedó reducido todo.

AURORA DE UNA ERA

¿Hubo algún hecho abusivo, perpetrado en la cárcel de La Habana, que diese origen al súbito fin del humilde italiano acusado de vender estampas de Lincoln, tenidas durante dos meses por subversivas? En el subsuelo de la vida cubana se movían ideas y hechos destinados a alterarla profundamente. Los custodios del régimen colonial extremaban vigilancias y previsiones. De esto a caer en excesos de lesa humanidad, por parte de gente con habilidad sólo para manejar el látigo y la vara, había poca distancia. Al cabo, la causa real de la muerte del infeliz vendedor ambulante quedaba en el misterio.

Por lo demás, fué significativa la coincidencia de la sumaria motivada por unas estampas de Lincoln con los sigilosos movimientos precursores de la revolución que se fraguaba en la mitad oriental de Cuba. Los que por necesidad ineluctable tenían que oponerse a todo trastorno del orden colonial vieron, y no vieron mal, una relación estrecha entre la excelsa memoria del emancipador de millones de hombres y las actividades atribuídas a los cubanos que se decidían a emprender una sangrienta lucha por la independencia patria. En la aurora de una era de la Antilla mayor aparecía la imagen de Abraham Lincoln.

XXVIII

MANUMISIONES

EVOLUCION Y REVOLUCION

La atenuación y extinción de la esclavitud de las razas de color en Cuba se produjeron en etapas muy disímiles. El siglo XIX fué en la Isla testigo de una transformación social que tuvo de evolución y de revolución. De evolución, en lo que dependió de la voluntad de filántropos, hombres y mujeres a quienes repugnaba aprovecharse del trabajo servil. De revolución, en lo que fué obra colectiva, pautada por los cubanos empeñados en sacar a su patria de las injusticias coloniales y admitida por los poderes metropolitanos, no sin que mediase tenaz lucha. A veces lo que parecía evolución era, llana y sencillamente, una manifestación revolucionaria.

Joaquín de Agüero y Agüero y José de la Luz y Caballero fueron precursores de una política humana. El primero, en una escritura de manumisión. El segundo, en sus disposiciones de última voluntad. Ellos señalaron rectas líneas de conducta a los compatriotas suyos que eran dueños de esclavos: las personas de color

que en el dominio de ambos cubanos habían entrado por títulos de donación y herencia, y eran los únicos siervos que ellos poseían, quedaron emancipadas por meros actos de liberalidad, sin sujeción a condición alguna.

En los primeros días de la revolución de 1868 una determinación de Carlos Manuel de Céspedes elevó de la condición de cosa a la de ciudadano a cada uno de sus esclavos. La constitución de Guáimaro preceptuó que todos los habitantes de Cuba eran libres. Se vió entonces que la Isla, con ímpetu heroico, adecuaba su conducta a la de los Estados Unidos de América bajo el señorío de Abraham Lincoln. La guerra de los Diez Años no pudo sacar a Cuba del vasallaje hispánico ni a todos los esclavos de su triste suerte, pero, sobre afirmar la libertad de los que habían peleado en las filas de la República, dejó abierto el camino para la abrogación absoluta de la institución de lesa humanidad.

CAMBIO INSOLITO

El convenio de El Zanjón fué, no más, una promesa por parte de los españoles y una esperanza para los cubanos. Este tratado no tenía tanto de solución definitiva como de simple tregua, a los vencidos impuesta por la extenuación y la impotencia. Cuanto a la ofrecida abolición de la esclavitud, se alzaron enormes resistencias. La de 1880 en Cuba hizo recordar las que a lo largo de cerca de una centuria habían conmovido a la sociedad cubana. Tales resistencias habían tenido

una fuerza material semejante a la fuerza moral emanada de empeños memorables de carácter colectivo, como la representación del ayuntamiento de Matanzas en 1861, las tentativas para constituir una sociedad libre y voluntaria consagrada a evitar la compra de bozales en 1865, la proposición formulada por los representantes de los gobiernos locales en 1866 a fin de que la esclavitud terminase en el lapso de un lustro y la atención prestada bajo la inspiración de Rafael Morales y González a la institución del vientre libre antes de 1868.

Un motivo de consolación crecía después de El Zanjón, aun a despecho de las negaciones exhibidas en 1880. Era la fuerte razón que favorecía la abolición de la esclavitud. Sólo la miopía política y el egoísmo social podían dejar de ver lo ineluctable del suceso transformativo.

Como de la noche al día, en el término de dos años, de 1880 a 1882, se produjo en Cuba un cambio insólito respecto de la abolición de la esclavitud. La Sociedad Abolicionista Española, presidida por Rafael María de Labra, en Madrid, y la actitud de los diputados autonomistas de la Isla, en la Metrópoli incansables, contaron con la asistencia de bellos ejemplos dados en la Colonia.

Con anterioridad a la guerra de 1868-1878 en Cuba no podía hablarse abierta y públicamente de la abolición de la esclavitud. Se había observado, con ocasión de la muerte de Lincoln, que ni uno siquiera de los numerosos poetas de la Isla que habían publicado versos en memoria del mártir había podido mencionar

la inmortal hazaña del emancipador de millones de seres humanos, porque a ello se oponía la censura regia. En 1882 la situación era muy distinta. "Ahora, con bastante frecuencia—aserto del diario *La Tribuna,* de Madrid—, aparecen en los periódicos cubanos noticias de emancipación de esclavos, al propio tiempo que la cuestión de la esclavitud es el tema obligado de todos los oradores, todos los periodístas y todos los poetas." Esto era una novedad con doble origen: era un eco lejano de la epopeya de Lincoln—la epopeya del siglo XIX, como la había vislumbrado José de la Luz y Caballero—y era una conquista póstuma de la revolución de Carlos Manuel de Céspedes.

En 1882 las manumisiones se sucedían en Cuba. De las anteriores se diferenciaban por su alcance y significación. "En estos instantes—información de *La Tribuna,* de Madrid—son por grupos. Así, el señor González de Mendoza, uno de los primeros abogados de La Habana, y el señor Pedroso, respetable sacerdote, de un golpe han manumitido doscientos negros. El señor Pichardo, abogado de Cienfuegos, siete. El señor Cortina, uno de los jóvenes más brillantes y entusiastas de Cuba, todos los que heredaron él y su señora esposa de sus respectivos padres. La hija del conocido fabricante de tabacos don Julián Alvarez, cuatro. *Et sic de coeteris.*" La iniciativa privada, con desprendimientos merecedores de perpetua memoria, espoleaba a los rectores de la cosa pública. Las ideas y los sentimientos que crecían en la Colonia no podían ser ignorados ni subestimados en la Metrópoli, donde debía decidirse la

total abolición del trabajo servil de la población de color.

LA LECCION DE GONZALEZ DE MENDOZA

La Tribuna, de Madrid, mencionó al abogado González de Mendoza como munífico manumisor. Este abogado era el doctísimo Antonio González de Mendoza, alcalde municipal de La Habana en la fecha en que emancipó a los esclavos que componían la dotación del ingenio *Santa Gertrudis*, ubicado en Guamutas. Tenía cincuenta y un años de edad. Había sido profesor de Derecho en la Universidad de La Habana. Había fundado, pocos meses después del asesinato de Lincoln, una asociación para combatir la trata africana. Los miembros de semejante asociación habían contraído el compromiso de abstenerse de participar en todo acto contrario a la libertad humana. González de Mendoza había contado con la cooperación de cubanos notables: José Silverio Jorrín, José Manuel Mestre, Felipe Poey, José Ignacio Rodríguez, José Morales Lemus, Francisco de Frías y José Antonio Echeverría. Quizá por efecto de tales circunstancias, el gobierno de la Colonia había hecho imposible la vida de la asociación encabezada por González de Mendoza. Pero aquello había quedado como un bello exponente de los pensamientos y sentimientos políticosociales de un claro varón. A mayor abundamiento, podía seguir pensándose que el malogrado movimiento, dirigido a limpiar a Cuba de la ignominia aneja a la violación de solemnes tratados,

fuera parte de los homenajes tributados en la Isla a la memoria del presidente mártir.

Según González de Mendoza consignó en la correspondiente escritura pública, como cabal y justo caballero que siempre fué, él no procedió en aquel acto de liberalidad por sí ni en nombre propio, sino en representación de Mercedes y Manuel Pedroso y Montalvo, dueños de la fábrica de azúcar *Santa Gertrudis.* Mercedes Pedroso y Montalvo era la esposa de González de Mendoza. Manuel Pedroso y Montalvo era monje profeso de la Compañía de Jesús, residía en Madrid y había conferido tres distintos poderes a González de Mendoza, pero ninguno de ellos contenía facultades para manumitir. El mandatario necesitó acogerse, y se acogió, a la ley española que autorizaba a aforar al siervo que era de dos señores por sólo la voluntad de uno de los mismos. La voluntad acatada por González de Mendoza era la de su noble consorte.

Los esclavos a quienes González de Mendoza libró de cadenas estaban tasados en la suma de noventa y dos mil ochocientos pesos por el perito Nicolás Navarrete. Esa cantidad constituía una fortuna personal en la época de la manumisión. Pero el manumisor no pretendió ganar indulgencias entre los reformadores sociales, y estimó en menos del justipreciado el valor de las nuevas personas que salían de un movimiento de su diestra mano. El documento notarial contentivo de la carta de aforo de los siervos del ingenio *Santa Gertrudis* perdió la frialdad privativa de los documentos de semejante clase tan pronto como González de Mendoza llevó a sus pliegos los destellos de su alma.

El prócer cubano Antonio González de Mendoza declaró que la libertad de los componentes de la dotación del ingenio *Santa Gertrudis* era graciosa, sin precio ni cosa alguna que lo representase. Su objeto era reconocer en ellos la plenitud de sus derechos y restituirlos a la condición que por su naturaleza les correspondía. Esto llevó al otorgante a manifestar solemnemente que él no rehuiría el cumplimiento de ninguno de los deberes fijados en las leyes vigentes. Todo aquello que favoreciese a los libertos era, a su entender, un derecho de que los mismos seguían en posesión y del que no podían ser privados por la voluntad del patrono.

Magnífica fué la lección dada en Cuba por Antonio González de Mendoza al otorgar carta de aforo a más de doscientos esclavos. No se limitó él a romper cadenas. Su voluntad, que era la de su esposa, se manifestó bellamente cuando atendió no menos a lo moral que a lo material de la suerte de aquellos a quienes elevó a la dignidad plena de hombres. La escritura de liberación de siervos firmada por Antonio González de Mendoza llevó un sello adicional: llevó el sello de lo lincolniano.

UNA LIBERTADORA

Entre todos los actos de liberalidad consumados alrededor de la extinción de la esclavitud en Cuba con posterioridad al pacto de El Zanjón ninguno fué más inusitado ni más elevado que el que tuvo por teatro el ingenio *Socorro,* luego *Mi Rosa,* y por protagonista principal a Elena Rosa Hernández. El ingenio *Mi Rosa*

se levantaba en la provincia de La Habana. Dueña de él era una cubana en quien rivalizaban la belleza física y la belleza moral.

Elena Rosa Hernández sentía un profundo amor platónico por Juan Manuel Macías, patriota de larga y limpia historia. Macías había sido abanderado de Narciso López en la toma de Cárdenas, revolucionario activo y constructivo en todo momento, presidente de la Junta Republicana de Cuba y Puerto Rico en el período inmediatamente anterior al 10 de octubre de 1868, editor de la revista *Ambas Américas,* publicada en Nueva York bajo los auspicios del eminente argentino Domingo F. Sarmiento, y en Europa agente diplomático de la república creada por los convencionales de Guáimaro. A su regreso a Cuba halló Macías en la afección de Elena Rosa Hernández una acogida digna de su prestancia cívica. Esta noble dama, para dar decorosa ocupación a la capacidad de Macías, decidió adquirir un ingenio y confiarle su administración. El antiguo ingenio *Socorro* sirvió para satisfacer el generoso propósito de Elena Rosa Hernández. Pero sirvió para algo más memorable.

"Una tan bella como noble señorita—escribió el presidente de la Sociedad Abolicionista Española—, al comprar un ingenio cerca de La Habana, excluyó de la compra la dotación de esclavos. Nacidos éstos en aquel lugar y educados juntos, su aflicción no tuvo límites al saber que iban a ser vendidos y separados. Sus lágrimas enternecieron a la sensible compradora, la cual, con un arranque de generosidad nunca bastante celebrado, entregó al dueño de los esclavos el precio

de éstos, otorgando en seguida a los negros la absoluta libertad."

El altruismo de Elena Rosa Hernández entrañaba una magnífica lección. Podían aprovecharla explotadores y explotados. La aprovecharon, a excitación suya, los por ella redimidos de explotación. La mejor versión del acontecimiento quedó en unas líneas por la filántropa dirigidas, desde el batey del ingenio *Mi Rosa,* al presidente de la Sociedad Abolicionista Española:

"Estas líneas serán las fieles mensajeras de mi agradecimiento por la inmerecida distinción que usted, el esclarecido campeón de las libertades en las Antillas, y la noble Sociedad Abolicionista Española, que tan dignamente preside, han hecho de mi humilde persona, dándole más importancia de la que en mi concepto merece a una acción que llevé a cabo sin más objeto que librar a unos seres desgraciados de los horrores de la bárbara y deletérea institución de la esclavitud.

"Acepto desde luego con placer la remisión de *El Abolicionista;* pero me permitirá contribuir con mi pequeño óbolo, puesto que su objeto primordial es reunir fondos para el rescate de esclavos. No dudo que le agradará saber cómo los negros que formaban la dotación de esta finca han aceptado mi consejo de asociarse y depositar todos los meses una cantidad, arreglada a sus salarios, con el fin de libertar a sus parientes y compañeros que están bajo el dominio de diferentes patronos."

La carta de Elena Rosa Hernández a Rafael María de Labra terminó con la expresión de un elevado anhelo. Ella exhortó al presidente y a los demás miem-

bros de la Sociedad Abolicionista Española a que no desmayasen en la santa cruzada de concluir con la esclavitud en todas partes. A la altruista cubana no bastaba con haber eliminado de sus predios la servidumbre de un sector social desdichado: lo que su munificencia había hecho en pequeñas dimensiones, las dimensiones privativas de una persona, era necesario llevarlo adelante dondequiera que hubiese aún trabajo forzado.

Desde Madrid salió en alas de la prensa periódica la información relativa al desprendimiento de la dueña del ingenio *Mi Rosa.* La noble dama—dama noble por grandeza de su corazón—era una libertadora cabal. De su patrimonio había empleado una gruesa cantidad para redimir a la dotación completa de su fundo azucarero. De su espíritu dedicaba lo más refinado a propagar la idea de que debía desaparecer para siempre y en todas partes la institución iniquísima.

ALTA ESCUELA

El acto de liberalidad de Elena Rosa Hernández dió plaza a un episodio digno de larga memoria. En los momentos en que ella tenía determinado pagar en dinero contante y sonante el precio de la libertad de los negros del antiguo ingenio *Socorro,* lo que todavía ignoraba gente interesada en adquirirlos, se apareció en el molino azucarero el apoderado de un hacendado establecido en la provincia de Santa Clara, con el designio de comprar aquel lote de esclavos. Elena Rosa Hernández y Juan Manuel Macías hablaban entre sí en inglés, en el curso de una comida con el mercader

visitante, creyendo que el mismo desconocía este idioma, cuando comentaron que el forastero se llevaría enorme chasco al saber que tales siervos iban en seguida a verse exentos de cadenas. Puesto que el invitado también dominaba la lengua inglesa, comprendió que allí él ya nada tenía que hacer. Y abandonó el batey del ingenio persuadido de que la mercadería en cuya busca andaba inevitablemente iba a quedar fuera del comercio de los hombres: tanta y tan definitiva era la enseñanza proveniente de la alta escuela social que representaba Elena Rosa Hernández.

El ingenio *Mi Rosa,* por la conducta de su dueña y por la presencia de Juan Manuel Macías, logró ser ámbito de grandes valores espirituales. Un ejemplo: en este rincón de la campiña habanera se cultivaba el recuerdo de Domingo F. Sarmiento, el argentino que tan enérgicamente había contribuído al derrocamiento del tirano Rosas y a la educación popular en su patria, en Chile y en otros países de la América española. Una cartera que había sido del uso personal del autor del *Facundo,* por él regalada a Macías, se conservaba en una vitrina, en la casa de vivienda del batey, como símbolo de una amistad acendrada en el servicio de la libertad y la cultura de una familia de pueblos.

Un cubano ilustre en la ciencia médica y en la ciencia histórica, Benigno Souza, con reiteración señaló el descollante lugar por el ingenio *Mi Rosa* ocupado en los fastos de la guerra de independencia. En esta finca azucarera pernoctaron insignes jefes del Ejército Libertador y midieron sus armas rebeldes y leales al régimen colonial. Juan Manuel Macías había muerto fiel a su

viejo credo separatista. Elena Rosa Hernández lo mantenía hasta con el sacrificio de su fortuna personal. Las lecciones patrióticas de ambos constituían valores espirituales en aquel ámbito físico.

La expresión comunicada en 1882 por Elena Rosa Hernández al presidente de la Sociedad Abolicionista Española era hija de una profunda convicción. La filántropa habló de la santa cruzada que debía poner fin en todas partes a la servidumbre de unos hombres en provecho de otros hombres. Era hasta insensato pensar que ésta podía subsistir durante mucho tiempo dentro del siglo que ya contaba en el número de sus grandezas la obra hazañosa de Abraham Lincoln. La décimonona de las centurias cristianas no expiró sin haber dejado al Mundo limpio de la mancha del trabajo forzado, como lo ansiaba la cubana Elena Rosa Hernández, libertadora de esclavos.

XXIX

JUSTICIA INTERNACIONAL

EL AMBITO HEMISFERICO

El resobrino del libertador Bolívar que suscitó en La Habana una polémica con motivo de la muerte de Lincoln, polémica que él no deseó ni alimentó, era hombre necesitado de amplio campo para sus ideas y hechos. Éste resultaba su pasado sobresaliente: actividad política en Venezuela, peregrinación por las Antillas, residencia en los Estados Unidos de América y colaboraciones en periódicos de países de habla castellana enviadas desde Nueva York. Los seudónimos *Peter Hicks* y *Nazareno* eran más conocidos literariamente que el nombre y apellido de Simón Camacho. El autor de *Cosas de los Estados Unidos* se hallaba como en el hogar propio en cualquier lugar del ámbito hemisférico.

Una de las actividades sobresalientes de Simón Camacho, si no la más sobresaliente, fué la de corresponsal de periódicos. Su larga residencia en Nueva York se halló acompañada de esta función. Desde la importante ciudad mercantil salían, para distintos pa-

peles publicados en castellano, noticias, impresiones y juicios de entidad. Él daba vida a una como cadena de servicios informativos. Con semejante tarea seguía ocupado en los primeros años de la guerra hispano-cubana iniciada el 10 de octubre de 1868. Entonces lo conoció Enrique Piñeyro, emigrado en Nueva York por efecto del mencionado conflicto bélico.

En 1875 Camacho estaba en el Perú. Allá lo halló Piñeyro en enero de dicho año. Piñeyro había aceptado ir al Perú y a Chile en misión diplomática de la república organizada en los campos de Cuba libre. El literato y patriota habanero pudo recibir del agudo caraqueño orientaciones útiles.

Relación estrecha con el buen éxito de la misión diplomática de Piñeyro en tierras bañadas por el Pacífico tenía la situación económica del Perú. En esta república representaba permanentemente a Cuba "el diligente y sutil camagüeyano Manuel Márquez Sterling", quien había obtenido cooperación moral y ayuda material muy considerables para la Antilla en guerra. El viaje de Piñeyro obedecía a la necesidad insular de traducir en un vigoroso esfuerzo bélico un nuevo auxilio prometido por Lima. ¿Lo consentiría la capacidad de la hacienda peruana?

El Perú era en 1875 creador y poseedor de riqueza. No sólo por los informes provenientes de Márquez, sino por los que oía de casi todas las personas con quienes hablaba, Piñeyro llegó a estar seguro de la opulencia del Perú, que "pagaba puntualmente los altos intereses de su crecida deuda interior y exterior". Pero semejante juicio no era producto de la unanimi-

dad de los pareceres emitidos en Lima. Uno de los pocos que a Piñeyro anunciaron la proximidad de una bancarrota nacional, y hasta exagerando sus presumibles dimensiones, "fué Simón Camacho, el venezolano, sobrino de Bolívar". En el "lenguaje y tono cínicos que solía afectar", según la frase del legado cubano, éste escuchó de Camacho:

—Esto, amigo, se acabó; el Perú es una vaca flaca a que he podido dar algunas de las últimas chupadas, pero no hay ya más leche para nadie.

El vaticinio de Camacho se cumplió. La mejor amiga de Cuba entre las repúblicas americanas a lo largo de la guerra antillana iniciada el 10 de octubre de 1868 cayó en la pobreza prevista por el nieto de María Antonia Bolívar. *Nazareno* necesitó desandar el camino entre la América del Norte y la del Sur y casi rehacer su vida, no ajena al servicio exterior de su patria.

LA DIPLOMACIA

Entre el Pacífico y el Atlántico, entre el Perú y los Estados Unidos de América, en la existencia de Simón Camacho se halló Venezuela. El gobierno de Venezuela tuvo a bien recordar de vez en cuando que aquel hombre, de familia de próceres nacionales, poseía aptitudes aprovechables por la República. Desde la época en que él se destacaba como corresponsal neoyorquino de periódicos hispanoamericanos los políticos de Caracas quisieron utilizarlo en la legación de Venezuela en Wáshington.

En funciones diplomáticas estaba Camacho en Wásh-

ington en el año de 1880. Entonces llegó a regir la legación venezolana. El Encargado de Negocios se mantenía muy al tanto de las razones y sinrazones que frecuentemente se exponían en la Unión acerca de los pueblos latinoamericanos. Él no limitaba su acción a las notas y conversaciones que podía sostener con el Departamento de Estado.

Un periódico de Nueva York insertó en sus columnas juicios no favorables a la reciprocidad de intereses entre los Estados Unidos y los pueblos hispanoamericanos. El antiguo corresponsal no había olvidado su oficio. Muy presente lo tenía para aprovecharlo en el trabajo diplomático. Camacho, en febrero de 1880, se dirigió al editor del aludido papel público para pedirle que leyese la lista de los negociantes extranjeros establecidos en Venezuela, a fin de que viera que la casa más rica de Caracas y La Guaira era una norteamericana—o americana, como él escribía—que tenía prósperas sucursales en Nueva York y Filadelfia. De su pluma salió esta información:

"Americana es la línea de vapores entre Nueva York, La Guaira y Puerto Cabello. Americana es la línea de vapores del Orinoco, lo mismo que la del lago de Maracaibo. La opulenta mina de oro de nuestra Guayana es la *Mocupia and New York,* y está explotada por americanos. El pan que comemos es americano; el calzado que usamos, americano; el papel, la tinta, los carros, los arados, las maquinas, y hasta los frijoles negros con que se nos hace la sopa, son americanos."

En las aclaraciones suscritas por Camacho en relación con la presencia de lo estadinense en Venezuela

hubo una noble reacción. Era lamentable que una nación poderosa, la primera entre las de este lado del Atlántico en el disfrute del comercio americano, tuviese abogados de su causa tan malos como aquel que pretendía hacer creer a los deficientemente informados que la Unión llevaba la peor parte en los negocios del Nuevo Mundo. Al representante diplomático de Venezuela molestaba que así se torciese la verdad, con evidente quebranto de la política de buena vecindad que había aspirado a implantar Abraham Lincoln desde la Casa Blanca.

Ciertamente, Camacho conocía el alcance de la política interamericana ensayada por Lincoln. El gobierno de Caracas estaba utilizando sus luces y energías en algo más que en la normal representación diplomática cerca del de Wáshington. Una norma de Lincoln en el derecho público americano era aplicada a las relaciones entre la Unión y Venezuela. Cualquier manifestación adversa a los lineamientos lincolnianos, aunque no fuese oficial, constituía una peligrosa regresión en la convivencia necesaria de los pueblos del Hemisferio Occidental.

EL ASESINATO DE GARFIELD

En la mañana del 2 de julio de 1881 ocurrió en la ciudad de Wáshington un hecho horrendo, que sólo tenía precedente en el absurdo atentado que había culminado en el deceso de Abraham Lincoln. Uno de los más vigorosos seguidores, apologistas y sucesores del emancipador mártir, el presidente James Abram

Garfield, fué atacado por alevosa mano. Cerca de él se hallaba Simón Camacho. Garfield se abatió largamente entre la vida y la muerte. Todo el pueblo de los Estados Unidos se estremeció, consternado ante "el cristiano enfermo, el reformador atrevido, el venerado jefe de la sección honrada del Partido Republicano", como José Martí, testigo del público dolor, escribió entonces.

Simón Camacho continuaba a la cabeza de la representación diplomática de Venezuela en los Estados Unidos en los días del atentado contra Garfield y de su conmovedora agonía. Tristísima suerte le había cabido acompañando al Presidente en el instante del trágico disparo. Luego, en el proceso criminal seguido al asesino, Charles J. Guiteau, muerto ya el llorado primer magistrado, ocurrió lo que Martí describió así:

"Abrió seguidamente la acusación sus arsenales, y llamó al banco de testimonio a sus testigos. Allí se sentaron, a dar llena y abrumadora evidencia, Blaine, que acompañaba al Presidente en la horrible mañana; Camacho, el ministro de Venezuela, que estaba cerca de él cuando recibió el balazo funesto..."

Venezuela pudo negar a Camacho la autorización necesaria para deponer acerca del asesinato de Garfield o Camacho pudo escudarse en su fuero. Ni Venezuela ni Camacho rehusaron auxiliar a la justicia estadinense. La actitud de Venezuela y la de su representante diplomático tuvieron inusitada importancia. Martí escribió:

"El representante de Venezuela, Simón Camacho, autorizado por el gobierno venezolano, con cortesía que ha sido aquí muy estimada, a declarar libérrima-

mente, sin ampararse de ninguno de los privilegios a que los empleados diplomáticos tienen derecho, declaró luego. Él vió el disparo: vió la tentativa de fuga del asesino. Excita la ira de Guiteau por asegurar que llevaba el sombrero sobre los ojos. Dice que recuerda cómo estaba Guiteau, pálido y lleno de espanto. Recuerda que oyó a la turba gritar: *¡Linchadlo! ¡Linchadlo!*"

Algo así como una misteriosa coincidencia hubo en el triángulo formado por el asesinato de Lincoln, la actitud moral con ocasión del mismo adoptada por Simón Camacho y el hecho de ser este notable deudo del libertador Bolívar uno de los principales testigos de la alevosía de que Garfield resultó víctima. El destino del diplomático caraqueño colocaba su existencia en puntos singulares de la historia de las Américas. En contacto con ella había estado desde su cuna, mecida bajo los ojos de un forjador de pueblos. Y a ella volvía con reiteración, ya por efecto de su recia voluntad, ya por encontrarse él en la órbita de sucesos trascendentales.

En la hora final de Lincoln descollaba *Peter Hicks* entre los periodistas hispanoamericanos que laboraban en los Estados Unidos. En el minuto trágico de Garfield se distinguía Simón Camacho entre los diplomáticos acreditados en Wáshington por las repúblicas organizadas al sur del Río Grande. Aquella hora y este minuto señalaban infortunios sin semejantes en la existencia de la Unión. El nieto de María Antonia Bolívar, familiar de la proceridad, podía contar grandes cosas, hijas de su experiencia.

UNA COMISION MIXTA

La traza ideada por Lincoln para acendrar la amistad entre los pueblos del Nuevo Mundo no desapareció al sucumbir él. Uno de sus limpios afanes para mejorar y hermosear las relaciones de los Estados Unidos con las demás repúblicas de América consistió en la creación de comisiones mixtas. Éstas allanaron dificultades y dieron soluciones a los embarazos internacionales suscitados por enojosas reclamaciones de ciudadanos de la Unión. Al ocurrir la muerte de Lincoln, no obstante lo mucho que se había avanzado mediante el sistema de arreglos por él prohijado, existían controversias pendientes entre Wáshington y Caracas.

En el primer aniversario del acabamiento temporal de Lincoln ya Venezuela y los Estados Unidos de América daban término a las negociaciones enderezadas a aplicar a sus diferencias la norma que tanto había gustado al presidente mártir. Y en Caracas, el 25 de abril de 1866, firmaron el Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela y el Ministro Residente de los Estados Unidos la convención por la cual los gobiernos de ambas naciones se comprometieron a que las reclamaciones pendientes de ciudadanos de la patria de Wáshington contra la de Bolívar fuesen examinadas y resueltas por una comisión mixta. Ésta debía estar formada por dos individuos, nombrados uno por Venezuela y otro por los Estados Unidos. Los dos designados tendrían potestad para elegir a un tercero, llamado a decidir en los casos en que ellos no estuviesen de acuerdo.

Tan arduas como dilatadas fueron las tareas de la comisión de factura lincolniana destinada a conocer y resolver las reclamaciones de ciudadanos norteamericanos contra Venezuela. En ellas intervino Camacho en distintos momentos desde el año de 1866 hasta el de 1883. A lo largo de este período él figuró de modo intermitente en el servicio exterior de su patria, ora como secretario de legación, ora como encargado de negocios, ora como ministro residente en Wáshington.

El origen de las reclamaciones y los acuerdos de los comisionados produjeron situaciones graves. Las indemnizaciones empezaron a ser satisfechas. Pero luego el gobierno de Caracas suspendió su pago y los poderes legislativo y ejecutivo de Wáshington determinaron emplear la fuerza para obligar a reanudar el servicio de tal deuda. Venezuela resistió. En medio de tamaña tensión entró Camacho en el lleno del trabajo encaminado a lograr un arreglo justo y decoroso. Su celo y energía, inteligentes y mesurados, se sobrepusieron a las asperezas anejas a las demandas de dudosa legitimidad. Con sabiduría él condujo al Secretario de Estado, F. T. Frelinghuysen, al Presidente, Chester A. Arthur, y al Congreso a un plano de comprensión, en el que se llegó a felices acuerdos. El propio Camacho, sincera y lealmente, en nota dirigida a Caracas, dijo que era de admirar y agradecer la magnanimidad de una nación que, "armada con título ejecutivo arreglado a la Ley", lo desechaba para dar paso a la equidad de lo cierto. Al cabo, la victoria correspondió al país a cuyas altas conveniencias atendió con máxima eficacia el resobrino del Libertador. El Ministro de Re-

laciones Exteriores de Venezuela habló así del triunfo de Simón Camacho:

"Nunca será bastante ponderado el conseguido en Wáshington, más que los otros arduo, por los obstáculos de la empresa, la extraordinaria duración del esfuerzo y las vicisitudes que han caracterizado el curso de la lucha. En igualdad de circunstancias, cualquiera cancillería hubiese encontrado con el éxito motivo de satisfacción y orgullo."

Auténtica gloria fué para Camacho el haber logrado vencer dificultades y peligros afrontados por su patria. Esta gloria debió de aparecer ante su conciencia con el recuerdo de Lincoln, cuya muerte él tenía por un parricidio. En la enumeración de las mejores cosas de su vida él siempre podía, allá en sus vigilias, incluir lo que había pensado y dicho acerca del estadista y redentor que tanto favoreciera procedimientos de derecho internacional que le permitieron ser agente afortunado de una gestión de buena vecindad.

EXTINCION DE UNA VIDA UTIL

Aquello de la buena vecindad había nacido, crecido y vivido a la vista de Simón Camacho. Los muchos años de su residencia en los Estados Unidos le habían otorgado el privilegio de ver de cerca la lucha de ideas nortemericanas concebidas y desarrolladas para ser aplicadas al resto del Hemisferio Occidental. En la historia por él vivida los nombres de Stephen A. Douglas y Abraham Lincoln representaban fases importantísimas de las relaciones interamericanas. Douglas

había propugnado la expansión territorial de la Unión a expensas de países cercanos. Lincoln había sido precursor de la buena vecindad. El fiel testigo del atentado contra el presidente Garfield poseía conocimiento directo de pensamientos y conductas totalmente antagónicos.

Pudo parecer que Dios había cuidado de la existencia terrenal de Camacho para que a él fuese posible dejar consumado un bello empeño patriótico al amparo de la justicia internacional anhelada por Lincoln. Lo cierto fué que a poco de su triunfo diplomático en Wáshington, el 20 de septiembre de 1883, en Caracas, su ciudad natal, entregó su alma al Creador. Así terminó una larga enfermedad, a despecho de la cual había prestado excepcionales servicios a su país. Un decreto del gobierno venezolano, reconociendo esta verdad, declaró duelo público por su muerte y dispuso en su memoria solemnes exequias, encabezadas por el Presidente de la República.

El historiador Francisco González Guinán condensó en pocas palabras el elogio de Camacho. Recordó que en éste se juntaron superior talento y excelentes condiciones privadas y sociales. *Nazareno* fué periodista y literato de extraordinaria brillantez. Simón Camacho resultó diplomático circunspecto. En lo uno y en lo otro se halló presente un varón de la estirpe de María Antonia Bolívar, una de las mujeres talentosas y recias que asistieron al nacimiento de la América libre e independiente.

XXX

LA LUZ DE UN ABOLICIONISTA

LA ESCLAVITUD EN CUBA

Una guerra entre cubanos y españoles, en el suelo de la Antilla mayor, a lo largo de una década, fué insuficiente para lograr uno de sus objetivos esenciales: la extirpación completa del tumor social que en el cuerpo de la Isla era la esclavitud de las razas de color. En el convenio de El Zanjón, con el que la Metrópoli pretendió extinguir la insurrección de la Colonia, sólo se reconoció la libertad de los antiguos esclavos que habían militado en las filas rebeldes. La vuelta del país a la paz material estuvo acompañada de la subsistencia del trabajo servil en Cuba. La insuficiencia de la actitud heroica de los patriotas de la Isla resultaba pareja de la de la histórica lección proveniente de la hazaña emancipadora de Abraham Lincoln, tan en la vecindad de la posesión hispánica.

Con las nuevas batallas cívicas se desarrollaron intensas propagandas en favor de la abolición de la esclavitud en las Antillas. La gente blanca de Cuba, en sintiéndose animada de cierto espíritu liberal, consi-

deraba ineludible obligación la de trabajar por la extinción de una lacra social que a todos ofendía: a los que la soportaban en sus carnes y más aún a los que de ella se aprovechaban para conseguir trabajo ajeno a bajo costo. La única manera de lavar la mancha infame consistía en acelerar la desaparición de la inicua institución.

España compartía ya con Cuba el afán de lograr que en la Isla sólo hubiese hombres libres. Motivos existían para que en la Metrópoli la inquietud en torno a esa aspiración adquiriese tonos enérgicos. España no había utilizado ni una revolución antidinástica ni un régimen republicano para acabar con la esclavitud en sus colonias. En vano había expresado Francisco Pi y Margall, uno de los presidentes de la República, que deber de ésta era proscribir la servidumbre de la población de origen africano. La palabra de tan insigne varón, uno de los más puros y justos entre todos los nacidos en la Península, había sido ahogada por torpes egoísmos.

En los nuevos esfuerzos españoles por la abolición de la esclavitud, consumada ya la restauración monárquica con un Borbón, sobresalió el inteligente y vigoroso esfuerzo impulsado y dirigido por Rafael María de Labra, prohombre hispánico nacido en La Habana. Se distinguía no menos como político que como jurisconsulto. Su influencia en la cosa pública y su saber en las disciplinas jurídicas se hallaban al servicio de generosas causas. Su conducta lustraba la existencia colectiva.

LA PERSONALIDAD DE LABRA

Un hombre de color, Juan Gualberto Gómez, que conocía de cerca a Rafael María de Labra, lo tuvo por una de las glorias más puras de la tribuna y la política españolas. Labra era un hispanocubano anheloso de que la ínsula donde había nacido no saliese de la dominación que le había dado Cristóbal Colón. Pero, eso sí, quería una Cuba española bajo el señorío de la justicia, y no una posesión ultramarina para gusto y provecho de los políticos de Madrid. Juan Gualberto Gómez escribió acerca de Labra:

"La política de unión y concordia entre las colonias españolas y su metrópoli, sobre la base de la libertad, el derecho y la justicia, no tiene quien la defienda con más entereza, constancia y desinterés. Los grandes ideales de la humanidad, las aspiraciones nobilísimas de las sociedades contemporáneas, cuentan con un atleta vigoroso en el diputado antillano. Adalid del progreso, por todas partes se nota el concurso que presta a todas las obras meritorias. Activo como pocos, laborioso con exceso, no hay causa generosa que haya implorado en vano el auxilio de una elocuencia tan flexible que lo mismo se presta para las grandes luchas parlamentarias que para los torneos académicos y las controversias forenses. [...] En su corazón y en su inteligencia han luchado terriblemente el mundo que se marcha y el que viene. El lugar en que nació, la familia a que pertenece, el medio en que se educó, todo lo impulsaba a vivir con la oligarquía colonial o con la aristocracia metropolitana. Pero la alteza de sus miras,

los impulsos de un alma impresionable ante el mal ajeno y la sensibilidad de una conciencia recta le llevaban al mismo tiempo a odiar la injusticia, a enemistarse con el despotismo, a servir de defensor y de amparo a aquellos que el poeta del siglo llamó los miserables para pintar con energía suma sus desgracias inmerecidas y sus cruentos sufrimientos."

El propio Juan Gualberto Gómez destacó el hecho de que los grandes merecimientos de Labra para con los desheredados de la suerte lo habían llevado a ocupar la presidencia de la Sociedad Abolicionista Española, la más desinteresada de las asociaciones filantrópicas. Entre los muchos y muy significativos honores recibidos por Labra quizá el apreciado con preferencia por él fué el de dirigir las actividades de la Sociedad Abolicionista, en Madrid, en el Madrid donde había de resolverse la grave cuestión social de Cuba.

Este hispanocubano distinguidísimo tomó a su cargo trazar una biografía de Abraham Lincoln, el emancipador. El biógrafo era digno del biografiado. Habló por sus dos patrias. Por Cuba, donde de viejo se admiraba a Lincoln. Por España, donde había habido altas expresiones de respeto para el estadista en los trágicos días de su ministerio terrenal.

EL ELOGIO DE UN JUSTO

En el diario matritense *La Tribuna,* periódico político y literario, dirigido por Labra, éste insertó su estudio biográfico sobre Lincoln. El trabajo apareció, por partes, en media docena de números. Mucho tuvo

de elogio de un justo. Pero tal elogio de un justo ceñido se halló, como debía ser, a estrictas reglas de justicia.

Labra estudió la existencia de Lincoln en sus distintos aspectos. Puso cuidado en presentar al personaje tal como había sido, desde la humildad de su origen hasta la excelsitud de su acabamiento, en sus llanezas y en sus grandezas. Lo sabía hombre, sujeto a las circunstancias de su propia condición, y así lo exhibió. Naturalmente, el conductor de la Sociedad Abolicionista Española acentuó su observación en aquello que era más grato a su corazón. Una muestra:

"Antes he dicho que toda la actividad de Lincoln se hallaba determinada por una idea: que es la idea misma que viene a representar en la Historia, por su participación en la gran guerra que puso en peligro la existencia de la República en el período de su apogeo, y por su trágica muerte. Me refiero a la abolición de la esclavitud. [...] En primer término, era una idea humanitaria y piadosa; después, un interés de armonía de las instituciones fundamentales de la República; por último, un interés capital de la integridad de la federación americana."

Labra señaló lo aspérrimo del camino andado por Lincoln. Lo sedujo la franqueza del héroe, aquella franqueza que le venía de la Naturaleza. Nunca se habían visto más reveses acumulados en la ruta de un reformador. Pero éste, para defenderse y para defender su causa, usaba un arma poderosísima: el arma de la sinceridad.

"Por otra parte—parecer de Labra—, hay que admi-

rar la franqueza con que el gran presidente, en los momentos más críticos, habla al país de las dificultades y de los sacrificios. ¡Qué sentido tan profundamente moral da a sus esfuerzos; con cuánta honradez y exactitud estima sus desgracias; con qué lealtad y acierto sostiene a los hombres identificados con su causa; y con qué prudencia sortea los conflictos para empeñar todos los esfuerzos en un interés capital!"

Labra dió gracias al Cielo por haber permitido que Lincoln viese totalmente consumada su gloriosa ambición emancipadora. ¿Cómo no iba él, apóstol de la abolición en los dominios españoles, a temblar de emoción, aun al cabo de cuatro lustros, recordando la verdad de que el antiguo diputado por Illinois había dejado a su país limpio de esclavos? A tal proeza no había llegado el estadista sino en medio de infinitas congojas. A su obra dió lo más y lo mejor de sí:

"A la redención del esclavo se dedicó todo entero, y puso en este empeño no sólo su espíritu, su esfuerzo, su tranquilidad... sino hasta su vida. No conozco empeño más admirable ni historia más edificante. La palabra es impotente para comentar tanta virtud, tanta firmeza, tanta abnegación, tanto heroísmo. [...] Y la idea abolicionista, por su cosmopolitismo, de un lado, y, por otro, por favorecer sólo a los humildes y a los desheredados, es de aquellas que no admiten superior en la escala de los servicios humanos. [...] A los pueblos no los salvan ni el talento, ni el heroísmo, ni la audacia; pedid para ellos, en sus directores y gobernantes, temple de alma, espíritu generoso, mirada alta, voluntad entera para perseverar, corazón viril para

resistir los embates de la impopularidad, las sombras del desaliento, el asedio de la miseria y las amenazas o las tentaciones del poder."

El elogio del justo fué perfecto. El Lincoln contemplado por Labra era el mismo que había precipitado en su país, en horas en que trepidaban valores materiales y morales, la más atrevida de las reformas sociales, para poner en armonía las instituciones de la Nación con el prístino sentido de la Declaración de Independencia y allegar a las conciencias de todos sus conciudadanos, como a la propia, la paz aneja a la constante y perpetua voluntad de dar a cada quien lo suyo.

EL VALOR DE LA EMULACION

No fué Labra un mero panegirista de Lincoln. A la expresión de sus ideas y sentimientos acompañó iniciativas y actos honrosísimos en defensa de la redención de esclavos, la misma causa que había movido las excelsas pasiones del egregio norteamericano. Nunca fué más evidente que en los instantes en que tal ocurría el valor de la emulación. Labra fué seguidor de Lincoln.

En julio de 1886 afrontó el parlamento español, por feliz insistencia de los diputados autonomistas de Cuba y muy particularmente de Miguel Figueroa, la adopción de las medidas legislativas llamadas a poner absoluto término al trabajo servil de las razas de color en la Isla. Se discutió la abolición del patronato a que se hallaban sometidos en la Antilla mayor unos vein-

tiséis mil desheredados. Figueroa dió pruebas insignes de su condición de redentor de esclavos. Labra intervino en el conmovedor debate. Juan Gualberto Gómez, testigo del acontecimiento, se refirió así a Labra:

"Y se levantó Labra. Labra, que es un jurisconsulto eminente; que es un publicista ilustre; que es un orador de avasalladora elocuencia; pero que ante todo y sobre todo aparecerá a los ojos de la Historia como el propagandista incansable de la causa más santa que en este siglo se ha defendido. ¡Qué palabra! ¡qué tono en la voz! ¡qué majestad en el gesto! ¡qué acentos tan convincentes! ¡qué estrategia tan consumada! ¡qué experta habilidad!"

Entre el juicio de Rafael María de Labra sobre Abraham Lincoln y el de Juan Gualberto Gómez acerca de Rafael María de Labra no pudo ser mayor la similitud. Las huellas del emancipador máximo eran seguidas por el abolicionista sin superior. Por generoso impulso de su alma y por entrañable compenetración con lo mejor de la vida de Lincoln, Labra alcanzaba la reputación de eximio amigo del hombre.

En la actividad abolicionista de Labra, con intervención de Gómez, había una manifestación de extraordinaria elocuencia. A una expresión de parabienes de Gómez, motivada por los afanes emancipadores de Labra, éste respondió que, siendo él hijo de una familia que había pecado teniendo esclavos y viviendo de las injusticias del viejo sistema, estaba consagrado por entero a la redención de la infortunada raza con la pretensión de pagar una deuda. Inconfundible era el sello lincolniano de semejante conclusión.

A la luz del preclaro abolicionista hispanocubano apareció Lincoln de cuerpo entero. Aquél fué en el campo de la actividad políticosocial austero agente de los principios redentores de su modelo. La universalidad de las doctrinas del ínclito libertador y mártir se reflejó en la dura lucha que extinguía en Cuba la servidumbre humana.

XXXI

LA CASA DIVIDIDA

HUELLA HONDA

La huella de las ideas de Abraham Lincoln quedó siendo honda. El libertador de millones de esclavos habló en tal forma que palabras suyas alcanzaron valor ecuménico. La limpieza de su vida y el dramatismo de su muerte fueron conocidos a través del espacio y del tiempo. Particularmente cierto fué esto en Cuba.

En los años que siguieron inmediatamente al óbito de Lincoln se manifestó en episodios de la existencia cubana la propensión a cultivar la memoria del mártir. Con el caso de la venta de estampas de Lincoln por Juan Bautista Casaza, detenido y encausado por las autoridades españolas y muerto en prisión, tuvo cierta similitud el de una exposición de figuras de cera por otro italiano, el escultor Mariano Caifassi, en la región oriental de la Isla, en Manzanillo, en septiembre de 1867: la curiosidad de los cubanos fué excitada con la representación del asesinato del Presidente. A lo de las expresiones públicas provocadas en La Habana por la noticia del acabamiento del prócer se pareció lo que

hacían escolares de 1868, entre los que se distinguió Raimundo Cabrera: en los ejercicios de composición y estilo estos adolescentes escogían como temas "la vida de Wáshington o la de Bolívar, el Libertador, o la de Lincoln, el redentor de esclavos", para exaltar los valores cívicos en momentos en que se vislumbraba una gran tormenta.

Después de la guerra de los Diez Años, en la hora de intentar la posibilidad de organizar el país bajo un régimen de partidos políticos, los dos que nacieron con impulsos durables, el Partido Liberal y el Unión Constitucional—el de los que propugnaban la autonomía colonial y el de los que defendían la idea conservadora—, inscribieron en sus respectivos programas la aspiración a abolir la esclavitud de las razas de color. Sin embargo, discrepaban en la sinceridad de intenciones y en la forma de proceder. Los autonomistas abrazaron con fervor la causa de la extinción del trabajo servil. En España los diputados liberales de las Antillas batallaron con denuedo bajo las inspiraciones y la grandilocuencia de Rafael María de Labra y Miguel Figueroa. En sus almas ambos insignes oradores llevaban luces como las admiradas en la de Lincoln.

UNA NACION MITAD ESCLAVA Y MITAD LIBRE

En el discurso pronunciado en Springfield, el 16 de junio de 1858, aceptando la designación de candidato a senador en su favor hecha por la Convención Republicana de Illinois, Lincoln expresó: "Creo que este gobierno no puede durar permanentemente mitad es-

clavo y mitad libre. No espero que la Unión sea disuelta —no espero que la casa se derrumbe—, pero espero que ella cesará de estar dividida." La sentencia se halló tan ajustada a la realidad que alcanzó la categoría de doctrina en los Estados Unidos.

La raíz de las palabras de Lincoln sobre la profunda división de su país, mitad esclavo y mitad libre, estaba en el Nuevo Testamento. En dos de los Evangelios Sinópticos el abogado de Springfield había leído las palabras de Jesús acerca del hogar en discordia. Según Mateo, XII, 25, Jesús dijo a los fariseos: "Todo reino dividido en fracciones contrarias será desolado; y cualquiera ciudad o casa dividida en bandos no subsistirá." Según Marcos, III, 24, Jesús habló así: "Pues si un reino se divide en partidos contrarios, es imposible que subsista el tal reino. Y si una casa está desunida en contrarios partidos, la tal casa no puede quedar en pie." La deducción de Lincoln concordaba con la advertencia de Jesús: era imposible que los Estados Unidos durasen permanentemente en teniendo su población separada en hombres esclavos y hombres libres. La extrema gravedad del peligro llevaba a Lincoln a esperar que sobrevendrían rectificaciones lo bastante aptas para evitar que la casa siguiese dividida, único medio de eliminar el riesgo de que fuera arruinada.

Era natural que un axioma políticosocial concebido por un varón de rango universal, apoyado en la autoridad moral del Nuevo Testamento, no quedase encerrado en las fronteras del país cuya situación lo había suscitado. Las palabras de Lincoln en relación con la imposibilidad de que subsistiese la Unión en mante-

niéndose dividida su población en esclavos y libres tuvieron aplicación en cuantos pueblos se presentaba caso análogo al de los Estados Unidos. A mayor abundamiento, junto al axioma aparecía la historia de los hechos memorables a que había dado lugar el grave conflicto. Aprovechar la filosofía encerrada en una frase famosa y la enseñanza derivada de la solución que su autor había precipitado en evitación del derrumbe de la casa dividida equivalía en Cuba a añadir razones poderosas a las exhibidas en defensa de la transformación institucional de la Isla.

MIGUEL FIGUEROA Y RAFAEL MONTORO

En el período de la vida cubana siguiente a la guerra de los Diez Años la figura moral de Miguel Figueroa creció en forma gigantesca por la defensa que él, con palabra magnífica, hizo de las libertades humanas y políticas indispensables para el bienestar de Cuba. En propagandas cívicas y educativas en la Isla y en tareas parlamentarias en la Península su voz tradujo genuinas ansias patrióticas. Más que liberal, mucho más que hombre de partido, se mostró cubano, siempre cubano, esencialmente cubano, para abogar por un régimen de derecho y por la absoluta emancipación de las razas de color.

En uno de los grandes discursos con que elevó el nivel de la política criolla, en un discurso pronunciado en La Caridad, en el barrio del Cerro de La Habana, con el propósito de hacer luz en torno al cesarismo, Figueroa habló de la estrecha relación existente a lo

largo de los tiempos entre el despotismo y la esclavitud de unos hombres en provecho de otros. Como llevado de la mano, luego de analizar esa concomitancia a partir de la Roma de la antigüedad, repitió la frase de Lincoln, el mártir, según la cual ningún pueblo pudo jamás tener larga vida siendo mitad libre y mitad esclavo. La significación de la frase lincolniana y la consecuencia de los hechos que a ella dieron lugar debían ser tenidas presentes en Cuba, tierra donde el trabajo servil había parecido institución inconmovible, no obstante lo que tenía de lesa humanidad. "Nosotros, pueblo nuevo—advirtió el tribuno grandílocuo—, tenemos muy cerca el modelo del pueblo norteamericano y llevamos en nosotros mismos el instinto de la libertad y del bien." Quien era fiel y magistral intérprete de los sentimientos del país cubano señaló con exactitud la influencia que en los negocios públicos del mismo tenían la histórica expresión de Lincoln y los sucesos que a éste habían deparado gloria inmarcesible.

Uno de los pares de Figueroa en saberes, elocuencia y afanes consagrados al ascenso políticosocial de Cuba, Rafael Montoro, apreció en su justo valor la conducta y la opinión de aquél respecto de la abolición de la esclavitud de las razas de color. El juicio de Montoro, sobre ser definitivo, señaló el alcance de la doctrina lincolniana aplicada a la Antilla mayor. De Figueroa dijo Montoro:

"Su especial consagración a la causa abolicionista [...] estaba en perfecta armonía con el programa y la finalidad del Partido Autonomista; y así lo hacía él notar cada vez que la ocasión lo requería con la elo-

cuencia y el fuego de su palabra, con la emoción comunicativa que entusiasmaba a los auditorios, bien penetrados de que las reformas fundamentales no podrían triunfar en Cuba en ninguna forma, ni en la autonómica ni en la revolucionaria, mientras subsistiese como obstáculo infranqueable la condición servil en gran parte de sus habitantes, porque, como dijo Lincoln en uno de sus monumentales discursos, que así los califico porque más que discursos fueron actos de suprema trascendencia para su país, *un pueblo no puede ser mitad libre y mitad esclavo: o todo libre o todo esclavo.* Esta frase maravillosa, que resume en pocas palabras todo lo que pudiera decirse en un extenso tratado de política, fué constantemente para los autonomistas, como para sus precursores, los reformistas, y para los revolucionarios, un como postulado, al cual tenían que subordinarse todos los desenvolvimientos de la doctrina y de la acción."

La interpretación dada por Montoro a la actitud de Figueroa se adecuó a la realidad. Figueroa añadió al núcleo de las ideas políticas y sociales manejadas en Cuba la que sobre la casa dividida Lincoln había extraído del Nuevo Testamento. A semejanza de lo que ocurriera en los Estados Unidos, no podía en Cuba durar permanentemente un régimen en el que la población era mitad esclava y mitad libre.

ALCANCE DE LA BUENA VECINDAD

Lincoln había rectificado la política latinoamericana del gobierno de su país bajo el principio de que los

Estados Unidos debían ser de los demás pueblos del Hemisferio Occidental tan amigos como vecinos. Su voz fué la de un precursor: él fué el precursor de la buena vecindad.

El prestigio de lo de Lincoln en toda América redundó en lecciones saludables. Sus advertencias y enseñanzas fueron tenidas en cuenta en el tratamiento de los residuos de la esclavitud de las razas de color. Pero no estuvo a esto limitada la influencia de su escuela. En lo meramente político, con prescindencia del trabajo servil, lo que él había dicho se repetía en épocas de graves antagonismos.

En las reflexiones de Rafael Montoro en torno al afán abolicionista de Miguel Figueroa quedó perfectamente aclarado que los obstáculos denunciados por éste, en armonía con una de las frases maravillosas de Abraham Lincoln, se hallaban presentes en toda reforma fundamental intentada en Cuba, no menos en la solución propugnada por los autonomistas que en la anhelada por los revolucionarios. Al postulado de Lincoln—ningún pueblo podía ser indefinidamente mitad libre y mitad esclavo—se subordinaba el desarrollo de la doctrina y de la acción. Tal era la fuerza de una lección que había pasado a la Historia con el sello de lo eterno.

La memoria e influencia de Lincoln eran imprescriptibles. En Cuba, como en cualquier otro pueblo, aun sin esclavitud, pero con factores internos incompatibles con la coordinación de sus componentes humanos, tenía aplicación el axioma contenido en un discurso pronunciado en Springfield por el reformador de ojos

tristes. En países que observaban los pensamientos y hechos triunfantes en los Estados Unidos se exaltaban las doctrinas del mártir insigne. La idea de unidad nacional, basada en la eliminación de conflictos disolventes, alcanzaba universalidad.

XXXII

SEUDÓNIMO REVOLUCIONARIO

JUAN MIGUEL DIHIGO

En una carta escrita en La Habana y dirigida al delegado de la revolución cubana en Nueva York se trasmitieron noticias acerca de la forma en que por los sostenedores del régimen colonial en la Isla se hacía la guerra. El comandante militar de Quintana, en la provincia de Matanzas, había conminado al abogado Juan José Ariosa, dueño del ingenio *Armonía* y juez municipal de la Catedral, en La Habana, a que en el término de ocho días satisficiera determinadas contribuciones, fortificara el batey de la finca y organizara guerrillas por su cuenta. En el caso de que Ariosa no accediese a lo solicitado de él el Comandante ordenaría destruir todos los edificios del citado molino de caña de azúcar. La epístola de referencia fué firmada por *A. Lincoln.*

La carta de *A. Lincoln* sobre las amenazas recibidas por el hacendado Juan José Ariosa estaba datada en 22 de abril de 1897. Era tiempo extremadamente tormentoso en Cuba. El capitán general Valeriano Weyler

representaba la peor política militar de España en la Isla: una política de exterminio. Su bando de reconcentración de la población rural hacinaba en ciudades, villas y pueblos a sus habituales habitantes y a los procedentes de los campos sin la adopción de adecuadas medidas higiénicas y con la ineluctable consecuencia de una mortandad por hambre y enfermedades infecciosas de que no había precedentes en el país. Complemento de este procedimiento criminal venía siendo la ferocidad de las guerrillas armadas a lo largo de la Colonia, compuestas de hombres inclinados a matar impunemente. La conminación enderezada a Ariosa abarcaba los dos principales puntos de la conducta gubernativa de Weyler. Fortificar el batey del *Armonía* y poner en el mismo guerrillas era alentar la actividad de éstas, dar pábulo al sistema de dejar desiertos los predios rústicos e incrementar el aniquilamiento de Cuba. El *Lincoln* que escribió a Tomás Estrada Palma en 22 de abril de 1897 consideraba de suma importancia difundir fuera de la Isla las noticias contenidas en su misiva.

A. Lincoln era un seudónimo. ¿De quién era este seudónimo? ¿Quién quería en La Habana ser intérprete de aquel que había alcanzado la grandeza defendiendo la subsistencia de una nación consagrada a la exaltación de la libertad política y precipitando la manumisión de millones de sus semejantes? El cubano que firmaba *Lincoln* o *A. Lincoln* era Juan Miguel Dihigo y Mestre, doctor en Derecho y en Filosofía y Letras, catedrático de la Universidad de La Habana, escritor eruditísimo y ciudadano ganoso de mantener

en indisoluble consorcio su dignidad personal y el amor a su patria.

El uso de un seudónimo en documentos suscritos en lugar dominado por los servidores de la soberanía española durante la guerra por la independencia de la Isla, con mayores veras hallándose ésta bajo el mando de Weyler, era una precaución impuesta por durísima realidad. Juan Miguel Dihigo encubría su personalidad con la firma correspondiente a Abraham Lincoln para eludir decorosamente graves riesgos y asegurar la continuidad de sus servicios a la causa de la emancipación patria. Por lo demás, el corresponsal de Estrada Palma en La Habana estaba influído por hondos sentimientos de solidaridad humana y de acendrada admiración hacia el gran emancipador. Recordar a Lincoln en afanes cubanos que ensanchaban el área de la democracia republicana era velar por el mantenimiento de la vinculación de la noble memoria del alterador en épicas manifestaciones de la vida de la mayor de las Antillas.

DOBLE AGENCIA REVOLUCIONARIA

El profesor Juan Miguel Dihigo era delegado del Comité Revolucionario de Matanzas desde el 15 de febrero de 1897. En las filas de los libertadores que luchaban en Matanzas, y junto al valiente y prestigioso jefe Pedro E. Betancourt, se hallaba su hermano, Emilio Dihigo y Mestre. Por otra parte, el club *Oscar Primelles,* de Nueva York, confirió su representación en La Habana al propio Juan Miguel Dihigo. Este doble

mandato comunicó inusitada importancia a las labores de *A. Lincoln.* Además de las funciones dependientes de su propia iniciativa, el agente tenía las de oficial de enlace entre fuerzas del Ejército Libertador y patriotas emigrados en los Estados Unidos.

Las cartas encaminadas al exterior por quien había adoptado el seudónimo *A. Lincoln* o simplemente *Lincoln* se sucedieron desde abril de 1897 hasta marzo de 1898. Dentro de este período ellas informaron sobre los motivos que permitían presumir el fracaso del régimen autonómico frente a la firmeza de los separatistas, trasmitieron noticias relativas a las instancias dirigidas por habaneros notables a su prominente coterráneo José Bruzón para que rehusara el gobierno provincial que le era ofrecido por los mantenedores de la soberanía de España en la Isla, tuvieron a la delegación cubana en Nueva York al corriente de la entrega de efectos destructivos y curativos a combatientes diseminados en la mitad occidental del país y comunicaron otras nuevas de vital interés. *Lincoln* dió oportunísimo aviso a los patriotas refugiados en Cayo Hueso en evitación de que una expedición que se preparaba con destino a Matanzas cayese en poder del enemigo a causa de confidencias llegadas al mismo. En todo él se mostró activo y eficaz, a veces sin medir los riesgos a que se exponía aun bajo honroso seudónimo.

Acerca de la excelencia de los servicios que *Lincoln* prestó a quienes por Cuba bregaban en Matanzas dictaminaron libertadores de la categoría de Pedro E. Betancourt, Avelino Rosas, Alberto Schweyer, Fernando Diago y Juan M. Menocal. Según ellos, el concurso

de él fué excepcional en momentos de extremo peligro. Sus envíos de municiones, medicinas y otros elementos esenciales y la rapidez y exactitud con que atendió solicitudes procedentes del campo insurrecto acrecentaron su reputación patriótica. En la época del implacable Weyler se sostuvo *Lincoln* de pie y sin trepidaciones de ningún género.

Mérito grande de Juan Miguel Dihigo fué el de encarar graves peligros en asociación con personas de su entrañable afecto. Sus más caros deudos, afines suyos en ideas políticas, no quedaron excluídos de los riesgos que él era el primero en afrontar. Patria y hogar representaron cabal sinonimia para el cubano que en sus actividades subversivas rememoraba a Abraham Lincoln.

FRANCISCA LOPEZ TRIGO

Ninguna otra persona pudo estar más próxima a Juan Miguel Dihigo, así en lo espiritual como en lo físico, que Francisca López Trigo, su esposa y confidente. Ella vivió con él horas y días y semanas y meses de patriótica agonía. A lo lejos ambos avizoraban la redención políticosocial de Cuba. Pero muy cerca, rodeándolos y sometiéndolos a duras pruebas, abundaban las asechanzas y amenazas. El *Lincoln* que trabajaba por la liberación de la Isla tenía a su lado, en la compañera de su existencia, a toda una heroína.

Francisca López Trigo salía de una inquietud para entrar en otra pensando en los medios de que podía valerse para secundar con la mayor eficacia a *Lincoln.*

Ella contemplaba con admiración la mudanza por la cual él había pasado. El hombre apegado al estudio de letras y lenguas antiguas era ya un ciudadano agitado por el anhelo de servir a su patria desafiando en la ciudad adversidades cuya gravedad no era inferior a la de las que encaraban los valientes soldados de Cuba libre. La nueva heroína solía nutrir ideas propias sobre aventuras precursoras de la cárcel y hasta de la muerte.

Entre las ideas cívicas de Francisca López Trigo de Dihigo hubo una que adquirió tamaños de realidad. Fué la que dió paso al proyecto de enviar una hermosa bandera cubana al general Pedro E. Betancourt, que en Matanzas a diario lidiaba contra fuerzas españolas a las suyas superiores en número y pertrechos, aunque no en arrojo. El proyecto alcanzó rango de obra bajo el pensamiento y la acción de su propia autora.

La esposa del *Lincoln* habanero acarició el pabellón tricolor destinado a los libertadores matanceros. Buscó una caja de cartón. En el fondo de ella puso, muy bien doblada, la enseña. Sobre ésta colocó dulces en cantidad suficiente para ocultar la tela de sus amores. Le pareció que así le sería posible llevar de La Habana a Guanabacoa, pasando por Regla, el precioso presente dispuesto para el doctor y general Pedro E. Betancourt.

Con la caja de cartón contentiva de la bandera—la bandera doblada y cubierta de dulces—, intrépidamente resuelta a burlar vigilancias y peligros, la dama se acercó al muelle de Luz, donde debía tomar el vapor que atravesaba la bahía entre La Habana y Regla. En el puerto fué detenida por una dificultad quizá inven-

cible. Durante el día por ella elegido para trasladar a Guanabacoa su bandera, y allí dejarla en seguro camino hacia la tierra ensangrentada de Matanzas, no cesaban los registros a que eran sometidos los pasajeros y cuantas piezas portaban. Un soldado armado se hallaba junto al torniquete por donde indefectiblemente había de pasarse para tomar el barco que salía del muelle de Luz. ¿Qué hacer? No estaba en manos de la fervorosa patriota la potestad necesaria para eliminar el obstáculo. Pero no entraba tampoco en sus cálculos regresar a su hogar con el desconsuelo de ver insatisfecha su voluntad.

Esperó. Pero ¿qué esperaba? Ni ella misma podía decirlo. Su fe—algo así como la manifestación suma de un sentido muy fino y muy acendrado—la aconsejaba que esperase, que siguiera esperando, porque a la vuelta de una oportunidad insospechada aparecería lo que le era menester para salir triunfante en su empeño. Esperó. Y la espera fué larga, casi agotadora, sin duda afligente, como agónico era todo aquello que se movía en torno suyo y en torno a *Lincoln* cuando sus potencias espirituales se hallaban en contacto con el anhelo y la esperanza de ver libre a Cuba.

En la indefinida espera se encontraba Francisca López Trigo de Dihigo, en el muelle de Luz, frente a la plazuela del mismo nombre, en el instante en que advirtió la llegada de un alto militar español, amigo de su familia. Estaba acabando de verlo cuando ella concibió una idea tan salvadora como atrevida. Se le acercó, lo saludó y le dejó escuchar sus quejas porque últimamente él no visitaba su casa. En el entretanto

ambos caminaron hacia el torniquete de los peligros. Entonces, con naturalidad y aplomo singulares, la noble dama puso en manos de su colocutor la caja de la bandera, que el rígido soldado encargado de los registros ni siquiera osó abrir, respetuoso y sumiso ante la categoría del jefe castrence de quien tan impávidamente se valía la hermosa y elegante señora que a la sazón extremaba sus habilidades de exquisita conversadora.

Nunca pudo ser más esplendorosa la singular belleza de Francisca López Trigo de Dihigo que en los minutos durante los cuales avanzó hacia el vapor que iba a conducirla de La Habana a Regla. Acababa de burlar una estrecha vigilancia en el camino que debía recorrer la bandera destinada a los cubanos que peleaban en Matanzas. Ya había recobrado la preciada prenda. Su radiante hermosura reflejaba serenidad y victoria. La esposa del agente revolucionario que en la firma de sus escritos confidenciales rememoraba a Abraham Lincoln era la triunfante heroína del deber patrio.

ALCANCE Y SENTIDO DE LA REVOLUCION CUBANA

La preferencia por el nombre de Lincoln que mostró Juan Miguel Dihigo en empeños patrióticos respondía a una identidad de pensamientos y sentimientos que tenía un tercio de siglo de vida. En las postrimerías del XIX se seguía hablando de la fraternidad nacida en Cuba en la época del salvador de la Unión y manu-

misor de millones de seres humanos. El eco de voces misericordiosas no se había extinguido.

El temple moral de Juan Miguel Dihigo quedó demostrado en días de terrorismo oficial en Cuba. Brillante suceso fué aquel en que se presentaron unidos semejante disposición al sacrificio y el nombre de Lincoln. Lo que Lincoln entrañaba para el mundo civilizado reaparecía en La Habana como para evidenciar que era cierta la similitud de la causa de los patriotas de la Isla con la causa por la cual el prócer inmortal había vivido en agonía y había muerto en forma absurda. En definitiva, en Cuba se luchaba y padecía por el progreso y afianzamiento de la libertad republicana.

Junto al brillante intelectual que firmaba *Lincoln* o *A. Lincoln* velaba y se agitaba la bella compañera de su vida. Francisca López Trigo de Dihigo era una mujer excepcional por doble hermosura: por la hermosura de su rostro y por la hermosura de su espíritu. Su espíritu estaba preparado para resistir los más recios embates. La excelsitud de la mujer cubana se halló presente en ella cada vez que fué menester afrontar trances tan difíciles como el determinado por el propósito de salvar una bandera patria de las garras de la opresión política.

La revolución cubana tuvo alcance y sentido claros. Sus mantenedores—aseveración de Manuel Sanguily, uno de los más ilustres entre ellos—se amamantaron a los pechos de la doctrina política triunfante en los Estados Unidos y vivieron anhelando la realización de las profecías y el cumplimiento de las promesas redentoras de los firmantes de la Declaración de Indepen-

dencia, en cuyo preámbulo admiraron un nuevo evangelio, una nueva luz y un nuevo día del espíritu humano y reconocieron el origen de la exaltación de Lincoln a la Presidencia. Así se manifestó en los libertadores antillanos la propensión a llevar a su causa la influencia de la obra de hombres solares. Lincoln fué hombre solar. Muy particularmente lo fué para la Isla, que, por actos y conclusiones de eminentes hijos suyos, como en el caso de Juan Miguel Dihigo, comprendió, ya en su siglo, que él era símbolo de la América nueva, justa y cordial.

XXXIII

INFLUJO SOBRE HUMILDES

PENETRACION DE LA OBRA DE LINCOLN

Palabras pronunciadas por Juan Gualberto Gómez hicieron luz en torno al efecto de la guerra civil de los Estados Unidos en la población cubana de la época de su niñez. Una expresión suya habló con elocuencia:

—¡Qué conmoción en nuestra patria!

La conmoción producida en la Isla por el eco de la conflagración norteamericana llegó a todas partes. La sintieron los que veían peligro para sus intereses bastardos en la victoria de la causa de Lincoln. La conocieron los que en este posible triunfo vinculaban la esperanza de salir de la esclavitud política o de la esclavitud social.

La obra de Lincoln—complicada, lenta y difícil por la concurrencia de la cuestión de la esclavitud y la necesidad de salvar la integridad de la Unión—apasionaba a miles de habitantes de Cuba. El fenómeno resultaba común a muchos pueblos. En la Isla, por su cercanía a los Estados Unidos, era ineluctable.

Singular fué la penetración alcanzada por el nombre

de Lincoln en la población de color de esta Antilla. Juan Gualberto Gómez advirtió:

—¡Qué espectáculo tan extraordinario en la raza negra cubana, por lo menos en aquella fracción, muy escasa por cierto todavía, de cubanos que sabían leer, escribir y, sobre todo, pensar y sentir!

Muchos no se daban cuenta del suceso moral que así se desarrollaba. Pero a la luz del resplandor del vasto incendio almas sencillas vislumbraban la redención de los cuerpos sumidos en el trabajo forzado y la alegría de los corazones atribulados por la servidumbre de caros deudos.

UNA INFLUENCIA EXTRAORDINARIA

Juan Gualberto Gómez juzgó extraordinaria la influencia de la revolución de Lincoln en su vida. Las lecturas lincolnianas, al principio obligadas y después gozosas, infiltraron en el nacido de esclavos ideas que enraizaron fuertemente en su conciencia. Lo que el más grande de los emancipadores pensaba y hacía constituyó un ejemplo inolvidable. Su caridad infinita, llevada hasta el amor al enemigo, quedó en la memoria de Gómez como una enseñanza imborrable.

De la humildad se alzó Juan Gualberto Gómez por su propio mérito. Un anhelo de estudio parejo a una inteligencia brillante le permitió tenerse por seguidor de la conducta de Lincoln al servicio de sagrados intereses de sus semejantes. Acendró su carácter hasta hacerlo digno de su temperamento, tan recto como sereno. Adquirió cultura elevada. Propulsó la mejora

de su raza sobre la base de la fraternidad de todos los cubanos. Alejó de sí resentimientos y odios, aun en medio de persecuciones y hostigamientos de que era víctima. Logró, a trueque de su seguridad y libertad personales, que el más alto tribunal de España declarase lícita la propaganda en favor de la independencia de la Colonia. Mereció el respeto de propios y extraños y un galardón moral de inestimable valor: la confianza plena, de corazón a corazón, de hermano a hermano, de José Martí.

Merecer la confianza de Martí constituía nada menos que un privilegio. Martí extendió su confianza a Juan Gualberto Gómez en la gestión enderezada a reanudar en Cuba la guerra necesaria para llegar a la independencia nacional. El prócer que en los Estados Unidos y otros pueblos de América organizó el Partido Revolucionario Cubano eligió a Gómez agente de los más graves secretos suyos que debían ser aplicados en el territorio de la Isla. En el corazón de Gómez apreció Martí ternuras y grandezas semejantes a las de su propio corazón.

Un examen de las esencias éticas de Abraham Lincoln, José Martí y Juan Gualberto Gómez pudo conducir a la conclusión de que el excepcional aprecio con que Martí distinguió a Gómez nació y se crió en la comunión de pensamientos y sentimientos que ambos tuvieron con Lincoln. Gómez recordó con orgullo el influjo de la obra de Lincoln sobre él. El que experimentó Martí fué tan enorme como durable. Las enseñanzas de Lincoln aproximaron a Martí y Gómez y afinaron sus actividades transformativas.

DIALOGO TRASCENDENTAL

El nombre de Juan Gualberto Gómez quedó incorporado a la historia de Cuba como el de uno de los fundadores de la República. A sus permanentes títulos de orador de altos vuelos, periodista cabal, historiógrafo concienzudo y reformador profundo se añadieron los debidos a circunstancias de la vida pública de su país. Otra preeminencia tuvo: la aneja a un patriota austero.

El patriota austero estuvo presente en todas las horas de dificultad. En la época de Cuba independiente uno de sus empeños invariables consistió en cuidar de la integridad de la soberanía de su país. Cuando ésta pasó por algún eclipse, como en el año de 1906, él se esforzó en atenuar y abreviar la calamidad pública que hería su sensibilidad.

Por exceso de amor propio de muchos, la República dejó en septiembre de 1906 de ser dirigida por los propios cubanos. La acefalía del Estado impuso a William Howard Taft, Secretario de la Guerra en el gabinete de Theodore Roosevelt, la asunción de la gobernación de la Isla, tutelada por los Estados Unidos mediante el tratado proveniente de la enmienda Platt. Juan Gualberto Gómez era uno de los ciudadanos eminentes del país regido por lo que tomó el nombre de Gobierno Provisional.

El gobernador Taft apreció pronto el valor extraordinario de Gómez. Se habituó a conversar con él cotidianamente. Solía solicitar la opinión del insigne cubano acerca de graves conflictos. A esto lo llevaron

dos hechos: a) el de haber sido designado Gómez portavoz de un grupo de compatriotas notables en conferencias celebradas con Taft; b) la admiración que en éste despertaron la agilidad mental y la rectitud cívica del prócer criollo. En realidad de verdad, lo segundo, con ser lo primero de entidad, resultó decisivo. La singular estima de Taft por Gómez quedó en claro en el diálogo que ambos sostuvieron en Palacio el día siguiente al de uno en que el Gobernador dejó de verlo.

—¿Ha estado usted enfermo? ¿Cómo es que no vino ayer?—preguntó Taft.

—No he estado enfermo; pero no vine ayer porque suponía que estaría usted muy ocupado.

A esta respuesta de Gómez replicó Taft:

—Y ¿usted no sabe que mi principal ocupación en Cuba es la de hablar con usted?

IMAGEN DE ESCENAS INOLVIDABLES

Los avatares de la existencia cubana llevaron a Juan Gualberto Gómez por aspérrimos caminos desde los lejanos días en que era un hijo de esclavos metido en lecturas lincolnianas hasta aquellos en que un representante oficial del gobierno de los Estados Unidos consideraba la conversación con él la más importante de sus encumbradas ocupaciones en la Isla. Por las fechas en que Taft se halló en Cuba ya se presumía que estaba llamado a suceder a Theodore Roosevelt en la presidencia de la Unión. Esto por sí solo daba la medida de la personalidad extranjera que para Gómez tenía aprecios ciertamente singulares.

La influencia de la vida y obra de Abraham Lincoln sobre Juan Gualberto Gómez—nacida aquélla en la tierna infancia de éste—¿fué parte en la creación de la excepcional estima manifestada por William Howard Taft hacia el ilustre cubano? Fuera lo que fuese, quedó como un bello episodio aquello de que uno de los grandes elegidos para ocupar la silla donde se había sentado Lincoln en la Casa Blanca emitiese una expresión que llevaba aparejada la importancia de una consagración. Quien había pasado horas y horas ocupado con lecturas lincolnianas siendo niño, hijo de esclavos, alcanzó, de súbito, sin pretenderlo, un reconocimiento que pudo refrescar en su mente la imagen de las escenas en que él, su padre y un bondadoso alemán penetraran en el misericordioso pensamiento del inmortal emancipador.

XXXIV

EL CANTO DEL CISNE

EXTERIORIDADES DE UN GENIO FESTIVO

Los antiguos creían que el cisne antes de morir entonaba un canto melodioso. En torno a esta suposición se tejieron imágenes de varia índole. Una de ellas denominó canto del cisne a la última producción de un poeta o de un músico. Según otra, el canto del cisne en Abraham Lincoln consistió en la recitación de un poema destinado a recordar el efecto igualitario de la tumba.

Domingo F. Sarmiento señaló que las exterioridades de un genio festivo ocultaban la pasión de ánimo que solía acometer a Lincoln. José Martí advirtió que Lincoln aliviaba su ansiedad y melancolía—como durante las horas que siguieron a las de la votación el día de su reelección presidencial, cuando sus allegados políticos se hallaban sumidos en la desconfianza y la gravedad—leyendo anécdotas o refiriendo consejas. En el postrer período de la guerra civil y social de los Estados Unidos el Presidente, presa de infinitas congojas a causa de las complejidades de la paz y la recons-

trucción nacionales, se refugiaba en la repetición de versos alusivos a la fragilidad de la vida y la fugacidad de sus glorias.

El poema de la predilección de Lincoln, de autor desconocido, se inspiró en lo efímero del destino del hombre. El pobre y el rico y el débil y el fuerte siempre fueron nivelados por la muerte. La madre que adoró en el hijo, el padre que bendijo a entrambos, la doncella en quien resplandecieron belleza y bienestar, el sacerdote cuyas sienes ciñó la mitra, la frente que sostuvo brillante corona real, el ojo del sabio, el corazón del valiente, el labriego que aró y sembró la tierra, el pastor que por la sierra hizo trepar sus cabras y el hambriento mendigo acabaron unidos en la fosa:

Como flores y malezas
mueren, y otras las suceden,
así los hombres preceden
a otros hombres que vendrán;

y así van todos cruzando
esta vida transitoria,
cual se repite una historia
que antes se ha oído contar.

En momentos de profundo abatimiento, cuando millones entre sus semejantes observaban su ascensión terrenal y él llevaba existencia agónica, los versos preferidos reiteraban que esperanza, descaecimiento, fatalidad, ventura, regocijo y tristeza andaban mezclados, y que llanto, sonrisa, canto y endecha iban entreverados, y que la vida era furtivo rayo, y que el esplendor saltaba de los dorados salones a la oscura y frígida

tumba. Y, siguiendo al poeta desconocido, el amigo de los hombres, en presencia del risible orgullo del débil mortal, pretendía explicarse aquél con una pregunta:

¿Será que ignoras acaso
que cual relámpago brilla,
o cual veloz nubecilla
pasáis a la eternidad?

Del canto de cisne exhibido en Lincoln quiso Sarmiento dejar larga memoria en lengua castellana. En la biografía que él escribió del soldador de la Unión y redentor de esclavos incluyó la traducción de ese canto hecha por Bartolomé Mitre y Vedia. La colaboración de ambos argentinos, servidores de la civilización y la libertad americanas, se produjo en torno al recuerdo de tristezas y consolaciones de Lincoln. Sarmiento pensó que las admoniciones del poema eran como el susurro del viento entre las hojas de los árboles que sombreaban la tumba del precursor de la buena vecindad.

EL LEGADO DE LA BUENA VECINDAD

Esto era algo de lo mejor dejado por Lincoln: el legado de la buena vecindad. Toda América conocía y agradecía expresiones y actitudes oficiales reveladoras de ideas nuevas respecto de la solidaridad hemisférica. Tales expresiones y actitudes estaban precedidas y acompañadas de convicciones personales invariables. Meditó bien la poetisa y educadora argentina Juana

Manso cuando escribió que América, América entera, reverente, con sentido ecuménico, vestía de luto, se inclinaba ante el polvo lincolniano y proclamaba:

Dejas libre una raza conculcada,
de una guerra titánica la gloria,
la inquietud de siglos extirpada,
triunfante la moral, pura la Historia.

El eco de las voces extinguidoras del trabajo servil y anunciadoras de una política nueva de los Estados Unidos para con el resto de América siguió resonando a lo largo y a lo ancho de las tierras de Colón. Edificante fué el hecho de que en el advenimiento de este fenómeno, humano y justo, participasen de manera principal los poetas. Poetas de las cuatro Américas—la del Sur, la del Centro, la del Norte y la de las Antillas—dejaron correr su inspiración alrededor de la obra durable de aquel que con frecuencia había remedado el supuesto canto del cisne.

WALT WHITMAN

Lo del canto del cisne pudo suscitar nuevas imágenes embellecidas con la intervención de aves estrechamente unidas al destino humano. Había un antecedente. En la recitación del poema con que procurara atenuar su melancolía, frecuente y extenuativa, Lincoln se había referido a la verdad de que, llevando los hombres vida transitoria, todos se hallaban constreñidos a sentir que la dejaban

cual pájaro que se aleja
con su rápido volar.

La idea del canto postrero caló a fondo en Walt Whitman, el insigne elegíaco. Whitman exaltó la canción de la moribunda garganta,

—cauce de la muerte—, canto de vida,

para exclamar más adelante:

¡Canta, canta, moreno pájaro gris!

En torno al maravilloso canto del pájaro gris el poeta dejó correr su inspiración y dolor cuando las últimas lilas florecían en la puerta del patio. ¿Conoció Whitman la inclinación de su ídolo hacia la recitación de aquellos versos que ponían las mundanales glorias a ras de la tierra? ¿Supo que el acongojado repúblico los había repetido a la manera del cisne leyendario? ¿Pensó que el agónico alterador se preparara así como a bien morir? Lo cierto fué que el grande elegíaco pasó de la alabanza del maravilloso canto del pájaro gris a las estrofas de *¡Oh Capitán! ¡Mi Capitán!* y a la cincelada así:

Este polvo fué el hombre en otro tiempo
apacible, sencillo, justo y resuelto,
    bajo cuya prudente mano,
frente al más abominable crimen conocido
    en la historia de todos los países
    y de todas las edades,
se salvó la unión de los Estados.

Un preclaro poeta de la América del Centro, Rubén Darío, hizo en verso un medallón de Whitman. Vió vivir en su país de hierro al gran viejo, bello como

un patriarca, sereno y santo, en la arruga olímpica de su entrecejo clavado algo que imperaba y vencía con noble encanto. Tuvo Darío para Whitman admiración tan profunda como la de Whitman para Lincoln. Y Darío dijo de Whitman:

Su alma del infinito parece espejo;
son sus cansados hombros dignos del manto;
y con arpa labrada de un roble añejo,
como un profeta nuevo canta su canto.

El profeta entonaba su canto, como Lincoln, imitando el del cisne de los antiguos, repitiera el poema dedicado en señalar el efecto igualador de la muerte. El profeta había logrado componer la mejor de las elegías al precursor de la buena vecindad. Pájaro gris, ave moribunda, canto maravilloso, salvador de la unidad de los Estados, emancipador de millones, precursor de la buena vecindad y patriarca sereno y santo—vidas y proezas de Abraham Lincoln y Walt Whitman—perdurarían en los recuerdos conservados por quienes estaban llamados a repetir por los siglos de los siglos que la personalidad del redentor de esclavos era ya, entre las grandezas de su patria, la más característica, la más artística, la más moral.

LA ULTIMA OBRA

La imagen según la cual fué siempre como el canto del cisne de los antiguos la última obra de un poeta o de un músico tuvo aplicación adecuada en Lincoln. El juntó en sí caracteres de gran poeta: él fué poeta

de la acción. Esto le permitió encarar con ánimo estoico el más grave de los conflictos originados en su país, avizorando de continuo lo que estaba más allá de su afición a recitar versos consagrados a mostrar la efímera existencia del humano orgullo.

Tres acontecimientos de máximo interés tuvieron por agente insigne a Lincoln a su paso por la presidencia de los Estados Unidos: la salvación del pacto federal, la abolición del trabajo servil de parte de la población nacional y la política de la buena vecindad. El mantenimiento y la consolidación de la Unión tuvieron, además de la importancia que consigo llevaban, la adicional de conservar en una de las principales potencias un amplio e irrestricto asilo de la libertad humana. La extinción de la esclavitud de la raza africana en la patria de Thomas Jéfferson dejó a la misma limpia de un oprobio que pesaba moralmente sobre los blancos no menos que físicamente sobre los negros. La convivencia de los pueblos americanos en términos de dignidad y justicia era una necesidad por primera vez atendida en los Estados Unidos de manera honorable y sin reservas mentales bajo el señorío de la probidad de Lincoln.

El súbito acabamiento de Lincoln se produjo cuando ya sus tres obras fundamentales se hallaban por él terminadas. Ninguna duda cabía el 15 de abril de 1865 acerca de la definitiva victoria de la Unión. La proscripción del trabajo servil sobre el área de los Estados Unidos pasaba a ser precepto constitucional por ley del Congreso que firmara la mano de Lincoln. Cuanto a la doctrina definidora de que los pueblos de América

debían ser tan amigos como vecinos, para aquel que la había concebido y propulsado poseía la condición de obra consumada. Era la última obra magna, por moral y por ecuménica, del poeta de la acción que fué Abraham Lincoln.

El canto del cisne se reprodujo en Lincoln por dos vías. En la esfera estrictamente individual se manifestó mediante la repetición del poema relativo a la fragilidad de lo humano. En un orden de cosas superior quedó vinculado en la última obra del estadista de profundas arrugas y secretas tristezas. Podrían sucesores suyos en la regencia de los destinos nacionales y en la dirección de las relaciones internacionales desoír las normas rectificadoras de la conducta de su patria para con el resto de América. Pero en lo concerniente a su voluntad y poder, a la voluntad y poder de Lincoln, lo esencial estaba hecho. Sus ideas y actos le habían asegurado la preeminencia aneja al precursor de la buena vecindad.

NOTAS

CAPÍTULO PRIMERO

En el proceso de la expansión territorial de los Estados Unidos ocuparon México y Cuba posiciones singulares. México llegó a ser desmembrado en términos que pudieron parecer prenuncio de la desaparición de la república hispanoamericana. Cuba constituyó durante varias décadas una de las obsesiones de aquellos que consideraban estrecha la vasta área de la Unión. Naturalmente, en ambos casos influyó el hecho de la vecindad de esos países de lengua española al más antiguo pueblo independiente de América. Esta misma ley geográfica debió de pesar en el nuevo hecho a que dió vida Abraham Lincoln cuando emitió sus prístinas opiniones adversas al crecimiento de los Estados Unidos a expensas de la integridad de sus vecinos.

El caso de México no era semejante al de Cuba, puesto que ésta seguía siendo colonia de España. La oposición de Lincoln al allanamiento de México por los Estados Unidos fué absoluta y no necesitó explicación adicional alguna. Cuanto a Cuba, él comprendió que debía hacer, e hizo, una salvedad esencial cuando censuró un intento de intromisión de la Unión en asuntos de la Isla: la salvedad de que Cuba padecía uno de los peores gobiernos del Mundo. Además, ese mal gobierno llevaba consigo el nefando privilegio de ser custodio de la esclavitud de las razas de color.

Matías Romero, el diplomático mexicano, visitó a Lincoln, en Springfield, en enero de 1861. Entonces Ro-

mero era encargado de negocios en Wáshington. Aquí siguió durante toda la administración de Lincoln, siempre al frente de la legación de su patria. Desde el 29 de octubre de 1863 estuvo acreditado como ministro.

CAPÍTULO II

Absoluto fué el acierto con que William H. Seward, trasmitiendo ideas de Abraham Lincoln, empleó la expresión según la cual los pueblos del Hemisferio Occidental debían ser tan amigos como vecinos. Esta íntima conexión entre la vecindad y la amistad, comprendida en todo su gran valor por Lincoln, estaba llamada a constituir, muchos años después, ya en los tiempos de Franklin Delano Roosevelt, el santo y seña de la esencial rectificación a que llegaron los Estados Unidos para ganarse la comprensión de las demás repúblicas americanas. Lincoln, queriendo que de ellas fuesen los Estados Unidos leales amigos, asentó la piedra fundamental de la política de la buena vecindad.

CAPÍTULO III

Debo al profesor Manuel I. Mesa Rodríguez y al periodista Enrique H. Moreno la facilidad que tuve para consultar *A Trip to Cuba,* la obra de Julia Ward Howe relativa a su visita a la Isla en compañía del reverendo Theodore Parker. Acerca de la Howe me suministró excelente material el investigador e historiógrafo estadinense Roscoe R. Hill. La visita de la escritora y del predicador a José de la Luz y Caballero se produjo en momentos en que la salud de éste se hallaba quebrantadísima, abocada al eclipse de su razón, pero el encuentro ocurrió, según permite inferir la lectura de las páginas de la Howe, en un día luminoso para el mentor de la juventud cubana de mediados del siglo XIX.

La oración de Parker en el Music Hall, de Boston, en la que ofreció su definición de la democracia, fué pronunciada el 4 de julio de 1858.

CAPÍTULO IV

Las obras de Carolina Coronado escasean en América. El ejemplar que poseo del volumen de *Poesías* de ella, impreso a principios de la segunda mitad del siglo XIX, me fué obsequiado por el diplomático cubano Enrique Patterson.

Los versos de Juan Clemente Zenea a Carolina Coronado, escritos en la adolescencia del poeta cubano, son poco conocidos. La copia de ellos que conservo me fué regalada por José M. Pérez Cabrera, investigador e historiógrafo de elevada calidad.

Horatio J. Perry y Carolina Coronado contrajeron matrimonio en el año de 1852.

La carta de Perry a William L. Marcy, con elogios para Carolina Coronado, fué escrita en 26 de septiembre de 1854.

Roscoe R. Hill ha sido para mí un inmejorable colaborador en las investigaciones acerca de Horatio J. Perry y Carolina Coronado y sus relaciones con Lincoln. A él debo el conocimiento, por haberlas descubierto en The Lincoln Papers, Division of Manuscripts, The Library of Congress, Wáshington, D. C., de las cartas de Carolina Coronado de Perry a Abraham Lincoln y Gabriel García Tassara. La epístola de la Coronado a Lincoln fué datada en Madrid el 25 de marzo de 1861.

CAPÍTULO V

Examiné el trabajo de Luis Felipe Mantilla acerca de José de la Luz en el correspondiente manuscrito, extendido en la ciudad de Nueva York, donde Mantilla fué profesor de idiomas y compuso excelentes libros escolares en castellano. Advirtió Enrique Piñeyro, otro de los allegados de Luz, que éste, cuyo último año de vida coincidió con el primero de la guerra afrontada por Lincoln, anheló "el triunfo de la Unión y de la emancipación de los esclavos", lo que apenas era lícito esperar en los meses de su agonía.

El educador José de la Luz murió, en La Habana, el 22 de junio de 1862.

Es de notar el acierto con que el cubano José Martí estableció la diferencia primordial entre la obra de George Wáshington y la de Abraham Lincoln, atribuyendo a la primera la independencia y a la segunda la revolución de los Estados Unidos. Ésta fué considerada por José de la Luz, con insuperable previsión, como la epopeya del siglo.

CAPÍTULO VI

En mis pesquisas acerca de la ascendencia de Simón Camacho, resobrino del libertador Bolívar, me auxiliaron con toda eficacia notabilísimos venezolanos: el historiador Vicente Lecuna, el archivero Héctor García Chuecos y el bibliotecario Enrique Planchart. De mucho me sirvió en la tramitación de esa ayuda la mediación de Marino Estrada, valioso miembro del servicio exterior de Cuba. Mi fraternal colega Francisco Ichaso y su esposa, Mary Caballero de Ichaso, me prestaron buena asistencia desde la ciudad de Nueva York en mis averiguaciones sobre Camacho.

CAPÍTULO VII

Entre Juan Prim y Abraham Lincoln hubo similitudes notables. La principal consistió en la forma en que terminaron sus vidas terrenales: ambos fueron asesinados en momentos en que lograban desde la gobernación de sus respectivos pueblos sacar triunfantes amplias aspiraciones políticas.

CAPÍTULO VIII

La visita de Prim a los Estados Unidos y el conocimiento directo que adquirió de la capacidad productiva de las industrias de guerra de la Unión y de sus fuerzas armadas le permitieron ver lo que no vió ningún otro español de su tiempo. Si los políticos y gobernantes de su patria hubiesen tenido presentes a fines del siglo XIX sus advertencias, de seguro habrían ahorrado a España el desastre en que cul-

minó el conflicto bélico de ésta con los Estados Unidos, desencadenado por la cuestión de Cuba.

CAPÍTULO IX

Casi todo lo que en este libro aparece sobre Federico y Adolfo Fernández Cavada fué escrito teniendo yo a la vista documentos inéditos relativos a ambos próceres. Resultó magnífica la colaboración que me prestó Roscoe R. Hill. Fernando Fernández Cavada y Suárez del Villar y Fernando Fernández Cavada y París, deudos de los dos cubanos que pelearon en Gettysburg, me facilitaron información y manuscritos preciosos.

Federico y Adolfo Fernández Cavada participaron de modo sobresaliente en la guerra por la independencia iniciada en Cuba el 10 de octubre de 1868. En 1869 ellos encabezaron fuertes núcleos de combatientes en la región de Las Villas. Alcanzaron posiciones prominentes en el Ejército Libertador, del que Federico llegó a ser jefe. Adolfo falleció por enfermedad en territorio dominado por los patriotas de la Isla. Federico fué aprehendido por tropas españolas en momentos en que pretendía salir de la Isla, y, no obstante los titánicos esfuerzos realizados desde los Estados Unidos por su grande amigo Oliver Davis Wilson para salvarle la vida, el gobierno colonial lo hizo fusilar. Los dos murieron en el año de 1871.

CAPÍTULO X

Resultó decisiva la intervención de Carolina Coronado en los esfuerzos realizados en Madrid para evitar un conflicto bélico entre España y los Estados Unidos. De ahí que haya incluído yo en el texto los párrafos de la carta de Perry a Seward—firmada en Madrid el 13 de septiembre de 1863—dedicados a elogiar la tarea de la Coronado.

CAPÍTULO XI

En vano busqué, desde La Habana hasta Wáshington y

desde Madrid hasta Buenos Aires, el texto de la oda de Carolina Coronado a Lincoln. Al biógrafo de ella, su ilustre sobrino Ramón Gómez de la Serna, escribí en solicitud de una copia de los versos. Su respuesta, desde Buenos Aires, fué así: "Siento decirle que perdí en España esos papeles sobre mi tía Carolina Coronado que usted desea." A la reconstrucción de la historia de la mentada composición pude llegar al cabo de investigaciones practicadas en Cuba. El diario habanero *El Siglo* me valió de mucho para no fracasar en mi indagación.

Carolina Coronado publicó su poesía *A la abolición de la esclavitud en Cuba* en una hoja suelta, en Madrid. De ésta envió un ejemplar a Charles Sumner con la siguiente dedicatoria: "Al Honorable Charles Sumner, ilustre caudillo de la Abolición en América. Su respetuosa amiga—La Autora." En 18 de abril de 1870 Sumner donó ese impreso a Harvard College Library, Cambridge, Mass., donde obtuve copia fotostática de la composición que va inserta en el texto. Me auxilió en esto el historiador Lewis Hanke, Hispanic Foundation, The Library of Congress, Wáshington, D. C.

CAPÍTULO XII

Cuanto a la raigambre del discurso de Lincoln en Gettysburg, no ha de olvidarse la comunicación de ideas habida entre José de la Luz, el sabio maestro cubano, y Theodore Parker, el vigoroso predicador de quien el Presidente recordaba las frases acerca del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

CAPÍTULO XIII

De la impopularidad de Lincoln en ciertas zonas de los Estados Unidos pudo haber noticia en los pueblos de habla española. Pero las versiones sobre tal hecho no influyeron durante mucho tiempo en los observadores lejanos. Hasta los no afectos a la causa de Lincoln procuraron guardar las

consideraciones debidas a sus gigantescos afanes. En 20 de diciembre de 1863 *El Siglo,* de La Habana, publicó: "Las tendencias de Mr. Lincoln no son tachables: sus ideas marchan de acuerdo con las del mundo civilizado y sus pasos recibirán por eso la sanción de sus contemporáneos y de la posteridad. [...] En medio de todo es satisfactorio ver que no hay peligro ya de que la Unión quede destruída, y que por todas partes se modifica la errada opinión de que su destrucción fuese cosa apetecible: la América entera hace votos por su conservación; Inglaterra aplaude la voz elocuente de Mr. Cobden que condena, como hijas de un perverso espíritu de intrusión, las simpatías con el principio separatista; el jefe de la nación más adelantada de Europa no puede oponer una voluntad de monarca prusiano a las tendencias e ideas de un pueblo como el francés." Esta alusión a Napoleón III tenía el valor de una advertencia.

CAPÍTULO XIV

La popularidad de Lincoln en tierras de España y por España colonizadas resultó un acontecimiento fuera de lo corriente en una época de malas y lentas comunicaciones y de rigideces e intolerancias gubernativas. En España gente humilde adivinó el alcance de la obra del Presidente. En Cuba los vaticinios de Francisco de Frías, conde de Pozos Dulces, pudieron parecer a sus coetáneos imágenes de atrevidos deseos, de deseos casi irrealizables. El artículo de Pozos Dulces con predicciones acerca de la personalidad de Lincoln apareció en *El Siglo,* de La Habana, el 5 de diciembre de 1863.

La carta de Antonio María de Zea a Gabriel García Tassara fué escrita en Nueva York el 11 de abril de 1864.

CAPÍTULO XV

Juan Gualberto Gómez nació el 12 de julio de 1854. Felizmente, él se ocupó en narrar cómo sus padres, esclavos, habían comprado la libertad de él cuando aun se hallaba

en el vientre de su madre. De él salió también el relato acerca de sus lecturas lincolnianas, tan del gusto de su progenitor.

CAPÍTULO XVI

La extensa trama urdida con el propósito de matar a Lincoln por medio del contagio de alguna de las enfermedades endémicas que diezmaban la población de Cuba fué descubierta en el proceso incoado con motivo del asesinato del Presidente. La criminal labor alcanzó dimensiones internacionales, por el carácter de varios de los agentes utilizados para desenvolver el siniestro plan y los territorios dentro de los cuales actuaron tales agentes.

CAPÍTULO XVII

En la invariable oposición de Lincoln a toda intervención armada de los Estados Unidos en México, aun con el fundamento de ayudar al mantenimiento del régimen republicano presidido por Benito Juárez, se hallaron presentes hondas convicciones, puestas a prueba desde 1848. En 12 de diciembre de 1863 Juárez escribió a su hijo político y confidente Pedro Santacilia: "Dios alumbre a los representantes del Norte para que den una solución pronta a la guerra civil y se pongan en actitud de llamar al orden a Luis Napoleón. Creo que bastará que cese la guerra civil en la república vecina para que Napoleón cambie de tono en su política insensata contra nosotros." Esto, ni más ni menos, estuvo en la mente de Lincoln durante los paralelos conflictos bélicos afrontados por él y por Juárez en sus respectivos países.

CAPÍTULO XVIII

En la obra *The Lincoln Papers (The Story of the Collection with Selections to July 4, 1861)*, by David C. Mears, New York, 1948, vol. I, p. 18, hallé el hilo de las noticias acerca del viaje de John G. Nicolay a Cuba. En el

libro *Lincoln's Secretary. A Biography of John G. Nicolay*, by Helen Nicolay, New York, 1949, encontré información completa sobre el expresado hecho. Debo especiales atenciones en relación con el material por mí buscado para la redacción de este capítulo a Solon J. Buck, Division of Manuscripts, The Library of Congress, Wáshington, D. C.

CAPÍTULO XIX

Este capítulo fué escrito teniendo presentes documentos del Departamento de Estado de los Estados Unidos conservados en The National Archives of the United States.

El periódico *El Comercio de Barcelona* publicó y comentó el 16 de abril de 1865 la noticia de la caída de Richmond. En la misma fecha apareció en *La Democracia*, de Madrid, el artículo de Emilio Castelar relativo a la victoria definitiva del Norte.

La carta de los españoles de Elche a Lincoln, expresiva del anhelo de que Dios conservase la vida del Presidente, fué fechada cuando ya el prócer había dejado de existir: el 19 de abril de 1865. Escribió el fervoroso mensaje Aureliano Ibarra y Manzoni, el primero de sus firmantes.

CAPÍTULO XX

La nota relativa al capítulo XVIII es aplicable al XX. Ambos están estrechamente relacionados entre sí por efecto de la presencia de John G. Nicolay.

CAPÍTULO XXI

En los periódicos habaneros *Diario de la Marina* y *El Siglo* de abril de 1865 yo había leído lo escrito por *Peter Hicks* con motivo de la muerte de Lincoln y la polémica entre aquellos dos papeles públicos. De la existencia de la carta de Simón Camacho al conde de Pozos Dulces, la que se conserva, inédita, en la Sociedad Económica de Amigos del País, en La Habana, supe por el historiador José Conangla Fontanilles. El presidente de la mencionada benemérita Sociedad, Antonio M. Eligio de la Puente, y la direc-

tora de su Biblioteca Pública, Berta Becerra, me facilitaron el completo conocimiento de la citada carta, escrita en la ciudad de Nueva York el 9 de mayo de 1865.

CAPÍTULO XXII

José Martí, el niño habanero de doce años de edad que lloró cuando oyó hablar del asesinato de Lincoln, de quien nada conocía, llegó a ser, además de eminente hombre de ideas y letras, el organizador y apóstol de la independencia de Cuba, muerto en acción de guerra, en su patria, el 19 de mayo de 1895, y uno de los más ilustres hijos de las Américas.

La parte de este capítulo relativa a España ha sido escrita teniendo a la vista documentos inéditos del archivo del Departamento de Estado de los Estados Unidos de América, que forman parte de los fondos de The National Archives of United States, Wáshington, D. C. En la búsqueda y consecución de los aludidos papeles me ayudó con diligencia y eficacia extremadas mi ilustrado colega Roscoe R. Hill.

En el Congreso de los Diputados y en el Senado de España se habló acerca de la muerte de Lincoln en 1º y 3 de mayo de 1865, según se publicó en el *Diario de las Sesiones de Cortes.*

El mensaje de cubanos y puertorriqueños residentes en Madrid a Andrew Johnson fué escrito por Antonio Angulo y Heredia, uno de los discípulos predilectos de José de la Luz y Caballero, y fechado en 31 de mayo de 1865.

CAPÍTULO XXIII

Las elegías de Isaac Carrillo y O'Farrill, Casimiro Delmonte, Luis Victoriano Betancourt, Juan Clemente Zenea y Alfredo Torroella aparecieron en *El Siglo,* de La Habana, en 27, 29 y 30 de abril y 7 de mayo de 1865. Los versos de Saturnino Martínez fueron publicados por *La Aurora,* de La Habana, en 26 de noviembre de 1865. El soneto de Miguel Jerónimo Gutiérrez fué inserto en *La Época,* de Villaclara, en 1º de enero de 1866.

José Ignacio Rodríguez, en su libro *Vida del Doctor José Manuel Mestre*, La Habana, 1909, p. 90, consignó: "Bajo el mando del mismo ilustre general aconteció también, por vez primera en la isla de Cuba, que la esclavitud de los negros dejase de ser cosa sagrada, y pudiera hablarse de ella sin cometer un crimen de lesa majestad." El general a que se refirió Rodríguez era Domingo Dulce, y la tolerancia para hablar contra la esclavitud apareció en las postrimerías de su primer gobierno en Cuba, extinguido un año largo después de la muerte de Lincoln.

Algunos de los autores de las elegías cubanas a Lincoln alcanzaron preeminencia en la historia del país. Luis Victoriano Betancourt presidió la Cámara de Representantes de la República de Cuba libre, asamblea legislativa que existió desde 1869 hasta 1878. Miguel Jerónimo Gutiérrez fué uno de los jefes revolucionarios de Las Villas en la guerra de los Diez Años y miembro de la Convención Constituyente que los libertadores de la Isla organizaron en Guáimaro, en abril de 1869, descolló en la Cámara de Representantes salida de esa Convención y murió en acción bélica. Juan Clemente Zenea se distinguió en el seno de los separatistas emigrados en los Estados Unidos, se trasladó a Cuba para hablar con el presidente Carlos Manuel de Céspedes, cayó prisionero cuando intentaba embarcar de regreso a la Unión, sufrió largo cautiverio en la fortaleza de La Cabaña, en La Habana, y sucumbió allí fusilado por armas españolas.

CAPÍTULO XXIV

La conferencia de Lincoln con representantes de los Estados Confederados en Hampton Roads se desarrolló el 3 de febrero de 1865.

La mayor parte del material por mí utilizado para escribir este capítulo procede del docto historiador estadinense Rembert W. Patrick, autor del libro *Jefferson Davis and his cabinet* y de otras obras fundamentales para el conocimiento de grandes avatares de la Unión.

CAPÍTULO XXV

Por gracia y obra de una invitación de Carlos Saladrigas, gobernante y legislador cubano en momentos históricos correspondientes al período de 1933 a 1944, me fué dado gozar de la cordial hospitalidad de Pablo Martínez y examinar papeles inéditos e impresos conservados por el propio Martínez en su residencia, en el pueblo de San José de las Lajas, provincia de La Habana. Entre tales papeles se hallaba uno contentivo de la noticia de que se había publicado en La Habana la pieza musical *La Tumba de Lincoln*. Esto me sirvió de base para la investigación que me permitió conocer los pormenores que ofrezco acerca de la mencionada canción y de la titulada *Funeral del Presidente Abraham Lincoln.*

CAPÍTULO XXVI

Casi todas las noticias contenidas en este capítulo han sido extraídas de documentos inéditos existentes en el Archivo Nacional de Cuba, dirigido por Joaquín Llaverías, con justicia tenido en las Américas por paradigma de funcionarios probos y competentes.

Benjamín Vicuña Mackenna, el insigne chileno, desarrolló en los Estados Unidos intensa actividad para promover la independencia de Cuba y Puerto Rico. Esto ocurrió en la época del Seward posterior a Lincoln. Vicuña, refiriéndose al hecho de haber brindado Seward por la "perpetuidad del dominio español en la tierra americana", escribió que el viaje del Secretario "a La Habana tuvo más de la excursión del zorro que baja de la montaña a la llanura que del águila que se cierne sobre las nubes indiferente a lo que pasa en todos los planetas".

CAPÍTULO XXVII

El expediente relativo a las actividades, prisión y muerte de Juan Bautista Casaza se conserva en el Archivo Nacional de Cuba.

CAPÍTULO XXVIII

La escritura pública de liberación de los esclavos del ingenio *Santa Gertrudis* fué otorgada por Antonio González de Mendoza ante el notario habanero Joaquín Lancís y Alfonso, en 11 de septiembre de 1879, bajo el número 241 de orden.

González de Mendoza, el manumisor de los negros que constituían la dotación del ingenio *Santa Gertrudis,* mereció ser, y fué, por su capacidad intelectual y su preeminencia moral, el primer presidente del Tribunal Supremo de Justicia de Cuba, establecido bajo el gobierno militar de la Isla por los Estados Unidos de América en el período siguiente a la cesación de la soberanía de España en las Antillas.

De la manumisión de esclavos otorgada por Elena Rosa Hernández supe por primera vez gracias a informaciones del sabio médico e historiógrafo Benigno Souza.

El número de *La Tribuna,* de Madrid, en que se informó de las manumisiones concedidas en Cuba y de la ejemplar liberalidad de Elena Rosa Hernández apareció en 7 de mayo de 1882. Dirigía *La Tribuna* el presidente de la Sociedad Abolicionista Española, Rafael María de Labra.

CAPÍTULO XXIX

Para la composición de este capítulo recibí excelente cooperación de José M. Pérez Cabrera, Héctor García Chuecos y Enrique Planchart.

CAPÍTULO XXX

El estudio biográfico sobre Lincoln escrito por Rafael María de Labra se publicó en *La Tribuna,* de Madrid, en mayo de 1882.

CAPÍTULO XXXI

La noticia relativa a la exhibición de figuras de cera por el escultor italiano Mariano Caifassi se publicó en *El Co-*

mercio, de Manzanillo, el 8 de septiembre de 1867. El número correspondiente a Lincoln representó el asesinato del Presidente, apareciendo éste, su esposa, sus dos acompañantes en el teatro *Ford* y el autor de la alevosía. Me proporcionó estos datos Rebeca Rosell Planas, profesora, investigadora e historiógrafa cubana.

Miguel Figueroa y Rafael Montoro, cuyas referencias a Lincoln se mencionan en este capítulo, fueron oradores eminentísimos, supremos entre los mejores de Cuba. Bravamente lucharon bajo el régimen colonial de la Isla, con su inteligencia, con su palabra y con sus virtudes, por adelantar el señorío de las ideas liberales, de las que formaba parte principalísima la transformación social aneja a la total extinción de la esclavitud de las razas de color en la mayor de las Antillas. Era natural la inclinación de ellos a estudiar y exhibir pensamientos y hechos de Lincoln.

CAPÍTULO XXXII

Los documentos concernientes a las actividades revolucionarias desenvueltas por el profesor Juan Miguel Dihigo bajo la influencia del nombre de Lincoln se conservan en el Archivo Nacional de Cuba.

CAPÍTULO XXXIII

Juan Gualberto Gómez, el hijo de esclavos que en la infancia se entregaba a lecturas lincolnianas, fué miembro de la Asamblea de Representantes de la Revolución Cubana, de la Convención Constituyente de 1900-1901, de la Comisión Consultiva, de la Cámara de Representantes, del Senado y de la Academia de la Historia de Cuba.

CAPÍTULO XXXIV

La fraternidad de poetas de las Américas en torno a Lincoln fué una bella realidad. He querido dar idea de ello al discurrir sobre lo del canto del cisne en el grande emancipador.

FUENTES

ABRAHAM LINCOLN QUARTERLY, THE. Springfield, Illinois, vol. V, 1948, vol. VI, 1950.

ANGLE, PAUL M. *New Letters and Papers of Lincoln.* Boston and New York, 1930.

ARCHIVO GENERAL DE GUATEMALA, Guatemala: Ministerio de Relaciones Exteriores, 1865.

ARCHIVO NACIONAL DE CUBA, La Habana:
Comisión Militar, leg. 129, sig. 2.
Delegación Cubana en Nueva York, caja 74.
Gobierno Superior Civil, leg. 859, sig. 29068.
Manuel Villanova, leg. 46.

AREILZA, JOSÉ MARÍA DE. *Embajadores sobre España.* Madrid, 1947.

AURORA, LA. La Habana, 1865.

BARTON, WILLIAM E. *Lincoln at Gettysburg. What he intented to say; what he said; what he reported to have said; what he wished he had said.* New York, 1950.

BUSTAMANTE Y SIRVÉN, ANTONIO S. DE. *Discursos.* La Habana, 1923, vol. V.

CABRERA, RAIMUNDO. *Mis buenos tiempos.* (*Memorias de estudiante.*) Filadelfia, 1892.

CAMAFEOS. La Habana, 1º-X-1865.

CAUSA CÉLEBRE. *Asesinato del Presidente Lincoln, atentados contra Mr. Seward y otros.* La Habana, 1865.

Constitucional, El. San Salvador, 15-VI-1865.

CORONADO, CAROLINA. *A la abolición de la esclavitud en Cuba.* Madrid, 14-X-1868.

CORONADO, CAROLINA. *Poesías.* Madrid, [s.a.]
COSTA, OCTAVIO R. *Juan Gualberto Gómez. Una vida sin sombra.* La Habana, 1950.
CRUZ HERRERA, JOSÉ DE LA. *Don Simón Bolívar o la formación de un libertador.* Buenos Aires, 1947.
[DAVIS, OLIVER WILSON]. *Sketch of Frederic Fernandez Cavada. Showing partially what one of his friends knew of him as a soldier, a gentleman, a poet, a diplomat, an author, a patriot and a victim.* Printed for private circulation. Philadelphia, 1871.
DIARIO DE LA MARINA. La Habana, 1865.
ÉPOCA, LA. Villaclara, 1º-I-1866.
ESPAÑA MODERNA, LA. Madrid, 1911.
ESTRELLA DE PANAMÁ, LA. Panamá, 6-V-1865.
ETTINGER, AMOS ASCHBACH. *The mission to Spain of Pierre Soulé. 1853-1855. A study in the cuban diplomacy of the United States.* New Haven, 1932.
FEDERALISTA, EL. Caracas, 5-V-1865.
FERNÁNDEZ DE CASTRO, JOSÉ ANTONIO. *Ensayos cubanos de historia y de crítica.* La Habana, 1943.
FERROCARRIL, EL. Santiago de Chile, 30-IV-1862.
FIGUERA, FERMÍN. *Estudio sobre la isla de Cuba.* Madrid, 1866.
GANDÍA, ENRIQUE DE. *Historia de la República Argentina en el siglo* XIX. Buenos Aires, 1940.
GÓMEZ DE LA SERNA, RAMÓN. *Mi tía Carolina Coronado.* Buenos Aires, 1942.
GÓMEZ, JUAN GUALBERTO. *Su labor patriótica y sociológica.* La Habana, 1934, vol. I.
GONZÁLEZ ARRILI, B. *Sesenta años de República.* Buenos Aires, 1945.
G. DE MENDOZA Y FREYRE, LUIS. *Don Antonio González de Mendoza y Bonilla, 1828-1906. Su vida y su familia.* La Habana, 1951.
GONZÁLEZ GUINÁN, FRANCISCO. *Historia contemporánea de Venezuela.* Caracas, 1909-1925.
HERDON, WILLIAM H., AND JESSIE W. WEIK. *Abraham*

Lincoln. The true story of a great life. New York, 1930.

HOWE, JULIA WARD. *A trip to Cuba.* Boston, 1860.

HUNTER, DANIEL J. *A Sketch of Chili.* New York, 1866.

JUÁREZ, BENITO, Y SANTACILIA, PEDRO. *Archivos Privados.* México, 1928, vol. I.

KEY - AYALA, SANTIAGO. *Series Hemero - Bibliográficas.* Caracas, 1933.

LABRA, RAFAEL M. DE. *Discursos políticos, académicos y forenses.* Madrid, 1886.

LECUNA, VICENTE. *Cartas del Libertador.* Caracas, 1929-1930.

LIBRARY OF CONGRESS, THE. *Information Bulletin.* Washington, D. C., 13-IX-1950.

BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA. Caracas, 1933, 1949, 1950.

LIMERICK, JOHN H. *Battle Hymn: The Sunday Star Pictorial Magazine.* Washington, D.C., 21-I-1951.

LINCOLN PAPERS, THE. Manuscript Division. The Library of Congress, Washington, D.C.

LIZASO, FÉLIX. *Epistolario de Martí.* La Habana, 1930, vol. II.

MARTÍ, JOSÉ. *Cuba. Letras, Educación y Pintura.* La Habana, 1938, vol. I. (Editorial Trópico.)

MARTÍ, JOSÉ. *Escenas norteamericanas.* La Habana, 1940, vol. I. (Editorial Trópico.)

MEARNS, DAVID C. *The Lincoln Papers.* New York, 1948, vol. I.

MEDINA, J. T. *Diccionario de anónimos y seudónimos hispanoamericanos.* Buenos Aires, 1925, vol. I.

MERCHÁN, RAFAEL M. *Variedades.* Bogotá, 1894.

MESA RODRÍGUEZ, MANUEL I. *Don José de la Luz y Caballero. (Biografía documental.)* La Habana, 1947.

MITJANS, AURELIO. *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba.* La Habana, 1890.

MONAGHAN, JAY. *Diplomat in Carpet Slippers. Abraham*

Lincoln deal with Foreign Affairs. Indianapolis-New York, 1945.

MULLER, JULIUS W. *Presidential Messages and State Papers.* New York, 1917.

NACIÓN ARGENTINA. Buenos Aires, 28-V-1865.

NATIONAL ARCHIVES, THE. Washington, D.C.:
Organization of the Army of the Potomac, 1863-1864.
Records of the Department of State, 1864-1867.
General Records of the Department of State. Record Group Nº 59. Diplomatic Despatches, Spain, vol. 48, April 1º, 1865-December 31, 1865.

NATIONAL CYCLOPAEDIA OF AMERICAN BIOGRAPHY. New York, 1900.

NAZARENO. *Cosas de los Estados Unidos.* Nueva York, 1864.

NICOLAY, HELEN. *Lincoln's Secretary. A biography of John G. Nicolay.* New York, 1949.

NICOLAY, JOHN G., AND JOHN HAY. *Complete works of Abraham Lincoln.* Lincoln Memorial University, [s.a.]

PATRICK, REMBERT W. *Jefferson Davis and his cabinet.* Baton Rouge, 1944.

PIÑEYRO, ENRIQUE. *Biografías Americanas.* París, [s. a.]

PIÑEYRO, ENRIQUE. *Bosquejos, Retratos, Recuerdos.* París, [s. a.]

PIÑEYRO, ENRIQUE. *Hombres y Glorias de América,* París, 1903.

PORTELL VILÁ, HERMINIO. *Abraham Lincoln.* La Habana, 1942.

PORTELL VILÁ, HERMINIO. *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España.* La Habana, 1939, t. II.

PRENSA DE LA HABANA. La Habana, 1865.

RANDALL, J. G. *Lincoln, the liberal statesman.* New York, 1947.

ROA, JORGE. *Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros,* Bogotá, 1895, vol. IX.

SANDBURG, CARL. *Abraham Lincoln. The War Years.* New York, 1943.

SANTOVENIA, EMETERIO S. Archivo. La Habana.

SANTOVENIA, EMETERIO S. *México y España en 1861-1862.* México, 1939.

SARMIENTO, D. F. *Obras.* Buenos Aires, 1899, vol. XXX.

SARMIENTO, D. F. *Vida de Abran Lincoln.* Nueva York, 1866.

SCHURZ, CARL. *The reminiscenses.* New York, 1907, vol. II.

SEMANA, LA. Guatemala, 21-V-1865.

SIGLO, EL. La Habana, 1862-1865.

TRIBUNA, LA. Madrid, 1882.

UNITED STATES OF AMERICA. Department of State, Bureau of Archives. Washington, D.C.

VALVERDE, ANTONIO L. *Miguel Figueroa y García.* La Habana, 1925.

VICUÑA MACKENNA, B. *Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norte América como ajente confidencial de Chile.* Santiago, 1867.

VICUÑA MACKENNA, BENJAMÍN. *Discursos Parlamentarios.* Santiago de Chile, 1939, vol. I.

WHARTON, FRANCIS. *A Digest of the International Law of the United States.* Washington, 1866.

ZARAGOZA, JUSTO. *Las Insurrecciones en Cuba.* Madrid, 1873, vol. II.

ZAYAS Y ALFONSO, ALFREDO. *Discursos y Conferencias.* La Habana, 1942, vol. I.

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

Tranquilino Sandalio de Noda. La Habana, 1910.
Cirilo Villaverde. La Habana, 1911.
José Victoriano Betancourt. La Habana, 1912.
El Ferrocarril a los Remates de Guane. La Habana, 1913.
Ramón Lazo. La Habana, 1914.
Gonzalo de Quesada. Pinar del Río, 1915.
Los Arroyos de Mantua, puerto habilitado para el tráfico marítimo. La Habana, 1915.
Próceres Occidentales. La Habana, 1915.
Una heroína cubana. Pinar del Río, 1918.
Ensayo histórico de Pinar del Río. Pinar del Río, 1919.
Guáimaro. (En colaboración con Néstor Carbonell.) La Habana, 1919.
Carlos Manuel de Céspedes. (En colaboración con Néstor Carbonell.) La Habana, 1919.
El Ayuntamiento de La Habana. (En colaboración con Néstor Carbonell.) La Habana, 1919.
Historia de Mantua (Pinar del Río). La Habana, 1923.
Vuelta Abajo en la independencia de Cuba. (Discurso en la Academia de la Historia de Cuba.) La Habana, 1923.
Pinar del Río. Informe acerca del proyectado cambio de nombre de la provincia de Pinar del Río por el de Occidente. La Habana, 1925.
Cuba en 1826. (Discurso en la Academia de la Historia de Cuba.) La Habana, 1926.
Manifiesto a los profesionales de La Habana. La Habana, 1926.

Leandro González Alcorta. La Habana, 1926.
Del pasado glorioso. La Habana, 1927.
Huellas de Gloria. La Habana, 1928.
Libro conmemorativo de la inauguración de la plaza del Maine en La Habana. La Habana, 1928.
Actas de las Asambleas de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la Guerra de la Independencia. (Recopilación e introducción en colaboración con Joaquín Llaverías.) La Habana, 1928-1933, 6 ts. (Academia de la Historia de Cuba.)
José Manuel Mestre. (Discurso en la Academia de la Historia de Cuba.) La Habana, 1929.
Eloy Alfaro y Cuba. La Habana, 1929.
González Alcorta y la libertad de Cuba. (Discurso en la Academia de la Historia de Cuba.) La Habana, 1929.
Los Presidentes de Cuba Libre. La Habana, 1930.
Bartolomé Masó. (Discurso en la Academia de la Historia de Cuba.) La Habana, 1930.
John A. Rawlins. (Discurso en la Academia de la Historia de Cuba.) La Habana, 1931.
Prim, el caudillo estadista. Madrid, 1933. (Colección *Vidas españoles e hispanoamericanas del siglo XIX* de Espasa-Calpe.)
Víctor Hugo y Cuba. La Habana, 1933.
Vida Constitucional de Cuba. La Habana, 1933.
Bolívar y Martí. La Habana, 1934.
Bolívar y las Antillas hispanas. Madrid, 1935.
Eloy Alfaro. (Translation of *Eloy Alfaro y Cuba.* [Washington, D. C.], 1935.
El Presidente Polk y Cuba. La Habana, 1936.
Dos creadores: Mazzini y Martí. La Habana, 1936.
Gómez el Máximo. (Discurso en la Academia de la Historia de Cuba.) La Habana, 1936.
Remember the "Maine". La Habana, 1937.
Escovedo, el ciego que vió claro. La Habana, 1937.
El espíritu francés y la nación cubana. La Habana, 1937.
Genio y Acción: Sarmiento y Martí. La Habana, 1938.

Historia de Cuba. La Habana, 1939, vol. I.
Bases para el reordenamiento institucional de la República de Cuba. La Habana, 1939.
México y España. 1861-1862. México, 1939.
Sarmiento y sus amigos cubanos. La Habana, 1940.
Maceo. La Habana, 1940.
Anacleto Bermúdez, abogado de los pobres. La Habana, 1940.
Presencia de Martí. La Habana, 1941.
Unidad histórica de la independencia hispanoamericana. Buenos Aires, 1941.
Vida de Alfaro. La Habana, 1942.
El Señor Valdés. La Habana, 1942.
Reforma y revolución en Cuba. (Discurso en la Academia de la Historia de Cuba.) La Habana, 1942.
Mañach y la Nación. (Discurso en la Academia de la Historia de Cuba.) La Habana, 1943.
Vidas Paralelas: Ecuador y Cuba. (Discurso en el Senado de la República de Cuba.) La Habana, 1943.
El estudio de los problemas de la postguerra. (En folleto *Dos Discursos,* con el titulado *Nuestra República y su personalidad internacional,* por el Dr. Cosme de la Torriente.) La Habana, 1943.
Política de Martí. La Habana, 1943.
Raíz y altura de Antonio Maceo. La Habana, 1943.
Historia de Cuba. La Habana, 1943. Vol. II.
Martí, legislador. Buenos Aires, 1944.
Cosme de la Torriente, estadista. La Habana, 1944.
La bandera de Narciso López en el Senado de Cuba. (Discurso en el Senado de la República de Cuba.) La Habana, 1945.
Luis de las Casas, un gobernante creador. La Habana, 1945.
Vida y pasión de Rafael Morales. La Habana, 1945.
Pinar del Río. México, 1946. (Colección *Tierra Firme* del Fondo de Cultura Económica.)
Un día como hoy. 366 fechas en la Historia de Cuba. La Habana, 1946.

Cuba en América. (Secretaría de Educación Pública. Biblioteca Enciclopédica Popular.) México, 1947.
Sarmiento en Cuba. (Discurso en la Academia de la Historia de Cuba.) La Habana, 1948.
Blanca Z. de Baralt, haz de luces. La Habana, 1948.
Lincoln. Buenos Aires, 1948.
Lincoln en Martí. La Habana, 1948.
Centenario y panegírico de Federico Henríquez y Carvajal. (Discurso en el Senado de la República de Cuba.) La Habana, 1948.
Elogio del Dr. Francisco de P. Coronado y Alvaro. (Discurso en la Academia de la Historia de Cuba.) La Habana, 1948.
El discípulo a quien Martí amaba. (Discurso en la Aca-
L'Universalité de la Révolution Française de 1848. París, 1948.
Sarmiento y su americanismo. Buenos Aires, 1949.
José Martí, patriota, estadista, educador: José Martí, patriot, statesman, educator. (Discurso en la Universidad de Florida.) Gainesville, Fla., 1950.
Cuarenta años de vida de la Academia. (Discurso en la Academia de la Historia de Cuba.) La Habana, 1950.
Desde mi Cigarral. La Habana, 1951.

En este
libro, Lincoln, el
Precursor de la Buena
Vecindad, impreso en los
talleres de Úcar García, S. A.,
en la calle Teniente Rey No. 15, en la
ciudad de La Habana, trabajaron el regente
Roberto Blanco, el linotipista Tomás Degor-
nay, el cajista Tomás Díaz y el prensis-
ta Alfredo Serrano. Se terminó de
imprimir el día veinticuatro
de julio del año mil
novecientos cincuen-
ta y uno.




EDITORIAL
"UNIDAD"
LA HABANA - CUBA

lador y *Un día como hoy. 366 fechas en la historia de Cuba.* De manera especial, como antecedentes de este volumen, *Lincoln, el precursor de la buena vecindad,* hay que señalar dos obras suyas: su amplia biografía de Lincoln, publicada en Buenos Aires en 1948, y su ensayo titulado *Lincoln en Martí.*

En el orden ciudadano Santovenia tiene en vida categoría de prócer por la rectitud de su ejecutoria cívica y por los altos servicios que ha prestado a la República desde los encumbrados oficios desempeñados: Secretario de la Presidencia, Senador y Ministro de Estado.

Actualmente es Presidente de la Academia de la Historia de Cuba, de la Junta de Patronos de la Biblioteca Nacional y del Consejo Director Permanente de los Archivos de la República de Cuba. Es doctor Honoris Causa en Letras de la Universidad de Florida, Estados Unidos de América y pertenece a las más prestigiosas Academias de América.

●

La EDITORIAL UNIDAD, patrocinada por la Federación Sindical de Trabajadores Telefónicos de Cuba, ha publicado:

MI VIAJE A LA ARGENTINA, por Vicente Rubiera Reito.

MARTÍ AL ALCANCE DE LOS TRABAJÁDORES, por Bernardo García Feito.

MANUEL SANGUILY, HISTORIA DE UN CIUDADANO, por Octavio R. Costa.

JUAN GUALBERTO GÓMEZ, UNA VIDA SIN SOMBRA, por Octavio R. Costa.

●

En preparación:

POR MIS PUPILAS. *Inquietudes sociales de un sector,* por José Estrada Reyes.


EDITORIAL
"UNIDAD"
LA HABANA - CUBA